



EL OCTAVO CLAN

JUSTINE EVANS

Lectulandia

Nadie recuerda cómo sucedió, solo que las aguas crecieron hasta devorarlo todo. Únicamente los edificios más altos sobresalen aún del mar. Titanes de acero y cristal que siguen desafiando al océano y a las peligrosas criaturas que viven en él.

En el interior de estas torres, en la ciudad ahora conocida como Nyork, siete grandes clanes se disputan la preciada «tierra seca»... y los recursos todavía más escasos. Una lucha a muerte.

A la sombra de los siete grandes, sin embargo, existe otro clan. Uno al que todos creen exterminado pero cuyos últimos miembros se resisten a morir. Un clan que, en su pugna por la supervivencia, topará con la oportunidad de cambiarlo todo. De devolver la esperanza a un mundo en el que ya nadie se atreve a esperar nada.

El octavo clan.

Lectulandia

Justine Evans

El octavo clan

ePub r1.0

Titivillus 07.05.15

Título original: *Nyork*
Justine Evans, 2015
Traducción: Jordi Solé Comas

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

DÍA 0

¡Corre, Syren, corre!

¡Corre o estás muerta!

Cuando se dejó caer en aquel rincón, exhausta después de un día de esfuerzos para conseguir un poco de comida, habría jurado que nada en el mundo podría moverla de allí hasta el día siguiente. Pero apenas sonaron los primeros disparos el instinto tomó el control. La levantó de un salto y la obligó a moverse tan deprisa como era capaz.

Ni rastro de cansancio ni de nada que no fuese el ansia de mantenerse viva.

Correr o morir. Era la única elección que te daba la ciudad.

Las balas silbaban a su alrededor, buscándola con afán homicida. Un enjambre de insectos rabiosos que la perseguían para destrozarla con sus aguijones de plomo. Impulsada por la adrenalina que le abrasaba las venas, Syren saltó por encima de una antigua mesa de oficina abandonada y se parapetó detrás de su gruesa hoja de madera. Enseguida notó los impactos al otro lado, bam-bam-bam. Dio gracias de que aquel mueble desvencijado aún fuera capaz de detener los proyectiles que la buscaban con tan malas intenciones, sin convertirse en polvo y astillas.

Pero no podía quedarse allí mucho más tiempo. Los predators se movían deprisa y la única manera de salvarse era ser aún más rápida que ellos.

Miró angustiada a ambos lados, buscando a su hermana pequeña, Ibis. Acababa de levantarse de su lado para ir a por la cena cuando estalló el tiroteo. No la vio por ninguna parte. A cambio, contempló horrorizada como una ráfaga destrozaba el pecho de Sapphire, la mayor del grupo. La violencia del impacto la levantó del suelo, arrojándola contra otro de los muebles desvencijados que había esparcidos por toda la planta. Igual que una muñeca cuyo amo ya no quisiera, Sapphire acabó cayendo de espaldas sobre una mesita de cristal, que se desmenuzó bajo su peso.

Syren gimió, hundiendo la cabeza entre las manos. Nadie sobrevivía a heridas como aquellas.

Oyó el grito de angustia de Flicker, proferido desde algún lugar a su espalda. No hacía ni un ciclo que él y Sapphire habían pronunciado sus votos matrimoniales ante el resto de los miembros del clan. Enamorarla le había llevado un largo cortejo, pero la persistencia había tenido su premio. Syren aún recordaba la emoción que había sentido al ver los ojos de su amiga llenos de amor, el día de la boda.

Y ahora estaba muerta.

Antes de poder hacer nada para impedirselo, presenció como Flicker trataba de llegar hasta el cuerpo de su amada, abriéndose paso entre los escombros. Ignorando las balas como si no existieran. Increíblemente, logró llegar hasta ella y tomarla entre

sus brazos, sacudiéndola en un intento de hacerla reaccionar.

Pero los muertos nunca reaccionan. Ni siquiera ante demostraciones de amor como aquella.

Syren sintió que se le desgarraba el alma al ver como, a pesar de la evidencia, Flicker intentaba arrastrar a su esposa a cubierto. No había dado ni dos pasos cuando otra ráfaga, todavía más larga que las anteriores, casi lo partió por la mitad. El joven se derrumbó a los pies de su flamante compañera, sin permitir que ni siquiera la muerte lo obligara a soltar su mano.

La muchacha se estremeció al ver como asesinaban al jefe de su clan. No era el primer amigo a quien perdía a causa del fuego de los predators. Pero hasta aquel momento, Flicker, con su sonrisa socarrona y aquel mechón pelirrojo que le caía de la frente, le había parecido invulnerable.

Ahora se daba cuenta de que la invulnerabilidad era solo un cuento de viejas.

Unos cuantos pasos más allá de donde estaba Flicker, visible ahora gracias a que él había caído, Syren descubrió a su asesina: una rubia alta y de cabellos dorados, peinados en un flequillo cortado en diagonal. Con los ojos de un azul helado, la nariz recta y pecosa y los labios pintados de rosa chicle. Todos los predators vestían de manera grotesca, era uno de los signos de identidad del clan, pero aquella era un caso aparte: llevaba una especie de gabardina de cuero blanco, abierta hasta los pies, que dejaba a la vista su otra única indumentaria: sujetador y liguero de un rosa intenso, que hacía juego con el de sus labios, y rematados con encaje negro. Y para completar el conjunto, un collar de acero en forma de aro que le colgaba del cuello con un cordón de cuero negro... y dos Glock 19, cada una cebada con un cargador de alta capacidad, de más de treinta balas.

Syren ya la había visto antes. Los suyos la llamaban Cheetah. No era mucho mayor que ella, apenas pasaría de los veinte o veintiuno, pero su leyenda ya admitía pocas comparaciones. Los pastores de algas contaban historias de miedo a los niños pequeños en las que ella era el monstruo.

Igual que en un sueño, Syren vio como la predator sonreía satisfecha por lo que acababa de hacer y, con una habilidad que solo puede proporcionar la práctica, liberaba las armas de los cargadores vacíos y los sustituía por otros nuevos en un abrir y cerrar de ojos.

Una máquina de matar.

Tenía que seguir corriendo, pero la visión de lo que le había pasado a Flicker la había dejado paralizada. Se habría quedado allí, esperando a ser la siguiente, de no haber sido por Wren. Aprovechando los escasos instantes que le proporcionó la recarga, el muchacho salió de la nada, la agarró por la cintura y la obligó a continuar huyendo. Mientras escapaban oyó los aullidos de más predators, que les disparaban a medida que iban apareciendo. Las balas se perdieron en el aire, sin amenazarlos siquiera.

Si los predators eran buenos cazando, los pastores de algas todavía lo eran más

huyendo. Syren y Wren se deslizaron como dos sombras entre los restos de muebles, material de oficina destrozado, carcasas de ordenadores, teléfonos mudos y toda otra colección de desechos, hasta reunirse con el resto de su grupo en las puertas de los ascensores. Lark y Elaenia ya habían conseguido abrirlas y solo les esperaban a ellos para decidir cuál era el siguiente paso.

Nada más llegar, comprobó con alivio que Ibis también lo había conseguido. Además de ella estaban Dacnis, Fairy y Raven. Faltaba Swallow, el benjamín del grupo. Cuando habían decidido detenerse en aquel edificio para pasar la noche, Syren había visto al pequeño buscando los brazos de Sapphire, como hacía todas las noches. No le había vuelto a ver una vez iniciado el tiroteo, pero Cheetah no era de las que hacían prisioneros. Sintió las lágrimas que había querido derramar antes por Flicker acudiendo a sus ojos para llorar al niño.

—¿Qué hacemos? —preguntó Lark, vacilante.

¡Como si tuvieran elección! No se veía ninguna otra salida cerca, y en un santiamén Cheetah y sus chacales se les echarían encima. Como para reafirmar esa idea, una nueva ráfaga de balas volvieron a zumbar, obstinadas, cerca de sus cabezas.

Syren echó un vistazo por el hueco de los ascensores. Todavía quedaba bastante luz como para poder divisar las aguas, negras y amenazantes, que se abrían una treintena de metros más abajo. Ni rastro de las cabinas. Pero aquello no era garantía de nada; podían estar sumergidas a pocos centímetros bajo el nivel del mar y desde aquella distancia sería incapaz de verlas. Si resultaba que era así, y saltaban, se romperían todos los huesos del cuerpo al impactar contra el techo.

Era una posibilidad. Contra la certeza de las Glocks de Cheetah. La elección era más que obvia.

—¡Saltad! —ordenó Syren—. ¡Ya!

Otra bala fue a incrustarse contra la pared de cemento, esta vez muy cerca. Las esquirlas que levantó le arañaron la mejilla, haciéndola gemir de dolor y sorpresa.

—¿Y los selachiphormes? —objetó Lark, mirando al vacío con los ojos llenos de miedo.

Tenían a Cheetah a menos de veinte pasos.

—Si prefieres quedarte a discutirlo con ella... —le respondió Syren. Luego, tomó a Ibis de la mano y desaparecieron juntas por el hueco.

El resto solo tardó un segundo en imitarlas.

Entraron en el agua con los pies por delante, sin encontrar nada que las frenase. Syren abrió los ojos y pudo ver como, a su alrededor, sus amigos la seguían sin ningún percance. Enseguida abrió la boca y permitió que el agua le inundara los pulmones.

Respiraba bajo el agua tan cómodamente como lo había hecho unos instantes antes, fuera. Todos los pastores de algas podían hacerlo. Empezó a nadar, notando como la membrana que le unía los dedos de las manos y de los pies, y que era prácticamente invisible en la superficie, se desplegaba de forma instintiva para dar más poder a sus brazadas.

Pensó en Lark y se volvió para echarle una mano, pero comprobó que Dacnis se le había adelantado. ¡La sanadora, siempre tan pendiente de los demás! Aun así, distinguió el pánico en la cara del chico. Él no pertenecía al clan de los pastores de algas y no tenía ni pulmones que le permitieran respirar bajo el agua, ni membranas interdactilares para nadar tan rápido como ellos. Si había selachiphormes cerca, él sería al primero al que atacarían.

Y cuando un pastor de algas entraba en el mar, siempre daba por hecho que había un selachiphorme esperándole.

Antes de poder preocuparse más por los escualos, se dio cuenta de que Cheetah y los suyos ya habían llegado al hueco del ascensor y les disparaban desde allí. Los primeros proyectiles desgarraron la superficie, y su trayectoria quedó marcada en el agua por unos surcos amenazantes. Sin Lark habrían podido bucear fácilmente hasta encontrar un lugar seguro, arriesgándose incluso a cambiar de edificio. Pero el muchacho no sobreviviría a una inmersión tan larga.

Y hoy ya había perdido a suficientes amigos.

Buscó a Wren con la mirada y lo encontró a su lado. Fuerte y fiable. Siempre a punto para ella. Se entendieron sin necesidad de palabras. Mientras Dacnis y Fairy agarraban a Lark, cada una por un brazo, para ayudarlo a nadar, ella y Wren se sumergieron un piso más y se ayudaron mutuamente a abrir las puertas del ascensor que tenían debajo para poder salir al descansillo inundado.

De manera inesperada, las hojas de metal oxidado se abrieron dócilmente y todo el grupo pudo pasar al otro lado, quedando fuera del alcance de las balas de Cheetah y los suyos. Sin oírlo, adivinó el grito de frustración que debía de estar profiriendo la cazadora, treinta metros más arriba.

¡Vete a la mierda!

Pero el tiempo de Lark se agotaba. Desde que se les había unido, hacía ya más de un ciclo, los miembros del clan se habían turnado con paciencia para enseñarle a

aguantar la respiración. El chico no era ningún prodigio físico, pero, consciente de que su piel dependería de cómo de bueno fuera en aquella actividad, se había esforzado de lo lindo. En condiciones normales, podía llegar hasta los quinientos latidos sin salir a respirar. A veces hasta los quinientos treinta.

Ya habían gastado cien.

Todo el grupo nadó con la velocidad de un banco de delfines, tratando de orientarse bajo el agua. No podían volver a la superficie por donde habían venido, y tampoco podían quedarse allí abajo mucho más. ¡Necesitaban encontrar el hueco de las escaleras, y deprisa!

Notó los dedos de Raven crispándose en su antebrazo. Le señalaba la dirección correcta. El niño tenía un don para orientarse.

Syren le devolvió una sonrisa aliviada e hizo señas al resto para que se dirigieran a donde les llevaba Raven. Llegaron sin ver ni rastro de selachiphormes.

Pero aquello no duraría. Vendrían. Siempre venían.

Syren dio gracias una vez más por la fuerza de Wren, mientras el muchacho conseguía abrir la puerta y los hacía pasar al otro lado. Le echó un vistazo a Lark. Empezaba a dar muestras de agotamiento.

Aguanta. ¡Ya estamos!

Siguieron la barandilla en dirección ascendente y en pocos instantes pudieron sacar la cabeza de debajo del agua. Lark llegó por los pelos. Lo dejaron tendido en el rellano, boqueando para recuperar el oxígeno que se le había negado con tanta insistencia.

Pero estaban lejos de haberlo conseguido. Por encima de los resoplidos de su amigo, Syren pudo escuchar claramente el rumor de pasos que se acercaban a la carrera, los chillidos histéricos de los predators, y el ruido metálico de los cañones de sus armas repicando contra la barandilla.

Cheetah nunca renunciaba a una presa.

—¡Vamos, vamos, vamos! —Azuzó al resto—. Dentro de un momento estarán aquí. ¡Tenemos que continuar!

Lark asintió con la cabeza y se levantó, sin haber recuperado por entero el aliento. Atravesaron la puerta y se encontraron en la planta húmeda de aquel rascacielos. El mar les llegaba hasta los tobillos. Aparte de la altura del agua, que dependía de cada edificio, el panorama era idéntico al de todos los niveles semi inundados de la ciudad: despojos del antiguo mundo pudriéndose por efecto del agua, y la mezcla habitual de flora acuática, raíces y arbolado, abriéndose paso por todas partes.

Les hizo entrar, señalándoles con la cabeza el otro extremo de la planta. Allí, la mayoría de los cristales estaban rotos y el viento escarchado que caracterizaba las noches de la ciudad en aquella época del año entraba sin que nada se lo impidiera. Su siseo helado le pareció casi tan amenazador como el de las balas que la habían buscado momentos antes. Afuera, el día agonizaba. La falta de luz jugaría en su favor.

Algo era algo.

Se desplegaron, tratando de mimetizarse con el entorno. Sabían que los predators evitaban siempre que podían los niveles inferiores. Los selachiphormes les daban demasiado miedo y nunca permanecían mucho tiempo a su alcance. Si podían convencerlos de que se habían arriesgado a adentrarse en aguas abiertas, no tardarían en dejarles en paz y regresar a la seguridad de los niveles secos.

Por suerte, ignoraban que cargaban con el lastre de Lark.

Syren se puso en cuclillas detrás de una mesa, de espaldas a una de las ventanas que todavía continuaban intactas. Desde allí tenía visión directa del punto por donde llegarían los predators.

Contuvo la respiración. *Por favor, por favor, por favor... dejadnos en paz. ¿Es que no habéis tenido bastante con tres?*

Cheetah irrumpió la primera, dando un puntapié en la puerta que Wren había dejado entreabierta. Con los brazos extendidos, pistolas en ristre, se adentró en la planta mirando con disgusto el agua que le cubría los tobillos. Syren vio entonces que la mujer calzaba unas botas de tacón, de color rojo sangre, que se notaba que no quería que se echasen a perder.

¿Cómo conseguía aquel bicho correr tan deprisa llevando algo como eso en los pies?

Los punteros rojos de las miras láser adaptadas bajo los cañones de ambas pistolas se pasearon por todas partes, buscándolos parsimoniosamente. El finísimo rayo de luz roja, que indicaba el lugar exacto a donde irían a parar las balas si el arma hacía fuego, pasó a pocos centímetros del lugar que Fairy había elegido para esconderse. Aterrorizada, la muchacha se quedó inmóvil. El ominoso punto rojo la rozó un par de veces, sin detectarla, y después se desplazó perezosamente hacia otro lugar.

A veces, la inmovilidad podía ser tan buena aliada como la más rápida de las carreras.

Desde su escondrijo, Syren pudo atisbar incluso la mirada agresora de su enemiga, paseándose con frustración por el paisaje aparentemente desierto. Era la primera vez que veía a Cheetah tan de cerca. Se le quedaron grabados sus ojos, brillantes de luz de hielo y enmarcados por una espesa capa de rímel negro, que se había corrido ligeramente y que los hacía parecer aún más enloquecidos.

Detrás de ella entraron tres hombres más. De apariencia feroz, adornados con *piercings*, peinados con crestas de colores extravagantes y con el cuerpo cubierto de tatuajes aún más llamativos. Habrían dado miedo incluso sin las armas: fusiles de asalto AR-15 y H&K MP5, equipados también con miras láser. Su clan ya había sufrido antes sus efectos devastadores y Syren no pudo evitar otro escalofrío. Profiriendo chillidos que ponían los pelos de punta, se desplegaron lentamente alrededor de su líder. Pronto, no obstante, fue obvio que no les hacía ninguna gracia estar allí. Sus movimientos nerviosos delataban las ganas que tenían de marcharse.

Pero Cheetah no quería renunciar tan fácilmente a la matanza.

—¡Wildcat, Cougar, buscadlos! —Tenía una voz sorprendentemente dulce para alguien con su aspecto—. No me creo que se hayan arriesgado a cambiar de edificio. Estos todavía andan por aquí.

Los dos aludidos se removieron, incómodos. Les daba miedo acercarse aún más a la fachada, plagada de boquetes.

—Ni siquiera sabemos si han logrado salir vivos del hueco del ascensor... —Se atrevió a medio protestar uno de ellos, sin dar un paso.

—Tienes razón: no lo sabemos. Por eso te estoy ordenando que vayas a echar un vistazo. ¿Desde cuándo te dan miedo los pastores de algas, Cougar?

El hombre le devolvió una mirada llena de resentimiento. No eran los pastores de algas lo que temía, y ella lo sabía perfectamente. De buena gana la habría mandado al carajo. Pero solo Ocelot podía permitirse aquel lujo, sabiendo que aquella psicópata no le pegaría un tiro como respuesta.

—Cheetah, no podríamos... —empezó a decir el tercer hombre.

—¡Vale más que te calles, Kodkod! —lo cortó ella, venenosa—. ¿O es que prefieres ir tú?

El aludido cerró la boca. No, no lo prefería.

Resignados a no salir de allí hasta que ella no se diera por satisfecha, los otros dos predators empezaron a avanzar con cautela. Se había puesto el sol y ahora, a través de los ventanales deteriorados, ya solo penetraba una mezcla hecha de penumbras y del aullido del viento del norte, que soplaba sin apiadarse de nadie.

Syren contempló con angustia como uno de ellos se dirigía directamente hacia el escondite elegido por Elaenia. Casi como si intuyera que la chica estaba ahí detrás, indefensa. Sin poder hacer nada, observó como Wren, que estaba muy cerca, tensaba los músculos, dispuesto a ayudarla. Syren se removió, sin saber qué hacer. Aunque el muchacho fuera capaz de coger al predator por sorpresa, los otros tres lo coserían a tiros antes de que pudiera hacer gran cosa.

¡Deberían haber cambiado de edificio, aun con Lark a cuestas!

Demasiado tarde se daba cuenta de su error. Había imaginado que Cheetah se cagaría de miedo y se contentaría con echar un vistazo, desde lejos, para decidir que se le habían escapado. ¿Acaso la predator no había demostrado siempre que era de las que no soltaban nunca una presa una vez le habían hincado el diente? ¡Aquel error suyo, tan estúpido, iba a acabar con todo el clan!

Syren también se tensionó. No iba a quedarse allí escondida cuando empezara el tiroteo. Si les había llegado la hora, que la encontrara de pie y luchando. Con un poco de suerte, podría sorprender al otro predator que se les acercaba y quitarle el arma. Si lo lograba, quizás aún tendrían una oportunidad...

Aquel a quien habían llamado Cougar estaba a punto de echarse encima de Elaenia. Si iban a hacer algo, más les valía hacerlo ya.

Y, entonces, todo sucedió muy deprisa.

Envuelto en un estrépito de cristales rotos y muebles hechos astillas, un selachiphorme de más de quince metros de largo sacó medio cuerpo del agua para irrumpir en el edificio a través de uno de los boquetes que había en los ventanales. Tonelada y media de dientes y músculos deslizándose, imparable, hacia su comida. Con la boca muy abierta y un silencio incongruente, el escualo cerró la mandíbula — dos hileras de dientes en forma de sierra y más de un palmo de tamaño cada uno— alrededor de la cintura de Cougar.

El predator sí chilló. Primero de pánico y, casi inmediatamente, de dolor, cuando los incisivos del escualo le desmenuzaron carne y huesos, como una trituradora. La ráfaga del AR-15, disparada instintivamente, llegó demasiado tarde y se perdió, inofensiva, por encima de la cola del agresor. Con una velocidad inverosímil para un animal tan enorme, el selachiphorme se revolvió y regresó al mar, todavía con la cabeza del hombre sobresaliéndole por un lado de la boca, y los pies, del otro. La última imagen que tuvo Syren del pez fueron sus ojos, opacos e inexpresivos, mirándola. Como si le prometieran que un día sería ella quien ocupara el lugar de aquel predator que ahora era arrastrado hacia el fondo.

Un instante más tarde, el soplido del viento volvía a ser lo único que se oía a su alrededor.

Pese a que ya no servía de nada, Cheetah profirió un alarido de rabia y vació ambos cargadores contra el lugar por donde había desaparecido el escualo. La ráfaga solo sirvió para desgarrar la negra superficie del océano, que se tragó las balas como si nada. Frustrada, se volvió hacia los otros dos hombres, que la observaban con una mezcla de miedo y reproche.

Eso era lo que sucedía cuando se aventuraban en los niveles inferiores...

—¿Qué? —les gritó ella, en respuesta, acompañando el chillido con una sonrisa enfermiza—. ¿Qué pasa? ¿Tenéis algo que decir, quizá?

Recargó ambas armas con un gesto mecánico, rapidísimo, y se les quedó mirando, desafiante. Pero ninguno de los dos quería problemas y ambos rehuyeron enseguida la mirada.

Cougar había tenido mala suerte.

Cosas que pasan.

—¡Larguémonos! —les concedió ella después de aquella nueva demostración de autoridad. Y para remarcar la afirmación, enfundó las Glocks en las pistoleras de cuero que le colgaban bajo las axilas—. Con un poco de suerte, Cougar no habrá sido el único al que se haya zampado esa bestia.

Los otros dos no dijeron nada. Solo se apresuraron a volver a la seguridad que les ofrecían las escaleras y, con ellas, la promesa de los niveles secos. Cheetah los dejó pasar y, antes de salir, echó una última ojeada, barriendo toda la planta con sus ojos intensamente azules. Después, chasqueó la lengua y volvió a sonreír.

Una sonrisa malsana. Demente.

—La próxima vez, pequeños. La próxima vez... —les prometió en voz queda,

pero lo suficientemente alta para que todos pudieran oírlo.

Después se dio media vuelta y salió dando un portazo que hizo temblar los pocos cristales que aún quedaban enteros.

No se arriesgaron a regresar a los niveles secos hasta que hubo pasado casi una hora, cuando estuvieron seguros de que Cheetah y sus sicarios ya estarían muy lejos. En toda Nyork, los predators eran el único clan que podía permitirse el lujo de moverse a placer de un lado a otro, aunque eso supusiera entrar en territorio ajeno. Pero ni siquiera a ellos les gustaba tener que salir cuando estaba oscuro. Los selachiphormes no distinguían entre miembros de un clan o de otro. Y no eran el único peligro que acechaba en la inhóspita tierra de nadie cuando se ponía el sol.

El pueblo de la noche estaba siempre ahí. Y, aunque escasos en número, eran los únicos a quienes todo el mundo temía, predators incluidos.

Raven se ofreció a echar un vistazo para asegurarse de que ya no corrían peligro y a Syren le pareció bien. Era un chaval, solo tenía trece años y ahora era el miembro más joven del clan, pero ya hacía mucho tiempo que había dejado de comportarse como un niño. En eso era muy diferente de Swallow, se dijo apenas un segundo antes de obligarse a dejar de pensar en los que ya no estaban. Cuando regresó, asegurando que tenían vía libre, todo el grupo se apresuró a subir un par de pisos, hasta alcanzar una altura que les permitiera sentirse a salvo de los ataques de los selachiphormes. Los escualos eran cada vez más hábiles capturando por sorpresa a los desgraciados que se acercaban lo bastante al agua como para que pudieran atraparlos de un salto.

Que se lo dijese a Cougar...

Se quedaron un piso por debajo de donde los habían atacado los predators. Nadie quería volver al lugar donde todavía debían de estar los cuerpos de sus amigos.

Pero tampoco nadie quería dejarlos pudrirse allí. O peor: convertidos en alimento para el pueblo de la noche.

Syren los guio hasta la planta elegida y solo necesitó dedicarle a Wren una mirada con intención para estar segura de que él se ocuparía de todo. Después, sin decir nada, se levantó pesadamente y se fue hacia la escalera que llevaba arriba.

No sería la primera vez que tendría que ocuparse de la ingrata ceremonia de despedir a un amigo. Y, al fin y al cabo, de los pocos que aún quedaban con vida, ella había sido la más cercana a Flicker y a Sapphire. Era la más idónea para hacerlo.

No había subido ni cinco escalones cuando oyó la voz de Dacnis a sus espaldas.

—¿Me permites ayudarte, Syren? —le dijo con dulzura.

Muy propio de ella: convertir en un ruego lo que, en realidad, era un favor. Ya le resultaría bastante penoso tener que preparar para su último viaje los cuerpos de los dos adultos, más el de Swallow, como para, además, tener que hacerlo a solas. Dacnis se había dado cuenta de que le había pedido a Wren que cuidara del resto y se había apresurado a ir tras ella.

Dacnis: la persona más dulce y compasiva que había conocido nunca. ¡Ojalá la tuviera siempre cerca!

Le devolvió una sonrisa exhausta.

—Te lo agradezco mucho. De veras —le respondió, haciéndole un gesto para que la siguiese escaleras arriba.

Mucho más tarde, sentada de nuevo en un rincón, Syren rebañaba las espinas del puñado de pescaditos crudos que Wren le había reservado para cenar. Mientras masticaba sin hambre, echó un vistazo a lo que quedaba de su clan. Apenas un ciclo solar atrás, habían sumado cuarenta y cinco personas. Hoy, después de perder a los últimos tres, solo quedaban ocho. ¡Ocho! Y uno de ellos ni siquiera era un pastor de algas.

¿Sobreviviría alguien a la próxima estación fría? A ese ritmo, no se atrevería a afirmarlo.

Miró a su alrededor. Acurrucados junto a un fuego invisible desde el exterior, sus amigos intentaban dejar atrás aquel día nefasto. Los estudió, uno a uno.

Elaenia era la que tenía más lejos. Una muchacha de piel oscura, labios carnosos, nariz achatada y cabellos de carbón. Había cumplido los veinte no hacía ni tres ciclos lunares y Syren la consideraba, junto con Wren, la más fuerte del grupo. Aun así, también era de las que preferían mantenerse en un segundo plano y obedecer órdenes antes que darlas.

Sentado a su lado, como de costumbre, estaba Raven. Con la piel tan oscura como la de ella y los labios casi igual de carnosos, pero de cabellos algo más claros y peinados en unas rastas esforzadas. Raven tenía trece ciclos solares y había perdido a sus padres y a dos hermanas mayores hacía tres. Desde entonces, bajo una apariencia despreocupada y una tendencia innata a buscar el lado divertido de las cosas, albergaba un odio sordo contra los predators. Infinitamente más intenso del que pudiera sentir ningún otro miembro del clan. Quizá porque era la otra única negra del grupo, Elaenia se había convertido de manera natural en la sustituta de las hermanas muertas. Syren tenía claro que la muchacha haría cualquier cosa, *cualquier cosa*, para mantenerle vivo.

Desplazó la mirada a su derecha, donde Dacnis compartía un lugar con Lark junto a la hoguera. A pesar de sus conocimientos y su madurez, Dacnis apenas había cumplido dieciséis ciclos. Tenía los ojos rasgados de los orientales, el pelo negro y lacio y la sonrisa dulce y bondadosa. Su madre y su abuela habían sido también sanadoras y se habían preocupado de transmitirle a ella todos sus conocimientos sobre cómo curar enfermedades y heridas. Por eso, cuando la madre había caído prisionera de los predators, Dacnis había podido ocupar su puesto sin que nadie la mirase con desconfianza a causa de su juventud. Serena y callada, había conseguido en poco tiempo que su voz fuera una de las más respetadas del clan.

Syren se quedó un momento observándola. Hablaba en voz queda con Lark sin atreverse siquiera a mirarlo a los ojos mientras, con la mano derecha, jugueteaba con

coquetería inocente con un mechón de pelo.

¿Sería tan evidente para el resto como lo era para ella que estaba loca por él?

Lark, cuanto menos, no parecía darse cuenta. Charlaba con ella con la naturalidad despreocupada que solo se usa con aquellos a quienes se aprecia pero no se quiere.

O no de la manera como el otro desearía ser querido.

Aunque ya hacía más de un ciclo solar que lo habían adoptado como miembro del clan, tras encontrarlo vagando por los niveles inferiores, casi muerto de hambre y sed, Lark continuaba siendo un misterio para Syren. Rubio, de ojos y piel demasiado clara como para poder pasar mucho tiempo al sol, y la figura alta y desgarrada, era el mayor de todos: afirmaba tener veintiséis ciclos. También era el más inteligente. Eso era lo único de lo que Syren estaba segura con respecto a él. Lark juraba pertenecer a los invisibles, uno de los clanes más pequeños y menos poderosos de Nyork, que administraba un diminuto territorio al norte de la ciudad. Pagaban puntualmente los tributos que les imponían los techs, no se aventuraban nunca más allá de sus modestos límites y no se inmiscuían jamás en nada. Qué lo habría impulsado a abandonar su clan y a aventurarse en la peligrosa Tierra de Nadie era algo que continuaba intrigándolos a todos. Pero los pastores de algas valoraban la intimidad por encima de la mayoría de las cosas y preguntárselo no habría sido correcto. Cuando Lark pensase que había llegado el momento de contarla, escucharían su historia con atención.

Antes de eso, la tradición les obligaba a especular en silencio y con paciencia.

Trasladó la mirada unos cuantos pasos más allá, donde Fairy desplegaba una sonrisa deslumbrante solo para Wren, quien se sentaba frente a ella con las piernas cruzadas y el gesto agotado. Fairy, con aquella melena solar y los ojos salpicados de miel, era el miembro del clan que le era más hostil. Un ciclo mayor que Syren, era la hija de un antiguo jefe de los pastores de algas, ahora muerto o, en el mejor de los casos, esclavo de los techs. Y no llevaba nada bien que, a pesar de sus orígenes, su influencia sobre el clan fuera mucho menor que la de ella. Lo que todavía la hacía más infeliz, sin embargo, era que Wren la tratase de la misma manera que Lark trataba a Dacnis, mientras que reservaba para Syren las atenciones que se moría de ganas de que tuviera con ella.

Había que admitir, cuanto menos, que no se resignaba. Solo había que verla: coqueteando descaradamente y tratando de acercársele cada vez más.

Syren no terminaba de comprender como el muchacho no cedía ante todos aquellos encantos, tan bien utilizados. Incluso ella habría reconocido que Fairy era mucho más bonita.

Pero Wren solo tenía ojos para ella. Eso lo sabían todos.

Y, como confirmando aquel saber colectivo, el muchacho se levantó de un salto del lugar que compartía con Fairy y se despidió de ella para ir a su lado. No era demasiado noble por su parte, pero se alegró de vislumbrar el agujonazo de los celos en los hermosos ojos de su rival, mientras él se sentaba junto a ella.

—¿Cómo estás, Revoltosa? —le preguntó.

Tuvo suficiente con dedicarle un gesto vago con la mano. Esa era una de las cosas que más le gustaban de su relación: que no necesitaban hablar para entenderse. Había sido así desde niños. Y ya entonces, cuando el clan todavía era numeroso y no había sido diezmado por la presión de los techs y de sus verdugos, los predators, todo el mundo había dado por hecho que, cuando crecieran, pronunciarían los votos.

Syren habría sacrificado, gustosa, su mano derecha a cambio de compartir aquel mismo convencimiento.

Estaba a gusto con Wren, por supuesto. Había sido así desde que era una niña, cuando a pesar de la diferencia de edad —ella tenía dieciocho y él, veintidós— había disfrutado de su compañía más que de la de ningún de otro. Y, en noches como aquella, le resultaba sencillo acurrucarse en sus brazos fuertes y dejarse mecer como un bebé. Le gustaba, incluso, el tacto suave de los labios de Wren sobre los suyos, y sentir su aliento cálido y dulce en la boca.

Pero, por mucho que lo deseaba, era consciente de que nunca le había mirado con los mismos ojos con los que Flicker contemplaba a Sapphire el día de su unión.

O con los que Fairy le estaba mirando hacía solo un momento.

Deseaba sinceramente poder llegar a sentir todo lo que los demás daban por sentado. Y confiaba en tener suficiente tiempo para conseguirlo. Mientras tanto, el muchacho era paciente y se conformaba con lo que ella quería darle. A pesar de que —a veces se avergonzaba en secreto de ello— Syren fuera consciente de que solo eran migajas.

Intuyendo que era una de esas noches en las que le necesitaba, Wren se le arrimó y le pasó el brazo por encima de los hombros. Syren no se hizo de rogar y se apresuró a ocupar aquel espacio que él, cuando estaban a solas, le aseguraba siempre que tenía sus medidas exactas. *Estás hecha para vivir aquí*, insistía señalando aquel hueco.

Se quedaron un rato de aquella manera, contemplando el fuego sin decir nada, hasta que Wren se decidió a coger el toro por los cuernos:

—Syren... tenemos que votar. Por mucho que lo aplacemos, Flicker no va a volver. Y el clan necesita otro líder.

Ella le devolvió una mirada cargada de amargura.

—¿Clan, dices? Ya solo quedamos ocho con vida. Cuando llegue el frío nos esclavizarán o nos matarán a todos.

—¡No digas esas cosas! —la regañó sin amargura—. Un jefe de clan no puede permitirse hablar de ese modo.

Ella dio un respingo entre sus brazos al escucharlo.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza, Wren? ¿Yo, jefa de clan?

Pero él se mantuvo impasible.

—Pues claro que tú. ¿Quién, si no?

—¡Tú, por supuesto! Eres mayor, más fuerte...

—...Y más estúpido, sí. Eso lo sabemos ambos, así que no finjamos que no. Hace

un rato nos has dirigido como si lo hubieras hecho siempre. No has dudado ni un segundo y has tomado las decisiones adecuadas. Si hubiera tenido que hacerlo yo, ahora seríamos prisioneros, o estaríamos muertos.

—Pero ¿qué dices? ¡Si os he llevado directos a un callejón sin salida! ¿O es que piensas que había previsto la intervención del selachiphorme? ¡Si no llega a ser por esa bestia, mis decisiones nos habrían condenado a todos! Solo la suerte nos ha salvado, hoy.

—¿Lo ves? Suerte es otra cosa que necesita un buen jefe de clan —insistió él, terco. Y todavía habría añadido algo más si la aparición de Ibis no lo hubiera obligado a callar.

La hermana pequeña de Syren tenía quince años, ojos esmeralda, cabellos largos y muy rubios, y una sonrisa cálida y que se contagiaba de manera espontánea. Era la única persona del mundo, quizá con la excepción del mismo Wren, por quien ella daría la vida sin dudarlo. Ibis tenía la rara cualidad de empatizar con cualquiera. No le costaba nada ponerse en el lugar del otro, entender sus motivos y respetarlos. Todos en el clan la querían. Incluso Fairy, que la trataba como si fuera su propia hermana menor y no la de su gran rival.

Más de una noche de insomnio, Syren se había angustiado pensando en cómo sería capaz de sobrevivir en un mundo donde no existiera la calidez de su hermanita. La conclusión era siempre la misma: no podría.

Ibis se sentó a su lado y les regaló una de aquellas sonrisas suyas, capaces de calentar la piel de un selachiphorme.

—Wren tiene razón, Syren —dijo con su vocecita, dulce, sin esforzarse por disimular que los había estado escuchando—. Tienes que ser tú... por mucho que te asuste la responsabilidad. Esta tarde, sin ti, habríamos muerto. Todos lo dicen.

¿Todos? Seguro que todos no... Miró a Fairy de reojo.

Wren decidió matar el tema. No tenían tiempo para darle tantas vueltas. Se levantó de un salto y se dirigió al resto, en voz alta.

—¡Hermanos! —empezó, mirándolos uno por uno—. Hoy ha sido un día terrible. Todos hemos perdido amigos muy queridos y nos hemos dado cuenta una vez más de lo fina que es la frontera que separa la vida de la muerte. Por eso no podemos permitirnos estar ni un segundo más sin un líder. Necesitamos a alguien capaz de guiar al clan en momentos de peligro. Y de tomar las decisiones que hagan falta para mantenernos vivos. Hoy, Syren ha demostrado con creces que es la más idónea para ese trabajo. La propongo a la asamblea como nueva líder.

Delante de un grupo tan pequeño, aquellas palabras rituales, pensadas para ser pronunciadas frente a colectivos mucho más numerosos, parecían hasta ridículas. Pero era la manera tradicional de dirigirse al clan cuando había que escoger un nuevo jefe. Y Wren siempre había respetado las antiguas costumbres.

—¡Yo le apoyo! —Se levantó Ibis inmediatamente, siguiendo también el ritual. Si el clan hubiera sido tan numeroso como ciclos atrás habrían hecho falta más apoyos.

Ahora, dados los pocos que quedaban, dos voces que hablaran en su favor eran suficientes.

Nadie se opuso. Syren sintió que algo se le agrietaba por dentro. Cuando era niña, la elección de un nuevo líder era un tema que traía siempre controversia y enfrentaba a unos cuantos candidatos, que se dirigían a la asamblea apasionadamente, cargados de argumentos. Ahora, sin embargo, ella estaba a punto de lograr aquella enorme responsabilidad sin ni siquiera tener que despegar los labios.

Wren ya iba a solicitar la votación formal, cuando Fairy se puso de pie de un salto.

—¡Yo propongo a Wren como nuevo jefe! —dijo con firmeza, mirando al resto del grupo sin estar demasiado segura de cómo proseguir—. Él es... bien, creo que es más adecuado que ningún otro para ese honor.

—¡Y yo te doy mi apoyo! —dijo enseguida Syren, levantándose para seguir su impulso—. También creo que Wren es el más idóneo para mantenernos vivos en los tiempos que están por llegar.

El chico la miró con una mezcla de sorpresa y enojo. ¿Qué demonios estás haciendo, Syren? Al otro lado de la hoguera, Fairy tampoco podía disimular su desconcierto. Aun así, no rechazó aquella ayuda tan inesperada.

Fue Lark, a quien le costaba más dejar pasar una ocasión para sacar a pasear su sarcasmo que pasarse dos días sin probar bocado, quien desencalló aquella situación sin precedentes: ¡un candidato a líder apoyando públicamente a su rival!

—Muy bien, pues. Tenemos dos aspirantes. ¿Alguien más?

Obviamente, era una pregunta retórica.

—¿Nadie? Pues habrá que votar —propuso el adoptado, con una sonrisa socarrona.

Entre los pastores de algas, las votaciones para elegir líder siempre habían sido a mano alzada. Lark, por cuenta propia, decidió encargarse del recuento:

—De acuerdo. Tenemos dos votos para cada uno. Quedan cuatro. ¿Elaenia?

La aludida pareció pensárselo un momento. Después dijo en voz alta:

—Syren.

El chico volvió a sonreír. No habría apostado a que aquel voto iba a ser para ella.

—¿Dacnis?

—¡Syren! —Esta vez, la respuesta fue inmediata.

—¿Raven?

—¡Voto por Wren!

Todos le miraron con sorpresa. El chaval raramente discrepaba del criterio de Elaenia. Esta vez, en cambio, se había desmarcado de ella.

—¿Por qué me miráis así? —protestó al darse cuenta de la sorpresa que habían causado sus palabras—. Syren es lista y decidida, pero sin la ayuda del selachiphorme quizás ahora no estaríamos aquí. Ella ya ha tenido su oportunidad de guiarnos. Ahora quisiera ver cómo lo hace Wren.

—Eso pone las cosas cuatro a tres —resumió la situación Lark—. Quedo yo por votar, pero quizá me he precipitado al otorgarme ese derecho. Al fin y al cabo, yo no soy un pastor de algas...

Syren se apresuró a disipar cualquier duda.

—El día que te aceptamos como uno más del clan, no recuerdo que se te pusiera ningún límite. Tu palabra es tan buena como la de cualquier otro. Ya deberías saberlo.

Nadie la contradijo. Lark bajó la mirada. No había ni rastro de sarcasmo en su voz cuando respondió:

—Hay pocos hombres en Nyork con más suerte de la que tuve yo al encontrarlos. Os agradezco mucho esta nueva muestra de aceptación. De todos modos, creo que lo mejor que puedo hacer es abstenerme ante un momento tan crucial.

—¡De acuerdo, pues! —exclamó Wren, temeroso de que si la discusión se alargaba pudiera llegar a empatar con Syren—. Cuatro a tres. Tú eres la nueva líder, Syren. ¿Todos de acuerdo?

Uno a uno, los miembros del clan dieron muestras de asentimiento. Y cuando Fairy inclinó la cabeza, aceptando la derrota, Syren tuvo que admitir, resignada, que había ganado la votación.

Cuando estuvo segura de que el resto de los miembros del clan dormían, Syren se levantó sin hacer ruido y se encaminó hacia las escaleras que llevaban a los pisos superiores. Aunque eran muchas, las subió sin dificultad. Su forma física, como la de los demás, era excelente. Nadie que no estuviera en buena forma física sobrevivía demasiado tiempo en Nyork. Solo tardó unos cuantos minutos en llegar a la azotea. Se habían refugiado en un edificio de dimensiones modestas y la mayor parte quedaba por debajo del nivel del mar. Por eso no lo había reclamado ningún clan y formaba parte de aquel terreno vago y peligroso que era la Tierra de Nadie.

La única tierra a la que aún podían aspirar los pastores de algas.

Empujó una puerta enmohecida y salió al exterior. La noche la recibió con una caricia glacial que le confirmó que la estación fría estaba al caer. Unos cuantos días más, un par de semanas a lo sumo, y empezarían a caer las primeras nevadas. Los últimos ciclos el clima había sido tan severo que incluso el mar se había helado en algunos puntos. Rogó para que ese ciclo fuera diferente. El hielo era un mal aliado. Los selachiphormes lo atravesaban como si nada cuando atacaban, pero la capa blanca los hacía imposibles de detectar cuando se te acercaban desde abajo.

Se llevó las palmas de las manos por encima de los codos, abrazándose a sí misma para protegerse de aquel viento helado, y anduvo hasta el borde de la azotea. Desde allí arriba tenía una buena vista del sector central de la ciudad, con la mayoría de sus rascacielos más altos y mejor conservados sobresaliendo obstinadamente de las aguas. Algunos, más de cincuenta plantas. Torres de cristal antes magníficas y que ahora se habían convertido en una especie de invernaderos verticales, donde las plantas que habían sobrevivido a la catástrofe habían aprendido a aferrarse a la vida, hundiendo las raíces en la poca tierra que encontraban o directamente en el agua. Era sorprendente comprobar cómo el reino vegetal se había adaptado de manera tan competente a aquel nuevo entorno, expandiéndose por todas partes y formando bosques que fundían de manera cada vez más armónica la madera y las hojas con el cemento y el cristal.

A su derecha, levantándose por encima de la mayoría de las otras torres, divisó las puntas iluminadas de la Cúpula y la Aguja, los respectivos cuarteles generales de los techs y de sus perros, los predators. Los territorios de estos dos clanes eran los únicos que disponían de luz eléctrica, gracias a las habilidades de los techs. Y, en la inhóspita oscuridad de la noche, aquella luz envidiable les recordaba mejor que cualquier otra cosa al resto de los clanes quiénes eran los actuales dueños de la ciudad.

Un escalofrío la hizo estremecerse de pies a cabeza, y no estuvo segura de si era

debido a la temperatura o a lo que acababa de sucederle. Ser la líder del clan la aterrorizaba. Dudaba de si podría estar a la altura. Y creía que, si no lo conseguía, todos a los que amaba pagarían su incompetencia con la vida o, peor, con la esclavitud.

Trató de sacudirse aquella idea de la cabeza. Ya no tenía remedio. Solo le quedaba intentar ser digna de la confianza y dar lo mejor de sí misma para no perder a ninguno más.

Pero eso sería imposible. Ya podía ir haciéndose a la idea cuanto antes. Perdería, ¡claro que perdería! Y quizás incluso serían los más queridos. No podía engañarse a sí misma en una cosa como aquella. Nunca sería tan buena líder como lo había sido Flicker. Y él había perdido a diecisiete, incluidos Sapphire y él mismo.

Meneó la cabeza mientras la asaltaban unas ganas incontrolables de llorar. ¡Cómo odiaba aquellas torres iluminadas, que proclamaban al resto de los habitantes de la ciudad, que pasaban hambre y frío, la fuerza y la opulencia de quienes vivían entre sus muros!

Apartó los ojos para mirar en dirección contraria. Allí, la claridad era mucho más difusa. Apenas si permitía adivinar los interminables puentes colgantes, contruidos con fibras vegetales, que salvaban distancias inverosímiles para comunicar unos edificios con otros. Los constructores de puentes, el único clan que había aprendido a levantarlos, se había convertido gracias a ellos en otro de los principales de Nyork. Al principio se habían limitado a comunicar los edificios que estaban dentro de su propio territorio. Pero, poco a poco, los habían ido tendiendo por toda la ciudad, especialmente en su parte más poblada, haciendo pagar a las otras tribus por aquel privilegio. Los constructores de puentes eran comerciantes por encima de todo: podían comunicar dos rascacielos de otro clan a cambio de un precio convenido previamente. O, si no se llegaba a un acuerdo, hacerles pagar un peaje por su uso una vez terminado. Y si la tribu que se beneficiaba pretendía romper aquel acuerdo, ellos eran capaces de demoler cualquiera de sus construcciones con solo unos cuantos hachazos, asestados en los lugares precisos. Después de un par de demostraciones de aquella habilidad nadie había vuelto a negarse a pagar.

Cruzar un puente podía costarte un recipiente de plástico para guardar agua potable, una herramienta, comida, o cualquier otra cosa útil que pudieras ofrecer. Los precios eran altos y eso había convertido a los constructores en gente muy odiada. Pero quien más quien menos pensaba que era mejor desprenderse de un par de tomates o de una cantimplora que tenérsela que jugar con los selachiphormes, en el agua.

Especialmente desde que los escualos habían aprendido a cazar también fuera de ella, saltando en vertical para atrapar a quienes se acercaban demasiado a la superficie.

Por culpa de aquella nueva habilidad suya, un puñado de puentes contruidos a poca distancia de la superficie marina habían quedado prácticamente en desuso, por

inseguros. Especialmente después de que los primeros ataques exitosos hubiesen acabado con los infelices que los estaban atravesando en los intestinos de uno de aquellos monstruos. Por consiguiente, los puentes bajos se habían abandonado y solo se atrevían a utilizarlos quienes no tenían nada para entregar a cambio, como el clan de Syren.

Bien mirado, habría que agradecerles a los constructores de puentes no haber demolido aquellas pasarelas y haberlas mantenido donde estaban, como recurso para quienes estuvieran lo suficientemente desesperados como para usarlas. Aunque aquella decisión estuviera más relacionada con la optimización de los esfuerzos que les requería tender otros nuevos, en niveles más elevados, que no con cualquier tipo de solidaridad con los desvalidos.

En Nyork, si no te ayudabas tú mismo, nadie lo hacía por ti. Todo el mundo estaba demasiado ocupado sobreviviendo como para ser solidario. En eso, su clan era una excepción. Y solo gracias a ello continuaban aún vivos.

Syren se frotó los antebrazos con las palmas de las manos para entrar en calor. ¿Cómo conseguirían sobrevivir a la estación fría? Su territorio, antes situado al este, muy cerca del Santuario, ahora pertenecía a los predators y se había convertido en una especie de prisión para los pocos pastores de algas que todavía quedaban con vida y que eran utilizados como esclavos por los techs y sus sicarios.

Ni hablar de volver allí.

Continuaba sin entender por qué las algas, con las que su pueblo se había alimentado durante generaciones y que nadie más en Nyork había querido nunca para nada, se habían convertido de repente en tan preciadas para los techs. Pero lo que sí sabía era que, desde que habían empezado a obligarlos a recolectarlas en grandes cantidades para ellos, hasta el extremo de esclavizar a todo el clan para esa tarea, su poder y el de sus aliados predators había aumentado de manera exponencial. De ser un pequeño clan que vivía prácticamente recluido en un único edificio, los techs se habían convertido en los dueños de Nyork. Por su parte, a cambio de hacerles el trabajo sucio a sus nuevos amos, los predators disponían de las ventajas de su tecnología y habían conseguido armas y munición en cantidades sorprendentes. Aquel pacto ominoso entre cerebro y músculo había acabado de un plumazo con la relativa paz que había imperado entre los diferentes clanes desde antes del nacimiento de Syren.

Que ella supiera, su grupo era el único de pastores de algas que todavía continuaba en libertad. Pero el precio que tenían que pagar por ello era elevadísimo. Sobrevivir en los niveles inferiores, en la Tierra de Nadie, resultaba cada vez más duro. Los selachiphormes se mostraban más agresivos y astutos que nunca. Solo podían sentirse a salvo si se mantenían lo bastante lejos del agua como para que no pudieran atraparlos de un salto. Pero, si subían demasiado, se ponían a tiro de los predators, que los acosaban de manera implacable. Unos cuantos ciclos lunares atrás todavía habían tenido noticias de otro par de grupitos de pastores, que sobrevivían

como ellos en la precariedad de los niveles inferiores. Pero ya hacía demasiado tiempo que no se los encontraban como para pensar que podían continuar libres.

Su clan parecía condenado al exterminio.

Y el último grupo libre que quedaba había depositado sus esperanzas de supervivencia en ella.

¡En ella!

Syren se frotó los brazos con más fuerza, sin conseguir entrar en calor. Llevaba el frío pegado a los huesos desde que había terminado la votación. Solo tenía dieciocho ciclos y ninguna experiencia como líder. Su padre había sido un hombre muy respetado entre los suyos, pero jamás se había postulado para el cargo, como había hecho el de Fairy. Y aunque la sabiduría no siempre pasaba de una generación a la siguiente, Tanager había sido un buen jefe. Quizá Fairy tuviera razón al sentirse tratada injustamente por el resto al no considerarla nunca para las cosas importantes.

Quizá si alguna vez se preocupase de algo que no fuera estar guapa para Wren...

A pesar de ella misma, tuvo que sonreír ante aquella idea. ¿Estaba celosa de la rubita?

Ojalá...

De repente, como si lo hubiera invocado con sus pensamientos, la puerta chirrió para dar paso a Wren.

Le recibió con una sonrisa. A veces se odiaba a sí misma por no ser capaz de amarlo como se merecía. Alto, delgado pero fuerte a la vez, con el pelo siempre muy corto y la cara angulosa, Wren sería el sueño de cualquier chica. No podía reprocharle a Fairy que se esforzase tanto en hacerlo suyo. Y aún menos cuando ella no conseguía corresponderle por motivos que ni siquiera era capaz de comprender. Quería a Wren como solo quería a Ibis. Y haría cualquier cosa por él. Lo que fuese.

Pero no terminaba de verle como su compañero de vida.

Ignorando aquellos pensamientos, el muchacho se le acercó y la rodeó con sus brazos. Syren notó el suave roce de sus labios en la nuca y cerró los ojos, dejándole hacer.

En noches como aquella, estaba más cerca que nunca de quererle como desearía.

—¿Qué haces a solas, aquí arriba? —le cuchicheó él, al oído—. Me he preocupado al despertarme y ver que no estabas.

Ella respondió sin volverse:

—No podía dormir. He subido a ver si conseguía aclararme las ideas.

—¿Y?

—Todo lo contrario. Estoy más perdida que nunca. ¡Y en buena medida te lo debo a ti! —lo acusó, revolviéndose para mirarle—. ¿En qué estabas pensando cuando has tenido la genial idea de proponerme como líder del clan?

—¿Que en qué pensaba? ¡En la mejor manera de llegar vivos a la próxima estación cálida! —le contestó, convencido—. Y no soy el único que lo cree. Ya lo has visto. ¡Hasta Flicker quería que fueras tú!

—¿Flicker? ¿De veras? ¿Cómo lo sabes? —Aquello la había tomado por sorpresa.

—Me lo dijo él mismo. Hace unos días. Quizá se lo veía venir, no lo sé. Ya sabes que no dejaba nunca nada al azar. Tenía miedo de que me enfadara por no ser su primera elección, pero le dije que yo pensaba igual que él. Aunque no lo veas, has nacido para ser una jefa de clan, Syren.

—¡Y yo que creía que eras una de las dos personas que mejor me conocía del mundo! ¿Cómo puedes decir eso?

—¡Porque es la verdad! —protestó él—. Podría darte una docena de ejemplos de...

Pero no tuvo tiempo de darle ninguno.

Sin previo aviso, el aire empezó a chisporrotear a su alrededor. Syren se echó atrás con un brinco y notó como el vello del cuerpo se le erizaba, mientras un olor intenso y desagradable, que fue incapaz de identificar, le anegaba las fosas nasales. El tiempo se quedó en suspenso y, a pocos pasos de donde estaban, finos rayos azules, de electricidad estática, inundaron el aire, buscando cualquier buen conductor que les ayudara a expandirse.

La oscuridad que los rodeaba se hizo aún más negra. Syren se arrimó sin darse cuenta contra el pecho de Wren, desconcertada ante aquel fenómeno que era incapaz de identificar. Él notó como sus músculos se ponían tensos, pero estaba tan desconcertado como ella.

Entonces, un círculo de luz intensísima se abrió ante ellos. Saltaron chispas y el olor de ozono quemado se hizo aún más intenso.

Tuvieron que cerrar los ojos para protegerlos de tanta luz.

Se produjo un último relampagueo de electricidad estática y, tan inesperadamente como había empezado, aquel extraño fenómeno se extinguió. El silencio volvió a rodearlos y solo quedó en el ambiente aquel olor desconocido, intenso y arisco, que confirmaba que no habían sido víctimas de una alucinación.

El olor... y algo más, de hecho.

Porque cuando pudieron volver a abrir los ojos, Syren y Wren se encontraron con la figura de un muchacho, totalmente desnudo, que les contemplaba con una expresión tan asustada y confundida como la suya.

DÍA 1

Wren reaccionó sin pensar. Protegió a Syren interponiéndose entre ella y el aparecido, y se precipitó contra él, con el puño en alto, listo para golpear. Tomado por sorpresa, el otro se fue al suelo, víctima del empujón.

—¡Tranquilo, por favor! —Tuvo el tiempo justo de suplicar antes de que Wren llegara a descargar el golpe—. ¡Soy un amigo! He venido en son de paz. ¡Dame un minuto y te lo demostraré!

Sentado sobre su pecho y con el puño todavía amenazante, Wren se quedó mirándole con ojos asesinos.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? ¿Cómo has hecho... eso? —le gritó, luchando con las ganas que tenía de pegar primero y pararse a pensar después.

—Me llamo Logan. Logan Howlett. ¿Dónde estoy? ¿En qué año estamos?

—¿Te estás quedando conmigo, o qué, imbécil? —replicó Wren, haciendo el ademán de pegar—. Porque has escogido el peor momento para hacerlo, te lo aseguro.

Desde el suelo, el recién llegado se protegió la cara con las manos.

—¡No! ¡Espera! Yo...

Y se interrumpió, como si lo que acababa de ver lo hubiese dejado sin habla.

Instintivamente, Wren se dio la vuelta para mirar por encima del hombro y ver qué era lo que le había dejado sin habla.

Allí, devolviéndoles una mirada perpleja, solo estaba Syren. Bañada por un tenue halo plateado de luz de luna.

Logan hizo su entrada en el precario campamento de los pastores de algas tan desnudo como había llegado, conducido a empujones por el chico que había estado a punto de sacudirle. Acostumbrados a despertarse al menor ruido, todos los que dormían alrededor del fuego se incorporaron enseguida sobre sus improvisados camastros y le dedicaron miradas llenas de perplejidad.

—Mirad, gente... ya sé que os debo una explicación. Pero antes de empezar, ¿no tendríais algo que pudiera echarme encima? No sabéis qué difícil es intentar que te tomen en serio cuando vas en pelotas.

Aliviado, vio que una chica de aspecto oriental no podía evitar sonreír al escucharle. A su lado, sin embargo, otra de piel color chocolate le miraba con la misma hostilidad que había demostrado su atacante.

—¡Di de una vez quién eres y qué haces aquí, o te juro que se me acabará la poca paciencia que me queda! —le amenazó aquel.

Antes de darle la oportunidad de responder, la rubia de ojos intensamente grises que le había dejado sin habla en la azotea entró por la misma puerta que habían usado ellos momentos antes. Llevaba una camiseta gris, unos pantalones caqui, un chaqueta tan sucia que costaba saber de qué color había sido y unas botas militares en bastante buen estado. Las tres prendas eran más o menos de su talla, pero estaban manchadas de sangre.

—Toma, ponte esto —le dijo, alargándoselas.

—¡Es la ropa de Flicker! —protestó el agresivo, mientras él empezaba a vestirse sin atreverse a hacer ningún comentario.

—Precisamente. Él ya no la necesita. ¿O prefieres que lo dejemos tal y como está?

El joven no supo cómo responder. Se limitó a observarle con recelo, mientras terminaba de vestirse.

—Gracias —dijo Logan mirándola directamente a ella y sintiéndose mucho mejor con aquella ropa encima, manchas incluidas.

—Ahora habla —le dijo la rubia, ignorando su agradecimiento—. ¿Quién eres y qué significa lo que hemos visto ahí arriba?

Logan titubeó. Lo suyo no era fácil de contar. Cuando se decidió, les dejó a todos boquiabiertos.

—Como ya he dicho, me llamo Logan Howlett. Y, aunque os cueste de creer... vengo de otro universo.

Antes de emprender aquel viaje incierto, Logan se había imaginado muchas veces cómo sería aquel momento. Pero aunque había concebido lo que él creía que serían todos los escenarios posibles, jamás habría llegado a pensar que se materializaría entre las ruinas de una ciudad inundada y que sería capturado por un grupo de adolescentes desarrapados y de aspecto hostil.

Se dio cuenta enseguida de que ninguno de los discursos que había ensayado le serviría de gran cosa.

—Antes de empezar, contestadme, por favor: ¿qué año es y en qué ciudad estamos?

Todos le miraron con desconfianza multiplicada, hasta que una de las chicas más jóvenes, una rubita de sonrisa cálida, decidió contestarle:

—Estamos en la ciudad de Nyork, Logan Howlett. ¿Dónde si no?

—¿Y el año? —insistió él—. ¿Qué año es?

—¿Te refieres al ciclo solar, Logan Howlett? —le preguntó ella, un poco confundida.

—Con Logan basta, bonita. Y sí, supongo que también podríamos llamarlos ciclos solares. ¿Qué ciclo es?

—Nos acercamos a la estación fría —intervino la joven que le había dado la ropa y que tanto le había impresionado—. Más allá de eso, los pastores de algas hace mucho que dejamos de contar los ciclos. Pero una vez le pregunté lo mismo a mi padre y me respondió que tenían que haber pasado muchos más de cien desde que el agua se lo tragó todo.

—¿Más de cien? —dijo él, consternado—. ¡Mierda! El salto ha sido demasiado largo...

—Empiezo a hartarme de tu numerito, extranjero —volvió a amenazarle el cachas que se moría de ganas de vapulearlo—. O nos dices lo que queremos saber, o te juro que...

—De acuerdo, de acuerdo. Pero os pido que me escuchéis con la mente abierta y libre de prejuicios. Lo que tengo que explicaros no es nada fácil de aceptar. Pero os juro que es la verdad...

A medida que iba escuchando el relato de Logan Howlett, a Syren le parecía cada vez más increíble. Si era sincero, y algo muy dentro de ella deseaba con todas sus fuerzas que lo fuera, aquel recién llegado provenía de otro universo, de alguna manera paralelo al suyo. Y, por si fuera poco, de una época bastante lejana en el pasado.

—De allí de donde vengo —continuaba diciéndoles—, mi padre es un científico que ha dedicado su vida a hacer posibles los viajes temporales. Después de muchos años de experimentos, llegó, junto con otros colegas, a la conclusión de que el viaje en el tiempo era, en realidad, un salto a otro universo. Porque universo no existe solo uno. En realidad, son infinitos.

Syren intentaba entender lo que les decía, pero le costaba mucho.

—Tendrás que explicarte mejor, Logan —le advirtió.

—A ver, ¿cómo podría...? ¡Vale, sí! Imagínate una hilera infinita de tubos que discurren de manera paralela, ¿de acuerdo? Pues el multiverso es más o menos lo mismo. Cada tubo es la línea temporal de un universo distinto. Y los demás son versiones más o menos parecidas, con un número infinito de posibilidades. Simplificando mucho, diríamos que cuanto más cercanos estén los tubos, más parecidas son las realidades de cada universo. Pero ninguna es idéntica. Uno no puede viajar adelante o atrás en su propio tubo, pero sí es posible hacerlo en otro cercano... O más alejado, si lo que se pretende es encontrar una realidad totalmente diferente de la que conoce. Yo, y vuelvo a simplificar mucho, vengo del tubo contiguo a este. La explicación científica, os lo aseguro, es infinitamente más compleja. Pero ni yo tengo el nivel para poder dárosela, ni sospecho que vosotros la capacidad de entenderla.

—¿Me estás diciendo que versiones nuestras existen también en tu universo? —intervino Lark, fascinado con lo que les estaba contando el recién llegado.

—En mi realidad, existiréis dentro de muchos años... de ciclos solares. Pero sí. Quizás algo diferentes de como sois aquí, quizás idénticos. Es imposible decirlo. Cuanto más alejado estuviera el universo al que fuéramos a parar, más diferentes seríais. En algunos, quizás habríais muerto. En otros, ni siquiera habríais nacido, porque vuestros padres o abuelos habrían muerto antes, o se habrían casado con otras personas. ¡Las posibilidades son infinitas!

—¿Tú te crees todo eso, Syren? ¡Es la mayor sarta de mentiras que he oído en mi vida! ¡Esto huele que apesta a una trampa de los predators! —insistió Wren.

—A mí no me lo parece —le rebatió Lark, que no solía llevar nunca la contraria a nadie—. Los predators no tienen suficiente cerebro para imaginarse una mentira

semejante. De hecho, ni siquiera lo tienen la mayoría de los techs. Una cosa así tendría que haberla imaginado uno de sus jefes. Y dudo de que seamos tan importantes como para merecer tanta atención por su parte. Yo creo que dice la verdad.

¿Y tú cómo sabes tantas cosas de los techs?, pensó Syren, sin decirlo. Pero ya hablarían de eso después. Ahora era más urgente decidir qué hacían con Logan.

—Supongamos que Lark tiene razón y nos estás diciendo la verdad —empezó—. ¿Puedes contarnos qué estás haciendo aquí? Porque no se me ocurre ningún motivo por el que nadie quisiera venir a esta ciudad.

Además de ser preciosa, la chica de ojos grises tenía cerebro. Desde el principio, Logan le hablaba solo a ella, tratando de convencerla de que lo que contaba era la verdad. Y no solo porque le pareciese que era ella quien llevaba la voz cantante.

—Ya os he dicho que en mi universo yo vivo en una época bastante anterior a esta. Pero empiezo a ver que vuestro mundo es una consecuencia directa de la irresponsabilidad del mío, tal y como mi padre se temía. Veréis: hace años que científicos y gobernantes se tiran los platos a la cabeza, acusándose mutuamente: unos de estar jugando con el futuro del planeta y los otros de usar el discurso del miedo para impedir el progreso. Mi padre era de los que creían que se estaba llegando al límite de lo que la Tierra era capaz de soportar. Y, cuando se aprobó una ley que permitía explotar los últimos recursos naturales de las zonas protegidas, se dio cuenta de que ese límite se había sobrepasado. Pero no tenía forma de demostrarlo categóricamente, porque cada estudio que los ecologistas pudieran aportar era rebatido por otro aún más contundente, pagado por las grandes compañías.

Se detuvo un momento para fijarse en sus caras. Las expresiones continuaban siendo de desconfianza. Pero era evidente que le escuchaban con mucha atención.

Quizá lograse convencerlos...

—Finalmente, mi padre decidió que no había más remedio que aportar pruebas empíricas e irrefutables. Y eso significaba dar un salto al futuro de unas cuantas docenas de años y ver cuál había sido el resultado de las políticas energéticas que se estaban aprobando en nuestro tiempo. Se trataba de recoger una serie de datos verificables y volver con ellos como prueba. Pero algo debió de salir mal.

—¿Mal? —intervino el chico alto y desgarbado, de cabellos pajizos, que era quien daba la impresión de entenderle mejor—. ¿Qué quieres decir con *mal*?

—Mi padre tenía muchos enemigos. Y muy poderosos. Estaba sufriendo presiones por todos lados para detener sus experimentos. Las compañías ya habían conseguido aprobar una ley que prohibía los viajes temporales. O entre universos, como preferáis. Cuando me envió, tenía a los militares llamando a la puerta de su laboratorio. Con las prisas, debió de cometer un error y el punto de entrada a vuestro universo ha resultado estar mucho más alejado de lo que pretendíamos. En todo caso, es evidente que sus temores eran del todo fundados —acabó diciendo. Y miró directamente a los ojos grises de la chica para hacerle ver que era sincero.

—¡Por favor! ¡Todo esto es absurdo! —contraatacó el agresivo—. Si lo que dices es verdad, entonces tu propia versión de nuestro universo tendría que habernos salvado a todos hace mucho tiempo, ¿no es así? Entonces, ¿por qué el agua se lo tragó todo? ¡No dices más que mentiras para hacernos caer en algún tipo de trampa

de los techs!

—¡No tengo respuestas para todas las preguntas, lo admito! Ya os he dicho que cada realidad es distinta. Quizá mi yo de vuestro universo fracasó. Quizá no llegó a hacer nunca el viaje. ¡No tengo forma de saberlo! Lo único que sé, y después de ver vuestro mundo aún más, es que tengo que volver a casa con los datos que puedan ayudar a mi padre a detener la degradación del planeta. ¡Millones de vidas dependen de ello!

—Y si cada universo es diferente, ¿cómo estás tan seguro de que esas pruebas serán aceptadas? —dijo la afroamericana de ademán escéptico, rompiendo su silencio y dedicándole una sonrisa esquinada.

—No lo estoy —admitió Logan, volviendo a apelar a aquellos ojos grises que habían magnetizado los suyos—. Pero ¿qué otra alternativa nos quedaba? Quizá si lo ven ellos mismos no tendrán más remedio que rendirse a la evidencia. O los medios les obligarán a hacerlo. Eso ya se verá. Pero ahora tenéis que ayudarme a regresar a mi universo. ¡Por favor! ¡Estamos hablando del futuro de todo el planeta!

Syren intentó zafarse de aquella mirada intensamente azul que la buscaba con tanta insistencia. Le costaba pensar con claridad si él la miraba de ese modo. Algo en su interior le pedía creerlo y hacer todo lo que pudiera para ayudarlo. Pero no podía dejarse llevar por el puñado de emociones absurdas que la trastornaban. La vida de todos los que confiaban en ella dependía de su buen criterio. Y si Wren tenía razón, aquello significaría su fin, con toda seguridad.

—A mí solo me preocupan las vidas de los que estamos aquí —consiguió mentirle—. No tienes ni idea de cómo es nuestro mundo. Corremos peligro cada momento del día. No podemos permitirnos aceptar más riesgos.

—¿Y si yo pudiera pagaros por vuestra ayuda? —contraatacó él.

—¿Pagarnos? ¿Con qué? —Volvió a asediarle Wren—. ¡Pero si hasta lo que llevas puesto nos lo debes a nosotros!

Logan hizo una pausa teatral, creando el silencio necesario para que sus palabras cayeran como una bomba entre el grupito que lo rodeaba.

—Bueno... Podría llevaros conmigo cuando regrese para casa.

Nadie se esperaba una oferta como esa.

Logan pudo ver como el recelo con el que lo habían observado hasta entonces se transformaba en esperanza. La chica de ojos grises no debía de haber exagerado al describir sus condiciones de vida.

—Ayudadme y podréis venir conmigo —repitió, con una sonrisa tentadora—. En mi mundo vivo en esta misma ciudad. Y os aseguro que los edificios no se hundan en el mar y se puede caminar por sus calles.

—¿Tú vives en Nyork, Logan Howlett? —preguntó la rubita de la sonrisa cálida que había sido la primera en apoyarle—. ¿De verdad es como dices?

—Te doy mi palabra. Solo que nosotros la llamamos Nueva York. Ayudadme y podréis verlo con vuestros propios ojos. Allí estaréis a salvo. Y viviréis mil veces mejor, os lo prometo. Y, por favor: llámame solo Logan, guapa. Parece que estamos haciendo una escena de *El planeta de los simios* si usas también el apellido.

La chica lo miró, pestañeando.

—Es una película. No me hagas caso. Ya la veremos juntos si decidís acompañarme.

—De acuerdo. Te llamaré solo Logan... Si tú también dejas de llamarme guapa o bonita y usas mi nombre: Ibis.

Logan hizo una mueca. *Touché*.

—No me atrevería a llamarte de otro modo, teniendo un nombre tan bonito. ¿Y tú te llamas...? —preguntó, volviéndose hacia la chica de los ojos de humo.

—¿No os dais cuenta? —dijo el que se moría de ganas de vapulearlo—. ¡Se está ganando nuestra confianza con una historia absurda y que termina con una promesa que solo podremos comprobar que es falsa cuando nos haga caer de cuatro patas en la trampa de los techs!

—¿Y qué propones que hagamos, Wren? —intervino por primera vez la chica menuda y bonita, de rasgos orientales—. ¿Tirarlo al mar para que se lo coman los selachiphormes?

—¡Yo no he dicho eso, Dacnis! Que se vaya por donde ha venido. Le regalamos la ropa, e incluso un poco de comida. Hay otros clanes mucho más fuertes que el nuestro. ¡Que se arriesguen ellos a ayudarlo, si se lo encuentran!

El chico alto y desgarbado que había sido el primero en aceptar su historia volvió a intervenir.

—Ya sabéis que trato de influir lo menos posible en las decisiones del clan —dijo poco a poco, eligiendo bien cada palabra—. Pero esta vez no puedo permanecer al margen. Hace solo un rato hablábamos de cómo superar la próxima estación fría.

Acabamos de perder tres hermanos. Si lo que dice es cierto, y, por increíble que parezca, yo creo que lo es, no podemos dejar escapar una oportunidad como esta.

—¡Wren tiene razón! —Ahora era otra chica, también rubia y muy bonita, quien hablaba—. No puede demostrar nada de lo que dice. Y si le hacemos caso, acabaremos todos muertos o esclavos de los techs. Yo digo que se marche cuanto antes, mejor.

—Es cierto que no puede demostrar lo que dice —replicó la oriental—. Pero ¿qué loco se adentraría, desnudo, en la Tierra de Nadie? Está pidiendo a gritos que lo encuentre el pueblo de la noche. Además, pensad en todas las vidas que dependen de él si está diciendo la verdad. Deberíamos darle una oportunidad.

—Dacnis, acabamos de perder a Flicker, Sapphire y Swallow. ¿Quieres ampliar aún más la lista? —respondió fríamente la preciosidad que se había puesto de parte del agresivo—. Bastante tenemos preocupándonos de nosotros mismos como para embarcarnos en salvar a todo un mundo... que ni siquiera estamos seguros de que exista.

—Te olvidas de que, además de salvarlos a ellos, también nos ofrecen la posibilidad de salvarnos a nosotros —intervino entonces la chica negra—. Todos sabemos que cuando llegue el frío, siendo tan pocos y tan perseguidos...

Dejó la frase en suspenso.

—Bien —concluyó el desgarbado—. Precisamente para casos como este acabamos de elegir a una líder, ¿no es así? ¿Qué crees que deberíamos hacer, Syren?

Y todas las cabezas se volvieron en dirección a la chica de ojos grises.

No hacía ni un día que la habían nombrado jefa del clan y ya le tocaba tomar una decisión a vida o muerte.

Odiaba esa responsabilidad con todas sus fuerzas. Pero se había fijado en cómo la ejercía Flicker y se había dado cuenta de que una de las cosas que no hacía nunca era dudar. Cada resolución que tomaba lo hacía con total seguridad. Solo así conseguía evitar que el resto dudara también.

—Le ayudaremos —les dijo con un aplomo que la sorprendió incluso a ella misma—. Y tú, a cambio, nos sacarás de este infierno.

Él sonrió. Una sonrisa solo para ella. Y Syren se sintió inmediatamente culpable de que aquello la hiciese sentirse tan bien.

Y aún más cuando se enfrentó al rostro de contrariedad que ponía Wren.

—Muy bien, un dilema menos. Dinos, ¿qué necesitas, exactamente? —preguntó el alto y desgarbado, ahora que la preciosidad de ojos acerados había resuelto a su favor.

—La estación meteorológica que albergaba los servidores con los datos que busco estaba en Liberty Island. Más allá de aquellas dos torres gemelas de allí —dijo señalando a los dos edificios más altos de la ciudad, que se recortaban nítidamente en la negrura de la noche, bajo el resplandor de la luna llena—. Necesito llegar hasta ella y descargarme toda la información que haya. El complejo era estanco y si llegaron a cerrarlo antes de la inundación, con suerte podremos poner el sistema en marcha con los generadores de emergencia. Lo estudié a fondo antes de venir. Sé cómo hacerlo.

El agresivo le dedicó una sonrisa sarcástica.

—¿Pretendes ir más allá del territorio de las hijas del viento? ¿Hasta la Mano en Llamas? ¡Pues tu viaje se acaba antes de empezar, amigo! Nadie puede ir tan lejos. Ni los hermanos del caparazón estarían tan locos como para arriesgarse a hacer algo como lo que pides. ¡Los selachiphormes se te habrán comido tres veces antes de cubrir un tercio del camino! Solo las voladoras podrían llegar. Y dudo de que ellas sean tan colaboradoras como nosotros. ¿O también vas a ofrecerles llevártelas a ellas?

—Si consiguiéramos llegar allí —dijo la de ojos grises, fingiendo no haber oído nada—, ¿eso sería todo?

—Bueno, como ya debéis de haber notado, he llegado a vuestro universo algo escaso de recursos. Mi padre sospechaba que esto podría suceder: por el portal solo puede pasar material orgánico. El resto, por algún motivo, se desintegra en el trayecto. Todos los equipos que traía, ropa, mapas... todo se ha perdido. Pero en previsión, mi padre me implantó un chip orgánico aquí —se tocó la nuca— con toda la información que pudiéramos necesitar y bastante espacio para cargar en la memoria la que obtengamos en el centro meteorológico. Pero necesitaré un ordenador para operarlo, claro.

—Estupendo. ¡Elige el que prefieras, tenemos un montón! —resopló su rival.

—¿Qué clase de ordenador? —preguntó el desgarbado, ignorándole también.

—Un híperbook cuántico. Con alimentación a base de baterías nucleares y un mínimo de cinco qubits de memoria.

—¿Lo quieres de algún color en especial? Ya puestos... —Pese a que sus quejas no parecían tener demasiado éxito, el agresivo no se rendía.

—¿Por qué una máquina tan potente? —continuó el desgarbado—. ¿Tantos datos esperas reunir?

—No es solo por eso. Hay otro problema. Cuando salí de mi universo lo hice con

mucha precipitación. Demasiada. Y después de haber perdido todos los equipos... no estoy seguro de dónde volverá a abrirse el portal para volver.

—¿No será aquí mismo? —dijo la chica de ojos grises, alarmada.

—Es posible, pero no probable. De lo que estoy seguro es de que solo dispongo de siete días para conseguir la información. Dentro de una semana, exactamente, el portal volverá a abrirse y podremos cruzarlo. Con el hiperbook creo que seré capaz de calcular dónde sucederá.

—Resumiendo —dijo el agresivo—: necesitas ir hasta donde nadie sería tan loco como para arriesgarse, y conseguir una máquina de la que solo disponen nuestros peores enemigos. Una cosa es cierta: si continuamos adelante con esta idea de ayudarte, no hará falta que nos preocupemos de cómo vamos a sobrevivir a la estación fría. ¡Ninguno de nosotros seguirá con vida cuando llegue!

Syren le dedicó a Wren una mirada cargada de reproche. Empezaba a hartarse de aquella actitud infantil. Decidió cortarla de raíz.

—Wren tiene razón al decir que lo que nos pides es muy arriesgado —dijo, dirigiéndose a todo el clan—. Pero creo que el premio que nos ofreces lo vale. Como ha dicho Lark, me habéis escogido precisamente para ocasiones como esta. Pues esta es mi decisión. Ahora bien, siempre podemos volver a votar. Yo, encantada. Pero si decidís continuar conmigo, será para ayudar a Logan.

Paseó una mirada interrogante por cada uno de los miembros de su pequeño clan. En algunos vio adhesión plena. Otros dudaban demasiado como para poder ocultarlo. Y en el caso de Wren vio algo más: rencor. Pero ninguno de ellos se opuso. Ni siquiera Fairy.

Caso cerrado, entonces.

—Muy bien —concluyó, satisfecha—. Quedan pocas horas de oscuridad y deberíamos aprovecharlas. Descansemos cuanto podamos antes de que se haga de día. Mañana tendremos mucho trabajo que hacer y necesitaremos estar frescos y con la cabeza clara. Tú, Logan, puedes dormir donde quieras. Pero, que sea en un lugar donde todos podamos verte. Lo entiendes, ¿verdad?

Un rato más tarde, Syren trataba de conciliar el sueño junto a la hoguera agonizante cuando sintió un roce inconfundible a su espalda.

Wren.

Después de haber defendido tesis enfrentadas, el joven se había acurrucado en un rincón alejado del suyo. A ella le había dolido aquella actitud. Ahora se alegraba de tenerlo de nuevo a su lado. Pero enseguida se percató de que el abismo entre ambos continuaba abierto.

—¿Por qué me haces esto, Revoltosa? —le cuchicheó él, dolido.

—¿Hacerte qué, Wren? Hace solo un rato decías que había nacido para ser la jefa del clan. ¡Soy yo quien debería estar furiosa! Lo que nos ofrece Logan es una oportunidad única. Sabes muy bien que si continuamos como hasta ahora tenemos los días contados. Solo he hecho lo que creo que es lo mejor para todos.

Él la miró con intensidad. Reflexionó un momento antes de responderle:

—¿Sí? ¿Estás segura de eso? ¿No tiene nada que ver con la manera como te miraba ese tal Logan?

Ella sintió algo dentro. Como un hydrophidio deslizándose en un mar en calma. Le costó disimularlo.

—¿Pero qué dices, Wren?

—Lo que digo, Syren, es que, si me lo pides, sabes que te seguiré hasta la Mano en Llamas sin preguntarte por qué. Pero, por favor, no me tomes por idiota. Te conozco demasiado bien como para que puedas esconderme algo así.

—No te entiendo...

—Syren, ambos sabemos cómo son las cosas entre nosotros: yo te lo daría todo y lo querría todo a cambio. Tú tienes suficiente con mucho menos, y tampoco pides demasiado. He ido a tu ritmo, aunque muchas veces sintiera que no era suficiente. Pero sabía a qué atenerme. Desde que Logan ha aparecido de la nada, todo se ha puesto patas arriba.

—Wren, no puedes estar diciéndolo en serio.

—¿Te da miedo oírlo, Syren? ¿Te asusta que te diga que tú tienes bastante con un pedacito de mí, mientras que yo te necesito entera? ¿O que no te he visto nunca mirarme a mí como le mirabas a él esta noche, mientras te engatusaba con su cuento de hadas? En cuál de ambas cosas me equivoco. ¿Puedes decírmelo, por favor?

—Wren... no puedes pensar eso... ¡Tú me conoces!

—Creía que te conocía, Syren. Lo creía de veras. Pero ahora ya no estoy tan seguro. De todos modos, tranquila. Sabes que te apoyaré. Como hago siempre.

Y, sin decir nada más, se arrastró de nuevo hasta su rincón y le dio la espalda. Dejándola llena de remordimientos e inseguridades.

Unos cuantos pasos a su derecha, Fairy sonreía por primera vez en mucho tiempo, después de haber escuchado su conversación.

Tan pronto como la luz del sol empezó a filtrarse por entre los listones rotos que cubrían las ventanas, Syren puso al clan en marcha. Les esperaba un día largo y peligroso. Les hizo desayunar más que de costumbre, y mientras Raven repartía lo poco que habían pescado el día anterior, ella les fue contando el plan que había diseñado durante la noche.

—He pensado mucho en lo que se dijo ayer —empezó, mirando sucesivamente a Wren y a Logan—. Y creo que lo mejor que podemos hacer es ir paso a paso. Si lo entendí bien, Logan, sin el ordenador que necesitas no podrás volver a casa. ¿Tengo razón?

Él la miró con desazón. No habría cambiado de opinión durante la noche, ¿verdad?

—No —reconoció—. Sin poder calcular las coordenadas, buscar el lugar donde se abrirá el portal sería como intentar encontrar una aguja en un pajar.

Ellos le miraron sin entenderle.

—Imposible. Será imposible —les dijo Logan, cayendo en la cuenta de que jamás habían visto un pajar.

Syren meneó la cabeza.

—Es lo que pensaba. Muy bien, pues. Ante todo, lo que necesitamos es la máquina. Lark —dijo, volviéndose hacia él—, ¿dónde podemos encontrarla?

—¿Por qué me lo preguntas a mí? —respondió el desgarrado, fingiendo sorpresa.

—No es lo único que debería preguntarte, Lark —le aseguró ella, muy seria—. Pero ahora el tiempo corre y tenemos prisa. Ayer quedó claro que sabes mucho más de lo que parece sobre muchas cosas. ¿Piensas ayudar a tu clan, sí o no?

El muchacho no esperaba que le pusieran entre la espada y la pared. Tardó un poco, pero acabó respondiendo tal y como Syren había previsto que haría.

—Un ordenador como el que pide Logan solo lo tienen los techs. Pero está claro que no nos lo darán, por muy educadamente que se lo pidamos. La otra única posibilidad que se me ocurre son los constructores de puentes. Esos tipos amontonan todo lo imaginable gracias a los peajes. Pero, en el caso improbable de que tuviesen uno, no quiero ni pensar qué precio son capaces de pedir por él...

Syren no tuvo que reflexionar demasiado. También había previsto aquella respuesta.

—Bien. Si llegamos a ese punto, tendremos que tratar de negociar lo mejor que sepamos. Supongo que algo como eso solo lo guardarán en el corazón de su territorio, ¿no?

—Yo no lo dejaría en otra parte. No creo que ellos lo hagan.

—Pues terminémonos el desayuno y pongámonos en marcha. Nos espera un camino difícil.

El territorio de los constructores de puentes estaba al sur del lugar donde habían pasado la noche. Entre las zonas controladas por los techs y los predators y la que pertenecía a las hijas del viento. Su edificio principal era uno de los más impresionantes de la ciudad. Una construcción enorme, de planta ligeramente ovalada, rematada a ambos lados por dos torres cuadradas, acabadas en un tejado a cuatro aguas y con tres hileras de ventanas dobles en cada cara. El cuerpo central de la construcción era aún más colosal: coronado por una torre culminada en cuatro puntas a cada extremo y un templete central, soportado por una hilera de columnas dispuestas en forma circular. Y, como guinda, la estatua de una mujer descalza, sobre una esfera, con vestido ondulado, corona de laurel y otra de cinco puntas en la mano izquierda.

En Nyork todo el mundo lo conocía como el Templo.

Partiendo desde allí, el clan había extendido una red de puentes colgantes por todo su territorio, mucho más completa de la que pudiera disponer cualquier otra zona. Cada una de esas pasarelas estaba controlada por guardias en cada extremo, que podían hacerlas caer en pocos segundos, enviando a los posibles invasores a una muerte segura.

Syren había decidido que la manera más rápida de llegar hasta el líder de los constructores sería plantarse en uno de aquellos puentes fronterizos y pedir que los llevaran hasta él. No era algo que se hiciera todos los días en Nyork y las consecuencias eran absolutamente imprevisibles.

Pero no se le ocurría nada mejor.

Tendría que confiar en la honradez de los constructores de puentes.

O, mejor aún, en poder ofrecerles algo que considerasen más valioso que lo que les pagarían los techs a cambio de entregarlos.

El camino que llevaba hasta los límites del territorio de los constructores de puentes era peligroso. La Tierra de Nadie se extendía por una larga franja de edificios que apenas sobresalían unos pocos pisos del mar y que no pertenecían a ningún clan. En consecuencia, para ir de unos a otros no había más remedio que usar los antiguos puentes o, peor aún, aventurarse a cubrir a nado la distancia entre bloques. En eso, los pastores de algas eran mejores que cualquier otro clan, incluidos los hermanos del caparazón. Porque mientras que estos habían confiado su supervivencia a la domesticación de grandes quelonios, que usaban como animales de tiro para sumergirse en las profundidades de la ciudad y extraer los utensilios con los que después comerciaban, los pastores de algas habían mutado su anatomía para convertir el agua en su elemento. La capacidad de respirar bajo la superficie y las membranas

retráctiles que habían desarrollado en manos y pies les permitían nadar a gran velocidad y no tener que salir nunca a respirar, como sí se veían obligados a hacer los hermanos del caparazón, a pesar de sus pulmones superdesarrollados.

Además, un rápido nadador en solitario siempre era una presa más escurridiza que otro que se movía bajo el agua aguantando la respiración, a caballo de uno o más quelonios a los que dominaba gracias a unas largas riendas de cuero.

Y los selachiphormes eran cazadores perezosos, que siempre elegían la presa más fácil.

Pasaron la mayor parte de la mañana atravesando a la carrera los puentes abandonados para evitar ser objetivos fáciles para un escualo, o buceando a toda velocidad entre una zona seca y la siguiente. Cuando tenían que nadar, Wren se ocupaba de ayudar a Lark, mientras que Syren lo hacía con Logan. Eso provocó que ambos pasaran mucho rato juntos, cerrando la hilera que abrían Elaenia y Raven; y les dio la oportunidad de hablar con algo más de intimidad de la que habían dispuesto hasta entonces.

Logan no dejó pasar la ocasión.

—Todavía no te he dado las gracias por ayudarme —le dijo mientras atravesaban la planta húmeda de un antiguo edificio de oficinas, con el agua lamiéndoles los tobillos.

—No hace falta que lo hagas —le respondió ella, intentando aparentar indiferencia—. No lo he hecho por ti. Si es verdad que puedes sacarnos de Nyork, como aseguras, eres nuestra mejor esperanza de seguir vivos.

Pero Logan no era de los que se desanimaban fácilmente.

—Sea por lo que sea: gracias. Sin ti, ahora mismo estaría dando vueltas en pelotas, esperando turno para acabar en la barriga de uno de esos bichos que tanto miedo os dan.

Syren tuvo que sonreír al imaginarse aquella imagen.

—¡Ah! ¿Puedes reírte? Ya empezaba a temer que sufrías parálisis labial...

—No hemos tenido demasiados motivos para estar alegres en los últimos tiempos, ¿sabes? —Se defendió ella—. Ayer mismo, poco antes de que tú... llegaras, por decirlo de alguna manera, perdimos a tres miembros del clan. Tu ropa pertenecía a uno de ellos, ya debes de haberte dado cuenta. Hace mucho que no nos pasa nada bueno —le dijo, deteniéndose para mirarlo—. Y necesitamos un poco de suerte. Desesperadamente. Espero no haberme equivocado contigo.

Logan casi pudo sentir el peso de la responsabilidad sobre sus hombros. En aquel momento, nada le parecía más terrible que poder llegar a decepcionarla.

—Todo lo que os he dicho es verdad. Ya lo verás. Lo que siento es tener que ponerlos en peligro primero para poder ayudarlos más tarde. Desearía que no fuese necesario, te lo prometo.

O era sincero, o un mentiroso envidiable. Ella optó por lo primero, y se permitió relajarse un poco.

—Ya te dijimos que nuestra vida no es fácil. Si tenemos que arriesgarnos, vale más que sea hoy, por algo, que mañana, por nada.

Se calló. No estaba resultando fácil hablar con ella. Entonces, de repente, Syren le abrió una puerta al preguntarle:

—¿Cómo es?

—¿Cómo es, qué?

—La ciudad. Seca. ¿Cómo es?

Tuvo que pensarlo un poco antes de contestar.

—Dura. Arisca. Exigente. Despiadada. Pero también fascinante. Llena de vida y de oportunidades. Un lugar donde lo tienes todo ahí, esperándote, si tienes agallas y ganas de ir a por ello. Y también un poco diferente de cómo era la vuestra antes del agua, por lo que he podido ver. Aquellas dos, por ejemplo —dijo señalando las enormes torres gemelas que se alzaban en el extremo de la ciudad al que se dirigían—, ya no estaban cuando yo nací. En su lugar había una sola torre, aún más alta. ¿Cómo se salvaron, por cierto?

Syren le miró, desconcertada.

—¿Salvarse? No te entiendo. ¿Salvarse de qué?

Él meneó la cabeza. Demasiado complicado de contar mientras el agua le llegaba a los tobillos y el tiempo corría en su contra.

—Olvídalo. Te lo contaré cuando estemos en casa. Estoy seguro de que te encantará.

—Eso no será difícil —replicó ella, reemprendiendo la marcha—. Casi cualquier cosa que no sea esto tiene muchas posibilidades de encantarme.

—¿Cuánto lleváis así de mal? —Ahora era Logan quien preguntaba.

—Algo más de dos ciclos solares. Cuando yo era niña, las cosas no eran tan duras. Estaban los selachiphormes, por supuesto. Y también los hydrophidios. Y los clanes ya luchaban entre ellos. Pero los predators no eran tan fuertes. Y los techs eran solo un puñado de gente extraña, que no pintaba nada. De los ocho grandes clanes, el más poderoso eran las hijas del viento. Y ellas no se metían en la vida de los demás. Comerciabamos unos con otros y las disputas eran esporádicas. Pero había equilibrio. Entonces, Wired se convirtió en el líder de los techs y todo se fue a pique.

—¿Wired?

—El jefe de los techs, ya te lo he dicho. Nunca sale de la Cúpula. —Señaló su cuartel general: una torre alta y elegante, rematada por una corona cruciforme, de acero, formada por siete vueltas concéntricas montadas una encima de la otra y decoradas con ventanas triangulares y estrías que recordaban los rayos del sol—. Casi nadie le ha visto en persona, pero todo el mundo conoce su nombre. Es él quien encontró la manera de devolver la energía a sus máquinas y quien forjó la alianza con los predators. Desde entonces, se han convertido en el clan más poderoso de todos. No hay nadie que no haya sufrido las consecuencias, pero los pastores de algas nos hemos llevado la peor parte. A nosotros nos han exterminado o convertido en sus

esclavos. Casi seguro, el nuestro es el último grupo libre que queda. Ahora la ciudad solo tiene ya siete clanes principales. El nuestro es historia.

—¿Por qué os odian tanto? ¿Qué les habéis hecho?

—¡Nada! Puedes creerme. Mi padre pensaba que todo estaba relacionado con las algas. Pero cuesta de creer. Hasta que todo esto empezó, solo nosotros les sacábamos provecho. Nadie más las quería para nada. ¡Si hasta se ponían enfermos cuando las tocaban! Ahora, lo que queda de mi pueblo las recoge solamente para Wired. Y lo hace en condiciones terribles. No pasa un ciclo lunar sin que muera alguien. A veces hasta podemos oír sus gritos entre los edificios, cuando los atacan los selachiphormes.

—Le echas de menos, ¿verdad?

Ella supo que se refería a su padre.

—Mucho —reconoció—. Mamá murió al dar a luz a Ibis. Ya casi ni puedo recordar su rostro. Él nos crio a ambas y nos enseñó todo cuanto sabemos. Murió para salvarnos durante uno de los primeros grandes ataques de los predators. ¿Tú no añoras al tuyo?

—¿A mi padre? —Logan hizo una mueca—. Es complicado. Mi relación con él es muy diferente de la que tenías tú, a pesar de que mi madre, como la tuya, también murió cuando yo era niño. Pero él siempre ha estado demasiado centrado en sus experimentos. Y la mitad de las veces que levantaba los ojos para mirarme, era solo para decirme lo que estaba haciendo mal. Nos queremos, supongo. Pero no sabemos cómo hablarnos.

—Aun así, ha confiado lo bastante como para depositar en ti el futuro de tu universo —le señaló ella—. ¿Tienes hermanos?

Logan negó con la cabeza. Ella intuyó que había algo de lo que no quería hablar y no insistió.

—¿Y compañera? —añadió, como de paso—. ¿Hay alguien?

—¿Quieres saber si tengo novia? —dijo él, sonriente.

Syren deseó haberse mordido la lengua. Había sido demasiado transparente. Ahora ya no tenía remedio.

—Pareja, sí —tuvo que admitir, incómoda.

Él se quedó dudando. Lo que aquello hacía entrever la molestó aún más de lo que había supuesto.

—No es una pregunta tan difícil, me parece a mí —exclamó, irritada—. No hace falta que contestes, si no quieres. ¡Solo te lo he preguntado para charlar un poco!

—¡No, no es eso! —se apresuró a responderle—. Sí, había alguien: Madison. Pero es complicado... Yo...

En aquel momento, Elaenia llamó a Syren desde el otro extremo de la fila, pidiéndole que fuera, y ella se sintió aliviada de poder terminar con aquella conversación que había derivado hacia un terreno en el que no se encontraba nada a gusto.

—¿Sabes, Logan?, nada parece fácil contigo —le espetó, mientras le obligaba a detenerse con la mano para ir a ver qué pasaba unos pasos más adelante, dejándole con un palmo de narices.

Un poco más allá, Wren los vio separarse. Y solo por la manera de andar de Syren se dio cuenta de que algo la había molestado profundamente. Fue la primera vez que tuvo un motivo para alegrarse desde la llegada de aquel extranjero tan molesto.

—¿Qué sucede? —preguntó Syren cuando llegó a la cabeza de la fila.

Elaenia le señaló un puente muy deteriorado que se balanceaba frente a ellas, al ritmo del viento.

—No tiene buena pinta, ¿no crees? —le dijo con una mueca—. Pero la distancia hasta el siguiente edificio es demasiado larga como para ir nadando. ¿Qué hacemos?

Syren se quedó contemplando aquella trampa, dubitativa. No había decidido nada cuando Wren se les añadió.

—¿Por qué nos paramos? —preguntó.

—Mira —le dijo Syren, sintiéndose aliviada por tenerle a su lado—. ¿Qué te parece? ¿Por arriba o por abajo?

Él observó primero el puente destartado y después el brazo de mar que los separaba de la torre más cercana. Malo o peor: la elección soñada.

—Sería la tercera vez que nadamos esta mañana y todavía no hemos visto ni rastro de selachiphormes. No sé. Quizás están merodeando por otra parte de la ciudad...

—O quizás hemos levantado la liebre con tanto movimiento y los tenemos justo bajo los pies —opinó Elaenia.

—En ese caso, el primero que ponga los pies en ese puente será historia. —Wren le devolvió una sonrisa de circunstancias. Ambos se llevaban bien pese a discrepar a menudo.

—Tienes razón —decidió Syren—. Pero si es así, solo perderemos a uno. En el agua podríamos acabar todos muertos. Vayamos por arriba. Yo iré delante.

—¡Ni hablar! —protestó el muchacho—. No podemos arriesgarnos a perder al jefe del clan otra vez. Tú te quedas. Iré yo.

—No —intervino Elaenia—. Es verdad que hay que proteger a Syren. Pero tampoco podemos arriesgarnos a perderte a ti: eres el más fuerte y el mejor nadador que nos queda. Ni tampoco a la sanadora. Ni al único que entiende a Logan cuando habla de ordenadores y portales. Ni a ninguno de los dos niños, por supuesto. Tendremos que ser Fairy o yo. Es la decisión más sensata.

—¡Yo ya no soy ninguna niña! —protestó Ibis desde detrás—. Estoy a punto de cumplir quince ciclos.

—¡Uy! Disculpa, venerable... —ironizó Elaenia sin hacerle caso—. No discutamos. Iré yo.

Syren se dio cuenta enseguida de que lo que intentaba evitar era que le tocara a Raven. Pero como solo tenía un ciclo menos que Ibis, los ponía a ambos en el mismo saco, buscando su apoyo. No la culpaba. Ella tampoco quería ver a su hermana

pequeña jugándose la piel en aquella pasarela precaria. Estaba a punto de aceptar el ofrecimiento de Elaenia cuando oyeron gritar a Fairy:

—¡Raven, no! ¡Vuelve!

Todos corrieron hasta el puente. Demasiado tarde. El niño ya había hecho un cuarto del trayecto.

—¡No le he visto hasta que ya estaba demasiado lejos! —Intentó disculparse Fairy. Syren vio en sus ojos que decía la verdad. Le puso una mano en el antebrazo para hacerle ver que no la culpaba de nada.

—¡Raven! —le llamó—. ¡Soy la líder y te ordeno que regreses!

El niño contestó sin apartar los ojos del puente. Iba bastante deprisa, pero no arriesgaba más de lo necesario.

—¡No digas tonterías, Syren! Ya estoy casi a medio camino. Y dejad de chillar, ¿queréis? ¡No solo tenemos que escondernos de los selachiphormes!

Syren hizo una mueca de frustración. Era verdad. Los demás también lo vieron. No les quedó más remedio que observar como Raven recorría el resto del puente, rogando para que no le pasara nada.

Deseando ser útil, Syren escrutó las oscuras aguas que se abrían a sus pies, intentando detectar alguna señal que delatara la presencia de selachiphormes. Mientras lo hacía, oyó jurar a Elaenia:

—¡Crío del demonio! Si llega entero al otro lado, yo misma me lo llevaré por delante. ¡Palabra!

Raven no tardó demasiado en cubrir la distancia que lo separaba de la seguridad del otro extremo. Cuando lo hubo hecho, se puso las manos en la boca para hacer bocina y les gritó:

—¡Está mejor de lo que parece! Solo tiene una parte realmente mala, a tres cuartos de camino. ¡Si pasamos uno a uno, y deprisa, lo conseguiremos!

Elaenia suspiró de alivio. No solía expresar tan a las claras lo que sentía. Syren no recordaba la última vez que la había visto tan angustiada.

—De acuerdo. No perdamos tiempo, pues. Elaenia, tú irás primero. Después, Fairy, Ibis, Dacnis, Wren y Lark. Logan y yo cerraremos la marcha.

Wren iba a protestar cuando ella se le adelantó:

—¿Por qué me votas como jefa si luego no dejas de llevarme la contraria? ¡Lo haremos en ese orden!

El chico aceptó a disgusto. Su cara, sin embargo, hablaba por sí misma.

—Ir la última es casi tan peligroso como ir la primera —masculló finalmente. Pero se dio media vuelta y observó cómo los otros empezaban a atravesar tal y como había dispuesto Syren.

Elaenia se aventuró la primera. Cruzar le costó mucho más tiempo y sudores de los que había empleado Raven. Pero llegó entera. Apenas se reunió con el niño, le asestó un coscorrón que pudo oírse desde el otro lado.

—¡Jamás vuelvas a hacerme algo así! ¿Me has oído bien?

Raven, que no solía aceptar nada bien ni las órdenes ni las críticas, encajó ambas cosas sin protestar. La conocía lo suficiente como para saber que aquello era más una muestra de afecto que de reproche.

Fairy, más ligera que Elaenia, pasó casi tan deprisa como lo había hecho el niño. Igual que Ibis. El puente, sin embargo, crujía y se balanceaba cada vez más. Y cuando la niña llegó al segmento crítico, la madera chasqueó, amenazante, y una tabla se desprendió inesperadamente. Cayó a plomo hasta impactar en el agua, muchos metros más abajo. Syren sintió que el corazón dejaba de latirle. Pero no pasó nada más e Ibis pudo completar el camino sin percances.

—¡Id con mucho cuidado! —les avisó—. ¡Raven tenía razón: esa parte está muy mal!

Lark levantó una ceja.

—Es, precisamente, la clase de cosa que quería oír antes de poner los pies en este jodido puente... —masculló, antes de dar el primer paso.

Mientras avanzaba, más despacio que ninguno de los que habían ido antes, Syren tuvo el presentimiento de que aquello no saldría bien.

Pero Lark consiguió pasar por encima del segmento peligroso sin caerse y llegó al otro lado para que Dacnis pudiera recibirle con un abrazo cargado de alivio.

Wren la miró con el rostro crispado por la angustia.

—¿Seguro que no quieres ir tú?

—¡Anda, ve! Tranquilo, estaremos bien...

Resignado, el muchacho hizo lo que le pedían.

No había llegado ni a un cuarto del camino cuando Syren creyó oír algo a sus espaldas. Se separó de Logan, que continuaba con la vista clavada en la pasarela, y aguzó el oído. Esta vez pudo escucharlos claramente:

Predators. Aullando como animales.

¡Les habían encontrado!

—¡No podemos esperar más! —le dijo a Logan, mientras distinguía las primeras sombras, al otro extremo de la planta—. ¡Corre!

—¡Pero el puente no soportará tanto peso!

—¿Ves a esos tipos? Los agujeros que llevas en la ropa los hicieron ellos...

Logan tragó saliva y le hizo caso. La pasarela respondió con un crujido amenazador cuando la obligaron a soportar tanto peso. Al oírlo, Wren se revolvió, indignado.

—¿Qué diablos...?

Enseguida vio a sus amigos en el puente, y, más allá, a los predators que les pisaban los talones. Él también empezó a correr, sin hacer caso de lo mal que estaba la pasarela.

Cuando llegó a la peor parte, pudo ver las olas a través del boquete que había abierto Ibis. Pasó por encima procurando apoyar su peso lo menos posible.

Fue inútil. El puente dijo basta.

Las maderas, viejas y podridas, se partieron y un segundo después Wren se quedó colgando, aferrándose con una sola mano a la barandilla que aún resistía.

Al verle caer, Fairy gimió de angustia. Antes de que nadie pudiera impedirselo, corrió a ayudarlo, avanzando a rastras sobre las tablas que se balanceaban como hojas azotadas por el vendaval.

La estructura entera se tambaleaba, amenazando con ceder.

Las cuerdas trenzadas chasquearon y empezaron a romperse. Elaenia se apresuró a agarrar las de un lado, indicándole a Raven que la ayudara. Entendiendo lo que pretendía, Lark y Dacnis corrieron a hacer lo mismo con las del otro lado. Los temblores aminoraron, pero solo un poco.

Desde el otro extremo del puente les llegaba el ladrido rabioso de las armas de los predators.

Fairy estuvo a punto de caerse un par de veces. Su ligereza, sin embargo, le permitió recuperar el equilibrio en el último instante y, sin detenerse, llegar hasta donde Wren pataleaba desesperadamente, intentando volver a subirse a la pasarela.

Le alargó el brazo.

—¡Dame la mano! ¡Te ayudaré a subir!

—¡Peso demasiado! No podrás. ¡Nos caeremos los dos!

—¡Pues nos caeremos! ¡Dame la mano!

Wren se dio cuenta de que no lo lograría él solo. Logró balancearse, soportando todo el peso de su cuerpo con una sola mano, y consiguió asir la que ella le ofrecía. Fairy tiró de él con todas sus fuerzas.

Y pudo hacerle subir.

Logan se detuvo un momento para mirar atrás.

Todavía a unos cuantos metros del puente, tres exploradores predators, peinados con crestas de colores llamativos y los brazos y pechos tatuados profusamente, disparaban contra ellos.

—¡No te detengas! —le urgió Syren, empujándolo—. ¡Corre!

No lo conseguiremos, pensó él, volviendo a avanzar tan deprisa como la tambaleante pasarela le permitía.

Fairy volvió a poner el pie en el edificio a la vez que las cuerdas se desmenuzaban entre los dedos de sus amigos. Con un respingo de dolor, Elaenia fue la última que se resignó a soltarlas.

El puente se desmoronó.

La figura de Wren, que iba algo más atrás, desapareció ante sus ojos, seguida por la de toda la estructura colgante.

Un instante después, solo quedaba el vacío.

Syren vio como Logan se detenía en mitad de la pasarela.

—¡Corre! —le insistió, sin ver lo que estaba pasando en el otro extremo, con Wren—. ¡Los tenemos encima!

Antes de poder hacer nada más, sintió la mordedura de un proyectil en el hombro y dejó escapar un grito de dolor.

El impacto la hizo tambalearse. Sus pies perdieron contacto con las tablas y, con espanto, se dio cuenta de que caía de cabeza al agua, sin posibilidad de agarrarse a nada para evitarlo.

—¡Ayudadlo! —suplicó Fairy, abalanzándose hasta el borde.

Solo entonces Elaenia distinguió los dedos de Wren, a punto de resbalar.

Antes de que pudiera llegar ella, Ibis y Lark fueron más rápidos y lograron asir a su compañero por los brazos, ayudando a Fairy a izarlo hasta la cornisa.

—¡Y Syren! —gritó él, apenas logró recuperar el aliento—. ¿Dónde está Syren?

Cuando notó que el puente se desmoronaba bajo sus pies, Logan solo pudo aferrarse a la barandilla.

La pasarela se rompió en dos partes. La más larga, en el extremo que ahora ocupaban los predators, cayó hasta hundirse parcialmente en el mar. La otra, mucho más breve, se precipitó contra la fachada del rascacielos al que estaban intentando llegar. Aferrado a la cuerda, Logan se preparó para el impacto encogiendo el cuerpo. Pero tuvo suerte y, en lugar de estrellarse contra los cristales, se sorprendió dando con las posaderas en el suelo.

Había atravesado limpiamente uno de los agujeros de la fachada, yendo a parar al interior del edificio. Enseguida se palpó el cuerpo. ¡Ni un rasguño! Iba a echarse a reír, maravillado de la suerte que había tenido, cuando le asaltó la duda:

¿Dónde diablos está Syren?

La caída habría podido ser mucho peor.

En lugar de la terrible plancha que habría sufrido de chocar de espaldas contra la superficie, Syren logró dar un voltereta en el aire y zambullirse elegantemente, con las manos por delante. Apenas notó el frío envolviéndola, desplegó las membranas retráctiles de manos y pies y dejó que el agua le penetrara hasta los pulmones,

respirando el oxígeno sin dificultades. Enseguida, el agua se tiñó de rojo a su alrededor. Torció el cuello para hacerse una idea de la gravedad de la herida. El hombro sangraba y le latía de dolor, pero, aparentemente, la bala solo le había hecho un rasguño, sin llegar a penetrar en el cuerpo.

Braceó frenéticamente. Si todo el ajeteo que había organizado al entrar en el agua no había bastado para atraer a los selachiphormes hacia su posición, aquella sangre, sin duda, lo haría. ¡Tenía que salir de allí!

Apenas había empezado a nadar cuando vio la figura de Logan penetrando, con torpeza, en el agua.

¿Qué está haciendo? ¿Es que se ha vuelto loco?

Cambió de rumbo para nadar hacia él tan deprisa como le permitía el hombro dolorido. Detrás, intuía ya la enorme forma de un selachiphorme, que se les acercaba con las mandíbulas abiertas de par en par.

Logan no se había parado a considerar el riesgo. Al no ver a Syren a su lado, le había faltado tiempo para asomarse por el agujero de la fachada, para buscarla. El agua todavía estaba removida allí donde se la había tragado el mar. En el otro extremo, los predators aullaban, eufóricos por haber conseguido derribar la pasarela con ellos encima.

Se quedó unos instantes esperando verle asomar la cabeza. Ni rastro.

Logan era un buen nadador. De hecho, había estado a punto de entrar en el equipo del instituto antes de decidirse por el boxeo. Se deshizo de la pesada chaqueta que había heredado de Flicker, se quitó las botas y se arrojó de cabeza al mar para ir a buscarla.

Entró en el agua con los ojos abiertos y lo que vio le heló la sangre: dos hileras de dientes de un palmo de longitud, afilados como cuchillos, avanzando como un torpedo directamente contra él.

Syren tuvo el tiempo justo de asirlo por el brazo y apartarlo de la trayectoria del escualo. El hocico puntiagudo del selachiphorme le pasó rozando las costillas, con la fuerza de un martillazo. Los enormes incisivos se cerraron inútilmente, tragando agua en vez de la carne y los huesos deseados.

Sin soltarlo, Syren empezó a usar el brazo sano y sus pies de palmípedo para buscar refugio en el edificio hundido. Con las membranas retráctiles abiertas, sus pies tenían casi el doble de diámetro que cuando estaban en tierra, y la propulsaban igual que dos enormes palas. Lo mismo pasaba con las manos, a pesar de que solo podía utilizar una.

No necesitó mirar hacia atrás para saber que el selachiphorme había virado y regresaba para un segundo intento.

Si no hubiese llevado una mochila del tamaño de Logan a cuestas y con un edificio tan cerca para esconderse, Syren habría tenido muchas posibilidades de burlar al escualo.

Pero arrastrando aquel peso que, encima, se movía con la torpeza de una foca herida, no tenía ninguna.

Aun así, ni se le pasó por la cabeza soltarlo.

Sabiendo que no llegaría, continuó dando paladas con los pies, rogando para que Logan dejase de agitarse y de entorpecer su avance.

A su espalda, el selachiphorme acortaba distancias rápidamente gracias a la velocidad endiablada que le permitía su enorme aleta caudal.

Syren casi podía sentirlo encima. Su padre le había contado muchas veces como al abuelo se lo había llevado para siempre uno de aquellos monstruos, mientras recogía algas. Ella no había pensado nunca que acabaría del mismo modo.

Un último esfuerzo. ¡Estaba tan cerca!

Esperaba sentir el mordisco en cualquier momento cuando, a su derecha, el agua se llenó de objetos que caían a plomo. Viejas y enormes mesas de despacho, sillas, archivadores... entrando en el mar como proyectiles lanzados desde muy arriba.

Los selachiphormes son tremendamente sensibles a los pequeños campos eléctricos que crean los objetos y los seres vivos al moverse en el agua. Aquella ráfaga le hizo desviar su atención.

Solo un momento.

Syren no necesitó más que eso.

Los pulmones de Logan estaban a punto de estallar cuando ella lo arrastró fuera del agua. Habían entrado por una de las muchas aberturas que tenía la fachada bajo el mar y ella se había ido derecha a la superficie.

Perderse en la oscuridad de aquellas enormes estructuras anegadas era muy fácil. De haberlo hecho, el muchacho se habría ahogado sin remedio.

Pero, una vez más, tuvieron suerte.

Logan tosió, escupiendo parte del agua que había tragado. El corazón le latía, desbocado, y no conseguía sacarse de la cabeza la imagen de aquella boca que no se acababa nunca, repleta de dientes de trituradora.

—¿Qué coño pensabas que hacías? —le gritó ella, sin darle ni siquiera la oportunidad de recuperar el aliento—. ¡Has estado a punto de conseguir que nos mataran a los dos!

—Yo... solo quería... salvarte... —Trató de justificarse él, entre accesos de tos.

—¿Salvarme? ¿Tú? ¡Ni las hijas del viento son tan torpes nadando! ¡Has estado a esto de que te mordiese! —Levantó la mano en el aire y unió el pulgar y el índice para escenificar lo poco que había faltado.

—Ya lo sé, ya lo sé. No hace falta que lo jures... —dijo él, levantándose la camiseta para palparse el costado donde lo había golpeado el morro punzante del selachiphorme, haciendo una mueca de dolor. Empezaba a formársele un hematoma de grandes dimensiones.

—¿Estás bien? —Toda la cólera de ella desapareció al ver la herida. Se le acercó para examinarla de cerca.

—Yo, sí. ¿Y tú? —contestó Logan, haciéndola girar con delicadeza para poder hacer lo mismo con el hombro donde la había alcanzado la bala.

—Sí, sí. No es nada... Un rasguño —empezó a decir ella.

Notó las puntas de sus dedos acariciándole la piel y fue como si una pequeña descarga eléctrica surfease a lo largo de su espinazo. Se dio cuenta de que estaban a punto de tocarse con la punta de la nariz. Una vez más se maravilló de lo intensamente azules que eran sus ojos, y casi pudo sentir su aliento en los labios.

Se le erizó el vello de la nuca.

—No me he parado a pensar —le cuchicheó él—. Solo he visto que aquel maldito puente ya no estaba y que no te veía por ninguna parte. Y he tenido que saltar a salvarte.

—Le dijo la piedra al delfín... —contestó ella en el mismo tono íntimo. Quizá no había sido la cosa más inteligente del mundo. Pero seguramente sí la más valiente. Y la más bonita. Se había jugado la vida por ella, sin pensar ni un momento en las

consecuencias.

Se daba cuenta de que no era correcto estar a tan poca distancia de sus labios, pero no tenía ningunas ganas de separarse.

En realidad, se moría de ganas de acercarse aún más.

—Has estado a punto de hacer que nos matasen para poder jugar al héroe, ¿te das cuenta? —Trató de reñirle. Pero lo que le salió no tenía ni un vago tono de reproche.

—No quería jugar al héroe —contestó él, rozándola—. Solo pretendía ayudarte. Ha sido terrible pensar que podías estar...

Syren jamás había sentido aquella especie de corriente eléctrica recorriéndole todo el cuerpo. Una parte de sí misma, muy poderosa y hasta entonces muy callada, le exigía ahora que se dejase llevar por lo que sentía.

Y lo habría hecho, pero estaba a punto de besarle cuando oyeron el rumor de varios pies, bajando por las escaleras a toda prisa.

Se apartó de él justo a tiempo de evitar que Wren los pillase de aquella forma.

—¡Syren! ¿Estás bien? —Corrió a su lado y la abrazó, descubriendo la herida que todavía sangraba un poco—. ¿Qué te han hecho? Déjame ver...

—No es nada. Apenas me ha rozado.

Los demás llegaron enseguida. Dacnis se acercó a Syren para examinarle el hombro. E Ibis, a quien no se le escapó como el recién llegado aceptaba con contrariedad que Wren lo apartase para abrazar a su hermana mayor, se acercó a él y le susurró con dulzura:

—¿Y tú, Logan Howlett, estás bien?

El muchacho apartó los ojos de aquella escena que le desagradaba tanto y hasta consiguió dedicarle una sonrisa a la rubita que se preocupaba por él.

—Entero, *bonita*. Pero recuérdame que no vuelva a hacerlo nunca más, ¿quieres?

—Ve con cuidado —le respondió ella, devolviéndole la sonrisa—. Una chica podría acostumbrarse a que la llamen *bonita* con ese vozarrón tuyo.

—¿Tú crees? —dijo él, torciendo el gesto mientras se palpaba el moratón y dedicaba un último atisbo esquinado al trío que formaban Dacnis, Wren y Syren—. Me parece que no todo el mundo en tu familia piensa igual.

Ibis estuvo tentada de decirle lo equivocado que estaba.

Pero algo en su interior le dijo que Logan tenía que descubrirlo por sí mismo.

Cartwright era el guardián de la pasarela que conducía al corazón mismo del territorio de los constructores de puentes. Un cargo importante dentro de su clan, que llevaba ejerciendo desde hacía casi diez ciclos solares.

Pero, en todo ese tiempo, jamás había visto nada parecido.

Acercándose a través de la planta que habían limpiado en el edificio de enfrente para evitar que nadie pudiera tomarlos por sorpresa, vio llegar a un grupo de adolescentes con las manos en alto. Pastores de algas, a juzgar por su aspecto.

Habría jurado que ya no quedaba ninguno en libertad. El último grupo del que había tenido noticias había sido capturado hacía tres ciclos lunares, muy cerca de aquel mismo lugar. Entonces, había corrido la voz de que Cheetah en persona había matado a la mitad de ellos, antes de permitir que sus perros esclavizasen al resto.

Por lo visto, todavía le quedaban unos cuantos por pillar.

El grupo se detuvo a una veintena de pasos del puente. Una chica alta, de cabellos claros y ojos ahumados, se adelantó sin bajar las manos.

—Soy Syren, del clan de los pastores de algas —gritó—. Quiero ver a vuestro líder: el hombre al que llamáis Builder.

Cartwright le dedicó una sonrisa burlona.

—¿Y en calidad de qué pides ver a Builder, si puede saberse? Es un hombre muy ocupado, ¿sabes, muchacha?

—En calidad de jefa de mi clan —contestó ella sin parecer ofendida por aquel menosprecio—. Y te aseguro que, cuando escuche lo que tengo que proponerle, el tiempo que me dedique le parecerá muy bien empleado.

El guardián del puente lo meditó un momento. A Builder no le gustaba que le hicieran perder el tiempo. Pero todavía le gustaba menos dejar pasar la oportunidad de hacer un buen negocio. Y, en último extremo, un grupo de jóvenes pastores de algas podía ser una moneda de cambio más que deseable.

—De acuerdo. Será tu funeral. Diles a esos que se acerquen sin bajar los brazos. Y recuerda: si intentáis cualquier estupidez, iréis de cabeza al mar. ¿Has entendido?

Syren asintió con la cabeza.

Había sido más fácil de lo que se esperaba.

Builder resultó ser un hombre atractivo, de rostro ovalado, pelo oscuro y rizado y barba hirsuta. Tenía unos ojos fríos y de mirada despierta, a medio camino entre el verde y el marrón. Estaba más cerca de los cincuenta ciclos que de los cuarenta, pero aparentaba lo contrario.

Se quedó mirando a Syren con el ademán de quien no sabe qué hacer con lo que le ha caído en las manos. La había recibido solo a ella, obligando al resto a permanecer fuera. Y su actitud no estaba siendo nada amistosa.

Si lo que pretendía con aquello era intimidarla, la jugada le había salido redonda. Pero Syren estaba dispuesta a hacer lo imposible para ocultárselo.

—¿De verdad pretendes hacerme creer que eres la jefa de tu clan? —le preguntó, muy serio.

—Lo soy —dijo ella, procurando parecer dueña de sí misma. Había llevado a los suyos a la boca del lobo y ahora se trataba de convencerlo de que no los mordiera. Si oía el miedo, se lanzaría a la yugular.

—Ya. Y supongo que ese puñado de andrajosos que te acompañan son lo que llamas clan, ¿verdad? —continuó el constructor de puentes, socarrón—. Hace falta valor...

—Esos andrajosos, como tú los llamas, llevan más de dos ciclos trayendo de cabeza a Cheetah, Lynx, Ocelot y el resto de la camada. Y aquí siguen. Si yo fuese tú, al menos escucharía lo que tienen que ofrecerme.

Builder lanzó una carcajada.

—¡No puede negarse que tienes agallas, pastorcilla! De acuerdo. Ya tenías mi curiosidad, ahora también te concedo mi atención. No las malgastes.

Syren tuvo que contener su entusiasmo. En sus previsiones más pesimistas ni siquiera había conseguido llegar hasta allí. Builder no era precisamente famoso por su hospitalidad.

Muy bien, Syren, ahora no la cagues.

—Necesito un ordenador.

El constructor de puentes enarcó las cejas. No daba crédito.

—¿Cómo dices?

—Un híperbook cuántico. Con alimentación a base de baterías nucleares y un mínimo de cinco qubits de memoria —repitió ella las prestaciones aprendidas de memoria—. ¿Tienes uno, sí o no?

Builder endureció la expresión. El momento de cortesía había pasado. Volvía a pisar terreno pantanoso.

—Suponiendo que tuviera uno, que es mucho suponer, ¿cómo piensas que podría pagarlo una andrajosa como tú, que no tiene ni dónde caerse muerta?

—Hagámoslo a la inversa —respondió Syren, sintiendo el hormigueo de la adrenalina en las venas—: Suponiendo que tuvieras uno, ¿qué pedirías a cambio?

El hombre la perforó con aquellos ojos llenos de escarcha.

—Al menos, una docena de rifles de asalto —decidió finalmente, arrastrando las palabras—. Y mil balas para cada uno.

—¿Y de dónde se supone que debo sacarlos?

—Esa no es la cuestión —respondió él, dedicándole una sonrisa huérfana de alegría—. La cuestión es si tendrás el valor suficiente para ir a buscarlos.

Tras escuchar la contraoferta de Builder, Syren había pedido un lugar donde poder reunirse a solas con los suyos. El constructor de puentes le ofreció una de las salas de su cuartel general. Mientras los llevaban allí, la muchacha tuvo la ocasión de ver lo bien que vivían los miembros de aquella tribu, comparados con ellos.

Ni en sus mejores días habían tenido tantas cosas. ¿Por qué los techs habían ido a fijarse en un clan pobre, como eran ellos, en vez de atacar al de Builder? ¿Qué los hacía tan valiosos?

¡Concéntrate, Syren! Ahora tienes demasiadas cosas en que pensar para preocuparte por eso.

Los rostros anhelantes de sus amigos, al verla entrar, la devolvieron a la tierra al instante. No se fue por las ramas.

Builder había escuchado su petición y había contraatacado con otra: conocía la ubicación de un depósito de armas en el fondo. No muy lejos de allí. Si su información era cierta, y el constructor de puentes estaba convencido de que así era, se trataba de un compartimento estanco que habría conservado el material en perfectas condiciones. Solo tenían que bajar hasta él, encontrar la manera de abrirlo, recuperar las armas y llevárselas.

—¡Pide demasiado! —Se opuso enseguida Fairy—. ¿Habéis pensado en cuánto debe de pesar todo eso? Estaríamos obligados a bajar todos para poder transportar tanto material. Y hasta el fondo, nada menos. Los selachiphormes nos detectarán, seguro. Y, encima, tendremos que hacer la ascensión cargados hasta las cejas. ¡Será un milagro si regresa uno solo!

—Fairy tiene razón —coincidió Lark a quien, paradójicamente, aquello no le afectaba, puesto que él sería el único que no se vería obligado a ir—. ¿Se lo has dicho?

—¿Tú qué crees?

—¿Y?

—¡Y nada! Dice que somos nosotros quienes hemos llamado a su puerta. Le he pedido un precio por el ordenador y él me lo ha dado. No lo rebajará, créeme. La buena noticia es que sí parece tener un híperbook.

Se volvió para mirar a Wren, pidiendo su opinión sin palabras.

—Es una locura —dijo él—. Pero si piensas que hay que intentarlo, iré contigo.

Logan se levantó del rincón desde donde había estado siguiendo la conversación.

—Escuchad, chicos: si realmente es como dice Fairy, no puedo pedirlos que os embarquéis en algo así. Es demasiado peligroso. Ya buscaremos otra manera.

—¡No existe ninguna otra manera! —le cortó Wren, tajante—. Esta es la única.

Pero si tanto necesitas ese ordenador, tendremos que pasar por el aro. Ahora ya no puedes poner carita de buen chico y decirnos que no corramos riesgos. Habértelo pensado antes de embarcarnos en esa cruzada tuya para salvar tu universo.

Logan volvió los ojos hacia Syren, pero ella pensaba igual que Wren. O aceptaban las condiciones de Builder, o su viaje terminaba allí.

—Lo haremos. Pero antes queremos ver el ordenador.

Builder se quedó mirando a aquella muchachita descarada con cara de admiración.

Jamás había esperado que aceptase.

—Muy bien, me parece justo.

Hizo una señal a uno de sus hombres, que salió de la habitación. Tardó muy poco en regresar, llevando consigo un pequeño maletín negro.

—Aquí lo tienes. No te pases, ¿eh?

Syren le hizo una señal a Lark, que esta vez había ido con ella, y se había mantenido en segundo plano hasta ese momento. El joven tomó el maletín, lo abrió y se quedó mirando su contenido.

Era más de lo que habría osado soñar.

El híperbook no tenía más de dos milímetros de grosor. Se trataba de una placa de 13,3 pulgadas de diámetro que, al ponerse en marcha, era capaz de una doble función: si solo veías imágenes, la placa misma era la pantalla. Y si necesitabas escribir, se convertía en un teclado físico y la imagen se proyectaba de manera oblicua sobre el propio teclado, en forma tridimensional. Tenía diez qubits, dispuestos en celdas que permitían una velocidad de procesamiento insuperable, y se alimentaba mediante dos baterías nucleares, del tamaño de una moneda de cinco centavos, que le proporcionaban una autonomía de ciento cincuenta años con una sola carga.

Lark lo cogió entre las manos. Ligero como un suspiro. Con aquella herramienta era capaz de hacer maravillas. Le echó un vistazo al acceso de seguridad. Como se temía, era mediante autenticación de ADN. Tenía un sensor en la parte superior que analizaba las microgotas de sudor y determinaba si el usuario estaba autorizado.

Aquello sería un problema. Pero nada con lo que no hubiese contado de antemano.

Se volvió hacia Syren y asintió con la cabeza.

—Bajaremos mañana —le dijo ella al constructor de puentes.

Builder sonrió, satisfecho.

—Entretanto, seréis mis invitados.

Los rumores que corrían por Nyork y hablaban de la opulencia en la que nadaban los constructores de puentes quizás eran algo exagerados.

Pero los malnacidos vivían bien.

Muy bien.

Wren apuró una lata de conservas con la palabra *paté* grabada en la tapa y se relamió los dedos de placer. Luego se quedó mirando el recipiente con curiosidad.

Todo aquello tenía que venir del fondo. Forzosamente.

Eso significaba que las historias que hablaban de depósitos estancos que continuaban repletos, diseminados por toda la ciudad, tenían que ser ciertas. De hecho, ellos mismos lo comprobarían al día siguiente mismo.

Solo los hermanos del caparazón se aventuraban a bajar tanto para vaciarlos. Pero la mitad de las veces lo que sacaban apenas justificaba las vidas perdidas en el intento.

Pensó en aquellos locos jinetes de quelonios, con el cuerpo tatuado de figuras geométricas de color índigo, adentrándose en las entrañas de la ciudad para arrancarle sus tesoros. Confiándolo todo a su gran capacidad pulmonar, que les permitía largas inmersiones en apnea. No era extraño que fuesen todos tan jóvenes. La mayoría moría con los pulmones reventados, o devorados por algún selachiphorme traicionero. Los pocos que llegaban a los cuarenta ciclos se convertían en las voces de la experiencia de su clan y eran tratados con el mayor de los respetos.

Y todo para poder pagar los tributos que exigían los techs y que al final acababan en las arcas de los constructores de puentes, a cambio de sus codiciadas pasarelas.

Se incorporó sobre la cama. Otro ejemplo de lujo: Builder había alojado a cada uno en una habitación distinta de la sección central del Templo. Cámaras secas y cómodas, con cama y hasta una bañera con agua de lluvia para poder librarse de las impurezas del agua del mar.

Él no la había usado. A diferencia de los otros clanes, los pastores de algas también eran inmunes a lo que fuera que contaminaba el agua. Otra de las características que los hacían tan valiosos para los techs.

Miró por la ventana. Las últimas luces del sol se diluían tras los rascacielos, salpicando de naranja y amarillo sus castigadas estructuras de acero y cristal. Aquel era su momento favorito del día. Quizá porque era el anuncio de la llegada de la noche.

Y de noche era cuando Syren solía necesitarlo más.

¡Si ella tuviera solo una idea de cuánto la amaba! Había tratado de ser paciente y darle el tiempo que aseguraba necesitar. ¡Tiempo! ¡Qué tesoro cuando se vive una

vida que puede terminar a cada instante! Y, aun así, había hecho de tripas corazón y se había conformado con lo que ella quería o podía darle. Manteniéndose como el más leal de los compañeros a pesar del daño que le causaba cada nueva muestra de ambigüedad.

Sintió la necesidad irresistible de abrazarla.

Se levantó de la cama de un salto. Solo les separaba un tabique. Quizás en un lugar tan acogedor como aquel...

Fue a llamar a su puerta y entró sin esperar permiso.

Syren estaba metida en la bañera, sumergida y con los brazos colgando a ambos lados. El agua apenas le cubría los senos desnudos y Wren pudo adivinar bajo el líquido oscuro sus formas, dulces y abundantes.

—¡Wren! ¿Qué sucede? —preguntó, dando un respingo.

Él se sintió incómodo. No era el recibimiento que hubiese querido.

—Nada, tranquila. Menudo lugar, ¿eh? He creído que quizá te apetecería compañía. Estas camas tienen pinta de poder soportar a dos personas...

Syren se esforzó por encontrar las palabras más tiernas que tenía para hacerle ver que aquel no era el mejor momento. Él, sin embargo, tuvo bastante con su silencio dubitativo.

—Vale. Ya veo que no ha sido una buena idea. Es igual, no te apures. No te molesto más.

A ella se le rompió el corazón al verlo así.

—¡Wren! Perdona, yo no...

—No, Syren. No digas nada —la atajó, harto de contener su frustración—. No lo estropeemos más. Solo quiero que esta noche te preguntes una cosa: ¿me habrías echado igualmente de tu lado si ese tal Logan no estuviera aquí y hubiese jugado a ser un héroe para impresionarte? Porque creo que es una pregunta de la que *ambos* deberíamos conocer la respuesta.

Antes de que ella pudiera decir algo, la dejó plantada y regresó a su habitación, dando un portazo.

Acababa de echarse otra vez en la cama cuando escuchó el sonido de unos nudillos contra la puerta.

Se levantó de un salto, convencido de que era ella, pidiendo disculpas.

Se sintió un idiota por perdonarla tan fácilmente.

Abrió.

Era Fairy. Con su sonrisa más seductora y un vestidito corto y floreado que debía de haberse encontrado en su habitación.

Tan bonita que dolían los ojos solo de mirarla.

—¿Has visto la de cosas que tienen? —le dijo, empujándolo suavemente para que la dejase entrar—. No he podido resistirme. ¿Te gusta? —le preguntó, girando sobre ella misma.

Le habría gustado hasta a un pedazo de madera. Asintió con la cabeza.

—Estás preciosa, Fairy.

—¿Qué sucede? ¿Has vuelto a pelearte con Syren? Me ha parecido oír un portazo.

Él no quería hablar de eso.

Pero tampoco quería estar solo.

Y Fairy podía ser tan tentadora...

—Nada importante —acabó diciéndole—. Es que lo de mañana me pone los nervios de punta.

Ella dejó de mariposear y se le acercó.

Tanto, como para que Wren pudiera notar en su piel la caricia de sus ojos de color miel.

—Syren se está equivocando con todo esto. A mí también me lo parece. Sus intenciones son buenas, ya lo sé. Pero mañana pondrá al clan entero en peligro. ¡Y todo por un extraño que ni siquiera sabemos si está loco!

A Wren le salió del alma saltar en defensa de Syren.

—¡No es tan simple, Fairy! Y tú lo sabes. Ella hace lo que cree que es lo mejor para el clan. Y puede que tenga razón. ¿Cuántas posibilidades piensas que tenemos de sobrevivir, cuando llegue el frío? Si Logan no miente, es nuestra salvación. ¡Por arriesgado que sea, vale la pena intentarlo! ¿De verdad te parece que Syren ha tomado una decisión como esta a la ligera? No recuerdo a ningún líder de clan que haya tenido que enfrentarse a algo así.

La chica pareció confundida al ver que él reaccionaba de aquella manera. Le daba su apoyo y él le salía con aquella defensa exacerbada de Syren. Sin saber qué otra cosa más podía hacer, le echó los brazos al cuello y le besó.

Un beso largo, intenso, febril. Como solo pueden serlo aquellos con los que se ha soñado durante mucho tiempo.

Y Wren se lo devolvió. Más apasionadamente, incluso. Le comió los labios y el cuello con desesperación, mientras intentaba arrancarle el vestido con dedos impacientes.

Fairy suspiró de placer y se colgó de él, rodeándole la cintura con las piernas y pasándole las manos por debajo de la camiseta para quitársela y llenarle el torso de besos. Sin ninguna dificultad, él la llevó hasta la cama y la depositó sobre las sábanas limpias. Ella se rio como una niña traviesa y le acarició la cara con ternura.

—¡He deseado esto tanto, Wren! ¡Tanto!

Fue aquella frase, dicha con el corazón, lo que lo obligó a detenerse.

—No —musitó, apartándose.

—¿Qué te pasa? ¿Qué he hecho mal?

—Tú nada, Fairy. He sido yo. Todo es culpa mía. Iba a hacerte pagar mi frustración. Y eso no está bien. Tú deseas mucho más de mí de lo que yo puedo darte. Por favor, perdóname. Me gustas mucho, es absurdo negarlo. Pero te estaría mintiendo. Mi corazón es tuyo. Aunque yo mismo me sienta como un idiota mientras

lo digo.

Fairy se levantó de la cama con los ojos llenos de lágrimas y el bonito vestido hecho una pena.

—¿Por qué me haces, esto, Wren? ¿Por qué? ¿Qué tiene ella que no tenga yo, eh? ¿No te das cuenta de que no te querrá nunca ni la mitad de lo que yo te amo?

Salió corriendo y no se detuvo hasta llegar a su habitación. Se arrancó el vestido entre lágrimas y se arrojó sobre las sábanas, enterrando la cara entre las manos. Furiosa y desesperada.

Mientras, Wren se quedó inmóvil donde lo había dejado, con la terrible sensación de si no se estaría equivocando.

Builder contemplaba la ciudad a través de la ventana de su habitación, situada en la misma cúpula del edificio.

No muy lejos, las brillantes torres de los techs y los predators exhibían todo su poder al resto de los clanes, condenados a las tinieblas.

Desde que Wired había conseguido devolver la energía a las máquinas, su poder ya no había tenido rival. Antes, los predators eran unos salvajes peligrosos, pero controlables. Ahora, con las armas que les había proporcionado su aliado, se habían convertido en un poder imparable. A ellos, de momento, les habían salvado sus puentes, que los otros necesitaban para poder expandirse por toda la ciudad, como un virus. Y a las hijas del viento las había protegido la carencia de pasarelas en su zona —eran el único maldito clan que nunca había contratado sus servicios. ¿Quién necesita puentes cuando puede volar?—. El resto de las tribus había tenido que pasar por el aro, les gustase o no.

Estaba convencido de que no tardarían demasiado en apretarles las clavijas también a ellos.

Pero hasta que llegase aquel momento, no le convenía estar a la greña con Ocelot. De esa banda de carniceros enloquecidos que eran los predators, aquella montaña de músculos con la cabeza rapada era el único que también tenía un cerebro.

No estaría de más que le debiese una. Parecerle más fiel de lo que era en realidad.

Se apartó del ventanal y anduvo hasta la puerta. Al otro lado hacían guardia dos hombres armados.

Nunca estaba de más ser prudente.

—Wain —le dijo al más joven de los dos, un muchachote alto y con los brazos largos y musculosos, ideales para el trabajo duro, como tenían todos los de su clan—. ¿Te atreves a llevar un mensaje mío al territorio de los predators? Ya sé que es de noche, pero si usas los puentes que controlamos no correrás ningún peligro.

Al aludido no le hizo ninguna gracia el encargo. Pretender que llamar a la puerta de los predators en plena noche no era peligroso era como afirmar que uno podía bañarse sin miedo en los canales de Nyork. Pero lo disimuló. Había visto con sus propios ojos lo mal que encajaba Builder las negativas.

—Perfecto —dijo el jefe del clan, poniéndole la mano sobre el hombro—. Es un mensaje muy sencillo. Solo pregúntale a Ocelot cuánto estaría dispuesto a pagar a cambio del último grupo de pastores de algas libres.

DÍA 2

Syren ya estaba despierta cuando los primeros rayos de luz empezaron a filtrarse a través de la suciedad que empañaba la ventana. Se quedó muy quieta bajo las mantas, como hacía cuando era una niña y la vida parecía más amable. Simulando que la inmovilidad la convertía en invisible y que aquello le permitiría evitar lo que estaba a punto de hacer.

Embarcar a todo el clan en una misión suicida.

Precisamente lo contrario de lo que se suponía que tenía que hacer un líder.

¿Flicker también se habría visto sometido a todas aquellas dudas? ¿A tantas angustias? Ahora lo compadecía más que nunca.

Apartó las mantas y se incorporó, sintiéndose aún más cansada que cuando se había echado a dormir. La visita de Wren la había trastornado muchísimo y casi no había podido pegar ojo en toda la noche.

La manera ideal de empezar un día como aquel. Por suerte, la herida del hombro ya casi no le dolía. Las cataplasmas de Dacnis hacían milagros.

No se molestó en vestirse demasiado. Apenas una camiseta de tirantes de color cobre y unos shorts tejanos desgarrados. Cuanto menos ropa llevasen bajo el agua, más deprisa se moverían. Tampoco se puso las ligeras sandalias que calzaban los de su clan, pensadas para ceder cuando las membranas de los pies tenían que desplegarse.

El frío que impregnaba los pasillos del edificio la desveló. Encontró a todo el clan esperándola en la sala donde habían estado cenando la noche anterior. Solo Ibis la recibió con una sonrisa. Los demás parecían demasiado preocupados como para prestar atención a las formas.

La cara de Wren, en particular, se le antojó más arisca que nunca.

Se sintió tentada de decirles que si alguien quería echarse atrás estaba a tiempo de hacerlo. Que ella tampoco estaba segura de lo que iban a hacer. Pero una de las cosas en las que había meditado mucho aquella noche era en su papel de líder. Ella no había pedido ese poder. Pero lo había aceptado, y ahora le tocaba aceptar también la responsabilidad. Los otros la habían elegido para que los guiara, no para que plantease una votación cada vez que se encontraban ante una disyuntiva. Su misión, por difícil que fuera, era tomar decisiones y, después, aceptar las consecuencias.

Y vivir con ellas.

—Bajaremos Wren, Elaenia, Fairy y yo —les dijo, sin más preámbulos—. Dacnis es demasiado valiosa como para arriesgarla; Raven e Ibis, demasiado jóvenes. Y de Lark y Logan, ni hablamos.

—¡Pero yo tengo que ir! —protestó enseguida el recién llegado—. ¡No pienso

consentir que corráis el riesgo mientras me quedo tan tranquilo, viendo cómo os jugáis la vida!

—Logan, por favor —le atajó ella, sin ganas de empezar a discutir—. Ya viste lo que pasó la última vez que te metiste en el agua. Estuvimos a punto de acabar los dos muertos. Te prometo que cuando exista la menor oportunidad de que te arriesgues tú en nuestro lugar, la aprovecharemos sin dudar. Pero hoy tendrás que quedarte al margen, por el bien de todos.

Mientras decía aquello, Syren miró significativamente a Wren. Él le devolvió una mirada ambigua. *¿En serio estarías dispuesta a poner en peligro la vida de Logan?*, parecían preguntarle sus ojos.

Pero quizás eran imaginaciones tuyas, porque no dijo nada y se mostró de acuerdo con su elección.

Antes de poder continuar, Builder hizo su entrada, acompañado por los hombres que siempre lo escoltaban.

—¡Perfecto, estáis a punto! —Llevaba un pliegue grueso de papel plastificado en la mano que, al abrirlo, se reveló como un mapa—. Os he traído esto, por si puede ayudaros —dijo, extendiéndolo sobre la mesa—. Muestra la localización exacta del depósito. Para nosotros es inalcanzable, pero seguro que vuestras habilidades pueden sacarle provecho...

Syren se inclinó sobre el plano. Enseguida, el resto la imitó.

El constructor de puentes no se había equivocado. Aquello les sería muy útil.

El edificio en el que se encontraban ahora estaba marcado con un círculo rojo. Y el depósito al que tenían que llegar, con otro. En la época en la que se imprimió aquel mapa, el trayecto apenas habría sido considerado como un breve paseo.

Cuatro esquinas.

En el mar, toda una odisea.

Pero realizable... si eras un pastor de algas y tenías membranas en las manos y en los pies y un sistema respiratorio capaz de respirar bajo el agua...

—Os llevaremos al lugar más cercano que controlamos —les dijo Builder, señalando otro punto en el mapa con el índice—. Me imagino que cuanto menos tengáis que nadar, mucho mejor.

Syren asintió. Acortar aquel trayecto, aunque solo fuera un palmo, podía significar la diferencia entre regresar o no.

El líder de los constructores de puentes en persona los acompañó hasta el edificio desde donde partiría la expedición. Su clan había dejado vacíos los cuatro pisos por debajo del que ocupaban.

Los selachiphormes cada vez eran más atrevidos en sus incursiones fuera del agua, y el territorio de los constructores estaba sobrado de espacio.

—Las escaleras están allí —les indicó, mirando a Syren—. Os deseo mucha

suerte. Os estaremos esperando. ¡Ah! No os olvidéis de esto...

Le entregó un papel con la combinación que servía para abrir la escotilla del depósito. A saber cómo la habría obtenido.

La memorizó y se la devolvió. El constructor de puentes le alargó la mano. Ella se la estrechó, más que nada para evitarse problemas.

Había algo en aquel hombre que le impedía confiar en él.

Pero ahora tenía otras cosas en la cabeza.

Todo el clan bajó hasta el piso húmedo. Dacnis se quedaría esperando con sus remedios a punto, por si alguien regresaba herido. Y Lark, Logan y los dos jovencitos estarían más seguros allí que rodeados de constructores de puentes, había decidido.

No eran predators, pero también sabían ser brutales cuando querían. Cuanto menos tiempo estuvieran en contacto con ellos, mucho mejor para todos.

Se estaba metiendo en el agua cuando se dio cuenta de que Raven e Ibis se preparaban para acompañarlos.

—¡Un momento! —les regañó—. Vosotros no vais.

—Syren, con todos los respetos que se merece la jefa del clan —le respondió el chaval, retándola con aire desafiante—: ¿Has visto todo lo que pide este cabronazo? Si bajáis solo cuatro harán falta al menos dos viajes para poder transportarlo todo. Y no necesitas que te recuerde lo que nos costará volver de solo uno... Necesitas todos los brazos posibles, y los de Ibis y los míos son tan buenos como los de cualquier otro. Está muy bien que quieras protegernos, pero la época en que podíamos permitirnos esos lujos se acabó con las muertes de Flicker y Sapphire. Tendremos que ir todos... ¡y regresar cargados hasta los topes!

Syren arrugó la boca en un mohín. Por mucho que le doliera, el chaval tenía razón. Le dirigió una mirada interrogativa a Elaenia. La negra se encogió de hombros.

—Es muy terco, ya lo sé —dijo—. Pero me temo que, por una vez, no dice ninguna estupidez. Si vamos solo cuatro jamás podremos acarrear todo lo que nos piden...

—¡Os acompaño! —exclamó Logan, sintiéndose más frustrado e inútil que en toda su vida.

—¡Esa sí que es una estupidez! —dijo la chica, mirándolo con reproche—. Hay una diferencia entre ser valiente y ser estúpido, Logan. Y si quieres sobrevivir siete días enteros en Nyork, más te vale que vayas descubriendo cuál es. Porque muerto difícilmente podrás sacarnos de aquí.

Logan se mordió la lengua. Por mucho que le fastidiase, ella acababa de darle una lección.

Syren y sus cinco acompañantes se sumergieron tratando de hacer las brazadas justas. Agitar el agua era como avisar de sus intenciones a los selachiphormes, gritándoles a través de un altavoz. Esperó a que todos tuvieran la cabeza bajo la superficie para decirle a Logan:

—Y tú, no hagas ninguna tontería heroica. ¿Lo prometes?

—Tranquila. He agotado el cupo de hacer el ridículo. Ve con mucho cuidado ahí abajo, ¿quieres? Y si ves que no puede ser, volvéis pitando. Ya encontraremos otra manera.

Ella asintió, simulando que sí, que habría otra manera.

Y se zambulló con todo el sigilo del que fue capaz.

Syren jamás había bajado tanto.

En realidad, ninguno de ellos lo había hecho.

Años atrás, cuando el clan era mucho más numeroso y la supervivencia menos complicada, algunos de los miembros más osados se aventuraban a hacerlo de vez en cuando. Para conseguir materiales preciosos con los que negociar con los constructores de puentes. Y también para demostrar su valentía y habilidad y tener más argumentos cuando se produjese un cambio de líder. Pero a medida que su número fue menguando, aquella práctica tan peligrosa cayó en desuso. La última vez que recordaba que alguien lo hubiera hecho fue su propio padre, cuando ella era bastante más pequeña que Ibis ahora.

Y había estado a punto de no regresar.

Recordaba claramente la narración que él le había hecho de la aventura. Y había decidido seguir sus pasos hasta donde le fuera posible. Por eso, para descender usaron el hueco de las escaleras de aquel mismo edificio. Evitando las aguas abiertas, donde los selachiphormes tenían todas las de ganar. Así, protegidos por los muros de aquella torre medio sumergida, se fueron adentrando en las aguas progresivamente oscuras. Alejándose de la superficie y de la luz para internarse en un terreno desconocido y hostil.

Con las membranas retráctiles desplegadas, Syren acostumbró los ojos a la oscuridad gradual. Aquella era otra mutación que había experimentado su cuerpo: la capacidad de conservar la visión bajo el agua a pesar de la carencia de luz. Algo que no solían usar, porque sus inmersiones eran casi siempre a escasa profundidad, pero que resultaba extremadamente útil en situaciones como aquella.

Pronto se dio cuenta de que cuanto más se sumergían, más maltrecho estaba todo cuanto los rodeaba. Las paredes de cemento tenían grietas aterradoras y la barandilla que descendía junto a las escaleras vertiginosas estaba corroída por el óxido y por algo más. Recordó entonces cómo algunos de los clanes de la ciudad, los techs o las hijas del viento, por ejemplo, evitaban cualquier contacto con el agua. Y también la teoría de su padre de que había algo en su composición, lo mismo que había hecho mutar las algas, los selachiphormes o los hydrophidios, que resultaba nocivo para todo el mundo excepto para ellos.

¡Cuánto te echo de menos, papá!

Llegaron al final del larguísimo tramo de escaleras y se obligó a concentrarse en lo que estaban haciendo. Hasta ese momento había sido fácil. A partir de aquel punto

empezaba el peligro de verdad.

Hizo una señal al resto para que la esperasen allí y se deslizó, por el espacio que dejaba una puerta medio arrancada de sus goznes, hasta desembocar en el vestíbulo de la torre: enorme, silencioso y totalmente desnudo de objetos.

Ni rastro de selachiphormes, tampoco. Las paredes debían de haber mitigado, por completo, los impulsos eléctricos que provocaban sus cuerpos en el agua, permitiéndoles pasar desapercibidos.

Nadó cautelosamente hasta lo que había sido una puerta giratoria de cristal para echar un vistazo al exterior.

Nunca había tenido una visión tan cercana de cómo era la ciudad antes de la inundación.

El panorama era espectral: lo que antes había sido una enorme avenida ahora aparecía tapizada de algas y plantas marinas, algunas de las cuales ella ni siquiera conocía. Se adivinaban por doquier postes con fragmentos de carteles que daban indicaciones para ir a ninguna parte, restos de bancos donde ya no se sentaría jamás nadie, papeleras vacías y cabinas de teléfonos mudas, farolas altísimas que no volverían a dar luz, y, por todas partes, armazones oxidados de lo que parecían haber sido vehículos de cuatro ruedas, y que ahora semejaban esqueletos de seres que hubiesen muerto allí donde los sorprendió el agua y permaneciesen como recuerdos físicos de la catástrofe.

Tratando de imitar los movimientos fluidos que tendría cualquier pez de su tamaño, Syren se arriesgó a separarse de la seguridad del edificio. Pronto, a unos cuantos centenares de brazadas, divisó la estructura de un enorme puente de piedra que había quedado totalmente sumergido. Con dos arcos en forma de obelisco y soportado por lo que aún quedaba de un interminable entramado de cables de acero. No llegaba ni a adivinar el otro extremo, pero le pareció ver que la pasarela se había derrumbado, más o menos en su punto medio.

Recordó el mapa que le había mostrado Builder. El depósito estaba muy cerca de la base de la torre más cercana.

Dio media vuelta para ir a buscar a los demás.

Nadaron muy juntos, siguiendo la fantasmagórica avenida. Mirando constantemente a su alrededor y buscando, siempre que podían, la protección del esqueleto de algún vehículo o de los portales de los edificios anegados. Desgraciadamente, para llegar hasta la base del puente no había más remedio que atravesar una larga extensión vacía, que antes debía de haber sido un parque, una plaza, o ambas cosas a la vez. Syren la había visto en el mapa y era la parte que más la angustiaba del trayecto: una gran extensión sin lugar alguno donde ocultarse y demasiado grande como para rodearla. El lugar perfecto para los selachiphormes.

Sin embargo, pudieron atravesarla sin el menor percance.

Estaba empezando a creer que tendrían suerte cuando la realidad la abofeteó con fuerza.

La entrada del depósito estaba obstruida por un derrumbamiento.

Un montículo de cascotes y ruina se había formado precisamente encima de la escotilla de acceso.

De la *única* escotilla de acceso.

¡Todo aquel terrible riesgo, para nada!

Syren estuvo a punto de permitir que la rabia y la frustración le ganaran la partida. Incluso allí abajo.

¿Es que nunca iban a irles bien las cosas?

¿No se merecían un poco de suerte?

Solo un *poquito*.

Iba a mandarlo todo al diablo y a dar la orden de regresar cuando Wren le hizo una señal desde el otro extremo del montículo. Se acercó con unas cuantas brazadas y vio lo que trataba de enseñarle.

Había una rendija. Pequeña. Angosta.

Pero suficiente.

Cuando menos, para dos cuerpecillos menudos y esbeltos como los de Ibis y Raven.

El chaval se acercó hasta donde estaban y entendió enseguida la situación.

Se volvió hacia Syren y le dedicó una sonrisa de suficiencia.

¿No te alegras de que hayamos venido?

Incluso para alguien tan escuálido como Ibis, nadar a través de aquella brecha y manipular la cerradura digital de la escotilla resultó bastante incómodo. Pero maniobró con habilidad en aquel espacio tan exiguo hasta introducir la combinación que su hermana le daba desde arriba, marcándole cada número con los dedos. La compuerta, accionada gracias a una batería nuclear con una autonomía de centenares de años, se abrió obediente, y la niña y su compañero pudieron acceder a la antesala. Entonces volvieron a cerrar la escotilla sobre sus cabezas, e inmediatamente un sistema de drenaje empezó a expulsar el agua que los rodeaba. En poco más de un minuto, la cámara se había vaciado.

Entonces, la puerta que tenían delante se abrió automáticamente.

Y Raven pensó que había muerto y había sido transportado al paraíso.

Aquello era un auténtico arsenal.

Había de todo: subfusiles M4, M16 y HK416; pistolas automáticas Beretta M9 y SIG M11; escopetas Mossberg 500; ametralladoras M60 y M61 Vulcan, granadas de fragmentación M67 e incendiarias M14; lanzacohetes M72; e incluso varias pistolas subacuáticas HKP11, que disparaban hasta cinco dardos de acero de diez centímetros de largo, accionados mediante una batería eléctrica.

—¡Uauuu! —exclamó el chico, yendo de un lado al otro sin decidir qué cogía primero—. ¿Has visto esto, Ibis? ¡Imagínate lo que les podríamos hacer a Cheetah y a sus perros solo con una pequeña parte de lo que hay aquí!

Ibis se lo imaginó, y no le gustó nada.

Odiaba las armas. Todas. Incluidas las suyas.

—No perdamos tiempo —le dijo a su amigo, intentando evitar una discusión—. Los otros esperan fuera, a merced de los selachiphormes. Cojamos lo que nos ha pedido Builder y larguémonos.

—¿Te has vuelto loca? —protestó Raven—. ¡No podemos dejar este tesoro aquí! ¡Solo con una pequeña parte de lo que tenemos delante podríamos empezar una guerra!

—¿Y es eso lo que quieres, empezar una guerra? Creía que hacíamos todo esto para poder volver a empezar, en otro lugar.

—¡Oh, Ibis, por favor! ¿De verdad te has tragado los cuentos de Logan? De acuerdo: el hombre me cae bien. Pero... ¿otro universo? ¡Venga ya! ¡Lo más seguro es que sea un paria de los niveles inferiores, medio chalado, que dice lo primero que se le ocurre para poder sobrevivir un par de ciclos lunares más! Incluso en el supuesto de que su historia sea verdad, ¿quién nos dice que no nos dejará plantados cuando tenga lo que quiere? ¡Logan son pájaros volando! ¡Estas armas las tenemos aquí y

ahora!

Ella se lo quedó mirando con una mezcla de compasión y desengaño.

—Pues yo prefiero los pájaros volando de Logan a todo este plomo...

—¡Eso es porque eres demasiado buena! —estalló el chaval, acercándosele con rabia en los ojos. Por un instante, Ibis hasta pensó que iba a pegarla. Pero en el último momento se calmó, la tomó por los brazos y bajó la voz—. De hecho, eres la mejor persona que he conocido nunca. Posiblemente, la mejor que existe. Te han hecho tanto daño como a mí y, a pesar de todo, sigues siendo capaz de desear solo cosas buenas para todo el mundo. Yo no soy como tú, Ibis. Yo solo quiero devolverles a los predators el daño que ellos les hicieron a mis padres y a mis hermanas. Y multiplicado por mil, si puede ser.

Ibis lo compadeció. Más de lo que ya lo había hecho hasta entonces.

—Raven, escucha... nadie te entiende mejor que yo. Pero, aunque estuviera de acuerdo contigo, ahora no tenemos ninguna manera de llevarnos con nosotros todo ese arsenal. ¡Y, aunque pudiéramos, arriba esperan Builder y los suyos! ¿Pretendes empezar tu guerra apenas salgamos del agua? Sabemos dónde está. Cogemos lo que nos han pedido, volvemos y hablamos con el resto. Que Syren decida. Pero, por favor, ¡démonos prisa! ¡Los demás corren un riesgo enorme ahí afuera!

Raven asintió. Era verdad: mientras ellos hablaban, el resto seguía a merced de los escualos.

—Muy bien. Tú ganas. Pero yo me llevaré una de estas —dijo cogiendo una Beretta y metiéndosela en los pantalones—. Y tú te llevas otra. ¡Sí, no discutas! ¡Es lo menos que puedes hacer por mí! —Le alargó una SIG M11 que ella cogió por la culata, con el índice y el pulgar, como si fuera un hydrophidio rabioso, capaz de morderla.

Raven se la quedó mirando e hizo una mueca de resignación.

—¿Qué vamos a hacer contigo, Ibis? —le preguntó con condescendencia mientras le embutía el arma en la cintura, por la espalda—. ¿Contéstame? ¿Qué vamos a hacer?

Le dio un abrazo y después se volvió, localizó un montón de bolsas impermeables y empezó a llenar una con las armas que les había pedido Builder.

Fuera, Syren y los demás se mantenían ocultos junto a uno de los esqueletos de los vehículos que llenaban la antigua avenida. Desde aquel escondrijo habían divisado la sombra amenazante de un selachiphorme de más de quince metros, nadando perezosamente, unos centenares de brazadas a su derecha, en dirección al puente. Por suerte, el escualo había cambiado de trayectoria en el último momento y se había perdido en la oscuridad. Pero era evidente que merodeaba por allí y que era una amenaza muy real.

Sintió unos golpecitos en la espalda y al volverse se encontró con el rostro de

angustia de Wren. No necesitó oír su voz para saber lo que trataba de decirle.

¿Por qué diablos tardan tanto?

Raven cerró la cremallera de la última bolsa y miró, satisfecho, a su compañera. Habían llenado una para cada uno de los miembros de la expedición. La mitad con las armas y la otra con cajas y más cajas de municiones. El poder de los constructores de puentes aumentaría considerablemente cuando recibieran todo aquel arsenal.

Entre ambos arrastraron como pudieron todo el peso hasta la antesala. En el último instante, antes de que Ibis accionara el mecanismo que la inundaba para poder abrir la escotilla, el chaval volvió adentro para salir empuñando una pistola subacuática con una sonrisa traviesa.

—Nunca se sabe cuándo te puede venir bien una de estas —le dijo.

Ibis meneó la cabeza.

—No sé cómo piensas ocultarle a Builder tu pequeño botín...

—Eso déjame a mí. Soy el contrabandista del clan. ¿O es que todavía no te has dado cuenta?

Fairy fue la primera en verlos. Asió a Wren por el brazo y lo obligó a mirar en dirección a la hendidura, por la que empezaba a asomar la cabeza rubia de Ibis. Salieron de su escondite y nadaron hacia allí, muy atentos por si regresaba el escualo.

Como pudieron, los dos jovencitos fueron sacando las bolsas cargadas de material a través de aquella apertura tan estrecha, mientras sus compañeros las iban cogiendo, una a una. Afortunadamente, el peso dentro del agua era muy inferior. Pero, aun así, les impediría nadar con la misma fluidez con la que lo habían hecho hasta entonces. Si algún selachiphorme detectaba aquel tipo de movimiento torpe, lo identificaría como el de un pez enfermo o moribundo y correría a aprovechar la ocasión de cobrarse una presa fácil.

Hicieron el camino de vuelta manteniendo un grupo incluso más compacto que el que habían formado en la ida. Esperando a cada instante ver aparecer la enorme figura del escualo, arrojándose contra ellos como un torpedo hecho de cartílago y dientes puntiagudos.

Pero el ataque nunca se produjo.

Dejaron atrás los despojos de la gran ciudad, hasta divisar de nuevo la estructura de la puerta giratoria por la que habían llegado.

Estaban tan cerca que Syren no pudo evitar pensar que, después de todo, la cosa les saldría bien.

El hydrophidio surgió, de repente, del capó de lo que había sido una furgoneta. Era de los grandes: más de tres metros de largo, negro y plateado y con la cola en forma de pala para permitirle nadar más rápido. A diferencia de los selachiphormes,

que cargaban contra todo lo que se les ponía por delante, las serpientes marinas solo atacaban a animales mayores que ellas cuando se sentían amenazadas.

Pero cuando se veían en peligro se volvían las criaturas más agresivas del océano.

Buscando la protección de los objetos, Syren se había acercado demasiado al nido de la serpiente. Nunca supo cuál de sus movimientos pudo hacerle creer que pretendía atacarla. Solo la vio venírsele encima, con los colmillos rebosantes de veneno y los ojillos, negros e inexpresivos, fijos en ella.

La habría picado, seguro, si Raven no hubiese sido tan rápido en apartarla. La intervención del chaval provocó que el hydrophidio fallase por muy poco y que su letal veneno se diluyera, inofensivo, en el agua. Cualquiera pastor de algas sabía que, si tenía la suerte de evitar el mordisco de una serpiente marina, lo que había que hacer era apartarse. Los hydrophidios podían ser muy agresivos, pero muy raramente hasta el punto de llegar a perseguirte.

Después de salvarle la vida, sin embargo, Raven, no huyó.

Al contrario: empuñó la pistola subacuática que se había llevado a última hora y disparó uno de los dardos contra el atacante.

Falló. Por mucho.

La serpiente, más furiosa todavía, no desaprovechó su segunda oportunidad.

Lo picó hasta seis veces seguidas, en una rápida sucesión de mordiscos, típica del frenesí que experimentaba su especie cuando pensaba que luchaba por su vida.

Raven soltó la pistola, mientras Elaenia, horrorizada, lo arrastraba lejos de allí y Wren los liberaba del peso de sus sacos respectivos. El hydrophidio, al darse cuenta de que el enemigo huía, retrocedió enseguida, desapareciendo entre los restos del vehículo del que había salido.

Se sabía de algún caso de pastor de algas adulto que había conseguido sobrevivir a la picadura de un hydrophidio. Hombres muy fuertes a quienes el animal había tenido poco tiempo para inocularles su veneno y que habían escapado milagrosamente de la muerte, después de sufrir un calvario de espasmos de mandíbula, problemas respiratorios y largos períodos de semiinconsciencia.

Pero nadie había sobrevivido nunca a seis picaduras.

Cuando llegaron a la superficie, Raven ya empezaba a sufrir los primeros síntomas. Le dolía mucho el brazo donde había recibido las mordeduras, le temblaba el labio inferior y ya no era capaz de mantenerse de pie.

Elaenia le recostó la cabeza sobre sus rodillas y el resto del clan los rodeó enseguida.

Raven buscó la mano de Ibis.

Ella se la oprimió tan fuerte como pudo, mientras le devolvía una mirada cargada de impotencia.

—¿Qué has hecho, idiota? ¿Qué has hecho? —Repetía Elaenia con los ojos llenos de lágrimas.

—Estaba... estaba harto de huir... de todo. Quería saber cómo sería... poder atacar...

Temblaba como una hoja. El veneno de los hydrophidios actuaba muy deprisa.

—Quiero hablar... con Elaenia... A solas... —musitó Raven. La voz se le apagaba por instantes.

Le dio un último apretón a la mano de Ibis. Ella entendió lo que trataba de decirle. También con los ojos húmedos, asintió con la cabeza.

No te preocupes. No diré nada.

Él consiguió sonreírle, antes de soltarla.

Syren hizo que todo el mundo se apartase, excepto Elaenia.

Les quedaba muy poco tiempo para decirse adiós.

Antes de irse también ella, le dijo al niño:

—Gracias por salvarme.

Él asintió.

—Al final tenías tú razón. No debería haber ido...

Syren no pudo decir nada más.

De buena gana se habría cambiado por él.

Cuando estuvo seguro de que nadie los oía, Raven buscó la Beretta que llevaba

escondida en los pantalones. Con la mano temblorosa, se la entregó a la muchacha.

—Ibis... tiene otra... Y también balas... Hazles pagar... Por todo...

Ella cogió el arma y la ocultó entre su ropa, sin decir nada. Después le oprimió los dedos.

Había perdido a muchos otros seres queridos antes. Pero la experiencia no ayudaba en absoluto.

—Ely... —le dijo él ya solo con un hilo de voz—. Tengo miedo... No me dejes...

Iba notando como los dedos se le agarrotaban por efecto del veneno.

—Estoy contigo, Rav. A tu lado. No me voy a ninguna parte.

—Hace... mucho frío.

Lo cubrió con una chaqueta que había en el suelo, a su lado. Los ojos del niño se enturbiaban. Supo que ya no podía verla.

—Te quiero, Rav. Lo sabes, ¿verdad?

Sintió como él le presionaba la mano. Quizás era solo una convulsión.

Prefirió pensar que era una respuesta.

Cuando regresaron junto a ellos, pasado un buen rato, el niño todavía la asía con tanta fuerza que tuvieron que romperle los dedos para conseguir que la soltase.

La mirada satisfecha de Builder contrastaba con la expresión desolada de Syren mientras le entregaba las bolsas con el botín exigido.

—¡Lo has conseguido! Reconozco que estoy impresionado. No contaba con que volvierais. ¡Ninguno de vosotros! Y, en cambio, aquí estás. Y solo has perdido a uno. ¡Realmente remarcable! Te había subestimado, lo reconozco.

¿Que solo he perdido a uno? ¡Ojalá pudiera pegarte un tiro, hijo de puta!

—Estoy pensando en que podría tener más trabajos para vosotros —continuó Builder, sin darse cuenta del asco que le producía—. ¿Qué me dices? Os quedaríais aquí, bajo nuestra protección. Y tendríais todo lo que pidierais. Adiós a eso de malvivir en los niveles inferiores, como los demás parias.

—Lo único que te pido —dijo ella, haciendo grandes esfuerzos para controlarse— es lo que acordamos. El ordenador. Eso, y que nos dejes irnos en paz.

Él la contempló con un gesto de decepción. ¡Qué lástima!

Syren tuvo miedo de que no cumpliera lo acordado.

—Por supuesto, muchacha —terminó diciendo él—. Los constructores de puentes no nos hemos creado una reputación en los negocios faltando a nuestra palabra. Aquí tienes tu máquina. Espero que aceptarás una invitación hecha de buena fe para disfrutar de nuestra hospitalidad un poco más. Debes de querer ofrecerle a tu hombre una ceremonia como es debido, ¿no es cierto?

—Todavía no era un hombre —respondió, tratando de contener las lágrimas—. Solo tenía trece años. Pero se merece una despedida de adulto, sí. Te agradezco el ofrecimiento.

Cogió el maletín que contenía el híperbook por el que habían pagado tan alto precio y dio media vuelta, sin más.

Cualquier cosa antes que mostrarle sus lágrimas.

El clan de Syren había tenido que acostumbrarse a las ceremonias breves. Hechas a toda prisa, tras haber sufrido un ataque. Y eso cuando tenían la oportunidad de hacerlas.

La de Raven fue distinta.

La ofició la misma Elaenia, con la silenciosa ayuda de Dacnis. Ante la mirada apesadumbrada del resto, las dos muchachas desnudaron el cuerpo del niño, lo lavaron, le dibujaron en el pecho los símbolos funerarios con pigmentos de colores vivos y lo cubrieron con las algas que la sanadora llevaba siempre en un saquito, colgado de la cintura. Después, ambas se acercaron hasta el umbral de la planta, allí

por donde el agua entraba inundando la torre, y sumergieron a Raven con delicadeza en el océano.

No hubo ni palabras, ni cánticos, ni nada más. La gente muere. La vida continúa. Hacía mucho tiempo que los pastores de algas se habían acostumbrado a esa implacable realidad.

—No pienses más —le susurró la negra a Syren cuando pasó por su lado, después de haber visto que el cuerpo de aquel niño al que quería como a un hermano se iba para siempre—. No ha sido culpa tuya.

—Él me salvó la vida. Si no me hubiera acercado tanto... —Solo fue capaz de responder.

—Hizo lo que tenía que hacer. Y, a continuación, lo que no tenía que hacer. Así era Raven: capaz de lo mejor, y de lo más estúpido. Ahora ya está. Tú no tienes ninguna culpa. No te atormentes inútilmente. Él no te culparía. Ni yo tampoco.

Elaenia no era de las que se recreaban en las palabras. Le puso la mano en el hombro, en señal de aprecio, y anduvo cabizbaja hacia las escaleras.

No les convenía quedarse mucho más en aquel terreno peligroso.

Al otro lado de las ventanas rotas, empezaba a atardecer.

Ibis lloraba, bajito, escondiendo la cabeza en la almohada cuando oyó el crujido de la puerta al abrirse. Levantó la mirada.

Era Elaenia.

La negra se acercó a su lado y la abrazó. Le agradecía aún más aquellas lágrimas, por ser tan íntimas.

Pero no había venido a llorar a Raven. E Ibis lo sabía.

Sin esperar a que se lo pidiera, sacó de debajo de la cama una bolsa negra, impermeable, y se la entregó. Al abrirla encontró la SIG Sauer y un puñado de cajas de municiones.

—¿No piensas contárselo a Syren? —le preguntó, frotándose los ojos.

—Todavía no lo sé. Y tú, ¿se lo dirás?

—Tendría que hacerlo. Pero le prometí a Raven que no. Espero no tener que arrepentirme.

—Yo también lo espero —respondió la otra con sinceridad.

Y salió de la habitación.

Lark contemplaba el híperbook sin decidirse a encenderlo.

Syren se lo había entregado hacía un rato, antes de encerrarse, sola, en su habitación. Por favor, haz que haya valido la pena, le había dicho.

¡Haz que haya valido la pena!

Como si eso fuera posible...

Mientras esperaban a que los demás volvieran, Lark había charlado un buen rato con Logan sobre qué tipo de cálculos serían necesarios para poder determinar dónde se abriría el portal. A pesar de su complejidad, pronto los había entendido incluso mejor que él. Si le quedaba alguna duda sobre la veracidad de su historia, aquella conversación las había desvanecido por completo. Y también le había convencido de que el recién llegado no había exagerado la importancia de hacerse con una máquina como la que ahora tenía delante. Sin el ordenador cuántico habrían podido pasarse centenares de ciclos haciendo operaciones matemáticas y no habrían servido de nada. Con la máquina tardaría apenas un par de horas y podría calcularlo incluso sin la ayuda de Logan.

Aun así, dudaba si conectarla.

Porque, por un lado, cuando lo hiciera, su ADN dejaría un rastro que lo señalaría a él, y solo a él. Y, por otro, no entendía cómo era posible que los constructores de puentes se hubiesen hecho con un ordenador como aquel.

Todo aquello olía a trampa queapestaba.

Le habría gustado poder consultarlo con Syren. O incluso con Elaenia. Pero hacerlo equivaldría a tener que contarles muchas cosas. Y aunque su nuevo clan le había dado muestras más que sobradas de aceptación, tenía miedo de qué pasaría si les decía la verdad. Quizá porque, de encontrarse en su piel, él no dudaría ni un instante en echarse a patadas a sí mismo.

Y, por si volver a quedarse solo no lo aterrorizaba ya bastante, la perspectiva de no ver más a Elaenia le parecía aún peor. Después de Raven, ella era quien más patente hacía su odio hacia los techs. No podía plantársele delante y decirle que él...

No. Tendría que tomar la decisión a solas.

Volvió a contemplar el híperbook. Ponerlo en marcha suponía afrontar otro riesgo más. Como el que habían corrido aquella mañana. Como los que les esperaban al día siguiente.

No hacerlo equivalía a olvidarse de todo el asunto.

En realidad, la decisión estaba tomada de antemano.

¡Qué mierda, no poder ser sincero con los que quieres!

Se pasó la mano por los cabellos y acercó el índice al sensor de la parte superior.

Un momento más tarde, una lucecita verde le informaba de que su acceso había sido autorizado.

Logan llamó a la puerta de Syren con los nudillos. Se había fijado en su expresión durante la ceremonia y aquello le había hecho sentirse aún peor. No hacía ni dos días que la conocía, pero verla sufrir por su culpa le hacía sentirse el tipo más miserable del universo.

O de dos universos, puestos a ser exactos.

Aquella chica le traía de cabeza. Desde el mismo instante en que la había visto. Preciosa como un hada nocturna, mirándolo con aquellos ojos enormes y argentinos, rebosantes de luz de luna.

Jamás había sentido nada parecido.

Cuando ella le abrió la puerta, su aspecto no había mejorado. Estaba ojerosa y macilenta. La viva imagen de la devastación.

Se moría de ganas de abrazarla. De decirle que nada de lo que había sucedido era culpa suya. Y que todo iría bien a partir de ese momento.

En vez de eso, se encontró diciendo:

—¿Estás bien?

¡Bravo, Logan! ¡Tú sí que sabes cómo ganarte a una chica! ¿Estás bien? Ni Shakespeare lo habría dicho mejor. ¡No sé cómo no cae de rodillas ante ti, en este mismo instante!

Ella no se sintió con fuerzas para mentirle.

—No. No puedo dejar de pensar en que si no me hubiese acercado tanto a ese armazón. O si le hubiera impedido disparar... ¡Podía haber hecho tantas cosas! ¡Cualquiera, excepto quedarme viendo cómo hacía esa estupidez!

—Syren... no siempre es posible cambiar las cosas. Tienes que dejar de hacerte esto a ti misma.

—¡Tú no lo entiendes! —Se revolvió ella—. ¡No sabes lo que supone que todo el clan dependa de ti!

—Es verdad. Yo solo sé lo que es que todo un *universo* dependa de mí. Y no te imaginas cómo me siento cuando pienso que sería capaz de mandarlo al carajo a cambio de una sonrisa tuya.

Por una vez, Syren no supo qué responder. No estaba acostumbrada a escuchar frases como aquella. Wren no era bueno con las palabras. A veces, aunque intentaba confortarla, no lo conseguía. Por el contrario, a Logan le había bastado con dos frases para hacer renacer ese cosquilleo en el estómago.

—Eso es bonito, pero también es mentira —le dijo por fin—. Estarías loco si lo dijeras en serio.

—¿Crees que no dejo de repetírmelo? ¡Pero me da igual! Desde que te vi en esa

azotea no he podido dejar de pensar en ti. De buscar cualquier pretexto para estar cerca de ti. De imaginar cómo puedo ayudarte, cómo puedo protegerte...

Ella se dio cuenta de cuánto había estado deseando oírle decir todo aquello. A su manera sentía lo mismo, aunque no se había permitido reconocerlo.

Pero se resistió todavía un poco más.

—¿Y qué hay de tu Madison? ¿Qué diría ella de todo esto?

—¡Madison! Ya te dije que era complicado. Nos conocemos desde niños. Y todo el mundo decía que estábamos hechos el uno para el otro. En nuestras familias se daba por sentado que nos casaríamos. Incluso yo lo creí durante un tiempo. Madison es una chica fantástica, que se merecería que yo la quisiera tanto como ella a mí. Pero antes de irme me preguntó qué iba a pasar con nosotros cuando regresara... y yo no fui capaz de responderle. Haría cualquier cosa por ella, te lo juro. Pero, aunque lo he intentado, no consigo amarla como...

Dejó la frase a medias. Como si no se atreviera a terminarla. ¡Ella le comprendía tan bien! Por primera vez en mucho tiempo no se sintió como una persona extraña y nociva.

Casi ni se dio cuenta de cómo le acariciaba la mejilla con la palma de la mano, lo atraía hacia ella y empezaba a besarlo.

Logan le devolvió los besos. Largos, húmedos y cálidos. Hechos sin prisa pero cargados de deseo. La notó estremecerse entre sus brazos. Syren gimió de placer mientras sentía como una peligrosa embriaguez se adueñaba de su voluntad. En un instante, no había nada más en el mundo que Logan y ella. Y esa sensación le gustaba como ninguna otra que hubiera experimentado antes.

Le acarició la nuca con las yemas de los dedos, mientras sentía como él la agarraba por las caderas con aquellas manos suyas, fuertes y seguras. Sus labios le parecieron lo más dulce que había probado. Si había imaginado que quizá tendría bastante con un beso, enseguida se dio cuenta de lo equivocada que estaba.

Nunca tendría suficientes besos suyos. Ahora lo sabía.

Lo necesitaba más que a nada. Lo guio de la mano hasta su habitación, sin pensar en otra cosa que no fueran aquellos besos, y cerró la puerta tras ella.

Desde el otro extremo del corredor, Fairy había presenciado toda la escena sin que ninguno de los dos se diera cuenta.

Lark contempló con estupefacción la pantalla del híperbook.

¡No podía ser!

Había vuelto a revisar todos los cálculos. El resultado era idéntico. Podía insistir mil veces más y las coordenadas continuarían siendo las mismas.

Apagó la máquina. Cuanto menos tiempo funcionase, más difícil sería para ellos localizarle.

Se levantó y anduvo por la habitación sin saber qué hacer. Al final, volvió a mirar el punto que había podido situar fácilmente con la ayuda del antiguo mapa de Builder.

40° 44' 54,3'' N / 73° 59' 09'' O.

No había error posible.

El portal se abriría exactamente dentro de seis días... en el mirador de la Aguja.

¡El cuartel general de los predators!

Fairy entró hecha una furia en la sala que habían estado usando para reunirse. Al oírla, Dacnis y Elaenia levantaron los ojos de la comida. Algo más allá, Ibis veía ponerse el sol a través de la ventana. Ni rastro de Wren.

—¿Qué te pasa? —le preguntó la sanadora—. Ni que hubieras visto un predator.

Fairy dudó. Quería de verdad a Ibis y no deseaba ponerla en un aprieto. Pero la sangre le hervía.

—Es Syren —dijo por fin—. Lo siento, Ibis... pero lo que está haciendo no está bien. Pone en peligro al clan una vez tras otra. Y ya hemos visto todos el resultado. Raven ha sido la primera víctima. Y es un milagro que haya sido la única.

Ibis saltó enseguida para defender a su hermana.

—Fairy, eso ya lo hemos discutido. Los riesgos son enormes, lo sabemos. Pero Syren cree que es lo mejor para el clan, y ella es la líder.

—¿Estás segura de que es por el clan? ¿O solo por ese Logan que ni siquiera sabemos de dónde sale? Porque yo ya no sé qué pensar...

—¡Eso es muy injusto! ¡Sabes que Syren nunca nos pondría en peligro si pensase que hay una alternativa!

—¿De verdad? Yo también lo creía. Pero hace solo un momento la he visto besándose con Logan y arrastrándolo a su habitación. No me gustaría pensar que Raven ha muerto y los demás nos estamos jugando la vida solo porque tu hermanita se ha enamo...

Se oyó el impacto de un puño contra la pared. Todos se volvieron hacia el lugar de donde había llegado el sonido. Wren los miraba desde el quicio de la puerta.

No dijo ni una palabra, pero su expresión hablaba por sí sola. Rabioso, dio media vuelta y se perdió por el pasillo.

Ibis hundió la cabeza entre las manos.

No recordaba un día más nefasto para el clan que el que les estaba tocando vivir.

Elaenia sabía dónde buscarlo.

A Wren le gustaban las azoteas. Quizá porque, después de perder su territorio, ahora ya casi nunca tenía la oportunidad de subir a una.

Fue una ascensión larga y trabajosa. Pero tantos escalones merecieron la pena.

Enseguida lo vio, sentado con la espalda contra la pared, desafiando el aire helado de la noche y mirando en dirección a los únicos edificios iluminados de la ciudad: los de sus enemigos.

Se le acercó y se sentó a su lado, sin decir nada. Los dos se quedaron así un buen

rato. Al final, fue él quien rompió el silencio:

—¿Qué le pasa, tú lo entiendes? Estamos juntos desde niños. Siempre ha podido contar conmigo, ¡siempre! Le he dado espacio. Le he dado tiempo. Sin entender siquiera para qué los necesitaba. Pero me los pedía y se los he dado. Y ahora llega este... y se acuesta con él a la primera oportunidad.

Ella no había subido hasta allí para hablar de cosas que tampoco entendía. Pero se dio cuenta de que lo necesitaba.

—Wren... nunca he comprendido demasiado a la gente. Tú lo sabes. No puedo decirte por qué razón Syren no actúa como tú querías. Igual que no puedo comprender por qué tú pareces inmune a los encantos de Fairy, mientras ella se arrastra a tus pies, suplicando un poco de atención. Ni por qué Dacnis no consigue que Lark le pida que sea su compañera. —Hizo una larga pausa y añadió—: Ni siquiera sé por qué yo no consigo decirle a Dacnis que la amo...

Él la miró, pasmado. La conocía lo suficiente como para saber cómo le habría costado hacerle aquella confidencia.

—¿Tú? ¿De Dacnis? Ni en mil años yo... —Le ofreció una sonrisa amarga, y añadió—: Lark va a tener un buen disgusto si alguien se lo cuenta.

Elaenia no se molestó en fingir que se sorprendía de oírlo.

—Ya ves que tu caso no es diferente del de los demás —le dijo, finalmente—. La vida ya sería bastante difícil aunque tuviéramos la sensatez de elegir a quienes nos eligen a nosotros. Pero nos esforzamos en complicárnosla aún más. Y no porque queramos. Es solo que no podemos evitar sentir lo que sentimos. Es una mierda, ya lo sé. Pero es lo que hay. Y si ella ha tenido la suerte de encontrar lo que necesitaba, no seré yo quien le ponga trabas. Y, por difícil que te resulte, tú tampoco deberías... No sacarás nada de ello, excepto dolor.

Wren apartó la mirada. Era evidente que él no pensaba renunciar a Syren tan fácilmente.

Tienes todo el derecho, pensó ella. Espero que te vaya mejor que a mí.

Había llegado el momento de decir lo que de verdad había venido a contarle.

—Wren... aunque te cueste de creer, no he subido hasta aquí para hablar de con quién está o deja de estar Syren. Antes de morir, Raven ha tenido tiempo de darme esto.

Se sacó las dos pistolas que llevaba en la espalda, escondidas bajo la chaqueta, y le entregó una. Wren la sopesó como si fuera un tesoro. Nunca habían tenido unas armas como aquellas.

—¿Tenemos balas?

—Bastantes. Raven e Ibis las han traído a escondidas.

Al oír el nombre de la niña, Wren enarcó las cejas.

—No te preocupes. No dirá nada. Se lo prometió a Raven. Y ya conoces a Ibis.

—¿Y tú? ¿Por qué no se lo has contado a Syren?

—Hace horas que me hago esta misma pregunta —le respondió con sinceridad—.

No lo sé. Quizás es porque, en el fondo, también tengo un poco de miedo de que lo que dice Fairy sea verdad, y Syren esté perdiendo la cabeza por Logan sin darse cuenta.

—¿Y por qué me lo cuentas a mí?

—Porque aunque ahora estés furioso con ella, eres quien mejor la conoce. Y quien puede juzgar más correctamente sus actos. Y porque yo también creo conocerte bien a ti, y sé que eres un buen tipo. Al final, encontrarás la manera de hacer lo más correcto. Siempre lo haces.

Wren suspiró. Ojalá él estuviera tan seguro de eso.

A Ocelot no le hacía ni pizca de gracia tener que ir hasta la Cúpula.

El líder de los predators era un hombretón entrado en la cuarentena, musculoso, de más de metro ochenta. Llevaba la cabeza completamente rapada, vestía siempre pantalones militares, camiseta sin mangas y botas, todo de color negro. Escondía los ojos detrás de unas gafas de sol impenetrables y tenía la voz roqueña.

Estaba acostumbrado a intimidar a cuantos lo rodeaban.

Pero cuando entraba en la lujosa madriguera de los techs, era él quien se sentía en desventaja. Y Ocelot odiaba sentirse así.

Después de lo que había pasado, sin embargo, no podía cerrar el asunto despachando a un mensajero para contárselo todo a Wired. Tenía que hacerlo en persona.

Comerse el marrón, vaya.

Si alguien de los días antiguos, de cuando la ciudad no era la sombra anegada de sí misma, hubiera podido pasearse hoy por los pasillos de la Cúpula, habría podido creer sin problemas que el desastre nunca había tenido lugar. El edificio disponía de energía y agua corriente. Todo estaba limpio y ordenado, y las pocas personas con quienes te cruzabas por los corredores iban bien vestidas y tenían aspecto de comer tres veces al día.

Siempre que entraba allí, Ocelot envidiaba aquel aire pulcro y elegante. Eso también lo detestaba. Más, incluso, que sentirse vulnerable. Él era el primero en darse cuenta de que los suyos eran una pandilla de salvajes, sin ningunas ganas de civilizarse. Vivían de atemorizar y subyugar al resto de los clanes. Y si alguna vez llegaban a verse obligados a dejar de hacerlo, lo más seguro era que acabasen matándose unos a otros.

Por eso Ocelot pensaba que era tan importante mantener la alianza con Wired.

Y por eso llevaba esperando un buen rato y continuaba dispuesto a dejarse humillar.

Porque merecía la pena.

Se oyó el chirrido de una puerta al abrirse y apareció Applet, la mano derecha del Gran Hombre. Tan impecable como el resto de los techs.

—Te recibirá ahora.

Ocelot lo miró con desprecio.

—Te he dicho que era urgente. ¡He estado a punto de echar raíces en este puto salón!

El otro se encogió de hombros y le dedicó una mueca burlona. Es lo que hay.

Ocelot lo adelantó, sin mirarlo siquiera.

Si algún día cambian las cosas, me acordaré de esto. Palabra.

La sala donde siempre se reunía con Wired parecía pensada para impresionar a quienes eran invitados a entrar en ella. Paredes forradas de madera, cuadros antiguos y esculturas por todas partes, alfombras tan gruesas como su brazo, butacas donde podías hundirte hasta casi perderte; y, en un rincón, una mesa enorme cubierta de ordenadores cuánticos y demás tecnología que Ocelot ni siquiera sabía ni remotamente para qué se usaba.

Solo que se beneficiaba de ella. Con eso tenía bastante.

En el centro de la habitación, Wired lo esperaba sentado tras una mesa de madera maciza, que ya era antigua cuando la ciudad estaba en su esplendor. Era un hombre de cabellos grises, peinados en punta, incluso algo más alto que el mismo Ocelot, pero mucho más delgado. Y veinte años mayor, aunque los llevase bastante bien. Siempre vestía jerséis de cuello de cisne y pantalones elegantes, de tonos oscuros. Tenía la voz suave y unas formas tranquilas y educadas, pero, a su manera, resultaba incluso más amenazador que el predator. Quizá por aquella sonrisa cruel y de labios finísimos que te dedicaba, cuando lo que de verdad quería era pegarte un tiro.

—¿Qué puedo hacer por ti, Ocelot? —le preguntó, indicándole con una mano uno de los sillones vacíos que tenía delante—. Espero que no suceda nada grave.

Ocelot prefirió permanecer de pie.

—Grave, puede que no. Pero he pensado que querrías estar informado.

—Habla.

—Anoche, Builder envió a un mensajero ofreciéndome un grupo de pastores de algas. Asegura que se habían aventurado a ir hasta su zona para proponerle algún tipo de trueque.

—Tiene que ser el último grupo que aún queda en libertad, ¿no? ¡Por supuesto que los queremos! Ya sabes que nos hacen falta tantos como podamos reunir. ¿Y has venido solo por eso?

—Lo que querían de Builder era un híperbook cuántico.

Al oír aquello, Wired se inclinó hacia delante. Ocelot pudo sentir como lo taladraba con sus ojos claros.

—¿Y has esperado todo este tiempo para avisarme?

—No ha sido cosa mía. Los imbéciles que recibieron al mensajero estaban de *gorg* hasta las cejas. Quisieron divertirse un rato, haciéndoselo pasar mal. Tiene suerte de seguir vivo...

Wired arrugó la expresión. Él mismo había contribuido a hacer de los predators la pandilla de bárbaros que eran. Aquello los hacía más fáciles de controlar, más predecibles... Pero también tenía sus inconvenientes: casi nunca podías confiar en que hicieran lo más inteligente.

No valía la pena perder más tiempo buscando culpables. Con suerte, no sería nada irreparable. Conocía a Builder. No los habría dejado marcharse.

—Tráemelos. Vivos, por supuesto —le ordenó—. Y dale a ese cabrón lo que te

pida a cambio, no importa lo que sea.

Ocelot asintió, dando media vuelta. Había ido bastante bien, después de todo.

Cuando estaba a punto de salir, Wired lo detuvo.

Había cambiado de opinión sobre lo de no buscar culpables.

—Y, Ocelot... a los idiotas que han ocasionado este desastre, échalos al mar y envíame una grabación en vídeo donde se vea bien qué han hecho los selachiphormes con ellos. Puede que, la próxima vez, eso ayude a que tus salvajes se paren a pensar un poco antes de actuar como unos descerebrados.

Y remató la frase con una de aquellas sonrisas suyas, que helaban la sangre.

DÍA 3

Syren inclinó la cabeza hacia Logan con ademán perezoso. Hacía un buen rato que los primeros rayos de sol llamaban a su ventana, pero ella continuaba sin ningunas ganas de enterarse. Sentía que podría quedarse allí, a su lado, el resto de su vida.

La magnitud de sus sentimientos hacia aquel desconocido la asustaba.

No habían pegado ojo, amándose con frenesí toda la noche y deseando que el tiempo no corriera. No había podido ser. Pero, aun así, se sentía más viva y optimista que nunca. Y no porque tuvieran delante menos problemas que la noche anterior.

Al contrario: lo que había sucedido lo complicaba aún más todo.

Pero prefería no pensar en ello.

Logan la recorrió con sus ojos diáfanos. Una mirada llena de ternura que la obligó a acurrucarse contra su pecho y buscar su boca una vez más.

—Me quedaría aquí para siempre —le dijo él, abrazándola.

—¿Por qué será que cuando alguien dice eso siempre significa que es hora de irse?

Él suspiró. Un suspiro lleno de resignación.

Tictac, tictac.

El reloj corría. Indiferente a los sentimientos de los amantes.

Builder ya daba por perdido a su mensajero cuando uno de los guardias del Puente del Este llegó con la noticia de que Wain había regresado.

Y no venía solo, añadió. Lo acompañaba un grupo de predators. Liderados por Cheetah en persona.

El constructor de puentes chasqueó la lengua. Se había visto obligado a tratar lo suficiente con aquella puta perturbada como para saber que no había forma humana de controlarla. La jodida tenía un buen par de tetas, eso nadie lo discutía, pero preferiría acostarse con un hydrophidio a arriesgarse a ponerle la mano encima a ella.

Lo más probable era que te la terminase cortando. Y a Builder le gustaba la simetría de tener una a cada lado del cuerpo.

¿Por qué demonios no había venido Ocelot en persona?

Todavía estaba pensando en cómo llevar la entrevista cuando la mujer entró en la sala, abriendo las puertas de par en par. Esta vez vestía un abrigo de cuero blanco, sujetador del mismo color, medias negras y botas de cuero casi hasta las rodillas. Bajo el abrigo abierto colgaban, amenazadoras, las sobaqueras con las dos Glocks.

—¡Builder! ¿Todavía eres quien manda en este antro? ¡He aquí otro ejemplo que demuestra mi teoría de que esta ciudad se está volviendo demasiado blanda!

El hombre se mordió la lengua. Si algún día llegaban a disponer de suficientes armas como las que les habían proporcionado aquellos infortunados pastores de algas, tendría ocasión sobrada de hacerle tragar aquellas palabras.

Y algo más, ya puestos.

—Yo también estoy encantado de verte, Cheetah. Sin embargo, tengo que admitir que esperaba a Ocelot.

Ella le contestó sin mirarlo, prefiriendo pasear la mirada por la habitación y poniendo cara de admiración ante lo que veía.

—¡Vaya, vaya! No puede negarse que has prosperado... —dijo, remarcando la frase con un silbido de admiración. Borró la sonrisa de un plumazo—. Ocelot está demasiado ocupado como para llevar en persona un asuntillo como este. A ver, no perdamos más tiempo: ¿dónde están?

—No corras tanto. Antes deberíamos hablar del precio, ¿no te parece?

Cheetah le regaló una de sus risas trastornadas.

—Pues claro que sí, hombretón —le dijo, acariciando las culatas de sus pistolas—. ¿Qué tal si a cambio de los pastorcillos te dejo seguir al mando de este chiringuito tan cuco que tienes aquí? Y si eres bueno y no me das más problemas, incluso te permitiré conservar las pelotas. Para que puedas continuar fingiendo que las usas de vez en cuando.

Aunque llegaron por separado a la sala común, Logan tuvo bastante con ver la cara que ponía Wren al verle entrar para darse cuenta de que sabía lo que había sucedido entre ellos.

Las noticias volaban, en aquel sitio.

Durante la noche no habían hablado en ningún momento de qué iban a decirles a los otros. Ni siquiera de si se lo iban a decir. Esa había sido la única nota discordante de una noche perfecta.

Ahora, por lo menos, ya no tendrían que preocuparse por encontrar la mejor manera de hacerlo.

Buscó rápidamente a Syren para ver cómo estaba pero, para su sorpresa, ella parecía decidida a fingir que no pasaba nada. La joven simuló no darse cuenta de la mirada cargada de resentimiento que le dedicaba Wren y se fue directa hacia Lark.

—¿Has podido averiguar dónde se abrirá el portal?

—Sí —respondió él, sin tapujos—. Y no tengo buenas noticias: será en la Aguja. En el mirador, si no me equivoco.

Al ver las caras que pusieron todos, Logan se hizo una idea de hasta qué punto las noticias no eran buenas.

—¿Estás seguro? —le dijo ella, que casi había palidecido al escucharle.

—He repasado los cálculos tres veces. En lo único en lo que podría equivocarme es en que vaya a abrirse en el mirador. Pero si el primer portal lo hizo en una azotea, lo más probable es que este siga el mismo patrón.

La chica inclinó la cabeza. Aquello era el colmo. Se había quedado sin palabras y sin ideas.

—Syren, eso lo cambia todo —dijo Wren, agrietando el silencio que se les había echado encima—. No tenemos ninguna posibilidad de llegar hasta allí. Se acabó...

—¿Y haber perdido a Raven para nada?

—¡Oh, por favor! —estalló Fairy—. ¡Al menos ten la decencia de no utilizar al pobre Raven para justificar tus actos, Syren! Todos sabemos de sobras qué es lo que te impulsa a continuar con esta locura. ¿De verdad piensas sacrificar a todo el clan solo para ayudar a tu nuevo novio?

Syren la fulminó con sus ojos acerados. Sabía que Fairy y ella nunca podrían ser amigas, pero jamás habría esperado un golpe tan bajo.

—¡Fairy! —Era el propio Wren quien salía en su defensa, una vez más—. Quiero pensar que no has sabido elegir bien las palabras. Aquí nadie está acusando a Syren

de nada. Ella es la jefa del clan y siempre hace lo que cree que es mejor para todos nosotros. Y quien no piense así, ya sabe a qué atenerse.

Fairy lo sabía tan bien como el resto: si eras un pastor de algas y no estabas dispuesto a acatar las decisiones del líder tenías dos posibilidades: o lo retabas a un duelo a muerte, o te buscabas otro clan.

La rubia le lanzó una mirada tan dolida a Wren como un momento antes Syren se la había dedicado a ella. ¿Cómo podía hacerle algo así cuando solo estaba tratando de ayudarlo? ¿Tan ciego estaba?

La discusión había llegado a un punto límite, pero antes de que alguien tuviera la oportunidad de tensar más la cuerda, las puertas de la sala se abrieron violentamente y dos predators irrumpieron, encañonándolos con sus subfusiles con mira láser. Los ominosos puntitos rojos que ya conocían demasiado bien se pasearon frenéticamente de un cuerpo a otro, amenazando con llevar la muerte allí donde se posaran. Los dos hombres, vestidos con chaquetas de cuero y botas militares, y con la cabeza rapada a excepción de una estrecha franja de pelo en mitad del cráneo, los retaban con expresión salvaje a darles un pretexto para disparar.

No se lo dieron. Levantaron las manos y cerraron la boca.

Un segundo más tarde era la mismísima Cheetah quien entraba, exhibiéndose como una deidad maligna.

—Os dije que la próxima vez no tendríais tanta suerte, pequeños —les recordó, arrugando los labios en una expresión turbia mientras paseaba la mirada por aquel grupo que tanto se le había resistido—. Lo que ni siquiera yo creía es que iba a ser tan pronto. Lo reconozco: voy a tener que daros las gracias por habérmelo puesto tan fácil.

Los sacaron a puntapiés de la habitación para conducirlos, con idénticos malos tratos, a lo largo de los interminables corredores del edificio que subían a la azotea. Estaban tan seguros de que no tenían armas que ni siquiera se molestaron en registrarlos.

A Wren la pistola le quemaba, escondida entre el cinturón y la espalda; pero se obligó a mantenerla allí. Antes de intentar nada, tenía que esperar a que llegaran a un lugar desde el que les fuera posible huir a la Tierra de Nadie. Si se precipitaba, acabarían todos muertos.

Intercambió una mirada de complicidad con Elaenia, que se la devolvió enseguida. *Entiendo lo que pretendes*, pudo leerle en los ojos. *Estoy contigo*.

Ella también se daba cuenta de que, si querían tener una posibilidad, necesitaban poder correr y esconderse. Si lo intentaban antes, los coserían a tiros en aquellos pasillos que eran como un maldito laberinto.

Wren se dejó llevar por los predators, resistiendo la tentación de revolverse cada vez que uno de ellos le clavaba el cañón del arma en los riñones para hacerle andar

más deprisa. La vida de todos dependía de su paciencia.

Trató de buscar a Syren para intentar inducirle esperanza. Pero ella tenía la mirada puesta en Logan y ni siquiera lo vio.

Aquello le hizo aún más daño que el cañón de cualquier arma hurgándole en el costado. Antes, ella no habría buscado otros ojos que no fueran los suyos. La estaba perdiendo. Ante sus propias narices.

Cuando salieron a cielo abierto, Builder los estaba esperando. Rodeado por algunos de sus hombres, el jefe de los constructores de puentes se dirigió a Syren con un ademán tan afligido que casi parecía sincero.

—Deberías haber aceptado mi oferta —le reprochó, dedicándole un mohín—. Habríamos podido ahorrarnos esto.

—Estoy más contenta que nunca de no haberlo hecho —le respondió ella, desafiante—. Esta —dijo señalando a Cheetah con la cabeza—, cuanto menos es sincera. No como tú, sucio mentiroso y traidor.

Builder no estaba acostumbrado a que lo trataran así. Cegado por la ira, dio dos rápidas zancadas y la abofeteó con tanta violencia que la hizo caer al suelo. Nadie se esperaba aquella reacción, y se produjo un momento de incertidumbre en la azotea.

Precisamente lo que Wren había estado esperando.

Le dio un empujón al hombre que tenía delante y se sacó la pistola de debajo de la chaqueta. Disparó tres veces contra el predator. A bocajarro.

Nunca antes había apretado un gatillo.

Pero desde aquella distancia era imposible fallar.

El predator fue reculando a cada impacto y al final se precipitó al vacío con un grito ahogado, desde un punto donde la barandilla había desaparecido hacía tiempo.

Al otro extremo del grupo de prisioneros, Elaenia, que estaba esperando aquello, imitó a su amigo y también abatió por sorpresa al hombre que tenía a su lado.

En solo un instante, la situación había dado un vuelco total.

—¡Corred! —gritó Wren, volviéndose hacia el resto del clan—. ¡Al puente! ¡Vamos, vamos, vamos!

El caos se extendió por la terraza como una llama sobre una mancha de petróleo. Mientras Builder y sus hombres se apartaban del puente, buscando un lugar donde cubrirse, Cheetah se escabullía en dirección contraria, tratando de situarse en un lugar desde donde pudiera evitar la fuga de los prisioneros. Wren se dio cuenta de lo que pretendía y descargó el resto del cargador de la pistola contra ella. Pero la predator se movía muy deprisa, y ni una sola de las balas acertaron siquiera a rozarla.

Lo que sí consiguieron fue obligarla también a buscar refugio, dejando así el paso libre a los que escapaban.

Liderados por Syren, que los espoleaba hacia el puente, Dacnis, Ibis, Logan y Fairy corrieron como locos hacia la única vía de escape. Lark estuvo a punto de imitarlos, pero en el último instante vio que, en su preocupación por escapar del peligro, uno de los hombres de Builder había dejado caer el maletín que contenía el

híperbook cuántico que les habían robado momentos antes.

Sin pararse a considerar el riesgo, el muchacho dio media vuelta para recuperarlo. Estaba seguro de que aún necesitarían imperiosamente aquella máquina si querían tener alguna oportunidad de poder huir por el portal.

—¡Lark! —lo llamó Syren al darse cuenta—. ¿Te has vuelto loco? ¿Qué haces? ¡Vuelve!

Pero él no le hizo caso. Con unas cuantas zancadas de sus largas piernas llegó hasta el maletín y lo recogió del suelo. Estaba dando media vuelta cuando una puerta se abrió inesperadamente y un segundo grupo de constructores de puentes, armados con los fusiles de asalto que ellos mismos les habían proporcionado, irrumpió en la terraza, disparando en todas direcciones.

Wren y Elaenia no se quedaron quietos. Con las armas recargadas, les devolvieron enseguida los disparos. Una de las balas de la muchacha tuvo suerte e hirió a un enemigo en la pierna. Con la rodilla destrozada, el hombre cayó al suelo, aullando de dolor. Asustados, el resto de los constructores se apresuraron a buscar refugio, olvidándose de disparar.

Nadie tenía demasiada experiencia con las armas de fuego en aquel tiroteo.

Nadie, excepto Cheetah.

La predator había tenido que correr por su vida cuando las balas de Wren la habían buscado con odio. Pero lo que había sucedido luego le había dado la oportunidad de desenfundar sus Glocks y volver a hacerse cargo de la situación.

La mayor parte del grupo ya estaba en el puente, lejos de su alcance.

Mala suerte.

Pero todavía le quedaban tres a quienes podía cargarse.

El alto y desgarrado que había ido a buscar el maletín corría directamente hacia ella. Solo tenía que asomarse y llenarlo de plomo.

Después se ocuparía de los de las pistolitas.

Cheetah saltó de su escondrijo blandiendo sus armas.

Al verla aparecer de la nada, Lark se detuvo con una expresión de pánico.

Iba a coserlo a tiros cuando se oyó un grito a su derecha.

—¡Lark, sal de ahí!

Era Elaenia.

La joven había estado siguiendo la trayectoria de su compañero, lista para cubrirlo si lo necesitaba. Ella tampoco esperaba ver aparecer a Cheetah de la nada, pero no dudó ni un segundo en encañonarla con la SIG y vaciar lo que le quedaba del cargador contra la asesina.

Su andanada tuvo tan poco éxito como la que le había largado Wren un momento antes, pero al menos la hizo girar sobre sus talones, impidiéndole hacer fuego.

—¡Ahora, Lark, corre!

El muchacho no necesitó que se lo repitieran. Aprovechó los preciosos segundos que le había proporcionado ella para recoger el maletín, retomar la carrera y llegar al

punto, donde le esperaban Syren y Wren, que ya habían llegado desde el otro lado.

La ráfaga disparada había dejado a Elaenia sin balas. Nerviosa, trató de cambiar el cargador tan deprisa que se le cayó al suelo, dejándola indefensa.

Cheetah se dio cuenta enseguida.

Salió de donde se había puesto a cubierto y encañonó a su enemiga expuesta.

Elaenia vio los dos puntitos rojos paseándose por su pecho, buscando el lugar más adecuado donde detenerse. Con los ojos llenos de odio, dejó caer la pistola y levantó las manos para rendirse.

Pero Cheetah la miró con una de sus sonrisas desquiciadas, mientras meneaba la cabeza, en señal de negación.

—Ttxt, txt, txt... —musitó.

Y disparó.

Desde el lugar que había ocupado en el puente, Wren vio como Elaenia recibía, uno tras otro, los impactos de las balas de 9 milímetros que le disparaba Cheetah. Con los brazos aún en alto, la muchacha pareció bailar una danza macabra, al ritmo que le marcaba cada nueva herida. Finalmente, con el pecho destrozado, acabó desplomándose en una postura absurda. Igual que una muñeca rota.

Impotente, Wren pudo ver sus ojos, muy abiertos, mirándolo como en una última súplica de ayuda.

—¡Elaenia! —exclamó, levantando su arma contra la predator—. ¡No! ¡No! ¡No!

Desde aquella distancia, incluso Cheetah habría tenido problemas para hacer blanco. Ni siquiera se inmutó cuando vio que él levantaba la pistola y le disparaba. Se quedó de pie, sin ponerse a cubierto, limitándose a expulsar los cargadores vacíos de sus armas para reponerlos por otros nuevos.

¡Enseguida estoy contigo, chaval!

Wren habría conseguido hacerse matar él también de no haber sido por Syren. La muchacha lo cogió del brazo y lo arrastró hacia la pasarela, tratando de alejarlo del peligro que suponía Cheetah.

—¡Wren, tenemos que salir de aquí! ¡Ya no puedes hacer nada por ella! ¡Vamos!

Como en una pesadilla, se dejó arrastrar hacia el puente.

Un momento después, Cheetah, con las pistolas llenas otra vez, corría tras ellos para terminar el trabajo.

Pero cuando llegó a un lugar desde el que poder disparar, donde tendría que haber estado el puente solo se encontró el vacío, abriéndose, amenazador, bajo sus botas de tacón de aguja.

Syren tuvo que usar toda su fuerza para poder arrastrar a Wren hacia la seguridad del puente. Sabía que, si no lo conseguía, él sería la próxima víctima. Por suerte, el muchacho se dejó llevar, mientras él también intentaba recargar su arma.

Pero no habían dado ni veinte pasos hacia el otro extremo cuando se dieron de narices con la espalda de Logan.

—¿Qué demonios...? —exclamó Syren, girándose.

Antes de que él tuviera tiempo de decir nada, se dio cuenta por sí misma de lo que pasaba: al otro extremo de la pasarela, los guardias habían oído los disparos y se habían puesto en marcha.

Pudo ver como uno de ellos levantaba una gran hacha por encima de la cabeza y les dedicaba una sonrisa malévola.

No. Otra vez no, ¡por favor!

Un instante después, la hoja cayó contra las sujeciones y el puente se hundió bajo sus pies.

Era una caída de más de cincuenta metros.

Más que suficiente para resultar mortal.

Logan tuvo tiempo de sentir el sabor agrio del miedo en el paladar mientras braceaba en el aire y se precipitaba hacia la superficie azul y plana del océano.

Dura como una plancha de acero, si se caía desde tan arriba.

Recordó las clases recibidas en el trampolín de la piscina del instituto. Tenía que entrar de cabeza. Apuñalando el agua con las manos, si no quería romperse el cuello cuando chocara contra ella.

Maniobró desesperadamente mientras sentía que el tiempo se le acababa y pensaba que no lo lograría.

El pánico se mezcló con el regusto a sal cuando consiguió entrar en el mar con el suficiente ángulo como para evitar la plancha mortal. El golpe lo dejó aturdido, pero la frialdad del agua lo revivió enseguida.

¡Estoy vivo!

Solo unos momentos más tarde, todavía incapaz de ver nada a su alrededor y con la boca, la nariz y los oídos anegados, notó la mano de Syren cerrándose sobre sus dedos y arrastrándolo tras ella.

Apenas entró en el agua, Syren supo que esta vez los selachiphormes estaban

cerca.

No pensó en nada más que en Logan. Enseguida lo vio, braceando con torpeza y sin recuperarse todavía del impacto.

Todo un generador humano del tipo de impulsos eléctricos que más atraían a los escualos.

Le cogió de una mano y empezó a nadar furiosamente hacia la Tierra de Nadie. Nunca había estado tan expuesta en el agua como lo estaba en ese momento. Pero, en lugar de atenazarla, esta vez el miedo le daba aún más fuerza para tratar de salvarse.

Por el rabillo del ojo vio como Dacnis y Fairy se apresuraban a ayudar a Lark, mientras Wren se ocupaba de Ibis, a quien el golpe había dejado algo más desorientada que al resto.

No muy lejos, a su espalda, intuyó la forma puntiaguda del morro de un selachiphorme acercándose.

Y supo que, esta vez, no tendría tiempo de llegar a cubierto.

Se obligó a bracear aún más rápido, consciente de que no le quedaba ninguna alternativa. Pero mientras se acercaba penosamente al edificio más cercano, sintió como los dedos de Logan se desligaban de los suyos y el muchacho quedaba solo y a merced del escualo.

Horrorizada, trató de dar media vuelta para volver a cogerlo y continuar tirando de él.

Y entonces presenció lo más increíble que había visto nunca.

Tan pronto como Logan se hubo recuperado mínimamente del golpe, se dio cuenta de que estaban en graves apuros.

Syren nadaba muy rápido, pero el selachiphorme acertaba distancias aún más deprisa.

Mientras lo veía abalanzarse contra ellos, recordó las historias que había leído de niño sobre los pescadores de perlas del Pacífico, que ahuyentaban a los tiburones encarándolos y profiriendo gritos guturales bajo el agua.

Recordó también lo que había leído años más tarde en Internet sobre aquello. Había diversas teorías sobre por qué aquellos gritos conseguían asustar a los escualos, pero nadie había conseguido una explicación concluyente.

Solo había algo en lo que todos coincidían: muchas veces el grito no surgía efecto y el pescador terminaba mal.

Desastrosamente mal.

Pero, de vez en cuando, funcionaban...

Se deshizo de la tenaza de Syren y, cuando tuvo al escualo prácticamente encima, vació todo el aire que le quedaba en los pulmones, profiriendo el sonido más grave del que fue capaz.

Como hacían los pescadores de sus historias.

El selachiphorme no se detuvo.

Pero sí desvió su trayectoria. Dio un coletazo para esquivarlo y se alejó unos cuantos metros, confundido por lo que acababa de pasar.

Un instante después, notó los dedos de Syren crispándose alrededor de su brazo y volviendo a arrastrarlo hacia la torre que tenían enfrente.

—¿Y esta vez qué diablos pensabas que hacías? —le espetó Syren apenas salieron del agua—. ¿A ti qué te pasa? ¿Quieres acabar en el estómago de un selachiphorme y no sabes cómo? Pues es bastante fácil, ¿me oyes? Solo tienes que volver ahí afuera y gritar: ¡A comer!

—¡Hey, hey, para el carro! —Se defendió él—. La otra vez de acuerdo que cometí una estupidez. ¡Pero esta ha sido diferente!

—¡Oh, por supuesto que sí! —continuó bramando ella, adoptando un tono irónico—. ¡Encararse con una de estas bestias y gritarle es la cosa más inteligente que he visto nunca, ahora que lo pienso! No sé por qué diablos no lo había intentado nunca nadie. Ah, sí, ya caigo... ¡debe de ser porque hay que estar loco para intentarlo!

—Pero, Syren... —Trató de defenderse él, todavía confundido por su vehemencia— no lo habríamos conseguido. ¡Era eso o nada!

—¡Eso no lo sabes! ¡En cambio, de lo que no cabe duda es de que si tu absurda idea del grito no llega a salir bien, ahora estarías muerto!

Y yo no podría soportar perderte. ¿Es que no te das cuenta, idiota?

Syren se dio la vuelta para no mirarlo, mientras trataba de contener las lágrimas que pugnaban por brotarle de los ojos. Todas las pérdidas que había sufrido hasta entonces le parecían pocas, comparadas con la posibilidad de haber visto morir a aquel muchacho que no hacía ni tres días que había aterrizado en su vida y que ya le importaba más que cualquier otra cosa.

Azorada a causa de su propia reacción, miró a su alrededor. El resto no estaba mucho mejor que ellos, aunque lo que los trastornaba de verdad era haber perdido a Elaenia. Quien estaba peor era Lark, acurrucado en un rincón, con la barbilla apoyada contra las rodillas.

Syren agradeció poder olvidarse un momento de Logan para ocuparse de él.

—Lark... —le dijo, mientras se ponía a su lado, en cuclillas—. Lark, no ha sido culpa tuya.

Tenía la mirada perdida en algún punto más allá de donde estaba ella, pero al oír aquello levantó los ojos para mirarla a la cara.

—¡No digas tonterías, Syren! ¡Claro que ha sido culpa mía! Cuando nos sacaron a rastras de la habitación me olvidé por completo del híperbook. Si lo hubiera cogido, como debía, no habría tenido que volver a buscar esta mierda —dijo señalando el maletín, que esta vez sí había conseguido conservar, a pesar de la caída—, y ella todavía estaría viva.

—Syren tiene razón —intervino Wren—. Me imagino que si te has arriesgado tanto para recuperarlo es porque piensas que todavía lo necesitaremos, ¿verdad?

Lark asintió con la cabeza. *¡No tienes ni idea de cuánto vamos a necesitarlo!*

—Pues, entonces, has sido muy valiente haciendo lo que has hecho. Yo ni siquiera he pensado en el híperbook. Y si lo hubiera hecho, Elaenia aún estaría viva. De manera que soy tan responsable como tú de su muerte.

—Y yo podría decir lo mismo —añadió Fairy enseguida—. Ahí arriba solo he pensado en salvar el pellejo. Nada más. Lo reconozco.

—Igual que yo —se apresuró a admitir Ibis.

—Y que yo —añadió Dacnis. En el rostro de la joven sanadora había algo más. Ibis, que era quien la conocía mejor, vio enseguida lo que era: vergüenza. Estaba abochornada de haberse dejado llevar por el pánico y haber corrido para salvarse, sin preocuparse de su amado. Otra lo había hecho en su lugar, y ahora estaba muerta. Ese peso la acompañaría de por vida.

Ibis compadeció en secreto a su amiga.

Lark los miró a todos, uno por uno. Con agradecimiento, pero igualmente desconsolado. No le salían las palabras. Pero no las necesitaba. Todos entendían lo que decía su mirada.

—Necesitamos descansar un poco —dijo Syren, dando el tema por zanjado—. Más tarde hablaremos de lo que hay que hacer.

No fue a sentarse junto a Logan, pero tampoco con Wren. Para no empeorar las cosas, buscó la compañía de su hermana pequeña. Mientras se abrazaba a Ibis y los otros se dejaban caer allí donde estaban, Wren se deslizó al lugar elegido por el forastero.

—No creo que tú y yo lleguemos nunca a ser amigos, Logan —le dijo, lo suficientemente bajito como para que nadie pudiera oírle—. Pero te agradezco lo que has hecho antes por Syren. Hay que ser muy valiente para hacer una cosa así.

El otro lo miró con sorpresa. Era la primera cosa amable que le decía desde que había llegado.

—O hay que estar muy loco. En todo caso, yo también te agradezco que me lo digas —le contestó—. Lástima que ella no parezca pensar lo mismo.

—No lo creas. Si la conocieras la mitad que yo sabrías que es exactamente lo contrario. Por eso se ha enfadado tanto contigo.

Y antes de tener que explicarle a su rival más cosas que le hicieran sentirse aún peor, se apartó de él para ir a sentarse tan lejos como le fue posible.

—No puedo tomar sola la decisión de continuar adelante.

Habían descansado un rato y Syren decidió que no podían aplazar más aquella conversación. Se levantó y se lo dejó caer al resto.

—No hace ni tres días que empezamos con todo esto y ya hemos perdido a Raven y a Elaenia. Y podríamos decir que hemos tenido suerte. Viendo lo que aún nos queda por delante y lo que ha averiguado Lark sobre el lugar donde se abrirá el portal, no puedo tomar sola la decisión de continuar. —Miró directamente a Fairy mientras lo decía—. Aún pienso que vale la pena correr el riesgo, eso sí. Pero quiero que lo votemos.

—Syren, esto no es necesario —empezó a decir Wren—. Tú eres la líder del clan. Eso no lo discute nadie.

Ella le atajó de manera tan suave como enérgica.

—Te lo agradezco, Wren, pero la líder quiere saber qué piensa el clan que debemos hacer. ¿Lark?

El larguirucho, que se había refugiado en un silencio melancólico, levantó la vista al oír su nombre.

—Haré lo que sea necesario para que paguen por lo que le han hecho a Elaenia. —Su voz era oscura y determinada como nunca lo había sido antes—. Adelante.

—¿Dacnis?

La joven sanadora dudó.

—Tenéis que entenderlo —dijo al final, con un hilo de voz, mirando alternativamente a Lark y a Syren—. Va en contra de lo que soy arriesgar la vida de nadie, si puede evitarse. Lo siento de veras.

—No tienes por qué sentirlo, Dacnis. Ojalá todo el mundo fuera como tú. ¿Ibis?

La miembro más joven del clan no demostró ni una sombra de vacilación.

—Estoy contigo —dijo—. Y no porque seas mi hermana, sino porque pienso que tienes razón. Nunca lograremos sobrevivir a la próxima estación fría. No con Cheetah pisándonos los talones.

Syren se lo agradeció con una inclinación de cabeza.

—¿Fairy?

La rubia sintió como los ojos del clan se fijaban en ella. Un rato antes, en el cuartel general de los constructores de puentes, había hecho una acusación muy grave contra Syren. ¿Insistiría ahora?

—Pienso igual que Dacnis —respondió, pero sin agresividad—. Hemos sobrevivido a muchas estaciones frías. También lo conseguiremos esta vez. Voto por dejarlo y dedicar todos nuestros esfuerzos a buscar un buen lugar donde escondernos

y hacer acopio de provisiones.

Syren no se esperaba otra cosa. Estaban tres a dos y Logan no tenía derecho a voto. Si Wren lo hacía en su contra, empatarían a tres y sería el voto de calidad de la líder quien decidiese. En la práctica, equivaldría a volver a depositar sobre sus hombros todo el peso de las consecuencias de lo que pasara a continuación.

—¿Wren?

El aludido se mantuvo en silencio. Se había estado temiendo que las cosas lo llevaran hasta aquel callejón sin salida. Si hacía lo que le pedía el corazón, estaría poniendo a Syren en una posición muy incómoda. Pero si seguía lo que le dictaba la razón, tenía miedo de acabar perdiéndola.

Y aquello le ponía enfermo. Detestaba a ese intruso con todas sus fuerzas. ¡Que se las apañara como pudiera! A ellos ya les había hecho bastante daño.

Entonces recordó lo que le había dicho Elaenia cuando le confió las armas.

Suspiró.

—Continuamos —dijo, finalmente, arrastrando la palabra como si se la arrancasen con unas tenazas—. No quiero que Elaenia y Raven hayan dado su vida para nada.

Syren suspiró, aliviada. Una vez más, Wren le tendía la mano cuando más falta le hacía.

—Cuatro a dos, pues —dijo—. Seguimos adelante.

Fairy se levantó de un salto. Le temblaba el labio inferior mientras abandonaba el círculo sin decir nada. Syren iba a seguirla cuando notó la mano de su hermana pequeña, deteniéndola.

—Dale solo un momento —le aconsejó—. No está siendo fácil para nadie, pero para ella aún menos. Volverá.

Syren asintió con la cabeza.

Solo esperaba que aquello no les trajera aún más problemas. Era de lo único de lo que iban sobrados en aquellos momentos.

Fairy tardó un buen rato en regresar con el grupo. Cuando lo hizo, nadie dijo nada, pero Dacnis se le acercó y le pasó cariñosamente el brazo por los hombros. La rubia se lo agradeció con una sonrisa amarga, pero prefirió ir a acurrucarse, sola, en un rincón. Syren esperó todavía un poco, para que no resultase tan evidente su regreso, y volvió a reunir al clan para contarles sus planes.

—He estado pensando mucho en cómo podríamos llegar hasta la Mano en Llamas —empezó.

—Demasiado lejos para ir a nado, incluso para vosotros —les recordó Lark, en tono agrio—. No llegaréis ni a medio camino sin que se os hayan zampado los selachiphormes.

—Lo sé, lo sé —se apresuró a replicar Syren—. Es evidente que no podemos

hacerlo solos. Por eso le he estado dando vueltas y creo que las únicas que pueden ayudarnos en esto son las hijas del viento.

—¿Las voladoras? ¿Y por qué tendrían que prestarse a hacerlo? —ironizó Wren, escéptico a pesar del voto de confianza de hacía un rato—. Nuestro clan y el suyo nunca han tenido una relación especialmente buena.

—Ni tampoco mala. En cambio, ellas son las peores enemigas de los techs. Antes de que alcanzaran su actual poder, las voladoras eran el clan más respetado de Nyork. Ahora los predators las abaten a tiros siempre que tienen oportunidad y ellas se mueren de ganas de devolverles el daño. Debemos convencerlas de que ayudarnos irá directamente contra los intereses de Wired. Ya sabes: el enemigo de mi enemigo...

—¿Y cómo piensas hacer que se traguen eso? —Se escuchó la voz de Fairy, aún dolida—. Me gustaría saber cómo afectará a los techs que cuatro muertos de hambre como nosotros consigan unos datos inútiles de un observatorio en ruinas y después se larguen a otro universo.

Syren no lo sabía. Esperaba poder llegar a algún tipo de acuerdo con las voladoras, pero estaba claro que tendría que mentirles. Y eso añadía un nuevo y enorme riesgo a la larga lista de los que ya corrían.

Antes de que pudiera improvisar nada, Lark acudió en su ayuda.

—Puedes ofrecerles esto —dijo, levantando el maletín que contenía el hiperbook—. Esto, y a mí para manejarlo. Te garantizo que los dos juntos podemos hacerles mucho daño a los techs.

Pero ella se negó en redondo:

—¡De eso ni hablar, Lark! Ya te he dicho muchas veces que tú formas parte del clan, y el clan no deja a nadie atrás. Si nosotros nos vamos, no será a expensas de dejarte atrás.

—¿Quién habla de quedarse? —replicó el chico—. Será solo nuestra baza para negociar. Luego, cuando se abra el portal, encontraremos la forma de justificar que mi presencia allí sea imprescindible, y lo aprovecharé para largarme con vosotros. ¡Que vengan a pedirnos cuentas al universo de Logan!

Syren lo contempló con ademán preocupado. No le gustaba nada la idea de jugar sucio. Y, por si eso fuera poco, el plan de Lark todavía dejaba muchos elementos al azar. Pero tenía razón en una cosa: les proporcionaba algo valioso que ofrecerles a las hijas del viento.

El resto lo tendrían que ir improvisando sobre la marcha.

A regañadientes, aceptó con la cabeza.

Era la segunda vez en pocas horas que a Ocelot le tocaba bajarse los pantalones ante Wired.

Y ahora, la cosa era bastante peor.

El predator no es que tuviera miedo del líder de los techs. Sabía que podía matarlo con las manos desnudas cuando le viniese en gana. Pero siempre tenía presente cuánto habían mejorado sus condiciones de vida desde que se habían aliado con él. Y no tenía dudas de cuál era la pieza que no podía sustituirse en aquel delicado rompecabezas.

Y, después de todo, eran sus chicos quienes la habían cagado.

Tocaba morderse la lengua. Hasta que sangrara.

—¿Cómo podéis ser tan inútiles? —chilló Wired cuando le hubo detallado la fuga de los pastores de algas—. ¿No habíamos quedado en que eran solo cuatro críos hambrientos? Y servidos en bandeja, además.

—Ya te he dicho que las cosas no fueron como esperábamos —se defendió Ocelot—. Llevaban armas escondidas, y supieron usarlas en el momento preciso. Mataron a dos de mis hombres.

—¡Qué terrible pérdida! —ironizó Wired—. ¡Dos idiotas menos a los que dar de comer!

Después se arrebujó en su butaca y se tapó la boca con una mano, pensando.

—Dices que les hicieron saltar desde un puente. ¿Crees que están muertos?

—Cuesta de decir. La caída es considerable. Y vimos rastros de selachiphormes. Pero Cheetah estaba allí y no está segura.

—¡Cheetah! ¿Se puede saber por qué mandaste a esa loca a hacer el trabajo? ¡Si lo hubieras hecho tú mismo ahora no tendríamos esta conversación tan enojosa!

Incluso detrás de sus gafas oscuras, Ocelot no pudo evitar desviar la mirada. Wired tenía razón. Cheetah podía llegar a ser un problema cuando se le iba la olla.

Pero se la tenía jurada a aquel grupito de pastores de algas.

Y cuando se le ponía algo entre ceja y ceja, aquel demonio de mujer podía llegar a ser muy persuasiva.

Wired pareció adivinarle los pensamientos.

—Espero que esa putita tuya merezca la pena... —le espetó con menosprecio—. ¡Buscadlos! Y más os vale que tu amiguita tenga razón y aún sigan vivos.

Ocelot se levantó y salió por la puerta antes de que aquella conversación le hiciera perder la poca paciencia que le quedaba.

Por mucho que le fastidiara hacer de perrito faldero de los techs, no tendría más remedio que poner a toda la gente disponible a ello. Tal y como le había contado

Cheetah que habían ido las cosas, él también creía que seguían vivos. Al menos, algunos.

Mientras regresaba a la Aguja, el líder de los predators se preguntó qué hacía tan especial a aquel grupito de pastores de algas como para interesar tanto al todopoderoso Wired.

El camino que llevaba al territorio de las hijas del viento era aún más peligroso que el que ya habían recorrido. Su zona se extendía por la parte más meridional de la ciudad y para adentrarse en ella no se podía contar con las pasarelas que comunicaban el resto de los territorios. Ni siquiera con las arriesgadas.

Las voladoras no las necesitaban. Y no habían permitido a los constructores acercarse siquiera a sus lindes, a pesar de la generosa oferta de Builder sobre cómo repartirían los peajes. Sabían que la carencia de puentes convertía a su territorio en inexpugnable para los otros clanes y querían que siguiese siendo así. Era el aislamiento lo que les permitía mantener todavía parte de su antiguo poder sobre las demás tribus. Y, lo más importante, gracias a ello eran las únicas que podían permitirse no pagar los tributos impuestos por Wired y sus odiosos aliados y no recibir ningún tipo de castigo como represalia.

De manera que cada cambio de edificio que los acercaba a su territorio requería de un peligroso trayecto acuático, siempre a merced del ataque de los selachiphormes.

Tardaron casi todo el día en llegar a la frontera.

Cuando se dio cuenta de que todos estaban agotados, Syren ordenó detenerse para comer un poco y recuperar fuerzas. Desde la primera planta seca de un edificio casi engullido por las aguas, lo que quedaba del clan se desparramó por el suelo, exhalando gemidos exhaustos de agradecimiento por el descanso. Dacnis e Ibis se apresuraron a repartir entre los demás la poca comida que les quedaba. Cuando le tocó el turno a Logan, el chico puso cara de asco al recibir su ración.

—¿Puedes decirme qué diablos es esto? —preguntó arrugando la nariz.

Ibis le respondió dedicándole un mohín guasón.

—Pescado envuelto en algas. ¿Qué quieres que sea?

—Mil cosas antes que esto, ya que lo preguntas. ¿Una hamburguesa doble con queso y muchas patatas?

Ella lo miró con cara de no entender nada. Ni siquiera los clanes más poderosos tenían demasiada variedad a la hora de comer. Disponían de más cantidad que ellos, por supuesto. Pero la diversidad era escasa en Nyork. Y, excepto por algunas plantaciones de hortalizas que se habían conseguido sacar adelante en zonas secas y que sus propietarios protegían más que cualquier otra cosa, quien más quien menos, todo el mundo se llevaba al estómago únicamente lo que era capaz de sacar del agua.

Logan le hizo un ademán de rechazo con la mano, mientras le devolvía el pescado.

—No te preocupes, cuando regresemos a casa te enseñaré a lo que me refiero.

Estoy seguro de que una vez que las hayas probado ya no querrás comer nada más. Bueno, puede que una pizza de vez en cuando...

Ibis lo miró, divertida. Entendía bastante bien lo que le estaba pasando a su hermana mayor. Aquel recién llegado tenía algo que lo hacía encantador, a poco que se lo propusiera.

—Empiezo a tener muchas ganas de ver ese lugar del que hablas tanto, Logan. No nos dejarás tirados, ¿verdad?

—¿No te fías de mí, bonita?

Ella le regaló una sonrisa triste.

—Ese es el problema: que me fío.

El chico se sintió conmovido por su sinceridad. La tomó de ambas manos:

—No os decepcionaré, Ibis. A ninguno. Te lo prometo. Hace muy poco que nos conocemos, ya lo sé. Pero hay muy pocas cosas en este mundo, o en cualquier otro, que me importen más que vosotros. Os sacaré de aquí, cueste lo que cueste.

Y ella volvió a creerle.

Syren masticaba, distraída, con la mirada perdida al otro lado de los ventanales agrietados. Afuera, la forma en que los rayos de sol incidían en el agua, el cristal y el acero le recordaba que la estación fría estaba al caer. Era un resplandor tímido, más amarillo que naranja, que casi no calentaba. A cambio, a esa hora del día, los reflejos que la luz arrancaba de aquellas torres medio sumergidas en el mar y convertidas en pequeñas selvas, mitad vegetales mitad acero y cristal, le parecían extrañamente hermosos.

De una belleza amenazante, sí, pero no por eso menos seductores.

Intentó calcular cuánta distancia los separaba aún de las Siamesas, las dos enormes torres donde se concentraba el poder de las voladoras. Enseguida decidió que demasiada. El tiempo era precioso y no podían perderlo en aquel trayecto largo y peligrosísimo.

Se agarró con una mano a una columna de acero desnuda y sacó medio cuerpo por un boquete de la fachada, tratando de descubrir alguna de las pistas de aterrizaje que distinguían a los edificios controlados por las hijas del viento. En lugar de puentes, las voladoras habían salpicado su territorio de aquel tipo de plataformas desde donde podían levantar el vuelo y aterrizar fácilmente. Acababa de descubrir una, apenas un par de edificios más allá, cuando sintió el brazo de Logan asiéndola suavemente por la cintura.

No pudo evitar que se le erizase todo el vello del cuerpo. Incluso habría jurado que aquel contacto la había hecho ruborizarse. Se dejó llevar por él a la seguridad de la torre, encantada de sentir sus manos en la cintura.

—¿Ahora soy yo quien debería regañarte, no crees? —le susurró él al oído—. ¿O es que haciendo esto no estás pidiendo a gritos que se te lleve un selachiphorme de un

salto?

Ella tuvo que admitir que era cierto. Por un instante, las ganas que tenía de llegar la habían hecho cometer una imprudencia. Él tenía todo el derecho de reprochárselo.

—Mira... Ya sé que antes he sido un poco dura contigo. Pero es porque no soportaría que te sucediera nada. ¡Y lo que has hecho ha sido tan increíblemente estúpido!

Logan prefirió quedarse solo con la primera parte de la frase.

—¿Dices en serio eso de que no lo soportarías? —le preguntó, acercándosele un poco más—. Porque si uno de estos bichos se te llevara a ti, te juro que me tiraría al agua y no me rendiría hasta obligarlo a golpes a soltarte.

Una parte de Syren habría querido gritar a los cuatro vientos que la sola idea de que él desapareciera de su vida le parecía peor que ser capturada por los predators. Pero nunca había sido buena exteriorizando sus sentimientos. Y, a pesar de lo que habían compartido pocas horas antes, todavía se sentía confundida y culpable por lo que estaba sucediendo en su interior. Era consciente de que todos podían verlos, y su yo más responsable continuaba reprochándole que aquello suyo no estaba bien.

Sin desearlo, se separó de Logan.

—Pues claro. No soportaría perder a nadie más del clan. Soy la responsable de vuestra seguridad, y, de momento, no lo estoy haciendo nada bien. No sabes lo terrible que me resulta todo esto...

No era la respuesta que él habría querido oír. Y no supo disimularlo. Sin decir nada, dio media vuelta y regresó al rincón donde se había dejado caer antes de ir a hablar con ella.

Desde su sitio, Wren no pudo evitar sentirse aliviado por lo que acababa de ver.

Ladybird era una chica alta y huesuda, de pómulos definidos, mandíbula cuadrada, boca y nariz pequeñas y ojos del color de la tierra que tanto escaseaba en Nyork. Estaba al mando de una de las plataformas de aterrizaje fronterizas del territorio de las hijas del viento porque era una de las voladoras más veloces de todo el clan. Y también de las más certeras arrojando los dardos ligeros y afilados que su tribu utilizaba habitualmente como arma. Estas aptitudes la hacían muy respetada entre la mayoría de los miembros más jóvenes y facilitaban que sus órdenes fueran aceptadas sin dudarlas.

Una autoridad que le vino muy bien cuando, inesperadamente, un pequeño grupo que se identificaron como pastores de algas se plantó a las puertas de su puesto, solicitando parlamentar.

Las hijas del viento habían sido durante mucho tiempo el clan más poderoso de la ciudad. La mayoría de las tribus sabían moverse relativamente bien ya fuera en el agua o a través de los edificios, pero solo ellas dominaban el cielo. Eso las convertía en unas enemigas muy difíciles de combatir. Pero, a diferencia de lo que estaban haciendo ahora los techs, las voladoras nunca habían abusado de su superioridad. Se habían limitado a mantener bajo control un territorio considerablemente mayor que los del resto de los grandes clanes y a comerciar ocasionalmente con ellos, ofreciéndoles sus servicios como mensajeras o transportistas rápidas de pequeños objetos. De este modo, hasta la eclosión de los techs, habían mantenido relativas buenas relaciones con todo el mundo. La única excepción eran los raiders, los incursores que vivían en la zona más septentrional de la ciudad, más allá del Gran Vacío, y que se dedicaban a hacer razias periódicas contra cualquiera que se les pusiera a tiro, a bordo de sus veloces corredoras y de sus temerarias deslizadoras.

Pero desde que Wired había entrado en escena, cambiando radicalmente el equilibrio de fuerzas de Nyork, las hijas del viento se habían visto constantemente asediadas por los predators, quienes aprovechaban cualquier oportunidad para bajarlas del cielo a tiros. Corría la voz por toda la ciudad de que Ocelot y los suyos codiciaban el enorme territorio de las voladoras y que solo estaban esperando a sentirse lo bastante fuertes como para intentar arrebatárselo.

Momento que, al ritmo con el que se desarrollaban los acontecimientos, no tardaría mucho en llegar.

Las hijas del viento habían oído los rumores y les habían dado crédito. Desde hacía tiempo se preparaban para una batalla que no deseaban, pero que tampoco pensaban rehuir. Eso las había vuelto más desconfiadas y hostiles que nunca.

Si en lugar de Ladybird hubiese comandado la plataforma otra líder, lo más

probable habría sido que los imprudentes visitantes fueran asaeteados primero y preguntados después. Pero, por fortuna, Ladybird tenía en buen concepto aquel clan hoy prácticamente exterminado. Los pastores de algas siempre le habían parecido pacíficos, leales a su palabra y nada ambiciosos. Y, aunque solo fuera porque compartían un enemigo común, estaba más predispuesta a prestar oídos a aquel inesperado puñado de supervivientes que a llenarlos de agujeros.

Fue por eso que, cuando aquella chica de ojos acerados y tan alta como ella apareció con las manos en alto y solicitando parlamentar, le permitió acercarse.

Y fue, sobre todo, gracias al respeto que inspiraba entre las suyas que el resto de las voladoras mantuvieron las lanzas quietas, a pesar de sentirse muy amenazadas ante aquella conducta tan inusual.

—Habría jurado que toda tu gente estabais muertos o erais esclavos de los techs —le dijo Ladybird a la recién llegada cuando esta llegó a su altura, todavía con las manos bien a la vista—. Puedes bajarlas —continuó, haciendo un gesto con la cabeza—. No creo que estés tan loca como para atacarnos con las manos desnudas... Aunque muy cuerda no debes de estar, cuando te presentas aquí de semejante modo, tal y como están las cosas. Conozco bien los distintivos de tu clan, pero algunas de mis guerreras más jóvenes casi no los han visto nunca. Has corrido un gran riesgo, ¿sabes?

—Necesito hablar con tus reinas —respondió Syren ignorando la pregunta—. Y no estoy tan loca como para pensar que podría haber llegado hasta las Siamesas sin ser detectada. Además, el tiempo corre en nuestra contra.

—Ya veo que, además de osada, no te andas por las ramas. ¿Y por qué, exactamente, tendría que tomarme las molestias y los riesgos de llevaros hasta las reinas?

—Por eso —dijo Syren, señalando el maletín que aferraba Lark.

Mientras un viento helado le agujoneaba el rostro, sobrevolando la ciudad, Logan pudo ir distinguiendo algunos signos de identidad de lo que él conocía como el Financiamiento District, SoHo y Battery Park City. La mayoría de los lugares que él había querido y frecuentado estaban ahora bajo el agua. Pero las torres que habían sobrevivido eran fáciles de identificar, y le permitían hacerse una idea de dónde estaba en cada momento.

Estaba confuso. Muy confuso.

Le habían pasado demasiadas cosas en demasiado poco tiempo como para conseguir asimilarlas como debería. La excitación por el vuelo, el horror por la desolación que le esperaba a todo lo que conocía si él no era capaz de regresar a tiempo... y el desasosiego que le había dejado su última conversación con Syren. ¿Era posible que la noche que habían pasado juntos no hubiera significado nada para ella? O no tanto como le había importado a él, lo mismo daba.

Aquella indefinición lo mataba.

Logan no era ningún pardillo con las chicas. Había conocido a unas cuantas. E incluso había llegado a creer que amaba a Madison. Pero justo cuando ella le había pedido una prueba de sus sentimientos, no había sido capaz de dársela. Y, un momento después, Syren había entrado en escena, como una aparición bañada por la pálida luz de la luna, y lo había puesto todo patas arriba.

Él nunca había creído en el amor a primera vista. Conocer a una chica y que te gustase era una cosa. Eso pasaba constantemente. Pero el amor, el compromiso... aquello era harina de otro costal. Tenían que pasar muchas cosas antes de poder pronunciar esas palabras sin hacerlo a la ligera.

Y, entonces... ¿por qué le dolía tanto que Syren se las reservara?

¿Y por qué se moría de ganas de decírselas él?

El ala delta que lo transportaba hizo un viraje brusco para evitar un rascacielos abandonado y convertido en una auténtica selva, y la sacudida sirvió para devolverle al mundo real. Contemplaba con sus propios ojos la catástrofe que aguardaba a su mundo... y solo le preocupaba la actitud de una princesa de ojos grises.

¿Qué pensaría su padre si lo supiera?

Se agarró más fuerte a la barra que compartía con Butterfly, una chiquilla que no debía de medir más de un metro y medio, pero que pilotaba aquel enorme aparato como si hubiera nacido montada en él. Ella notó su miedo y volvió la cabeza para dedicarle una sonrisa socarrona.

—Tranquilo, hombrecito —le dijo con la suficiencia de un capitán de bombardero de la Segunda Guerra Mundial—. Pesas un poco, pero estás en buenas manos. Hasta que Ladybird no diga lo contrario, no permitiré que te pase nada.

Él trató de parecer despreocupado, sin conseguirlo.

—¡Qué alegría oírlo! Ya me siento mucho más seguro.

Como respuesta, la joven realizó otra pirueta, todavía más pronunciada que la anterior, que le hizo estremecerse de pies a cabeza.

Se rio de buena gana. Una risa traviesa.

—Sí, ya veo que estás hecho una gaviota. Aguanta, héroe. Estamos a punto de llegar.

El ala delta rodeó otro edificio y, ante ellos, aparecieron, inmensas, las Siamesas. Logan no pudo evitar maravillarse ante aquellas dos moles que se elevaban, indiferentes, muchos metros por encima de la superficie del mar que había intentado tragárselas sin conseguirlo. Él las había visto solo en fotografías y películas y, ahora que las tenía delante y se daba cuenta de lo que habían sido capaces de resistir, le pareció todavía más increíble lo que había leído sobre el trágico final que habían sufrido en su universo.

Mientras las torres se agrandaban a ojos vistas, a medida que el ala se las acercaba más y más, Logan recordó la suerte que habían tenido de poder llegar hasta allí. Ladybird había decidido creer a Syren y había permitido al grupo acceder a

la plataforma. Mientras les ordenaba que esperasen, había hablado con otra de las voladoras, quien la escuchó con atención y acabó asintiendo con la cabeza. Después, había cogido algo de un armario y se había perdido escaleras arriba.

Ladybird se había vuelto hacia ellos y los había examinado con ojo crítico.

—La mayoría seréis fáciles de transportar —concluyó—. Pero tú y tú —había añadido señalándolos a él y a Wren— pesáis demasiado. Necesitaremos que nos traigan un par de alas de las más grandes. No tardarán. Mientras llegan, esperad aquí y no hagáis ninguna tontería. Mis chicas tienen los nervios de punta, últimamente.

Acababan de sentarse todos en un rincón cuando Ibis le había dado unos golpecitos en el hombro, señalando al cielo. La muchacha con quien había hablado Ladybird volaba a toda velocidad gracias a un traje volador dotado de tres alas: dos bajo los brazos y una tercera, mayor, entre las piernas, surcadas por unas pequeñas canalizaciones que permitían que circulase el aire y aumentase la resistencia a la caída. Había subido para lanzarse desde la parte más alta del edificio y se había alejado, planeando como un gran pájaro, en dirección al corazón del territorio.

Logan, que creía que ya lo había visto todo desde que había llegado a Nyork, tuvo que frotarse los ojos. En su mundo, los trajes de alas estaban reservados solo a los fanáticos de la adrenalina y permitían solo vuelos cortos y muy arriesgados. Era evidente que allí la tecnología los había mejorado considerablemente. Y también que aquellas mujeres tenían una habilidad especial para usarlos.

—Por algo las llaman las hijas del viento —le explicó la chiquilla, como si le leyerá el pensamiento—. Igual que nuestros cuerpos se han adaptado al agua, los suyos lo han hecho al cielo. Mi padre me contó que por eso las voladoras suelen ser tan bajitas, y delgadas. Y que sus huesos son diferentes de los nuestros. Que están huecos para facilitar el vuelo.

—¿Y esta? —preguntó él señalando a la espigada Ladybird.

Ibis se encogió de hombros.

—Siempre hay excepciones. Pero si es quien manda aquí, te aseguro que vuela mejor que cualquiera de las menudas.

Logan asintió con la cabeza. Todos los universos estaban repletos de excepciones notables. Eso ya le había quedado claro.

Tal y como había prometido Ladybird, las alas capaces de transportar el peso de dos chicos mayores no tardaron en hacerse visibles en el horizonte. Con una pericia envidiable, sus pilotos las hicieron aterrizar, leves como una pluma, usando solo la mitad del espacio que les proporcionaba la plataforma. La misma Ladybird distribuyó el grupo entre alas de diferentes tamaños, reservándose a Syren como pareja.

Los aparatos más ligeros, que transportaban a Dacnis y a Ibis, se elevaron con la misma suavidad con la que habían aterrizado momentos antes. En cambio, cuando le había tocado el turno al de Logan, la diminuta Butterfly lo había observado con ojos censores.

—Cuando yo te lo diga, hombrecito —le había espetado con su tono burlón—,

corre tan deprisa como puedas. Y no titubees o iremos de cabeza al agua.
¿Entendido?

Logan había obedecido rigurosamente las instrucciones, pero en el preciso instante en que sus pies habían perdido contacto con la superficie de la plataforma había notado como la entrepierna se le subía repentinamente a la garganta.

Y no regresó a su sitio hasta bastantes minutos después de que hubieran aterrizado en una de las plataformas más bajas de la Siamesa Norte, y de ser víctima por última vez de la risa burlona de la traviesa Butterfly.

Como todo el mundo, Syren sabía que las hijas del viento eran el único clan de Nyork que estaba gobernado por dos personas a la vez. Ellas las llamaban reinas y creían que teniendo una dirección bicéfala se evitaban abusos de poder como los que abundaban en otros clanes. Las dos monarcas tenían la obligación de ponerse de acuerdo sobre cualquier tema en que mantuvieran posturas enfrentadas. Y, si no lo conseguían, la última solución era o la abdicación de una o un combate a muerte. La ganadora veía entonces cómo se escogía otra dirigente y, una vez más, necesitaba pactar con ella la resolución de aquel conflicto.

Las voladoras estaban muy orgullosas de su forma de gobierno. Especialmente porque cualquiera podía llegar a ser reina, siempre y cuando disfrutara de suficiente respeto entre el resto y estuviera dispuesta a aceptar el riesgo.

Ninguna reina lo era demasiado tiempo. La mayoría acababa dejando el cargo para dedicarse a procrear —hacerlo no estaba en absoluto mal visto— cuando pensaban que se veían abocadas a una lucha que no podían ganar. Y una buena cantidad de ellas también habían muerto tratando de imponer sus puntos de vista —una forma aún más respetada de ceder el liderazgo.

Los hombres del clan, por el contrario, jugaban un papel residual. No tenían voto y apenas voz; no volaban ni luchaban y se ocupaban solo de tareas domésticas y reproductivas. Su número era escaso, pues solo a uno de cada cuatro niños que nacía dentro del clan se le permitía crecer. Era así como las mujeres se aseguraban la continuidad de su matriarcado.

Syren conocía bien aquella organización social y —exceptuando el trato que recibían los hombres— no le parecía ni mejor ni peor que otras. Ella misma cedería gustosamente el peso del liderazgo si alguien se lo reclamase con suficiente insistencia. Pero las normas de su clan eran distintas y cuando eras el jefe de los pastores de algas solo la muerte o un voto de censura podía liberarte del peso del cargo.

Ciclos atrás, los nombres de las dos reinas de las hijas del viento eran conocidos y respetados en toda la ciudad. Desde que su propio clan había sido exterminado, sin embargo, las relaciones que mantenían con las otras tribus eran nulas y hacía mucho tiempo que Syren había olvidado los nombres de unas mujeres que, con toda probabilidad, ya estaban muertas o habían pasado a un discreto segundo plano.

Aun así, cuando fue llevada a presencia de Dragonfly y Mantis, las dos actuales reinas voladoras, no pudo evitar sentir respeto y admiración al contemplarlas.

Había oído historias sobre que las dos ocupantes del trono de las Siamesas solían elegir *look* muy distintos entre ellas para que el resto del clan tuviera muy claras sus

diferencias. Pero nunca habría esperado que fueran tan opuestos como los de aquellas dos mujeres magníficas que en ese momento tenía delante.

Dragonfly debía de rondar los veinticinco ciclos y era solo algo más alta que la estatura mediana del clan. Tenía el pelo casi blanco de tan rubio y lo llevaba medio peinado en una larga trenza que le caía por la espalda y medio suelto en dos cataratas que se le deslizaban a ambos lados del rostro, hasta la altura de los senos. Tenía la cara ovalada, la nariz prominente y los labios carnosos, y en sus ojos transparentes brillaba una luz nívea que le otorgaba la autoridad que le habría restado su escasa presencia física. A pesar de la temperatura, vestía solo un corpiño ajustado que le dejaba los hombros al aire, unos pantalones de color gris, también muy ceñidos, y un gran collar hecho con dientes de selachiphorme y ornamentos de madera.

Su compañera en el trono, Mantis, era algo mayor y también más alta —aunque no tanto como Ladybird—, pero igualmente delgada. Tenía la cabellera negra y peinada en un complicado moño, y acentuaba la palidez natural de su piel con algún tipo de maquillaje blanquecino, que le convertía la cara en una máscara pálida. Pero también se pintaba los labios finos de escarlata sanguinolento y la sombra de ojos, desde la nariz, recta y breve, hasta las sienes, en forma de dos alas, negras como el corazón de las tinieblas. El auténtico golpe de efecto, sin embargo, se lo conferían unas lentes de contacto que convertían el blanco de sus ojos en rojo sangre y hacían de sus pupilas dos globos negros e impenetrables. Igual que su compañera, desafiaba el clima luciendo solo una especie de mono de neopreno, negro y muy ceñido, que se abría por delante con una cremallera, que ella llevaba lo suficiente abierta como para permitir admirar alrededor de su esbelto cuello un colgante idéntico al de su corregente.

Si Dragonfly tenía un aspecto que inducía a que la siguieran, el de Mantis estaba pensado al detalle para disuadir a todo aquel que estuviera siquiera pensando en enfrentársele.

Syren había tragado saliva mientras dejaba el resto del grupo atrás y seguía a Ladybird hasta una de las plantas superiores de aquel edificio colosal, ante la presencia de las dos reinas. Mientras recorría el trayecto se había repetido a sí misma que dependía de ella y solo de ella que las hijas del viento se avinieran a colaborar en sus planes. Y que nunca lo conseguiría si se presentaba ante ellas como una chiquilla asustada e insegura.

Pero ahora que las tenía delante le resultaba casi imposible no sentirse intimidada por aquellas dos mujeres de aspecto formidable. Nunca había visto a nadie parecido. Aunque su clan no distinguía entre sexos a la hora de elegir líder, el tipo de vida que llevaban hacía que, en la práctica, fueran ellos, más fuertes y resistentes, quienes acabaran asumiendo casi siempre el rol de jefe.

No dejaba de ser irónico que la supervivencia de lo que quedaba de su tribu dependiera, en su hora más oscura, de una muchachita tan joven e inexperta como ella.

Mientras intentaba pensar en cómo habría actuado su padre de hallarse en su misma situación, se aclaró la garganta y empezó a hablar.

—¡Eso ni pensarlo! —estalló Mantis apenas Syren hubo terminado su exposición. La mayor de las reinas voladoras se levantó de un salto del trono desde el que había estado escuchándola, con expresión progresivamente hostil, y la apuntó con el dedo, como si fuera un arma—. Las cosas ya están bastante mal con los techs. ¡Estás loca si crees que nos arrastrarás a una confrontación con ellos solo a cambio de vagas promesas!

Syren sintió como aquel dedo, palidísimo, le traspasaba el pecho como un dardo. Desesperada, volvió los ojos suplicantes hacia Dragonfly, quien se había mantenido en silencio y sentada en su propio asiento. La menuda soberana rubia esperó hasta que el eco de las palabras de su compañera se hubiera apagado por completo antes de hablar ella.

—Mantis, creo que estás yendo demasiado deprisa. Si lo que esta joven nos ofrece es cierto, podría darnos una ventaja decisiva en la confrontación que se avecina. Te sugiero que lo consideremos dos veces antes de rechazar su oferta.

La reina negra se estremeció como si hubiera recibido un golpe. Tuvo que hacer un esfuerzo para dominar su ira mientras se volvía para mirar a Dragonfly y le contestaba en tono respetuoso:

—Hermana, a ti y a mí nos ha costado más de una vez llegar a acuerdos. Pero no puedo creer que no te des cuenta del riesgo que supone para nosotros la mera presencia de estos pastores de algas en nuestro territorio. A estas horas incluso los raiders deben de estar enterados de como han salido a tiros del territorio de Builder, matando a varios hombres. Si Wired se entera de que están aquí, tendrá la excusa perfecta para empezar la guerra que está buscando.

—Soy perfectamente consciente de ello —dijo la aludida, levantándose para tratar de reducir la diferencia de altura que había entre ambas—. Pero sabes que Wired quiere nuestro territorio y que la guerra estallará, de una manera u otra. Nuestras armas son muy inferiores a las suyas. ¡Necesitaremos algo más que alas y dardos si queremos tener alguna oportunidad de ganar!

—¿Y esta niña y su máquina son esas armas que dices que igualarán las cosas?

—No lo sé —tuvo que admitir la rubia—. Pero no veo que tengamos demasiadas alternativas.

Mantis se revolvió, enojada. Hacía tiempo que la relación con su colega pendía de un hilo. Pero no estaba segura de que le conviniera romperlo. Trató de convencerla otra vez.

—¿Pero tú has oído lo que pide? El vuelo hasta la Mano en Llamas es tan largo y arriesgado que solo las mejores de nosotras podríamos atrevernos a intentarlo. ¡Por

no hablar del peligro aún mayor que supone volver a recogerlos! Perderemos a nuestras mejores pilotos y alas en esta locura. Y después las necesitaremos desesperadamente si empieza esa guerra que tú misma dices que es inevitable.

—¿Piensas que no me doy cuenta? Pero mira lo que nos ofrece a cambio: poder combatir a los techs con sus propias armas. Avanzarnos a sus movimientos. ¡Boicotearlos! Ni cien alas nos darían semejante ventaja.

—¡Y todo eso lo conseguirá un solo pastor de algas con un ordenador! ¡Venga ya! ¡Hay que ser idiota para creerse un cuento como ese!

Mantis acababa de ir demasiado lejos. Su compañera dio un paso decidido hacia ella. Pero la negra levantó enseguida un brazo para detenerla.

—¡Disculpa mis palabras, hermana, te lo ruego! —se apresuró a decirle—. No era mi intención ofenderte. Ya me conoces: tengo el terrible defecto de ser demasiado vehemente.

Dragonfly se detuvo y asintió con la cabeza. Si su reinado con Mantis tenía que terminar con una de ambas muerta, no quería ser ella quien empezara la pelea.

—De acuerdo, disculpa aceptada. —Dejó pasar unos instantes para rebajar la tensión entre ambas y le pidió—: Entonces, ¿qué harías tú?

Mantis perfiló una sonrisa. La estaba ablandando. Era el momento de hacer decantar la balanza en su favor.

—Se los entregaría a Wired como un regalo de buena voluntad. Y, con ellos, esa máquina que solo pueden habérsela robado a los techs. Eso les demostrará que queremos la paz. Después, podremos ofrecerles una alianza, como la que tienen con los predators. ¡Piensa! Una guerra no es buena para nadie, porque el resultado siempre es incierto. En cambio, juntos dominaríamos toda Nyork sin oposición. Incluso podríamos acabar de una vez por todas con los raiders y apoderarnos de su zona. Wired es un hombre inteligente. Sabrá ver que esa es la mejor solución para todos.

Dragonfly hizo el ademán de pensar en lo que acababa de escuchar. Después, dijo muy lentamente:

—¿Y olvidarnos de todas las hermanas que han sido abatidas por los francotiradores predators en las últimas estaciones? ¿Y convertirnos en los halcones de Wired, igual que los de Ocelot son sus chacales? Las hijas del viento nunca hemos actuado de ese modo.

—¡Ni tampoco nos hemos visto nunca tan amenazadas! A mí me asquea tanto como a ti tener que tragarme muchas cosas. Pero nuestra responsabilidad es velar por la supervivencia del clan.

Syren había llegado a pensar que se habían olvidado de su presencia, mientras discutían entre ellas. Entonces, Dragonfly se volvió inesperadamente hacia donde estaba.

—Syren, has dicho que te llamas, ¿verdad? —le dijo amablemente—. Como puedes ver, tu ofrecimiento nos provoca algunas dudas. Necesitaríamos ver con

nuestros propios ojos de lo que sois capaces. Quizá podríais hacernos una demostración que nos ayudara a convencernos...

Ella no lo dudó ni un instante. No se lo podía permitir.

—¡Por supuesto que sí! Pero antes tendría que hablar con mi compañero. Él es quien sabe manejar el híperbook.

—De acuerdo, pues —concluyó la rubia buscando la aprobación de su compañera con la mirada—. Si a Mantis le parece bien, cuando estéis preparados veremos hasta dónde son ciertas vuestras palabras y podremos decidir con más criterio. ¿Te parece eso aceptable, hermana?

La reina oscura no pudo negarse. Nada entusiasmada con la idea, cabeceó para dar su consentimiento.

Mientras Syren regresaba con sus compañeros era consciente de que si Lark no conseguía hacer algo realmente espectacular con el ordenador, su viaje al universo de Logan habría terminado casi antes de empezar.

Contrariamente a lo que se había temido, el larguirucho no puso el grito en el cielo cuando le contó lo que acababa de prometerles a las dos reinas. Sin decir nada, empezó a moverse por la habitación donde los habían acomodado hasta encontrar lo que buscaba: una vieja caja de conexiones. Enseguida rebuscó entre sus cosas hasta encontrar un destornillador mellado, que usó para hacer saltar la tapa. Un par de minutos de comprobaciones fueron suficientes.

—¿Te parece que sería suficientemente espectacular si lograra iluminar un par de plantas de este edificio? —le dijo, levantando la mirada con una sonrisa.

Syren lo miró, sin terminar de creerlo.

—¿Con el mismo tipo de luz que tienen la Aguja y la Cúpula, quieres decir?

—Pues, claro —respondió el joven, incapaz de ocultar cuánto le gustaba poder hacer patentes sus habilidades.

—Si puedes hacer eso, estoy segura de que Dragonfly nos ayudará. Mantis ya es otra cosa. Pero tendremos que confiar en que el apoyo de la reina blanca sea suficiente.

—Entonces, de acuerdo —concluyó Lark—. Pero necesitaré que me traigáis unas cuantas algas. Al menos, dos bolsas llenas. —Cuando vio que los demás lo miraban aún más extrañados, el adoptado les apresuró—: ¡Venga, al agua! No tenemos todo el día. Más tarde os diré para qué son.

Ladybird recibió la petición de Syren de ir a buscar algas con la misma extrañeza con la que lo había hecho la propia pastora de algas, minutos antes. Se notaba, sin embargo, que se contaba entre las seguidoras de Dragonfly. De manera que reunió rápidamente a unas cuantas guardias para acompañarlos y ella misma se ofreció a dirigirlos.

Las voladoras tenían buena parte de las Siamesas desocupadas. Para ellas, el mayor valor estratégico de aquellos edificios era su altura, que les permitía lograr mucha más distancia con sus ingenios planeadores, que después hacían aterrizar en plataformas situadas muchos pisos más abajo.

El camino hasta la superficie del mar era muy largo para hacerlo bajando las antiguas escaleras, casi en desuso, pero organizar otro vuelo habría resultado demasiado complicado.

Mientras emprendían el descenso, iluminados solo por el resplandor bailarín de las antorchas que sostenían varias de las voladoras, Syren escuchó el cuchicheo de Ladybird advirtiéndola al oído.

—¿Sabes? Más te vale que todo esto no acabe resultando una patraña, pastora de algas. La reina Dragonfly se está jugando mucho al apoyaros. Si acabáis resultando un bluf, no quiero ni pensar en las consecuencias que esto tendrá para nuestro clan. Y te prometo que tú y los tuyos seréis los primeros en pagarlas.

Aunque en muchas zonas de la ciudad las algas habían empezado a escasear, Syren y los otros se sorprendieron de hasta qué punto todavía eran abundantes en el territorio de las voladoras. Tuvieron bastante con una rápida inmersión conjunta para llenar los dos sacos que les había pedido Lark. En la mayoría de las zonas que ahora frecuentaban, aquel mismo trabajo podía haberles costado fácilmente cuatro veces más esfuerzo. Hasta entonces, Syren había imaginado que aquella progresiva escasez se debía a algún tipo de plaga que podían estar sufriendo las plantas. Pero al descubrir la cantidad que había allí estuvo segura de que tenía que haber alguna otra causa detrás de todo aquello.

Le habría gustado poder hablarlo con Wren mientras hacían el fatigoso trayecto de vuelta pero, antes de tener ocasión, Logan se puso a su altura. Como le pasaba cada vez que les tocaba zambullirse, el chico se sentía terriblemente culpable e inútil, y Syren sufría al verlo de aquella manera. Pero en el agua Logan era una campana tocando a rancho.

—¿Crees que podremos convencerlas? —le preguntó él.

Ella le devolvió una mirada recelosa.

—Mantis es un hueso. Pero estoy convencida de que Dragonfly está de nuestra parte. Depende de nosotros que tenga argumentos para defendernos.

—Pues, en ese caso, será mejor que se los demos —dijo él, fingiendo una sonrisa despreocupada—. Por nada del mundo querría perderme el vuelo hasta Liberty Is... hasta la Mano en Llamas, quiero decir.

Ella dio un respingo al oír aquello.

—¿Qué estás diciendo? ¿No creerás que vas a ir? Iré yo y, si es necesario, Fairy me acompañará.

—¡Princesa, puedes apostar a que iré! —contestó él, muy seguro de sí mismo—. ¡Tú y Miss Nyork os mataríais a medio camino entre vosotras si lo intentaseis!

—Fairy ladra mucho, pero no muerde nunca. Llegado el momento hará lo correcto. Estoy segura.

—¿Y también va a extraer ella la información de los servidores? —insistió, socarrón—. Porque tú no tienes ni idea.

Syren no había contado con aquello.

—Me enseñarás esta noche.

—¡Ni en sueños! Estoy harto de que os juguéis la piel por mí mientras yo me siento a mirar. Esto es algo que solo yo puedo hacer. Y no pienso permitir que ningún otro se arriesgue en mi lugar.

—Pero...

—No insistas, ¿vale? Sabes que esta vez tengo razón. Además, ya me has dejado bien claro hace un rato que mi vida no vale ni más ni menos que la de cualquier otro miembro del clan. Pues ahora me ha llegado el turno de jugármela. No se hable más.

Syren se dio cuenta de que él continuaba dolido por su última conversación. Pero, ya fuera para hacérselo pagar o porque de verdad lo creía, Logan tenía razón: Nadie más que él, a excepción de Lark, estaba capacitado para extraer la información de los servidores.

Y de lo que podía estar segura era de que las hijas del viento no accederían nunca a poner en peligro la vida del único que sabía manejar el hiperbook.

Con las algas y el ordenador cuántico, Lark necesitó menos de una hora para cumplir su palabra y devolver el suministro eléctrico a dos plantas de la Siamesa Norte. El momento coincidió, además, con la puesta de sol, por lo cual el efecto que logró entre las hijas del viento fue aún más espectacular. Un clamor de aullidos entusiastas y desafiantes recorrió el edificio de arriba abajo cuando la luz se encendió, después de un largo zumbido de queja de los fluorescentes, que llevaban tanto tiempo letárgicos.

Mantis se dio cuenta enseguida de que incluso entre muchas de sus seguidoras más fieles se había desatado el éxtasis. Un truco de charlatán había sido suficiente para dejarla sin argumentos para continuar oponiéndose al trato que les proponían esos andrajosos pastores de algas, tan inoportunos. A pesar de todo, estaba convencida de que si estallaba la guerra entre su clan y los de Wired y Ocelot, estaban perdidas. La potencia de fuego de los predators era cada vez mayor, y a ella eso la llenaba de un terror tan vergonzante que jamás podría admitirlo ante el resto.

No quería ser recordada como una de las reinas que habían conducido al orgulloso clan de las hijas del viento a la aniquilación.

Y todavía deseaba menos morir en aquella guerra estéril.

Le quedaba solo una carta por jugar. Y tenía que hacerlo sin más demora.

Levantó la mano, captando la atención de todo el clan al hacerlo. Cuando se hubo hecho el silencio, exclamó teatralmente:

—¡Exijo que los recién llegados se sometan al Juicio del Viento!

El Juicio del Viento, les contó como pudo Ladybird mientras los conducían en volandas a la parte más alta del edificio, era un antiguo recurso de las leyes de su clan para evitar un enfrentamiento directo entre ambas reinas. Cuando el elemento de discordia lo introducía otro clan, y se llegaba a un callejón sin salida, la reina que lo solicitaba podía elegir a una campeona para luchar contra un representante de la otra tribu. El enfrentamiento era a muerte, y tenía que acabar con uno de los dos contendientes precipitándose desde la parte más alta de una de las Siamesas. Esta solución era inapelable y se consideraba que era el mismo viento —el mejor aliado del clan— quien escogía la resolución más adecuada al conflicto.

—Hace tantos ciclos que no se utilizaba —continuó Ladybird, visiblemente confusa por el rumbo inesperado que habían tomado los acontecimientos— que casi nadie se acordaba. Pero veo que Mantis sí recuerda bien nuestras leyes.

Mientras subía los escalones, casi llevada por la multitud que los rodeaba, Syren intentó valorar sus opciones.

—¿Y si nos negamos a someternos al Juicio?

—Entonces, consideraremos que vuestras intenciones no eran sinceras y pasaréis a convertirnos en enemigos declarados. Tal como es Mantis, te aseguro que, si lo hacéis, ninguno de vosotros saldrá con vida de la azotea.

Syren se estremeció al oírlo. Una vez más, se sentía superada por las circunstancias. Cada vez que dejaban atrás un obstáculo era solo para encontrarse con otro aún peor.

Una maldita pesadilla.

—De acuerdo. Entonces lucharé yo —decidió.

—No puedes —objetó inmediatamente Ladybird—. Eres líder de tu clan y, como tal, la única que no puede participar en el Juicio. Estás obligada a elegir un campeón.

—¿Por qué no puedo hacerlo yo? —se indignó la chica.

—Piénsalo. El Juicio se instauró, precisamente, para evitar la muerte de una de nuestras reinas en un combate. Solo un líder puede responder al desafío de otro. Lo contrario sería un deshonor para todo el clan. Debes elegir un campeón.

—¡No me parece justo!

—¡Syren! —la cortó Ladybird, mirándola a los ojos con ademán impaciente—. Como ya debes de haber notado, estoy de vuestra parte. Pero te aseguro que no hay ninguna posibilidad de que mi clan modifique una de sus leyes más antiguas solo porque a ti te parece injusta. Debes elegir un campeón. Y más os vale que sea bueno.

Syren notó como la angustia le atenazaba el pecho. Si ella quedaba excluida, la otra única elección posible era Wren. Pero no quería ni pensar en ponerlo en una

situación a vida y muerte.

Antes de que pudiera decidir nada, Logan lo hizo por ella.

—Seré yo.

Y su tono dejó muy claro que no pensaba aceptar un no por respuesta.

Mantis contempló a Logan con recelo. Lo habían obligado a desnudarse de cintura para arriba y, aunque era esbelto y parecía fuerte, no le pareció demasiado impresionante como luchador. Había dado por sentado que los pastores de algas escogerían al otro chico, bastante más alto y corpulento, y aquello la sorprendía. Además, había algo en él que no terminaba de gustarle: empezando por el hecho que no exhibía ninguno de los tatuajes ni de los amuletos propios de los pastores de algas.

Pero, dado que por sí solo eso no constituía ningún argumento de peso para oponerse a su elección, tuvo que dar su aprobación para que luchara.

Daba igual. Estaba convencida de que ninguno de los dos sería capaz de derrotar a Hornet, su campeona.

Hizo un signo de asentimiento hacia su colega y todo el clan estalló en aquellos alaridos agudos e inacabables que solo ellas eran capaces de producir.

Dragonfly, a quien, por ley, le tocaba hacer el papel de árbitro en aquel conflicto, levantó ambos brazos. De nuevo se hizo el silencio.

Prácticamente todas las guerreras de la Siamesa Norte se habían congregado en la azotea, donde soplaba un viento helado y sobrecogedor. Las mujeres se habían distribuido formando un rectángulo humano al cual le faltaba uno de sus lados más largos. Este era el espacio que tenían los campeones para combatir, y el Juicio solo terminaría cuando uno de los dos fuera arrojado al vacío por el otro, aprovechando el lado del rectángulo que había quedado vacío.

Las normas del Juicio eran simples y escasas. De hecho, solo había dos. Una: se luchaba con las manos desnudas, y dos: todo estaba permitido para ganar. Cualquier cosa.

—¡Que empiece el Juicio! —exclamó Dragonfly.

En su rincón, Logan estaba ocupado envolviéndose los nudillos con unos trapos. En las películas, los luchadores se pegan con las manos desnudas sin hacerse un triste rasguño en las manos. Pero él sabía por experiencia que, en la vida real, la mayoría de las ocasiones un puñetazo bien dado terminaba con el pómulo de quien lo recibía tan roto como los nudillos del que lo propinaba.

Y algo le decía que, si ganaba, necesitaría ambas manos sanas.

El resto del clan lo rodeaba en un intento de transmitirle su fuerza y confianza. Sabían que su futuro estaba, literalmente, en aquellas manos vendadas. Wren no había parado de quejarse por ello.

—¡Continúo pensando que debería luchar yo! —Repetía amargamente mientras miraba hacia el rincón de su rival.

Hornet, la campeona de las hijas del viento era una de sus guerreras más veteranas. Un palmo más baja que Logan, rozando la treintena, con los rasgos muy marcados, los ojos enormes y oscuros y la barbilla afilada. Se había recogido la larga melena negra en una cola y llevaba una camiseta y unos pantalones también negros y ceñidos.

Una belleza inquietante.

Aun así, desde el lugar donde estaban, no le parecía una adversaria en absoluto formidable.

Pero Logan no opinaba igual.

—Wren, ¿de verdad piensas que Mantis habría organizado todo este circo si no creyera que va a ganar? Está claro que esa Hornet es más de lo que parece. Y aunque salta a la vista que eres más grande y fuerte que yo, tú mismo has reconocido que no tienes experiencia luchando cuerpo a cuerpo. Yo practiqué boxeo durante seis años. Si puedo conectar un buen golpe, solo uno, te garantizo que nuestra amiga no se levantará del suelo.

—Vale más que eso del boxeo sea algo realmente especial —le contestó el otro—. ¡Porque, si no, tú acabarás aplastado contra el agua y nosotros, ensartados en las lanzas de las amigas de Mantis!

—Confía en mí, grandullón —contestó Logan con una falsa sonrisa de seguridad—. Me he estudiado a fondo todos los combates de Muhammad Alí que se han editado. ¡Puedo flotar como una mariposa y picar como una abeja, créeme!

Wren le miró como si estuviera loco, sin entender nada de lo que le había dicho. Al final optó por callarse, meneando la cabeza de un lado a otro como hace quien deja al otro por un caso perdido.

A su lado, Syren se retorció de inquietud. Ella también creía que Hornet era más de lo que se veía a simple vista, o toda aquella maniobra no tendría ningún sentido. Un momento antes, mientras Logan se preparaba, se había acercado al borde de la azotea y había reunido fuerzas para mirar al vacío.

No había ninguna posibilidad de que el perdedor sobreviviera a una caída semejante.

Por enésima vez se sintió abrumada por aquella impotencia que se había convertido en su compañera inseparable desde que la habían elegido como líder. Habría dado cualquier cosa para evitar aquel combate.

Irónicamente, no había nada que pudiera hacer.

Escuchó como Dragonfly llamaba a los contendientes para empezar el Juicio.

Logan recibió los últimos abrazos y muestras de apoyo del clan. Incluso Wren le dio unos golpecitos en el hombro para desearle suerte. Syren hizo más o menos como el resto. Pero en el último instante, cuando ya se había girado para ir hacia el centro del terreno, le agarró de un brazo para retenerle. Se quitó el amuleto que siempre

llevaba colgado del cuello y que le había regalado su padre para celebrar su decimoquinto cumpleaños y se lo puso a él.

—Ni se te ocurra no regresar, ¿me oyes? Nos has prometido que nos sacarías de aquí y no pienso permitirte que faltes a tu palabra.

Él se tocó el colgante con la mano.

—No te equivocas cuando dices que no eres muy buena expresando lo que sientes —le contestó.

Y, sin darle elección, la asió por la cintura, atrayéndola, y le plantó un largo beso en los labios. *Por si acaso*, pensó. Pero en vez de eso le susurró con fingida fanfarronería:

—Enseguida vuelvo. No te vayas.

Aturdida, Syren no necesitó mirar a su espalda para saber qué cara ponía el resto al presenciar aquel beso.

Apenas recibió el primer golpe de Hornet, Logan se dio cuenta de por qué Mantis había elegido como campeona a aquella mujer menuda, de piel oscura y ojos almendrados.

En su universo, Logan era un amante de las artes marciales de todo tipo. No le costó identificar los movimientos clásicos del Kalaripayatu, la más antigua disciplina de lucha de la India. Una técnica que, en su vertiente de combate sin armas, se basaba en atacar los puntos vitales del adversario para neutralizarlo. Si no recordaba mal, estos eran los puntos de unión de los vasos sanguíneos, de los ligamentos y de los circuitos nerviosos.

Estuvieran donde estuviesen.

El muchacho se apartó prudentemente de su adversaria y adoptó la posición defensiva conocida como *Hitman*. Una técnica compleja y que solo podían utilizar los púgiles como él, muy atléticos. Si se ejecuta correctamente, el *Hitman* te permite esquivar los golpes del rival girando constantemente y agachándote para atacarle desde debajo. El primer golpe certero le aturde, y el resto ya entran fácilmente.

Eso, cuando el otro usa tus mismas reglas, por supuesto.

Pero Hornet no se precipitó. Mantuvo la distancia, analizando aquella postura que no conocía. Dieron vueltas el uno alrededor de la otra durante unos largos instantes, envueltos por el griterío de ánimo para la mujer.

Por fin, Hornet atacó.

Moviéndose a una velocidad incluso superior a la que esperaba, la voladora le buscó las piernas, golpeándole en la parte posterior de la rodilla izquierda con el codo.

No fue un golpe asestado con demasiada fuerza, pero Logan sintió como si le atravesaran la articulación con un puñal de hielo.

Con un gemido de dolor, se echó atrás, mientras su contraataque se perdía, inofensivo, en el aire.

Hornet sonrió al verle cojear. Podía ver el miedo en sus ojos.

No le duraría mucho.

Casi no sentía la rodilla izquierda.

Trató de rehacer su postura, pero enseguida notó como la pierna no le sostenía. No cayó de rodillas por puro milagro.

Sin dejar de moverse a su alrededor, Hornet le acechó esperando una nueva oportunidad para golpearle. ¡Aquello sí era flotar como una mariposa y picar como

una abeja! A su lado, él parecía un elefante moviéndose a cámara lenta.

Un par de golpes más como el primero y no podría ni moverse.

Continuó retrocediendo como pudo, mientras miraba de reojo al rincón desde donde Syren y el resto presenciaban el combate. Vio la ansiedad en el rostro de ella, y como Ladybird casi tenía que sujetarla para impedirle salir en su ayuda.

No podía fallarle.

Intuyendo que se había desconcentrado, Hornet lanzó un segundo ataque. Esta vez le buscó la garganta. Un golpe certero en la nuez y el Juicio sería historia.

Fue un milagro que Logan la viese venir y consiguiera parar su puntapié con el antebrazo. Aquella vez, casi ni sintió el golpe. Hornet buscaba solo sus puntos más débiles, y si no los encontraba sus ataques eran casi inofensivos. Él, a cambio, le tiró un *Uppercut* de abajo arriba, buscándole las costillas. Si era cierto que las hijas del viento tenían los huesos huecos para poder volar más fácilmente, por fuerza un puñetazo bien dado debería fracturarle una o dos.

Por desgracia, lo único que golpeó su mano vendada fue el aire helado que barría la terraza.

Mantis se removió en su asiento improvisado, con una mueca de satisfacción.

El coro de seguidoras de Hornet maulló de placer al ver la facilidad con la que lo evitaba. Junto a sus alaridos, le llegó también una exclamación de frustración de Wren.

Ahora ya no debe parecerte tan buena idea eso de ocupar mi puesto, ¿eh, capullo?

Con dificultad, continuó cojeando para alejarse de su enemiga y volvió a adoptar una posición defensiva. Pero ya había visto que era inútil contra un ataque a las piernas. Y, sin duda, Hornet también se habría dado cuenta de que aquel era su punto débil.

En el boxeo no están permitidos los ataques por debajo de la cintura. Alguien debería habérselo dicho a los que instauraron el maldito Juicio del Viento.

Si hubiera sido fan de Gina Carano en vez de serlo de Alí, ahora también sabría usar las piernas para luchar, se maldijo. Pero ya era demasiado tarde para lamentarse.

¡Piensa, Logan! ¿Qué haría el Más Grande si se las tuviera que ver con esta tipa?

Antes de empezar había pensado en bailar a su alrededor, atacándola constantemente para no dejarla pensar, tal y como había hecho su ídolo en el combate contra Sonny Liston. Pero eso quedaba descartado porque, a las primeras de cambio, ella le había dejado cojo.

Ahora solo le quedaba emplear el recurso de Alí cuando peleó contra Foreman: dejarse zurrar para que se confiara y, cuando la tuviese lo bastante cerca, devolvérselas todas de un golpe.

Solo que Alí había seguido aquella estrategia durante ocho interminables asaltos, para agotar a su rival, y él apenas podría permitirse encajar un par de golpes más

antes de conseguir conectar uno definitivo.

Era una táctica aún más arriesgada que la del mítico combate de Kinshasa. Pero, igual que había pasado entonces, no tenía otra mejor.

¿Podría soportar el dolor y devolver los golpes?

Le echó un vistazo a Syren. Necesitaba que la última imagen que viera fuese la suya. Expulsó el aire de los pulmones para poder encajar mejor el calvario que le esperaba.

Anda, ven...

Hornet se había llevado una sorpresa cuando él fue capaz de anticipar su segundo ataque y pararlo. También había sentido la ráfaga de aire que acompañaba a su puñetazo de respuesta, pasándole más cerca de lo que habría querido.

Un martillo de carne y hueso, capaz de reducirle las costillas a pedazos si conseguía acertarlas.

No podía confiarse.

Tenía que inutilizarle la otra pierna, decidió. Un puntapié en la otra rodilla lo dejaría listo. Si no puedes moverte, no puedes luchar.

Se cimbreado una vez más a su alrededor, observando como él la seguía con los ojos para esperar el momento en que bajase la guardia. Él trató de alejarse, pero la pierna le dificultaba el movimiento.

Estaba a punto.

Fintó un par de patadas, que él anticipó correctamente. Después le oyó resoplar y lo interpretó como un síntoma de agotamiento. Tenía que costarle horrores moverse con aquel dolor.

¡Ahora!

Hornet volvió a atacarle, con la velocidad de un hydrophidio, buscando su rodilla sana. Él se la escondió, dejándole, a cambio, descubierto todo el costado derecho. La hija del viento se dio cuenta y le asestó un golpe con la punta de los dedos que tendría que haberle dejado sin respiración.

Listo para el golpe de gracia.

Pero Logan ya había expulsado todo el aire de los pulmones y, aunque el impacto fue como si le clavarán mil agujas en los riñones, no lo dejó tan tocado como ella imaginaba. Se tragó todo aquel dolor y lo canalizó en un *Rip*: un golpe durísimo que se da de arriba abajo, buscando el hígado y los riñones del contrincante.

Hornet no esperaba que todavía fuese capaz de aquello. No pudo esquivar el golpe.

Notó como las costillas se partían al recibir el puñetazo, en el que había puesto toda el alma.

La hija del viento cayó de rodillas a su lado, con la mirada perdida en algún punto más allá del borde de la terraza.

Acabada.

A su alrededor se hizo un silencio incrédulo. Ni siquiera los pastores de algas eran capaces de decir nada.

Logan notó como la pierna le fallaba. Él también tuvo que echar la rodilla al suelo, pero, al revés que su adversaria, seguía entero. Sabiendo que quizá no tendría otra oportunidad como esa, remató el trabajo con un directo cruzado a la cara de la mujer, que la dejó K.O.

La mejilla de Hornet impactó contra la azotea, barrida por el viento. Ni siquiera había que contar hasta diez. No se levantaría hasta dentro de un buen rato.

¡Alí bumayé!

Ante los ojos incrédulos de Mantis, Logan consiguió levantarse otra vez, alzando los puños vendados al aire en señal de triunfo. Después, agarró a su rival inconsciente por la camiseta y la arrastró como pudo hasta el borde de la terraza.

El Juicio no terminaba hasta que uno de los dos no saltaba al vacío.

Dejó el cuerpo de Hornet al filo del abismo y levantó la pierna herida para darle la patada que la haría caer.

A su alrededor solo se oía el silbido del viento, dando su veredicto inapelable. Despiadado.

Casi pudo sentir como las hijas del viento contenían la respiración, esperando ver desaparecer para siempre a su campeona.

Se volvió y paseó los ojos por el gentío. Desafiante.

Y luego, cuando nadie lo esperaba, dio media vuelta, dejando a Hornet allí, para cojear hasta el rincón donde lo esperaban Syren y el resto del clan quienes, ahora sí, habían estallado en gritos de euforia.

—¡El viento ha decidido! —Oyó que gritaba Dragonfly, mientras Syren le echaba los brazos al cuello, seguida por todos los demás—. ¡Los pastores de algas dicen la verdad!

Solo entonces, la gran mayoría de las hijas del viento saludaron al vencedor con sus cánticos respetuosos.

Por primera vez desde que habían empezado aquella aventura desesperada, Syren pensaba que todo iría bien.

Tras la victoria de Logan y de su gesto inesperado con Hornet, las dos reinas habían vuelto a recibirla, en su calidad de jefa de clan. Esta vez, al contrario que hacía unas horas, había sido Dragonfly quien había llevado la voz cantante, mientras Mantis se mantenía en un incómodo segundo plano.

Aun así, el silencio de la soberana negra era estruendoso.

La blanca, a cambio, se había mostrado mucho más cordial. Había aceptado en nombre de la hijas del viento el trato que le ofrecía Syren e incluso había insinuado que ella en persona podía ser una de las que se arriesgaran a llevarles hasta la Mano en Llamas.

Era un vuelo largo y peligroso, le contó acompañándola a uno de los ventanales que quedaban intactos para que echase una ojeada al océano y calculase ella misma la gran distancia que los separaba de su objetivo. Solo las voladoras más expertas podían pensar en hacer algo así.

—Y la recogida será aún peor —concluyó—. Es una maniobra que ni siquiera hemos intentado. He puesto a Ladybird y a los maestros constructores a trabajar en ello, y confirmar que puede hacerse. Los primeros cálculos son optimistas.

Syren se había sorprendido de que una tarea tan vital como la construcción de las alas quedase en manos de los pocos hombres del clan. Aquella faceta de los machos de la tribu era desconocida para todos. Al fin y al cabo, su papel sí iba más allá del de realizar simples tareas domésticas y hacer posible la reproducción del clan.

Mientras hacía esfuerzos por ignorar la mirada venenosa de Mantis, que continuaba atornillada a su trono, volvió a asegurar a ambas reinas que no se arrepentirían de haber confiado en ellos. Fue solo entonces cuando la negra se decidió a despegar los labios.

—Por vuestro bien espero que sea así, pastora de algas —la había advertido, perforándola una vez más con sus ojos sanguíneos—. Será mejor que no olvidéis nunca que decepcionarnos es tan peligroso como traicionarnos.

Terminada la audiencia, una joven voladora la guio hasta el lugar donde habían sido alojados. Si el cuartel general de los constructores de puentes ya la había sorprendido por la cantidad de espacio del que disponía, a su lado las dos inmensas torres de las hijas del viento parecían casi vacías. Esto era así porque la intimidad, que allí concedían paredes gruesas y puertas robustas, aquí se obtenía a base de

ocupar lo menos posible cada planta, de forma que fuera la distancia entre individuos lo que les permitiera sentirse cómodos a todos. Syren y los suyos habían ido a parar a uno de los niveles habitables más bajos de la Siamesa Norte. Apenas un par de pisos por encima de aquellos que estaban tomados por la vegetación y los cultivos. Por lo que había podido apreciar durante la rápida cena que había precedido a la audiencia, los agricultores del clan no tenían demasiado éxito con sus cosechas y los productos que conseguían arrancar a sus pedazos de tierra eran raquíuticos y poco sabrosos.

La escolta la guio en silencio durante el largo trayecto escaleras abajo y, cuando llegó el momento de separarse, se despidió de ella con una respetuosa inclinación de cabeza. Ya enfilaba el camino de vuelta cuando se había decidido a volverse para preguntarle:

—¿Me permites una curiosidad, señora?

Syren estuvo a punto de echarse a reír. Nunca le habían hablado de manera tan respetuosa.

—Por favor.

—¿Todos los hombres de tu tribu son como el que ha luchado hoy? Nunca habría creído que un macho sería capaz de derrotar a Hornet en una pelea cuerpo a cuerpo.

Syren lo había meditado un momento antes de responder.

—Nuestros hombres están bastante bien. Pero tengo que reconocer que este es un caso especial.

La muchacha asintió, satisfecha.

—Ya me lo imaginaba. Gracias por la sinceridad, señora. Que tengas buenas noches. Y suerte para el vuelo de mañana.

—Gracias a ti.

La voladora se perdió escaleras arriba y Syren empujó la maltrecha puerta que daba acceso a su planta. Era un espacio enorme, casi diáfano y prácticamente a oscuras desde que el sol se había puesto, ya hacía un buen rato. Enseguida divisó el resplandor de un par de pequeñas hogueras que quemaban cerca de los boquetes que el mar y el tiempo habían abierto en la fachada de cristal. Un ingenioso sistema, construido a base de lonas, servía para desviar el humo al exterior. Pero, a cambio, las corrientes de aire acercaban peligrosamente la tela a las llamas. Syren imaginó que los incendios tenían que ser frecuentes en el edificio. Otra cosa que podría evitarse gracias a la energía que les prometían Lark y su magia.

Lark.

No podía continuar escondiendo la cabeza bajo el ala con respecto a él. Cada vez veía más claro que les había estado ocultando mucho más de lo que ya se imaginaba.

¡Pero estaba tan cansada!

Intentó deducir cuál de las hogueras habría elegido Logan y cómo acercarse a él sin que fuera demasiado obvio para el resto. A pesar de que, después del numerito del beso, continuar con la pretensión de disimular sus sentimientos resultaba casi infantil.

Pero, en realidad, ¿qué era lo que sentía por Logan?

¿Eran auténticas la opresión que notaba en el pecho cuando no le tenía cerca y aquellas mariposas en el estómago que echaban a volar cada vez que le veía? ¿O quizá solo eran su manera de escapar de un futuro que parecía escrito para ella de antemano y contra el que siempre había sentido la necesidad de rebelarse?

No tuvo tiempo de reflexionarlo. La voz de Wren, saliendo de la oscuridad, le hizo dar un respingo.

—¿Qué haces? ¿No vienes?

—¡Wren! No te había visto... Sí, claro. Estaba... estaba pensando en lo de mañana.

—De eso precisamente quería hablarte. ¿Estás segura de que no deberíamos ser Logan y yo quienes fuésemos a la Mano en Llamas?

Se le encogió el corazón. Wren nunca dejaría de intentar protegerla. Una vez más se sintió como una canalla al pensar en el daño que le estaba haciendo.

—Ya has oído a nuestras nuevas amigas. Logan es el máximo peso que se ven capaces de recoger al vuelo. Si fueras tú, sería un viaje solo de ida.

Los dos se quedaron en silencio un momento, como si de verdad consideraran aquella posibilidad. Al final fue él quien se atrevió a expresarlo:

—Puede que fuera lo mejor para todos...

—¿Qué dices! ¿Te has vuelto loco?

—Ni mucho menos. Si tú no regresaras, Syren, yo no podría...

—¡Escucha! —Le detuvo ella, cogiéndole de las manos como había hecho tantas veces antes. Wren siempre se estremecía cuando ella le tocaba de aquella manera. Pero esta vez su contacto le pareció que quemaba—. No pienso quedarme a vivir en la Mano en Llamas, ¿me oyes? Iremos, cogeremos lo que necesita Logan y volveremos. ¡Ya verás como al final resulta más fácil de lo que parece!

—Eso no te lo crees ni tú, Revoltosa.

Syren no pudo evitar una sonrisa cuando le escuchó llamarla con aquel mote, que nunca usaban si no estaban a solas. Wren se dio cuenta y se arrimó más a ella. Antes de que tuviera tiempo de darse cuenta, sintió los labios de él, cálidos y familiares, sobre los suyos.

¿Tenía que rechazarle?

Le devolvió el beso y luego, con más esfuerzo de lo que habría querido, consiguió separarse de él.

—¿Dormimos juntos? —insistió Wren, esperanzado.

—Wren, yo no... Mañana será un día muy difícil. Necesito descansar.

—Solo te abrazaré, palabra. Lo hemos hecho otras muchas veces, Revoltosa. Y aquí arriba sopla una corriente de mil demonios.

—No creo que sea una buena idea...

Fue la gota que derramó el vaso.

—¿Por qué no? ¿Es porque temes que Logan pueda vernos?

—Wren, no...

—¿No? ¿No, qué? ¿No te ha besado delante de todo el mundo, allí arriba? ¿No le has devuelto el beso? ¿No me estás apartando de tu lado desde que él llegó? He querido engañarme a mí mismo diciéndome que ese beso era solo porque creías, como el resto, que iban a matarle. ¡Pero me lo estás poniendo muy difícil, Syren! ¡Demasiado!

—Tampoco es fácil para mí, Wren.

—¿No lo es? ¡Pues nadie más que tú piensa igual! —Se revolvió, como un gato encerrado en una caja—. ¿Qué nos está pasando, Syren? Hemos estado juntos desde niños. ¡Siempre! ¡Tú y yo! Y hasta hace un par de días esa idea no parecía que te desagradara. ¿Acaso he hecho algo mal? Dime qué ha sido y te juro que lo arreglaré. Haría cualquier cosa por ti, Revoltosa. Lo sabes muy bien. Solo dime cómo podemos volver a estar como estábamos hace un par de días y te prometo que yo...

—¡Wren, para! Las cosas no funcionan así. ¿Crees que yo misma no le doy vueltas a cada instante? ¿Que no tengo dudas?

—¿Dudas? ¿Qué dudas? ¡Él acaba de caer del cielo! Y yo estoy aquí desde que puedes recordar, Syren. Y te amo. Sí, ya sé que te cuesta casi tanto oírlo como decirlo. Pero al menos tienes que dejarme que te lo diga yo. ¡Te amo! ¡Y no me merezco lo que está pasando!

¿Piensas que no lo sé? ¡Eso es precisamente lo que lo hace todo aún más difícil!

—Wren, por favor... ¿Tenemos que hablarlo ahora? —Salir por piernas era la única opción que le parecía aceptable en aquel momento—. Mañana nos espera un día aún más duro de lo que lo ha sido hoy.

Él la miró de arriba abajo. Casi podía sentir su dolor. Syren solo deseaba poder esfumarse.

—Sí, por supuesto —accedió—. Solo dime una cosa ¿quieres? ¿Todavía tengo alguna posibilidad? Porque, si la tengo, pienso luchar por ti. Hasta el último aliento. Como he hecho siempre.

Syren se vio obligada a rebuscar en su interior, sin saber exactamente qué iba a encontrar.

¿Podía decirle sinceramente que no le amaba? ¿Que no sentía nada por él?

¿Tan auténtico era lo que creía sentir por Logan?

Bajó la cabeza, agotada.

—La tienes —reconoció al fin, sintiendo que lo único que hacía era empeorar aún más las cosas. Pero él le había pedido la verdad y ella se la debía—. Wren, tú siempre serás...

—No —la interrumpió él, cogiéndola por la barbilla y besándola de nuevo, esta vez con una ternura que la desarmó—. No digas nada más. Con eso tengo bastante, de momento.

Dio media vuelta y regresó a la oscuridad.

Syren tuvo la tentación de dejarse caer allí mismo, de tan agotada como se sentía. Hizo un esfuerzo más, se obligó a buscar el lugar donde yacía Ibis y, cuando la

encontró, se acurrucó a su lado.

Sin abrir los ojos, su hermana se le arrimó, la abrazó por la espalda y le acarició el pelo con dulzura.

Un momento después, ambas estaban dormidas.

Lark tamborileaba nerviosamente en el estuche del híperbook con los dedos cuando oyó el tintineo de los collares de Dacnis a su espalda. Se volvió instintivamente para darse de bruces con la dulce sonrisa de la sanadora, enmarcada entre el flequillo que le caía, recto, hasta las cejas y la larga cabellera negra que fluía, como un río nocturno, a ambos lados de las mejillas, para ir a morir bastante por debajo de los hombros.

Se dejó acariciar por la ternura que emanaba de sus ojos orientales.

—¿Estás bien? —le preguntó ella, sentándose a su lado.

—¿Lo parezco? —Le ofreció una mueca triste.

—Querría poder aplicarte uno de mis remedios, pero contra lo que tienes no hay ninguno que no esté ya dentro de ti. Lo que te hemos dicho antes es cierto, Lark. No debes culparte por lo que ha pasado. La única verdadera culpable es Cheetah.

—Te juro que hace horas que me lo repito. Pero por mucho que lo hago, no consigo creérmelo. Es una de las pocas virtudes que tenemos los techs: somos difíciles de engañar.

Se sintió liberado al hacerle aquella confesión que le había salido de manera tan espontánea. Hacía demasiado tiempo que aquel secreto lo carcomía por dentro, como un tumor maligno.

Pero, contra lo que se temía, no vio en el rostro de Dacnis ni la sorpresa ni la indignación esperadas.

—¿Es que no vas a decir nada?

—¿Qué esperabas que dijera? ¿Que me sorprende? Soy joven y no hablo mucho, Lark. Pero no soy ni ciega ni estúpida. Es una de las muchas virtudes que tenemos las sanadoras...

—¿Estás diciendo que ya lo sabías?

—Lo sospechaba. Y me lo confirmó verte usar esa máquina tuya con la misma familiaridad con la que yo clasifico mis remedios. Pero quería que saliera de ti.

Lark la miró con ojos diferentes de los que había usado hasta entonces. De un plumazo, Dacnis había dejado de parecerle una niña para convertirse en una mujer hermosa y segura de sí misma.

Si ya había empezado, no tenía sentido detenerse. Ni quedarse a medias.

—Que salga de mí, entonces... Mi nombre real es Link. Y no solo soy un tech. También soy el hijo de Wired.

Esta vez sus palabras sí se vieron recompensadas con una expresión de estupor en el rostro de ella.

—Mi padre —continuó— no siempre había sido como es ahora. Hubo un tiempo

en que me admiraba su capacidad de trabajo. Su talento. ¡Tendrías que haberle visto, desentrañando los secretos de los antiguos y devolviendo a la vida a sus aparatos gracias a la energía que aprendió a extraer de las algas! Ningún otro tech había llegado a un nivel ni siquiera comparable al suyo.

Dacnis sacudió la cabeza. Empezaba a entender.

—Por eso los predators nos han estado acosando todo este tiempo. ¡Querían las algas!

—Sí. Tantas como pudieran conseguir —admitió Lark—. Wired descubrió cómo convertirlas en una forma de energía potentísima, capaz de alimentar todas las máquinas que él iba volviendo a poner en funcionamiento. Pero os necesitaba para recolectarlas. Y no solo porque vosotros erais los únicos que sabíais cómo cosecharlas. También porque tú y tu gente sois inmunes a los efectos que causan en el resto.

Dacnis volvió a asentir. Hacía tiempo que sospechaba del efecto nocivo que podían tener las algas sobre el cuerpo humano. Pero como a su clan no les afectaba, nunca se había preocupado de estudiarlo.

—¿Qué le hizo cambiar? —quiso saber.

—La muerte de mi madre. Creía que si hubiera podido poner en marcha suficientes sistemas a tiempo, podría haberla salvado. No fue capaz de soportar la culpa, y decidió responsabilizaros a vosotros de todo. No me preguntes por qué, creo que ni él mismo lo sabe. Sea como fuere, cuando ella nos dejó, él cambió. Se volvió oscuro. Mucho. Mi madre también había sido una científica brillante, pero ella tenía unos límites. Cuando ya no estuvo, pa... Wired ya no tuvo a nadie que le pusiera límites.

—¿Y tú? ¿Qué hiciste?

—Al principio trabajamos codo con codo. Los progresos que conseguíamos hacían más fácil olvidar la pena por la ausencia de mamá. Pero poco a poco me fui dando cuenta del precio que otros teníais que pagar por lo que estábamos haciendo. Hasta que un día me paré a considerar lo que ella habría pensado de todo aquello, y me di cuenta de que se habría avergonzado de nosotros. Hablé con Wired para intentar hacerle cambiar de parecer. Se enfureció. Me abofeteó y me acusó de débil. Y de estúpido. Me dijo que nunca más permitiría que nuestro clan volviera a sufrir si podía evitarlo. Esa misma noche burlé los sistemas de seguridad de la Cúpula y huí. Si no os hubiera encontrado a los pocos días, hace mucho que estaría muerto. Pero eso ya lo sabes.

Dacnis recordaba perfectamente en qué estado estaba Lark cuando lo recogieron. Había estado a punto de no poder hacer nada por él. En realidad, se había enamorado de él mientras sacaba lo mejor de sí misma, como sanadora, para salvarlo.

—¿Por qué no nos lo dijiste?

—¡He querido hacerlo tantas veces! ¿Pero cómo? ¿Cómo se le dice a la gente que te ha salvado la vida y te ha acogido como a uno de los suyos que es tu propio padre

quien está detrás de la mayoría de sus males? ¿Que es el responsable de la muerte o la esclavitud de tantos de vuestros amigos y parientes! Fui un cobarde, lo admito. Pero no pude. ¿No quería que me expulsarais!

—No lo habríamos hecho...

—Dacnis... aunque para ti resulte difícil de creer, no todo el mundo tiene un corazón como el tuyo, o el de Ibis. ¿Por supuesto que lo habrían hecho! Y yo no se lo hubiera reprochado. Habrían tenido todo el derecho. ¿Yo habría sido el primero en expulsarme a mí mismo de estar en vuestro pellejo!

Ella tuvo que admitir que tenía razón. Pensó en Elaenia: no estaba segura de que hubiese querido tenerle en el clan de saber todo aquello. Y ella había visto, con envidia, cómo la miraba Lark cuando creía que nadie se daba cuenta... No podía reprochárselo.

—Además, hay otra cosa —añadió él—: Estoy seguro de que Wired me busca. Sé cómo piensa, y creo que me considera una amenaza. Y más ahora, que sabe que tengo esto —dijo, señalando el híperbook—. De todos los pastores de algas de Nyork, vosotros sois los que más desea atrapar.

Y somos los únicos a los que aún no tiene, pensó enseguida ella. A veces, la vida tenía esas paradojas...

Los dos se quedaron en silencio. Necesitaban procesar demasiadas cosas.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —dijo él, pasado un rato.

—Esa no es la pregunta, Lark. La pregunta es: ¿qué harás tú? —Calló un instante y después decidió que le tocaba a ella ser sincera—. Creía que me conocías lo suficiente como para saber que yo haré siempre lo que tú quieras que haga...

Ahora el sorprendido era él.

Y mucho.

¿La pequeña Dacnis? ¿De él? ¿Tan absorto había estado con Elaenia que no se había dado cuenta de aquello?

Era la primera vez que la veía bajo ese prisma.

Sentía que se merecía algo más que una miserable evasiva. Pero había deseado demasiado a Elaenia como para poder dárselo. Era muy tentador permitir que ella le aliviara el sufrimiento que le desgarraba el alma. Pero eso habría sido aún peor. El dolor era, precisamente, lo que le demostraba que el sentimiento había sido auténtico. Y quería sufrirlo. Por ella... y por sí mismo.

De alguna forma, Dacnis, con su empatía natural, fue capaz de darse cuenta. Se sintió indigna por haber sido capaz de olvidarse tan deprisa de su amiga muerta.

—Con todo lo que nos ha pasado, nadie ha pensado en hacer los ritos por Elaenia. No tenemos su cuerpo, pero podemos despedirla igualmente. ¿Quieres que te enseñe cómo hacerlo?

Él sintió el regusto curativo de las lágrimas en las pupilas.

—Sí —respondió—. Me gustaría mucho.

Lo cogió de la mano, como a un niño pequeño, y lo llevó escaleras arriba.

Fairy esperó pacientemente a que Lark y Dacnis regresaran y se tumbasen, uno junto a la otra, al amor de la misma lumbre donde ella simulaba dormir. Después, todavía dejó pasar un buen rato hasta estar segura de que todo el mundo dormía.

Se levantó sigilosamente y se deslizó por la misma puerta ante la que había visto cómo Wren besaba a Syren.

Nadie se dio cuenta.

Subió las escaleras a un ritmo poderoso. A pesar de su apariencia delicada, tenía piernas resistentes y era mucho más fuerte de lo que hacía suponer su belleza frágil.

El corazón le latía muy deprisa, y no por el esfuerzo. Todavía no había sido capaz de digerir todo lo que había descubierto hacía un rato.

Después de pasar mucho tiempo sola, sentada junto al fuego y carcomida por los celos, había visto como Dacnis se acercaba a Lark. Quizá porque ella estaba tan colada por Wren, siempre le había parecido obvio el amor silencioso que el larguirucho sentía por Elaenia. Se imaginaba cómo debía de estar, y más aún si se culpaba por lo que le había pasado. Ella no podría vivir si creyera que por su culpa Wren...

Se les acercó sin que se dieran cuenta. Deseosa de ayudar a Dacnis a consolarle.

Llegó justo a tiempo de oír como él le confesaba que era el hijo de Wired.

Y notó como una fuente de odio brotaba en su interior. Un odio maligno, venenoso, que sepultó todo lo demás.

Toda su familia había muerto por culpa de Wired. A ella no le quedaba, como a otros, la esperanza de que algunos todavía estuvieran vivos, aunque esclavizados. Había visto sus cuerpos. Fríos. Cosidos a tiros. Más allá de cualquier ayuda.

Se había escondido sin que los otros dos notasen su presencia y les había espiado hasta que Dacnis le había propuesto ayudarle a hacer los ritos para Elaenia. Después, se había deslizado hasta su rincón y había simulado dormir, mientras intentaba decidir cuál era la mejor forma de actuar.

¡Lark! ¡Después de todo lo que habían hecho por él! ¡Hijo de puta!

Su primera reacción había sido correr junto a Wren y contárselo todo. Pero lo había descartado enseguida. Lo primero que haría él sería ir a decírselo a Syren. ¡Y ella era imprevisible! Había perdido completamente la cabeza por aquel recién llegado. Lo más probable sería que decidiera perdonar a Lark solo para no perjudicar los planes de Logan.

Le necesitaba demasiado como para hacerle lo que se merecía.

Pero ella no podía perdonarle.

Ni quería.

Y ya estaba harta de Syren y de su amorcito de otro universo.

Cuando Lark y Dacnis regresaron junto al fuego, ya había decidido lo que había que hacer.

Tuvo que subir más de veinte plantas antes de darse de bruces con la primera centinela. A pesar de haberla reconocido, la voladora levantó enseguida la lanza, con la punta afilada apuntándole al pecho.

Fairy se detuvo en seco y tardó un momento en recuperar el aliento. Habían sido muchos escalones. Incluso para una corredora tan buena como ella.

—Necesito hablar con la reina Mantis —balbuceó, apenas fue capaz.

La soberana negra contempló fijamente a aquella muchachita rubia y preciosa que podría haber pasado fácilmente por alguien de su propia tribu, si no fuera por los tatuajes geométricos de colores arcillosos que lucía en la espalda y en la parte interior del tobillo, y por los amuletos de madera y metal que llevaba en cuello y brazos, tan distintos de los que lucían ellas.

Había sido un día muy malo. Pésimo.

Pero aquella visita inesperada todavía podía hacerlo terminar bien.

Solo tenía que decidir si la creía o no.

La perforó una vez más con sus ojos, artificialmente rojos. La otra le sostuvo la mirada. Quizás era una mentirosa, pero de lo que no se la podía acusar era de ser cobarde.

Le gustó.

—A ver, para que me quede claro... —le dijo después de tenerla un rato en vilo—: ¿Me estás pidiendo que haga prisionera a la jefa de tu clan y que os expulse a los demás de nuestro territorio?

Fairy asintió con la cabeza.

—Y, además, quiero tu palabra de que la tratarás bien. No deseo que sufra ningún daño. Pero tienes que mantenerla retenida como mínimo dos ciclos.

—Y, a cambio, dices que puedes entregarme aquello que Wired más desea.

Fairy volvió a afirmar.

—La baza que te permitirá negociar con él de igual a igual —volvió a decirle—. Justo lo que necesitas para evitar una guerra con los techs.

—¿De qué baza estamos hablando, exactamente, niña?

—Del hijo de Wired. Es el chico alto y delgado que usa el ordenador. Su nombre auténtico es Link. Es un tech.

Mantis se maldijo a sí misma por no haberse dado cuenta. ¡Pues claro que era un tech! ¿Cómo podía no haberlo visto? ¿Quién si no un tech podría usar aquella máquina como él lo había hecho? Un pastor de algas no, por supuesto. ¡Había estado demasiado pendiente de Dragonfly como para advertir lo que era obvio!

No se reconoció. Una no se mantenía en el trono bicéfalo de las hijas del viento tantos ciclos como ella cometiendo muchos errores de ese calibre.

No volvería a pasar.

Le quedaba algo por entender, sin embargo.

—¿Y tú qué sacas de todo esto, niña? ¿Quieres ser la jefa de un clan que casi ya ni existe?

Fairy se calló. No quería tener que confesarle sus sentimientos a esa mujer. Mantis le gustaba tan poco como al resto. Pero se dio cuenta de que ella no aceptaría el trato si no hablaba.

—A Wren —dijo finalmente—. Él es todo cuanto quiero. Nada más. —Y desvió la mirada.

¡Mantis no podía creerlo!

—¿Todo esto es por un hombre? Me decepcionas, chiquilla.

—No espero que me entiendas —dijo ella, volviendo a levantar los ojos para mirarla—. Ni tampoco necesito tu respeto. Me conformo con que estés de acuerdo con el trato.

Mantis se habría echado a reír. ¡Estaba a punto de asestarle un golpe mortal a Dragonfly y de salvar al clan de una guerra que lo llevaría a la aniquilación, y el precio que tendría que pagar a cambio sería únicamente un macho muy apuesto! No es que los hombres la repugnasen. De hecho, hasta hacía unos instantes pensaba que su destino sería terminar compartiendo su cama con unos cuantos, para dar a luz a alguna futura reina, cuando ya no fuera capaz de continuar haciendo frente a su detestada compañera en el trono. Pero, si podía elegir, en el lecho prefería la compañía de alguien de su mismo sexo. Los juegos eran siempre más sensuales y no había peligro de quedar preñada.

Y ahora, gracias a aquella pastora de algas encaprichada de un hombrecito, podría mantener las nalgas en el trono y a Hornet en su cama. Cuando se hubiera recuperado de la paliza recibida, eso sí.

Siempre había sabido que el viento la amaba más a ella que a las demás. Y allí tenía otra prueba de ello. Precisamente cuando más la necesitaba.

—De acuerdo, muchacha —dijo, tan satisfecha que fue incapaz de disimularlo—. Tendrás a tu hombre. Y que el viento te proteja si lo que me has dicho es mentira...

Fairy no respondió.

Solo deseaba no sentirse tan sucia ahora que estaba a punto de conseguir, por fin, lo que más deseaba de este mundo.

DÍA 4 (SYREN)

Acababa de amanecer cuando la mismísima Dragonfly acompañó a Syren y a Logan hasta la azotea de la Siamesa Sur. Desde allí tenía previsto despegar la expedición hacia la Mano en Llamas. Para cambiar de torre necesitaron hacer un corto vuelo entre ambas. Pese a su brevedad, el trayecto fue suficiente para dejar helada a Syren. Nunca había estado en un edificio tan enorme y continuaba sorprendida de la intensidad con la que soplaban el viento en esas alturas. El frío la hizo achinar los ojos y le provocó unos lagrimones polares, que no tenían nada que ver con la tristeza, que se deslizaban por sus mejillas como gotas de rocío.

En la cima de ambas torres, las hijas del viento habían construido largas pistas de despegue que sobresalían unos cuantos metros de la propia estructura. Saltar desde tan alto hacía posibles vuelos mucho más largos, hasta zonas de la ciudad inalcanzables para cualquier otro clan. Siempre a bordo de aquellas enormes aves suyas, construidas con los más impensables materiales.

Una vez en la azotea de la Siamesa Sur, la menuda reina blanca les condujo junto a las dos alas delta más enormes que habían visto hasta entonces. A su lado aguardaban Ladybird y el primer hombre de la tribu con quien hablarían: un individuo patizambo, barbudo y no demasiado más alto ni corpulento que ellas mismas, a quien presentaron como al maestro Cricket.

Logan tuvo suficiente con echarles un vistazo para percatarse de que aquellos dos aparatos estaban hechos de unos materiales mucho más sofisticados que los que había visto hasta entonces. La madera y la lona habían sido reemplazadas por el carbono de la estructura y algún tipo de fibra sintética para la vela.

Cricket se dio cuenta y se lo confirmó, con una voz sorprendentemente profunda.

—Son las dos mejores alas que hemos construido jamás. Conseguimos los materiales de los constructores de puentes. Todavía me estremezco cuando recuerdo lo que tuvimos que ofrecerles a cambio...

Dragonfly las contempló, satisfecha.

—Son tan ligeras como el mismo aire. Está claro que pueden hacer el viaje de ida y vuelta sin problemas —aseguró—. Lo que me preocupa es cómo dejarlos. Y, más aún, cómo recogerlos.

Cricket asintió con la cabeza, para demostrar su acuerdo con las reticencias de la reina.

—Son los momentos críticos, sin duda. Cuando se desciende tanto, ser capaz de volver a tomar altura ya no depende solo de la pericia de la piloto, sino también de las corrientes de aire y de otras condiciones. Yo sugeriría que, a la ida, simplemente saltasen lo más cerca posible del objetivo. Podréis bajar lo suficiente como para que

la caída no sea excesiva. Y, luego, la pérdida de peso os ayudará a remontar sin demasiados problemas. La recogida es harina de otro costal...

Cricket dejó la frase en suspenso. Se hizo un silencio incómodo.

—¡Habla de una vez! —le urgió Dragonfly.

—Verás —empezó el hombrecillo con su voz de gigante—: si intentáis bajar demasiado, es casi seguro que acabaréis todos en el mar. Para tener alguna posibilidad, lo único que se me ocurre es que ellos os esperen, de pie, sobre la misma Mano en Llamas, y que uséis esto para atraparlos. —Y les mostró un arnés y un gancho—. Hecho así, y con las condiciones adecuadas, vosotras dos —dijo señalando a la reina y a Ladybird— podríais lograrlo. Pero el riesgo sigue siendo enorme...

—¿Quién más crees que podría hacerlo, además de la reina, maestro Cricket? —quiso saber enseguida Ladybird, nada deseosa de permitir que su líder se arriesgase tanto.

El aludido meditó bien su respuesta.

—Mantis, por supuesto. Es la mejor voladora que he visto nunca. Pero dudo mucho que quiera hacerlo, ¿verdad? Si no es ella, yo diría que solo Bee, Wasp y, quizá, Firefly podrían hacerlo. Cualquiera otra tiene demasiadas posibilidades de capotar.

—Bee seguro que puede hacerlo —se apresuró a sugerir Ladybird—. Dejados juntas, señora.

Pero Dragonfly se negó.

—Tu hermana pequeña es una gran voladora, sin duda. Pero no ha intentado nunca nada parecido. No. Iremos tú y yo, está decidido.

—No creo que...

—Ladybird —la atajó la reina con suavidad—, hay demasiado en juego como para no usar lo mejor que tenemos. Además, ya he dicho públicamente que iría. No puedo echarme atrás.

—Pero, señora, si no vuelves entonces Mantis...

—Si no vuelvo, será la voluntad del viento. Y Mantis tendrá todo el derecho a hacer lo que le parezca mejor. Siempre y cuando la nueva reina, alguien como tú, por ejemplo, no la ponga en su sitio...

Ladybird le devolvió una mirada llena de orgullo. En aquel momento Syren se dio cuenta de que aquella mujer daría la vida por su reina sin pensárselo dos veces.

Ojalá ella fuera una líder la mitad de buena.

Cricket rompió la magia del momento con su vozarrón:

—Aunque solo sea un pobre varón, señora, si os sirve de algo estoy convencido de que, con estas dos preciosidades, y eligiendo bien el momento, lo conseguiréis. Pero, insisto: es vital que ellos estén tan lejos del suelo como puedan. Solo así seréis capaces de levantar el vuelo tras la recogida.

Todas las cabezas se volvieron entonces hacia Syren. De repente, todo parecía depender de ella.

—Si vosotras podéis volar, nosotros podremos esperaros allí donde haga falta — se apresuró a decir.

Nadie se dio cuenta de la cara que ponía Logan al oír aquellas palabras, pronunciadas tan a la ligera.

Estaba claro que Syren no había visto nunca de cerca la antorcha de la Estatua de la Libertad.

Mientras las voladoras hacían las últimas comprobaciones a sus alas, Logan se llevó a Syren al piso inferior y la sentó frente a una mesa. Sacó la punta de un lápiz que le había pedido a Ibis un rato antes y usó la superficie blanca del mueble para garabatear encima. Apenas unos trazos elegantes fueron suficientes para esbozar la estatua que se escondía bajo el agua.

Syren abrió unos ojos como platos.

—¿Me estás diciendo que eso es lo que hay debajo de la Mano en Llamas? —preguntó, incrédula.

—¿Acaso pensabas que flotaba en el mar? —respondió él, sin levantar los ojos del dibujo.

Ante la sorpresa cada vez mayor de la joven, perfiló la angustiosa escalerilla que subía hasta la antorcha, a través del brazo de la estatua, y la escalera de caracol, no mucho más amplia, que llevaba hasta la base, descendiendo por el interior del cuerpo.

Después, le hizo otro dibujo: una vista aérea de Liberty Island, con la ubicación de la estatua y del lugar donde había sido instalado el observatorio. Estaba justo frente a *Lady Liberty*, en el extremo afilado de aquel islote en forma de vaga punta de lanza. Justo al otro lado del embarcadero donde habían atracado los ferrys, cargados de turistas.

—Si tenemos suerte —le contó— podremos bajar por el interior de la estatua y del pedestal, hasta aquí. —Señaló la base del monumento, en forma de estrella de diez puntas—. Desde este lugar hasta la estación habrá un buen centenar de metros.

—¿Insinúas que el interior de la estatua sigue seco?

—No tendría por qué no. Durante mucho tiempo, la corona estuvo abierta. Pero en una de las últimas remodelaciones la cerraron con cristales muy gruesos y reforzaron toda la estructura externa. Si hicieron bien su trabajo, creo que es muy posible que el agua no la haya inundado.

—¿Cómo vamos a entrar en la estatua?

—Por el mango de la antorcha. Hay una portezuela de mantenimiento. Y hasta ahí no llega el mar. Eso no será problema. Ahora tengo que darte dos noticias. ¿Cuál quieres primero, la mala o la buena?

Ella sonrió. Nadie en Nyork hablaba como Logan. Y menos aún cuando se discutían cosas tan graves.

Le encantaba su manera de ser. Wren tenía muchas cosas buenas, pero nunca había sabido hacerla reír. En cambio, Logan lo conseguía incluso cuando no se lo proponía.

—¿La mala? —aventuró.

—Buena elección. La mala es que no tengo ni idea de cómo demonios vamos a poder encaramarnos al punto de recogida. Tú has dicho sin pensar que podíamos hacerlo, pero resulta que la llama está recubierta de láminas de oro que tienen que ser condenadamente resbaladizas. Imposibles de escalar sin tener nada en que apoyarse. Y es más alta de lo que parece. Ni subiéndote sobre mis hombros creo que puedas trepar. Y ya no digamos lo difícil que será engancharte al vuelo con algo tan pequeño —añadió, recordando el arnés—. Por suerte, resolver esa parte no es cosa nuestra.

Syren meneó la cabeza. Vale, puede que se hubiera precipitado. ¿Pero qué tendría que haber hecho? ¿Decir que no serían capaces?

—¿Y cuál es la buena noticia? —quiso saber.

—La buena es que existe un túnel subterráneo que une la estatua con la estación meteorológica. Unas cloacas o quizás un pasillo de mantenimiento, no estoy seguro. Tendremos que encontrar el acceso desde la base y rezar para que tampoco esté inundado.

—¿Y si lo está?

Él hizo una mueca de preocupación. Syren no estaba acostumbrada a toparse con aquel rictus.

—No debería.

—Yo podría nadar esa distancia sin problemas, ya lo sabes —dijo ella para animarlo—. Y más aún dentro de un túnel donde no debe de haber un selachiphorme.

—Ya, pero después no podrías poner en marcha la estación. Y a mí, a esa profundidad, la presión me mataría en segundos. Si el túnel no está seco, no sé qué vamos a hacer.

¿Y esa era la buena noticia? De repente, a Syren se le habían pasado las ganas de reírse.

El sol se había encaramado al cielo con más entusiasmo que los días precedentes y, de repente, el verano parecía haber decidido alargar su estancia un poco más. A pesar de todo, en la azotea de la Siamesa Sur el viento continuaba cortando la piel como un cuchillo de escarcha. Syren se estremeció mientras mantenía la mirada puesta en el punto donde sabía que emergía la Mano en Llamas. Después de tanto tiempo hablando de ella, ahora se daba cuenta de que, en realidad, ni siquiera la había visto nunca con sus propios ojos. Solo había oído contar historias de cómo era.

De repente, las dudas la asediaron con más violencia que nunca.

¿Qué estaba haciendo, arrastrando a esa locura a quienes habían puesto la vida en sus manos?

La convicción del fracaso la zarandeó incluso con más fuerza que aquella aura gélida.

Por suerte, esta vez sería solo ella quien correría el riesgo y pagaría el precio. Si no volvía, Wren aún podría guiar a los que quedaban a algún lugar seguro donde

tratarían de superar la estación fría. Y si lo conseguían, cuando volviera el buen tiempo ella solo sería el recuerdo de una elección trágicamente errónea.

Aquel pensamiento la entristeció todavía más.

Necesitaba desesperadamente la calidez de los brazos de Logan para mecerla y su voz, dulce y socarrona a un tiempo, cuchicheándole al oído que todo iría bien.

Pero incluso eso la hacía sentirse culpable.

¿Tan mal había hecho las cosas como para merecer una carga tan pesada?

Y, por si todo aquello fuera poco, el tiempo corría en su contra. Tictac, tictac.

Oyó que alguien gritaba su nombre y se volvió. El maestro Cricket se le acercaba con una sonrisa bailándole en los labios.

—Acompáñame, señora, te lo ruego —le dijo—. ¡Creo que estamos de suerte!

Syren lo miró, agradecida.

Cualquier cosa antes de continuar aquí, carcomida por las dudas.

Rodeada por Logan, Dragonfly, Ladybird y el maestro Cricket, Syren sopesaba aquellos dos enseres que recordaban bastante a dos hachas pequeñas.

—¿Cómo has dicho que se llaman?

—Tu amigo, aquí presente, dice que piolets —respondió el anciano—. Me parece que es justo lo que necesitáis para poder encaramaros a la llama. Al menos, si es tal y como la describe él —añadió, dedicándole a Logan una mirada con intención—. Son ligeros, incisivos y fáciles de llevar. Si el material del que está hecha la llama es tan blando como asegura, lo perforarán sin dificultad.

Syren simuló clavar el piolet en el aire. Cricket tenía razón: servirían. Una vez más envidió a los clanes poderosos que habían podido recuperar tantos enseres de los tiempos antiguos. Aunque fueran tan simples como aquellos.

—¡Y esto es casi mejor todavía! —añadió Logan, echándose hacia adelante y mostrando a todos una barrita de luz química: otro de los tesoros que había desenterrado del almacén de las hijas del viento. Dobló una, la agitó y obtuvo una luz no muy intensa pero suficiente como para iluminar el interior de la estatua. Habría sido mejor una buena linterna, por supuesto. Pero a pesar de que había encontrado varias, ninguna tenía pilas.

—¿De dónde habéis sacado todo esto? —preguntó Syren, que nunca había visto nada semejante.

—Tenemos dos plantas enteras llenas de objetos de los antiguos, que hemos ido recuperando en nuestro territorio. La mayor parte, ni siquiera sabemos lo que son —le dijo Dragonfly. Y añadió, apuntando a Logan—: Le hemos dejado echar un vistazo y nos ha sorprendido con sus conocimientos sobre los antiguos. Cuando regresemos, estaría bien que pasara otro buen rato en el almacén. A ver qué más tesoros tenemos amontonados, sin saberlo.

Y tampoco estaría de más que nos contarais cómo es posible que sepa tantas

cosas, pensó la reina.

Pero cada cosa en su momento.

—Ahora solo queda un detalle —intervino Ladybird—: nosotras os llevaremos hasta la Mano en Llamas, bajaremos hasta una altura que os permita saltar al agua y volveremos a elevarnos. Pero regresar a nuestro territorio, desmontar las alas, subirlas otra vez hasta la azotea y volver a despegar nos llevará un tiempo.

—¿Cuánto?

—Medio día —aventuró la reina—. ¿Podréis aguantar tanto tiempo allí?

—Eso no será un problema —respondió Logan—. Al fin y al cabo, no estaremos en el agua, sino a resguardo. Además, a nosotros también va a llevarnos un buen rato.

Dragonfly sopesó la situación. Hubiera dado su mejor ala por saber para qué necesitaban tan desesperadamente los pastores de algas llegar hasta la Mano y qué iban a buscar allí. Pero el trato con Syren era tajante a ese respecto. Y ella había decidido aceptarlo.

Quizá más adelante, cuando hubiera más confianza entre ellos.

—Entonces, de acuerdo —dijo, volviendo al presente—. Trataremos de ir de prisa y regresaremos antes del anochecer. Si no os vemos en el punto de recogida, daremos un par de pasadas para daros un poco más de tiempo. Pero tened en cuenta que no podremos mantenernos allí demasiado tiempo. Y no quedará margen para intentar un tercer viaje. O aparecéis, u os tocará pasar la noche allí.

—Estaremos —dijo Syren, convencida.

—Estaba pensando... que podría ir solo —aprovechó Logan para sugerir—. No es necesario que nos arriesguemos los dos.

—¿Tú solo? ¡No seas ridículo! —se apresuró Syren a descartar la idea—. ¿Qué pasa si te caes por las escaleras y te rompes un pie? ¿O si necesitas un par de brazos más para levantar una escotilla? O...

Logan levantó un brazo. *Vale, tú ganas.*

La reina blanca los observó con afecto. Él intentaba protegerla y ella estaba decidida a compartir su suerte a toda costa. Sintió una punzada en el pecho, recordando la última vez que ella había sentido algo parecido. El pasado, por mucho que te esfuerces por enterrarlo, es terco y siempre aprovecha la menor oportunidad para volver con contundencia.

Durante un instante envidió el sentimiento que compartían.

Enseguida apartó ese pensamiento de la cabeza y se concentró en lo que tenían por delante.

Una ráfaga de viento helado hizo oscilar el ala que pilotaba Ladybird. La voladora reaccionó casi instintivamente, enderezando el aparato sin dificultad. A su lado, colgada de la estructura como le habían enseñado, Syren crispaba los dedos alrededor de la barra y cerraba los ojos para no mirar hacia abajo.

Ya lo había decidido: volar no le gustaba. En absoluto.

Mientras habían sobrevolado los pocos edificios que quedaban antes de dejar Nyork atrás, no se había dado cuenta de lo alto que iban. Pero ahora, convertida en un insignificante puntito negro entre las dos tonalidades de azul del mar y el cielo, era más consciente que nunca de la terrible caída que la separaba de la superficie del océano.

Y eso la aterrorizaba.

Continuaba con los párpados cerrados con fuerza cuando oyó a Ladybird, levantando la voz para hacerse oír en medio del vendaval:

—¡Ahí la tienes: la Mano en Llamas!

Se obligó a abrir los ojos y, a medida que la voladora maniobraba para acercarse y perder altura, pudo contemplar mejor aquella imagen que parecía extraída de una leyenda.

La Mano emergía del agua a la altura de la muñeca. Los tres dedos inferiores se cerraban alrededor del mango de la antorcha, parcialmente sumergido, mientras que el índice se separaba algo más, hasta tocar la base circular sobre la que el sol arrancaba destellos de la llama dorada. Originalmente, aquello había sido un mirador y de esa época quedaba aún una barandilla que ahora lamían unas mansas olas. La llama, propiamente dicha, brotaba de un pedestal también circular, que se elevaba en mitad de la base.

Y era en ese pedestal donde se abría la portezuela que les permitiría acceder al interior de la estatua.

Ladybird inclinó un poco más el ala, para iniciar el descenso definitivo.

—No me había acercado nunca tanto, ni remotamente —le confesó—. Es magnífica, ¿verdad?

Syren no tuvo ánimo para responder, al recordar el coloso que continuaba en pie bajo el agua, desafiando a la marea que se lo había tragado sin piedad.

Ladybird hizo un pasada por encima de la llama y advirtió que tenía vagamente la forma de una U, con uno de los brazos más largo que el otro.

—Cuando regresemos tendréis que estar ahí —le insistió—. ¡Puede ser la diferencia entre poder remontar el vuelo o quedarnos a vivir aquí!

Más bien, a morir, pensó Syren, moviendo la cabeza para indicar que lo había

entendido.

—De acuerdo. Voy a volver. Desengánchate. Y cuando te lo diga, ¡salta! Y no dudes. ¡No quiero que termines espachurrada contra la antorcha!

¿Que no dude? ¡Qué fácil es decirlo! ¡Llevo dudando desde que despegamos!

Ladybird maniobró una vez más el ala, como si fuera una prolongación de su propio cuerpo, e inició un picado hacia el objetivo.

—¡Ahora!

Milagrosamente, Syren no dudó.

A pesar de los peligros que podían esperarla bajo la superficie, cuando el agua se la tragó con un bocado ártico Syren se sintió en casa. Desplegó las membranas retráctiles de manos y pies y se revolvió fácilmente para buscar a Logan. Enseguida le vio, braceando con la torpeza de costumbre.

Pobrecillo. ¡Y él que se consideraba a sí mismo un buen nadador!

Braceó, rápida como un torpedo, hasta aferrarlo por la cintura. Inmediatamente, él dejó de moverse para facilitarle el trabajo.

Aquello empezaba a convertirse en un hábito.

Unos instantes después, ambos estaban de pie, en la base de la antorcha, mirándose con incredulidad.

Una vez más, seguían vivos.

El brazo de *Lady Liberty*, le había contado Logan antes de despegar, había quedado clausurado a los visitantes en 1916. Después de que la metralla provocada por un sabotaje alemán perpetrado durante la Primera Guerra Mundial contra un depósito de municiones, situado en la cercana isla de Black Tom, hubiese afectado especialmente la falda y la antorcha de la estatua. Desde entonces, esta había sido restaurada en varias ocasiones. Pero el acceso a su parte más elevada no había vuelto a reabrirse al público.

Para facilitar el mantenimiento, eso sí, se habían conservado la angosta escalerilla que subía hasta la llama y la portezuela, que se abría justo bajo el pedestal. Previsor, Logan se había llevado también una palanca para poder forzarla.

Tal y como había esperado, aquella puerta, vieja y oxidada, cedió al primer intento.

En el peor de los escenarios imaginables, al abrirla se encontrarían con que la estructura sí había sufrido daños y el agua había inundado el monumento. En vez de una ducha, sin embargo, lo que los recibió fue una bofetada fétida, mezcla de moho, olor a cerrado y a corrosión, que les obligó a echarse atrás y esperar fuera a que escampase. Pasados unos minutos, Logan rebuscó en el interior del saquito impermeable que llevaba colgado a la espalda y extrajo un manojito de aquellas

barritas de luz química. Rompió una, la agitó y enseguida dispusieron de un resplandor mortecino pero suficiente para ver por dónde iban poniendo los pies.

Un momento después, Syren le seguía al interior.

Bajar por el brazo fue más difícil de lo que había imaginado. El acceso era infame; la escalerilla, muy empinada, y la carencia de espacio, angustiosa. La oscuridad y el olor tampoco ayudaban. Descendieron muy lentamente, con miedo a que un mal paso provocara una caída que podía ser fatal. Iban tan lentos que Syren empezó a temerse que si las cosas no mejoraban, corrían el riesgo de no llegar a tiempo a la recogida.

Todo mejoró en cuanto consiguieron llegar al hombro de la estatua. Desde allí, una plataforma mucho más amplia los condujo hasta la base del cuello y a otra escalera de caracol, que se enroscaba en ambas direcciones. Arriba, hasta a la corona y en dirección contraria, directa a la base.

—¡Qué lástima no tener tiempo para echar un vistazo desde el mirador! — bromeó Logan, mientras acercaba la barrita de luz al tramo que ascendía—. La vista era magnífica desde allí, y uno no podía estar enamorado en Nueva York y no subir. —Y remató la frase con un guiño travieso.

Estaba jugando sucio. Los enamorados cursis subían a rebaños al Empire State para rememorar la escena final de *Algo para recordar*, no allí. Pero ella no tenía manera de saberlo. Y Logan quería ver cómo reaccionaba cuando se lo dijera.

Syren mordió el anzuelo.

—¿Eso es lo que estamos? ¿Enamorados?

No había terminado la frase y ya se arrepentía de haberla pronunciado. Pero le resultaba imposible resistirse a su flirteo.

Logan se detuvo y levantó la barrita para poder verle los ojos.

—La otra noche, donde los constructores de puentes, es lo que habría jurado, sí. Ahora, te confieso que ya no lo sé. —Se hizo un silencio incómodo entre ambos—. Pero me encantaría tener tiempo de subir juntos y ver lo que pasaba —añadió él finalmente, con otra de sus sonrisas juguetonas.

Y a mí que me llevaras.

Pero esta vez sí fue capaz de morderse la lengua.

La escalera de caracol que descendía hasta los pies de *Lady Liberty* era considerablemente más cómoda que la que se encaramaba hasta la antorcha. Rodeada por un sólido armazón de metal, ocupaba el centro mismo de la estructura, con sus más de trescientos escalones. Pero estos eran mucho menos exigentes que los que trepaban por el brazo, y tenían la ayuda de una barandilla que permitía recorrerlos de forma bastante rápida y segura.

Mientras los bajaban, Syren pudo oír con claridad el rumor ominoso del mar a su alrededor. Era un milagro que aquella estructura de hierro y acero, hueca, y recubierta por una carcasa de cobre de apenas el ancho de dos monedas de un centavo no tuviese ningún boquete que la hubiera inundado de pies a cabeza.

Sería mala suerte que se agujereara justamente ahora...

¿Siempre tienes que ponerte en lo peor, Syren? ¿Adónde ha ido a parar tu optimismo?

Al mismo lugar que el resto de nuestro clan, me temo.

La voz de Logan, llegando desde el final de la escalera, la devolvió al ahora.

—¿Cómo lo llevas?

—Estoy pegada a ti. ¿Qué viene ahora?

—Más escaleras. Primero las que conducen hasta el museo que hay en la base —respondió él, recordando los planos que había estudiado en su universo—. Y, desde allí, otro tramo más, hasta llegar al hall. Allí tendremos que encontrar el punto de acceso al sótano y al túnel. Según los planos que consulté, había uno. No debería estar muy disimulado. Lástima no haber podido traer a través del portal unos cuantos *gadgets* de la sección Q. Nos irían de perlas.

—¿Algún día te entenderé cuando hablas?

Él la miró de una forma que la hizo estremecerse.

—Si te quedas conmigo lo suficiente, te doy mi palabra de que sí.

La entrada al monumento para el público consistía en un enorme hall con balcón y una larga hilera de puertas situada en el extremo más alejado de donde estaban. Logan rompió unas cuantas barritas más, las agitó y las echó al piso inferior. La luz química les reveló, expuesta en el centro de la gran sala, la antorcha original de la estatua, construida con acero y cristales de colores. Habían decidido exhibirla allí, para que la admirasen los turistas, después de que la reemplazasen por el modelo actual, chapado en oro.

Mientras Syren se permitía contemplarla unos instantes, el muchacho se apresuró a inspeccionar las puertas. En su momento, alguien se había tomado la molestia de sellarlas concienzudamente. Chapas de metal muy gruesas y bien soldadas. Aquello le animó. Cada nuevo indicio que encontraba le hacía pensar que cuando el agua subió lo hizo gradualmente, y no como un tsunami que lo arrasaba todo. Si se habían tomado tantas molestias, la gente de la época debía de haber tenido la esperanza de poder volver a los lugares que entonces les arrebatara el mar. De ser capaces de revertir el proceso.

Por eso habían intentado preservar la estatua y había tantos depósitos estancos diseminados por toda la ciudad.

Y por eso, también, las posibilidades de que la estación meteorológica estuviera intacta y fuese posible devolverla a la vida eran mayores.

Cargado de optimismo, dio un golpecito satisfecho a las puertas y se volvió hacia la Syren.

—¿Tendría la bondad de acompañarme al sótano, señorita? —le dijo, pícaro—. Me han asegurado que, desde allí, las vistas a las cloacas son realmente memorables.

El acceso al túnel que buscaban resultó ser una maciza tapadera de hierro y carbono, pegada a la pared del sótano que estaba más cercana a la estación meteorológica. Logan trató de levantarla con la palanca con que había reventado la portezuela de la antorcha. Pero pesaba mucho y llevaba demasiado tiempo cerrada. Sin la ayuda de Syren no lo hubiese conseguido. Cuando, gracias al esfuerzo de ambos, lograron levantarla ella se lo quedó mirando con aire de superioridad.

—Bueno, ¿estás aquí, no? —dijo él, simulando que le molestaba que ella hubiese tenido razón al querer acompañarle—. ¡Tampoco hace falta repetirlo a la menor ocasión!

—Es para que te lo pienses dos veces la próxima vez que tengas la tentación de llevarme la contraria —respondió ella, coqueta.

—¡El poder! ¡Cuánta razón tiene mi padre cuando repite lo poco que cuesta que se te suba a la cabeza!

Mientras lo decía rompió una de las pocas barritas que les quedaban y se tumbó en el suelo, pasando el brazo y la cabeza a través del agujero.

Lo que encontró, además del previsible ambiente enrarecido, le hizo arrugar la nariz.

Agua. Más o menos hasta las rodillas.

—Debe de haberse filtrado por la pared con el tiempo —dijo, para animarse a sí mismo, mientras volvía a sacar la cabeza—. Si hubiese un agujero en alguna parte, el túnel estaría inundado y el agua habría salido a presión al abrir la tapa.

—¿Quieres que eche un vistazo? —se ofreció ella.

—No. De todas formas, voy a tener que ir. Y el agua de ahí abajo no afecta al nivel de presión. Nos mojaremos los pies, y poco más. No perdamos tiempo.

Y sin pensárselo dos veces, se sentó sobre el agujero con las piernas colgando y, un momento más tarde, un chapoteo indicó que estaba en el túnel.

Avanzaron lentamente, bregando con aquella agua polar que les helaba hasta la médula e iluminados por el resplandor precario y amarillento de las barritas. Desde la estatua hasta la estación no podía haber más de doscientos metros. Pero en el interior de aquel corredor angosto, maloliente y oscuro, a alguien como Syren, acostumbrada a los espacios abiertos, le pareció que andaban kilómetros. Hubiese preferido mil veces hacer el trayecto a nado, con selachiphormes y todo.

El agua era su elemento, por muchos peligros que albergara.

Finalmente, cuando llegaron al otro extremo, Logan se detuvo, levantó la vista buscando algo y sonrió mientras acercaba la barrita a otra escotilla.

—*Mademoiselle*, sobre su hermosa cabecita, el acceso a la estación meteorológica

USA-B/236. *Après vous, s'il vous plaît.*

Con la vista puesta en la entrada, ninguno de los dos reparó en un serpenteo que removía el agua apenas a unos cuantos pasos de donde estaban.

Abrir la escotilla de la estación les llevó un rato.

Estaba demasiado alta como para poder hacer palanca desde abajo y, tras varios intentos infructuosos, Logan no tuvo más remedio que subirla sobre sus hombros y Syren tuvo que hurgar un buen rato con la palanca hasta conseguir el crujido metálico que indicaba que había cedido.

—¡No me lo digas! —le advirtió enseguida él, con tono socarrón—. Y ahórrate también esa miradita, ya puestos...

Ella se conformó con aclararse la garganta, maniobró hasta ponerse de rodillas sobre sus hombros y se impulsó hacia arriba.

Se encontró en medio de una sala mayor de lo que esperaba, totalmente a oscuras y tan gélida que el aliento se le convertía en humo cada vez que respiraba.

—¿Vas a ayudarme a subir, o te cuento cómo se hace desde aquí? —Le llegó la impaciencia de Logan a través de la escotilla.

Un momento después entraron volando una barrita de luz y el extremo de una cuerda delgada pero muy resistente que él también había tenido la precaución de incluir en su saquito impermeable.

Syren se apresuró a buscar algún lugar donde atarla.

Logan se sabía de memoria los planos de aquella pequeña estación. Habría podido encontrar la consola de operaciones incluso con los ojos vendados.

Aun así, prefirió mantenerlos muy abiertos.

Como había leído, la estación disponía de unas baterías de emergencia que la hacían autosuficiente bajo cualquier circunstancia. Mientras manipulaba los controles no quiso compartir con Syren sus temores de que, por cualquier circunstancia, se hubieran descargado y resultara humanamente imposible devolver los ordenadores a la vida.

Si eso sucedía, la posibilidad de salvar su universo habría terminado allí.

Contuvo la respiración mientras pulsaba botones y accionaba palancas, en el orden correcto para hacerlos funcionar.

¡Sería tan absurdo haber llegado tan lejos para encontrarse sin electricidad!

Logan dejó escapar un silbido de alivio cuando escuchó el zumbido de los ordenadores poniéndose en marcha. Enseguida, la consola se iluminó con multitud de lucecitas, primero rojas y luego de color verde.

—¡Funciona! —exclamó.

—¿Te sorprende? —preguntó Syren, que no había contado con la posibilidad de

que aquello pudiese no ponerse en marcha.

—Bueno... —Se defendió él—. No me digas que esperabas que todo iba a salirnos tan bien como hasta ahora...

Syren tuvo que admitir que ahí la había pillado. Ella misma estaba maravillada de haber llegado tan lejos.

—No —aceptó—. Pero no me gusta pensar que existen riesgos que no me has contado. Necesito estar segura de que puedo confiar en ti.

Sin levantar la vista del teclado, él respondió, suspicaz:

—Creía que eso ya estaba superado entre nosotros después de lo que pasó en el tugurio de Builder.

Syren no estaba segura de cómo responder a eso y optó por la peor de las soluciones.

Se calló.

¿De dónde salía aquella maldita habilidad suya para hacer daño a quienes más quería?

La información que tan bien habían custodiado aquellos ordenadores durante años y años de silencio no tenía precio.

Montones y montones de datos no solo de la zona, sino de todo el planeta. Historiales de comunicaciones con otras estaciones. Careos de datos. Proyecciones catastróficas y confirmaciones aún más dantescas.

La historia, documentada paso a paso, de cómo el mundo se había ido al garete.

Incluso descubrió unas imágenes de los últimos instantes en que la estación se había mantenido todavía por encima del nivel del mar y de como el agua se la había acabado tragando.

Apenas era una escena sin sonido y con la cámara fija. Pero Logan estuvo a punto de echarse a llorar mientras la contemplaba una y otra vez, en bucle.

Si alguien necesitaba más que eso para darse cuenta de que había que cambiar de políticas, o era un idiota o un kamikaze. Más que nunca, tenía que regresar a casa y mostrarle aquello al mundo entero.

Rebuscó en varios cajones hasta encontrar lo que buscaba: dispositivos portátiles de almacenamiento. Cogió el de más capacidad y también un cable de transmisión de datos.

—Necesitaré tu ayuda —le dijo a Syren.

—¿Qué puedo hacer? —se apresuró a responder ella, feliz de poder colaborar, aunque fuera mínimamente.

—En la nuca, en la base del cráneo, encontrarás un pequeño orificio —le dijo él, apartándose el pelo de la zona con las puntas del dedos mientras se lo decía—. ¿Lo ves?

—Sí, sí —dijo ella, palpando con los dedos, con cuidado de no hacerle daño.

—Perfecto. Enchufa esto. —Le pasó un cable con una clavija minúscula.

—¿Enchufar?

—¡Ah! Sí, claro... Mira, ¿ves este extremo? Si lo metes bien en el agujero que tengo en la cabeza, notarás que encaja. Dime cuando esté, ¿vale?

—¿No te dolerá?

—Adelante. Está todo previsto.

Syren lo hizo con mucho cuidado. A pesar de lo que él decía, se sorprendió de que fuera tan sencillo e indoloro.

—Ya está.

—¡Perfecto!

Se sentó ante el teclado e inició la transmisión. Su padre había estudiado con detenimiento las conexiones de los ordenadores de la época hasta crear una clavija que servía, literalmente, para cualquier dispositivo. Y también se habían asegurado de que en la estación podría encontrar fácilmente el cable para conectarla al chip que le había implantado quirúrgicamente en la nuca. Habría sido absurdo enviarlo a aquel viaje sin una manera infalible de poder regresar con los datos a través del portal.

Habría jurado que hasta podía notar la avalancha de información que entraba a chorro en su cerebro a través de la conexión.

Syren contempló en silencio cómo Logan se arrebujaba en la silla y se quedaba quieto y relajado, mientras el cable le conectaba a aquellas máquinas. Intuyó que lo mejor que podía hacer era quedarse en silencio. Pero no pudo evitar acercarse y cogerle de la mano. Inmediatamente sintió como los dedos de él se enlazaban con los suyos y le acariciaba el dorso de la mano con el pulgar.

Un relámpago de felicidad le iluminó el alma.

Habría podido quedarse horas de esa manera: confortada por aquel vínculo tan modesto y, a la vez, tan intenso.

Y en ese instante se dio cuenta, tan cierto como sabía que estaba viva, de que sería suya para siempre.

Logan agotó por completo la capacidad del chip que llevaba implantado en la cabeza y luego todavía hizo otra copia en el dispositivo portátil. Aquello no podría pasar a través del portal, lo sabía. Pero le pareció sensato tener una copia de seguridad. Además, el dispositivo era pequeño y fácil de llevar. Se lo guardó en otra bolsita impermeable que llevaba atada a la cintura. Nunca sabías cuándo podías necesitar una copia, se dijo para justificar el tiempo que le llevó hacerla.

Con eso, su trabajo en la estación había terminado. Hizo un cálculo mental del tiempo que llevaban allí abajo: algo más de tres horas.

Tenían que ponerse las pilas si querían llegar a tiempo para la recogida.

—Debemos regresar —le dijo a Syren—. No nos sobra tiempo, si queremos ser puntuales a la cita.

—¿Tienes todo lo que necesitabas?

—¡Y más aún! Mi padre tenía razón. En todo. Con estos datos para apoyar sus teorías, me gustará ver como esa pandilla de trogloditas continúan afirmando que es un fanático medioambientalista, que manipula las cifras a su antojo.

Les quedaban únicamente cuatro barritas de luz. Más que suficientes, teniendo en cuenta que algunas de las que habían encendido todavía continuarían operativas, donde las habían dejado. Recogió todo lo que necesitaba, echó un vistazo a su alrededor por si podía encontrar algo más de utilidad —no lo había, decidió— e hizo una reverencia en dirección a la escotilla.

—Siempre después de usted, *mademoiselle*.

Syren se sintió halagada una vez más. Aquellos detalles absurdos la hacían sentir que era especial para él. Única. Preciosa. Nadie más hacía eso en Nyork. Pensó que era tonta por necesitar tan poca cosa para sentirse complacida.

Todavía con la sonrisa en los labios, se sentó sobre la escotilla, lista para saltar al túnel.

Fue una suerte que llevase la barrita de luz química en la mano.

Lo atisbó un segundo antes de saltar: el sinuoso movimiento en el agua que solo podía provocar un hydrophidio.

Instintivamente, dio un respingo para regresar a la seguridad de la estación.

Temblaba. Si hubiese llegado a meterse, la habría picado sin remedio. Recordó la agonía de Raven y todavía se asustó más.

—¿Qué sucede? —preguntó Logan, alarmado al verla así.

—¡Un hydrophidio! Justo ahí. He estado a punto de saltarle encima.

Logan se quedó perplejo. Si el agua provenía de filtraciones, ¿cómo podía haber llegado hasta allí aquel animal? ¿Existía algún boquete mayor que estuviera dejando

entrar el agua? En ese caso, era más urgente que nunca salir de allí. La presión podía hacer reventar la apertura en cualquier momento y sería la muerte segura para él.

—Tenemos que irnos. Ya —dijo.

—¿Te has vuelto loco? ¡No podemos! Te picará apenas te metas en el agua. Son muy agresivos cuando invades su territorio. Y ya viste lo que le sucedió a Raven.

Angustiado, Logan miró a su alrededor, buscando alguna cosa en la estación que pudiera serles de utilidad.

¡Tenía que encontrar la forma de quitarse de encima a ese maldito bicho!

Y de prisa.

Tictac, tictac.

Tardó menos de cinco minutos en barruntar un plan.

La estación carecía de armas de cualquier tipo. Y tampoco había nada que pudiera ayudarlos a acabar con el hydrophidio de manera rápida y segura.

Pero los cables eléctricos que corrían por las paredes apenas estaban recubiertos por una protección de plástico, eran suficientemente largos y parecían fáciles de arrancar.

Calculó mentalmente la longitud de cable que necesitarían.

Sin pararse a considerar los riesgos, hizo saltar el revestimiento de plástico con la palanca y empezó a arrancarlos con decisión.

Si no podía hacer nada más con esa jodida serpiente, la freiría.

—¿Estás seguro de que funcionará? —preguntó Syren, que apenas había comprendido lo que se proponía hacer.

—Sobre el papel, no hay error posible. El agua y la electricidad se llevan casi tan mal como Wren y yo. Si tiramos por el agujero el extremo del cable que acabo de dejar al descubierto, se producirá una descarga de mil demonios. Nos cargaremos la instalación, por supuesto. Pero electrocutaremos a ese bicho y a cualquier amigo suyo que pueda haber cerca. Y cuando salte el diferencial, la corriente se interrumpirá y podremos largarnos tranquilamente por el túnel.

Ella no había entendido ni una palabra. *Si tú lo dices...*

—De acuerdo. Ahora, cuando deje caer los cables, apártate cuanto puedas de la escotilla. Tendremos unos fuegos artificiales dignos del cuatro de julio. Y asegúrate de mantener los pies en sitio seco. No queremos sorpresas, ¿verdad?

La descripción *descarga de mil demonios* resultó ser bastante precisa. Cuando los cables rozaron el agua saltaron chispazos por todas partes y un resplandor azulado les llegó a través de la escotilla.

En lo que Logan no estuvo tan acertado fue previendo los efectos que aquello tendría en la estación.

El diferencial no saltó.

O no saltó a tiempo.

Fuera por lo que fuese, mientras oían el chisporroteo de la corriente al entrar en contacto con el mar, a su espalda un panel eléctrico voló por los aires. La onda expansiva los levantó del suelo también a ellos, y tuvieron suerte de que el impacto no los hiriese de gravedad.

Cuando se apagó el eco de la explosión, todo se quedó a oscuras y les envolvió el olor a plástico quemado. Syren empezó a toser. Era aún peor que el hedor que había acompañado la llegada de Logan.

—¿Estás bien? —El muchacho la miraba con el rostro contrito, mientras encendía una barrita para iluminarlos.

Ella se palpó todo el cuerpo y asintió: seguía entera.

Asomaron las cabezas por la escotilla y Logan se atrevió a acercarse a la barrita de luz al agua.

Enseguida vieron los cadáveres requemados de tres hydrophidios flotando.

Syren no daba crédito. ¡Tres! Era increíble que no les hubieran atacado durante la ida. La única explicación era que en ese momento estuvieran en el otro extremo del túnel y por eso no se hubiesen sentido amenazados por su presencia.

Se volvió para mirarle. *Por los pelos*, decían sus ojos grises.

—Tu plan ha funcionado. Había tres. Estamos vivos de milagro.

Él iba a decir algo gracioso cuando, a su espalda, la reverberación del acero al combarse les hizo volverse al unísono.

La explosión había dañado la estructura de la estación mucho más de lo previsto.

Demasiado.

La presión del agua no tardaría en reventar las paredes debilitadas e inundarlo todo. La muerte entrando a chorro.

—¡Corre! —le dijo él, empujándola al túnel.

Habían recorrido apenas tres cuartas partes del camino cuando oyeron el último gemido del metal antes de ceder, y, enseguida, el retumbar inequívoco del agua penetrando con toda la violencia de la que era capaz en la estación meteorológica.

Pocos segundos después, el túnel empezó a inundarse.

Cuando llegaron bajo la escotilla que daba acceso a la estatua, Syren no lo dudó. Unió las palmas de las manos para que él pudiera apoyar el pie.

—Pase lo que pase, no me esperes —le dijo—. Recuerda: esto te matará a ti. No a mí.

—Pero...

Logan no tuvo tiempo de protestar. Ella lo impulsó hacia arriba con toda la fuerza de la que fue capaz. El chico casi salió despedido por el agujero.

Solo un instante después, una manga de agua violentísima arrastraba a Syren

hacia el interior del túnel.

Apenas se puso de pie, su primera reacción fue la de volver atrás, a buscarla. Pero antes de que tuviera la oportunidad, el agua empezó a entrar por la escotilla.

Deprisa, muy deprisa.

Impotente, se quedó unos segundos observando el acceso al túnel, sin saber qué hacer.

Luego, cuando el agua le llegó hasta los tobillos, reaccionó y echó a correr escaleras arriba.

Recuerda: esto te matará a ti, no a mí, se repetía una y otra vez para evitar caer en la tentación de volver atrás.

Mientras subía las escaleras tan rápido como le permitían las piernas, Logan iba cerrando todas las puertas que encontraba en su camino.

No servía de nada.

Las oía reventar una tras otra, a su espalda, cada vez más cerca.

Llegó al vestíbulo y continuó corriendo hacia las escaleras que llevaban al piso superior. Una vez allí, mientras recorría la galería para buscar la escalera de caracol, vio como el agua irrumpía como un torrente en el hall y se tragaba rápidamente la antigua antorcha de cristal.

Empezaba a faltarle el aliento. Y todavía quedaba lo peor.

Más de trescientos escalones. Cuesta arriba y casi a oscuras.

Mientras los subía sin pararse a mirar atrás, le llegó el rumor del agua inundando la estatua y el aliento gélido del mar, que lo buscaba para tragárselo también a él.

Le atrapó a media ascensión.

Primero, sintió como se le mojaban los pies, y apenas dos tramos después el agua le llegaba hasta las rodillas.

Ya era oficial: iba a quedar segundo en su carrera contra el océano.

Pero no pensaba rendirse. ¡Si el mar le quería, tendría que ganárselo!

Continuó subiendo, cada vez más lentamente por culpa del cansancio y del esfuerzo suplementario que tenía que hacer debido al agua.

Ya adivinaba la plataforma que llevaba a la cabeza y al brazo, cuando el agua lo tragó por fin.

Y, mientras intentaba desesperadamente aguantar la respiración y nadar hacia arriba, en la oscuridad, no le angustiaba pensar en que su mundo moriría con él.

Solo la certeza de que no volvería a ver a Syren.

Logan no se rindió hasta que sintió los pulmones a punto de estallar. Una hoguera le ardía en el pecho y sentía los brazos y las piernas como si fueran de plomo.

Lo había intentado. Con todas sus fuerzas.

No había nada vergonzoso en pararse a descansar un rato.

Dejó de bracear y se dejó llevar por la corriente. Si hubiera estado en mar abierto, aún habría hecho un último esfuerzo por llegar hasta la superficie, que ya no podía estar demasiado lejos.

Pero en aquel laberinto oscuro e inundado que era el interior de la estatua, sin apenas aire en los pulmones, no había nada que hacer.

Lo siento, papá. Lo he intentado. Lo mejor que he sabido.

Estaba a punto de abandonarse definitivamente a la inconsciencia cuando sintió un brazo familiar agarrándole por la cintura y arrastrándole hacia arriba, con la velocidad de un torpedo.

¿Syren?

Acababa de ver desaparecer a Logan por la escotilla cuando la furiosa manga de agua que irrumpía desde el otro extremo del túnel la arrastró, como un alud que se lleva por delante todo cuanto encuentra.

No se resistió. Desplegó las aletas retráctiles y respiró el oxígeno que sus branquias sabían encontrar, mezclado con el líquido, dejándose llevar por el agua. Aquel túnel había sido diseñado para ser transitado. Si no tenía la mala fortuna de estrellarse contra algún objeto, solo necesitaba esperar a que se llenase. Entonces la fuerza de la corriente se detendría y ella podría regresar, nadando tranquilamente.

Pero, si entre la estatua y la estación el túnel tenía menos de doscientos metros de longitud, en la otra dirección parecía extenderse por el subsuelo de toda la isla. Syren fue empujada por aquella manga iracunda centenares y centenares de metros antes de que el agua lo anegase por completo y el océano diera por satisfecha su voracidad.

Nadó entonces como no lo había hecho nunca antes. Poniendo el alma en cada brazada. Afortunadamente para ella, el túnel no se bifurcaba, sino que seguía un único camino, de un extremo al otro.

Un solo cruce y no habría llegado a tiempo.

Cuando encontró por fin el acceso a la estatua, pudo entrar nadando fácilmente a través de la abertura. Las salas que Logan y ella habían recorrido a pie, hacía apenas un rato, ahora pertenecían al océano, que había esperado pacientemente durante siglos hasta poder reclamarlas.

No quiso ni pensar en que el agua le hubiese atrapado antes de llegar arriba.

Salió nadando al hall y pasó, veloz como un escualo, junto a la vieja antorcha de cristal que había estado admirando. Irónicamente, subía mucho más deprisa de lo que había bajado. Con cuatro patadas llegó al balcón superior y, después, a la puerta que conducía a las escaleras. La fuerza del agua la había arrancado de sus goznes y solo quedaba el boquete.

Syren se imaginó lo rápido que tenía que haberse inundado el interior de la estatua y buceó aún más deprisa. Arriba, siempre arriba.

La angustia la mataba.

¿Y si no llegaba a tiempo?

No tardó nada en encontrarlo: inerte, junto a la estructura que soportaba la escalinata.

Sin detenerse siquiera a comprobar si estaba vivo o muerto, lo agarró por la cintura y braceó hacia la superficie. Iba tan rápido que se golpeó varias veces contra las columnas de acero. Ni siquiera sintió el dolor.

¡Tenía que llegar arriba antes de que fuera demasiado tarde!

Con Logan inmóvil como una imagen congelada, llegó a la plataforma y, desde allí, tomó el camino que llevaba al brazo. De haber ido al paso con que habían bajado, todo habría sido inútil. Pero, gracias a la inundación, Syren estaba en su elemento.

Entrevió la luz unas cuantas brazadas por encima de su cabeza y nadó furiosamente hacia ella. Un momento después, sacaba la cabeza del agua.

¡Aire!

Se echó a Logan a la espalda y recorrió a pie los escasos escalones que la separaban del mirador. Cuando salió al exterior la recibió una ráfaga de aire gélido y cargado de salitre, pero mucho más agradable del que se respiraba dentro.

Dejó a Logan en el suelo, le tapó las fosas nasales con dos dedos y empezó a insuflarle aire en los pulmones.

—Respira, ¿me oyes? ¡Respira! Respira o me moriré.

Él no reaccionó. Su pecho continuaba tan quieto como vacía su mirada.

Syren se desesperó.

—¡Respira, maldita sea! —le chilló, mientras continuaba haciéndole el boca a boca y le practicaba un masaje cardíaco capaz de fracturarle las costillas.

Nada. Había estado demasiado tiempo allí abajo.

—Logan... ¡Por favor! ¡Vuelve!

Más aire en los pulmones. Más presión en el pecho para reactivarle el corazón parado.

—¡Vuelve, maldito seas! ¡VU-EL-VE!

Y entonces, con un resoplido que le estremeció todo el cuerpo y le hizo escupir una mezcla de agua y vómito, Logan Howlett regresó.

Lo primero que vio al abrir los ojos fue el pelo claro de Syren derramándose sobre su pecho.

Enseguida se dio cuenta del movimiento espasmódico de sus hombros.

Estaba llorando. Como una niña pequeña. Por él.

Logan volvió a toser. El esternón le dolía terriblemente y la cabeza amenazaba con estallarle de un momento a otro.

Pero estaba vivo.

O eso juraría.

—Vamos, vamos... —le dijo acariciándole la cabeza—. No sé qué puedo haber hecho para hacerte llorar de este modo, pero de verdad que lo siento. ¿Serviría de algo una disculpa?

Ella levantó los ojos y le regaló una sonrisa llena de lágrimas.

—Creí... ¡Creí que habías muerto! —sollozó—. Creí que no podría hacerte volver.

Y se le echó al cuello.

Él trató de incorporarse. Sentía el cerebro oscilando por su cráneo, como una clara de huevo en un bol, esperando a ser batida. Estuvo a punto de vomitar otra vez.

—Si cada vez que me muero me recibes así... —consiguió balbucear, superadas las peores náuseas— tendré que espicharla más veces. Dos o tres por semana.

Ella le hizo callarse con sus besos.

Cuando Logan se sintió lo bastante fuerte, lo ayudó a levantarse. Volvían a estar bajo la antorcha, en lo que, originalmente, había sido un mirador circular, contra cuya barandilla ahora se estrellaban olas más agresivas que las de hacía unas horas.

El tiempo empeoraba.

Los dos miraron al cielo. Ni rastro de las hijas del viento.

—¡Tanta prisa, y va a resultar que son ellas las que llegan tarde! —bromeó Logan.

De repente, recordó lo que habían hablado mientras bajaban y se arrimó a ella.

—Antes me has preguntado si estábamos enamorados, ¿recuerdas? Bien, esto no es exactamente la corona de la estatua, pero estoy seguro de que sirve igual de bien.

Le pasó los brazos por la cintura y la atrajo hacia él. Enseguida notó como a ella se le aceleraba la respiración.

Se acercó hasta poder sentir su aliento en los labios. Temblaba y Logan supo que no era de frío.

—¿Y bien? Dime, ¿qué sientes?

Syren vaciló. La parte de su cerebro que le decía que aquello no estaba bien

continuaba ahí, advirtiéndola del error y gritándole que se separase de él.

Pero la otra, la que se había sentido morir mientras pensaba que le había perdido para siempre, tenía todavía demasiado presente aquel sentimiento como para dejarse derrotar.

—No estoy segura. ¿Qué sientes tú? —dijo casi en un susurro.

—Hay una prueba infalible para estos casos —respondió él, en el mismo tono.

Sus labios recorrieron el escaso margen que los separaba de la boca de ella.

Syren sintió como la vida misma le corría por las venas. Se abandonó a aquel beso, incapaz de continuar negando ni por un segundo más lo que sentía por él.

Le devolvió el beso con pasión y se le abrazó muy fuerte, indiferente al viento ártico que los azotaba y a las olas que entraban cada vez más atrevidas en el pequeño mirador.

De repente, un pensamiento la sacudió con fuerza. Se apartó ligeramente de Logan y le preguntó, clavando sus grises ojos en los de él:

—¿Y qué pasa con la chica que te espera en casa? Con Madison.

Él le sostuvo la mirada.

—Syren... mi casa ya solo puede estar donde estés tú. Si no tuviera un mundo esperando a ser salvado, ni siquiera me plantearía regresar. Al menos, no si tú no vinieras conmigo.

La besó de nuevo. Suavemente. Dulcemente. Muchas veces.

Ella no pudo resistirse. No quiso.

—No entiendo qué me has hecho —le confesó, confusa, entre beso y beso—. Has puesto mi mundo patas arriba. Todo me da igual. El clan. Wren, por quien creía sentir algo. Solo puedo pensar en ti.

Él le acarició la mejilla. Syren se estremeció con aquel mimo, como si la sacudiera una corriente benigna.

—Yo siento lo mismo. He tenido que viajar hasta otro universo para encontrarte. Pero ahora que te tengo, solo sé que no dejaré que nada nos separe. Nada.

Ella apoyó la cabeza contra su pecho y suspiró.

Ahora que se había atrevido a sacarlo de dentro, se sentía aliviada. Hay cosas contra las que no se puede luchar.

Se habría quedado para siempre allí arriba, con él.

Y entonces los vio: dos puntitos rojos, acercándose desde la ciudad, impulsados por la fuerza del viento.

Dragonfly y Ladybird acudían a la cita.

Los piolets se clavaron con facilidad en la delgada capa de oro que recubría la llama de *Lady Liberty*. Apoyándose en los hombros de Logan, Syren hundió uno a una altura suficientemente baja como para permitirle apoyar un pie e impulsarse hacia arriba, con la ayuda del otro.

Se incorporó sobre la antorcha. No sobraba precisamente espacio, pero cabrían los dos.

Logan le lanzó la cuerda que llevaba en el saquito y en pocos instantes estaba su lado.

Por una vez, había sido fácil.

Vieron como se acercaban las dos enormes alas delta y se apresuraron a seguir las instrucciones que les habían dado las voladoras: primero lo intentaría Ladybird con Syren. Para no arriesgar más la vida de la reina si resultaba que aquello no podía hacerse. Y si todo iba bien, sería el turno de Logan.

El chico se afianzó lo mejor que pudo en aquel espacio resbaladizo y agarró a Syren por las piernas, para auparla. Ella, por su parte, alzó ambos brazos al cielo, levantando cuanto pudo el enganche de su arnés.

La voladora vio que estaba en buena posición y maniobró el aparato para bajar a buscarla. El viento era muy favorable, notó.

Buen augurio.

Hizo virar el ala hasta colocarla en una trayectoria que le pareció perfecta. Después, inclinó la parte delantera para iniciar un picado suave.

Debo de estar loca para intentar algo así.

Un momento después, escuchó el *clic* del enganche al cerrarse y notó como el ala protestaba al verse obligada a levantar tanto peso suplementario.

Por un momento temió que no lo conseguirían. Pero una última ráfaga de viento favorable las impulsó hacia el cielo, como habría hecho una mano amiga.

Ladybird dejó escapar un suspiro de alivio mientras aprovechaba aquel empujón inesperado para poner el ala en el camino de vuelta.

¡Totalmente loca!

Desde arriba, Dragonfly observó como su amiga ejecutaba la mejor maniobra que había visto nunca para recoger a Syren y arrastrarla hacia el cielo.

¡Sabía que podía hacerse!

La pega era que el chico pesaba bastante más. Y que nadie le garantizaba que volviera a tener un viento de cola como el que había aupado a Ladybird cuando más

lo necesitaba.

A cambio, ella era un poco más ligera que su amiga, mejor voladora y su ala tenía aún algo más de envergadura.

Si el viento la ayudaba, ellos también lo conseguirían.

Y si no... tendría que hacerlo sola.

Cuando hubo pasado el suficiente tiempo como para estar segura de que no caerían al mar, Syren abrió los ojos y torció el cuello hasta poder ver cómo estaba Logan.

Contempló como la reina blanca maniobraba majestuosamente su aparato, con la destreza de un pájaro, para bajar a buscarlo.

No exageraban cuando se hacían llamar hijas del viento.

Dragonfly hizo un picado perfecto, acelerando en dirección a la llama, donde él la esperaba. Sosteniendo el anclaje con los brazos en alto, mientras trataba de no perder el equilibrio.

La menuda voladora lo enganchó por el arnés y levantó inmediatamente el morro, tratando de aprovechar hasta la última brizna de viento de cola. El peso de Logan la hizo perder altura rápidamente y, por un instante, el chico notó como las olas le lamían las botas.

Recordando su sabor de hacía un rato y haciendo una última tentativa para tragárselo otra vez.

Pero Dragonfly era demasiado buena.

Intuyendo de dónde llegaría la siguiente racha de viento, realizó un viraje rapidísimo para conseguir que la pillara desde abajo. Su previsión resultó correcta y Syren respiró al ver como Logan se alejaba del agua... y de los selachiphormes que pudieran estar rondando la zona.

Ligeras como aves, las dos alas remontaron el vuelo, de regreso a la ciudad. Syren volvió a cerrar los ojos para no tener que ver la distancia que la separaba de la superficie.

Llevaban un rato volando cuando escuchó la voz alegre de Ladybird que le decía:

—Tranquila, pastora de algas. Ya puedes abrir los ojos. Lo más difícil está hecho. El resto del camino es pan comi...

Nunca terminó la frase.

Una bala disparada desde algún lugar, delante de ellas, le penetró por la frente y salpicó la cara de Syren y la parte interna del ala con sangre y fragmentos de cráneo y cerebro de la voladora.

Dragonfly se dio cuenta enseguida de que algo no iba bien.

El ala de Ladybird, que hasta entonces había volado recta y segura, empezó a

cabecear y a ir a la deriva.

No entendió qué sucedía hasta que oyó el furioso zumbido de otro proyectil, pasándole muy cerca del rostro.

¡Francotiradores predators!

Aún estaban tan lejos de la ciudad que ni siquiera había podido oír la detonación. Pero Dragonfly ya había sido atacada más de una vez de aquella manera y reconocía el sonido de una bala al pasar rozándote.

Era evidente que Ladybird no había tenido tanta suerte.

—¡Nos están disparando! —le gritó a Logan, que ni siquiera se había percatado del peligro—. El tirador está en algún edificio de esos de allí enfrente. Me temo que le hayan dado a Ladybird.

Si hubiera podido, el muchacho habría pegado un brinco. Tal y como estaba, tuvo que conformarse con fijar los ojos en el ala que les precedía. Enseguida notó que su trayectoria era errática y se desviaba cada vez más del objetivo.

—Tiene que estar muy mal para volar así —dijo la reina—. Si no hacemos algo por ayudarlas, terminarán cayendo.

—¡Pues acércate!

En aquel momento, el zumbido de otra bala pasándoles muy cerca volvió a hacerse peligrosamente patente. Dragonfly arrugó los labios.

—Tenemos dos problemas; uno: el tirador que trata de abatirnos. Y dos: con tanto peso en el ala apenas si puedo hacer nada que no sea volar derecha hasta casa.

Logan no lo dudó ni por un momento.

—¡Pues suéltame! ¡Ayúdalas a ellas!

La reina blanca lo miró con admiración. Por segunda vez, él trataba de proteger a su amiga a cualquier precio.

—Es un gesto muy bonito, que me aseguraré de que ella conozca —le dijo—. Pero continuaríamos teniendo a un tirador con todo a su favor para abatirnos. Puedo tratar de volar hasta allí, dejarte caer en su mismo edificio y así darle algo de lo que preocuparse. Después, volveré y trataré de ayudarlas a ellas. Pero —le advirtió— estarás en Tierra de Nadie y hoy ya será demasiado tarde para volver a buscarte. Tendrás que arreglártelas solo esta noche.

Eso, si el predator no te mata antes, pensó sin decirlo en voz alta.

—¿Serás capaz de llevarme hasta allí y regresar a tiempo para ayudarla? —dijo él, angustiada, viendo los problemas que tenía la otra ala para mantenerse en vuelo.

—Lo intentaré. ¿Se te ocurre algo mejor?

No. No se le ocurría.

¡Mierda!

—¡Llévame allí! ¡Rápido! —aceptó.

Dragonfly obligó al ala a virar para acercarse al lugar desde donde creía que les disparaba el tirador. Tratando de ofrecerle el menor blanco posible mientras lo hacía.

Syren tardó unos instantes en comprender que su compañera de vuelo estaba muerta, y que aquello que le manchaba la cara eran su sangre y parte de su cerebro.

No perdió el tiempo intentando reanimarla. Los ojos vacíos y el boquete sanguinolento en medio de la frente hablaban por sí solos. Ya no había nada que pudiera hacerse por Ladybird.

Dominando el pánico que la atenazaba, se concentró en mantener el ala en el cielo. Por lo que le habían contado y había visto hasta entonces, la clave de todo residía en aprovechar las ráfagas de viento para que te llevaran allí donde querías ir.

La teoría era sencilla. La práctica: un infierno.

Y peor aún cuando vuelas junto a un cadáver, muchos metros por encima del mar y con un malnacido que te usa como diana desde algún lugar que ni siquiera alcanzas a ver.

Mientras maniobraba el aparato con torpeza, no dejaba de mirar a ambos lados, tratando de descubrir si los otros se habían dado cuenta de lo que pasaba y podían ayudarla.

Por un horrible instante imaginó que quizás a ellos les habían atacado primero y habían caído al mar.

Pensar en Logan, flotando entre los restos del ala, le paralizó el corazón.

Pero una fuerte sacudida, seguida de un repentino descenso de unos cuantos metros la hicieron volver a la realidad. Tenía problemas urgentes por resolver, si no quería ser ella misma quien acabara muerta, entre los restos de aquella ala que no sabía volar sin Ladybird.

Entonces, en mitad de una de sus torpes maniobras, entrevió el aparato de Dragonfly, yendo directa hacia los edificios desde donde les habían disparado.

Suspiró aliviada. Logan seguía vivo... Pero ¿qué diablos hacían metiéndose en la boca del lobo?

La muchacha atisbó cómo el ala zigzagueaba entre las torres, como un enorme insecto, y se acercaba peligrosamente a la azotea de la más alta. Al pasar por encima, alguien se desenganchó en pleno vuelo y cayó dentro. Inmediatamente, el ala recibió un empujón vertical, al verse libre del lastre.

Logan, ¿qué demonios estás haciendo?

Llegar hasta el edificio donde se escondía el tirador le costó a Dragonfly ver agujereada su ala hasta tres veces más. La segunda bala, además, le pasó a menos de un palmo de la cabeza.

Pero consiguió su propósito.

Antes de soltar a su pasajero, se llevó la mano a la cintura y desenfundó el puñal que llevaba oculto: un antiguo modelo KA-BAR de los que habían usado los marines durante la Segunda Guerra Mundial y que ella había encontrado en uno de los edificios de su territorio, cuando aún no levantaba ni dos palmos del suelo.

—Toma —le dijo, alargándoselo—. Me gustaría poder darte un arma mejor, pero no llevo ninguna.

Logan lo cogió sin decir nada. La perspectiva de verse obligado a matar a alguien se le hacía muy cuesta arriba. Hacerlo a puñaladas, además... No sabía si podría.

Pero no se lo dijo a Dragonfly.

—Dispara desde algún lugar de la fachada. Cuando te dejes caer, no pierdas tiempo y ve a por él. Estará apostado en uno de los pisos superiores, desde donde tenga buena perspectiva. Mientras le encuentras, trataré de hacer de señuelo para distraerle. Pero no te entretengas. Ese tipo sabe disparar. Si le das demasiado tiempo, terminará dándome.

Logan asintió con la cabeza, disimulando su angustia.

—Y recuerda: mañana, apenas haya suficiente luz, saldremos a buscarte. Búscate un lugar seguro y quédate allí. Quiero que me devuelvas ese cuchillo, ¿me oyes? Lo tengo desde niña y no quiero perderlo por culpa de un hombrecito imprudente.

Logan le devolvió una mirada sesgada.

—Tú sí que sabes cómo dar ánimos. Ahora entiendo por qué te eligieron reina...

—Suerte —le contestó ella, sin mirarle.

E hizo un picado que la acercó hasta casi rozar el suelo de grava de la azotea.

Cuando volvió a elevarse, el ala llevaba un solo pasajero.

El francotirador se llamaba Kodkod y había abatido ya a varias voladoras desde que le habían asignado aquella maravilla de fusil y le habían enviado a la frontera del territorio de las hijas del viento para envenenar las relaciones entre ambos clanes.

Pero aquella otra jodida se le resistía.

Había cazado a su compañera a la primera. Un tiro buenísimo. Entre ceja y ceja. ¡Bum!

Ahora estás, y ahora ya no estás...

Así es como las gasta la vida aquí, en Nyork. Mala suerte, pajarito.

Envalentonado, había intentado un tiro aún más difícil para derribar a la segunda. Convencido de que, si fallaba, todavía tendría tiempo de sobra para repetirlo cuando la tuviese más cerca.

La bala había pasado rozando la diana, pero disparar no había sido una buena idea, al fin y al cabo.

Porque cuando aquella puta voladora se había dado cuenta de que estaban intentando descabalarla había empezado a zigzaguear evasivamente, haciéndole fallar tres tiros consecutivos.

Jamás le había pasado antes.

Al final, el ala le había rebasado por la izquierda, al amparo de otro edificio, burlándose de él.

Por mucho que le cabrease, tenía que admitirlo: la muy puta le había echado un par y se había reído en su misma cara.

Porque aunque corriese al otro extremo del edificio, sería inútil. No volvería a disponer de un tiro tan claro como los que había tenido ya.

Suspiró, fastidiado, e introdujo otro cargador de cinco balas en su Remington M24. Se contentaría con rematar a la otra ala, que aún se mantenía en el cielo, cabeceando como una gaviota borracha.

¡Acabar con dos tan grandes en un solo día habría sido la leche! La clase de hazaña que habría zanjado para siempre su eterna disputa con Caracal, sobre cuál de los dos era mejor con un fusil. Pero solo una víctima, abatida desde casi ochocientos metros de distancia, aún sería suficiente para hacer sudar un poco a su rival. ¡A ver qué podía poner sobre la mesa el viejo Caracal para competir con un disparo como el suyo!

Estaba a punto de volver a colocar el ojo en la mira telescópica cuando, frente a él, reapareció ese demonio de voladora a quien ya daba por perdida.

¡Balanceando el ala a derecha e izquierda, para regodearse de él!

¿Qué demonios pretendía? ¿Estaba buscando que la matasen? ¿O es que pretendía

enseñarle el culo para demostrarle que ella era mejor volando que él disparando?

¡Ahora verás, cabrona!

Kodkod se echó el fusil al hombro, dejó descansar el cañón sobre el trípode que llevaba incorporado el arma, puso lentamente el ojo en la mira telescópica y expulsó todo el aire de los pulmones.

Te arrepentirás de haberme dado otro disparo, puta. ¡Puedes apostar a que te arrepentirás!

Pero solo el tiempo que tardarás en llegar abajo antes de quedar espachurrada contra el agua.

Mientras se ofrecía a sí misma como blanco, Dragonfly sentía el regusto amargo del miedo en la garganta.

Hacía tiempo que los francotiradores predators acosaban a sus mujeres, derribándolas a la menor oportunidad. Intentando hacerles perder la paciencia hasta el extremo de hacerlas salir de su territorio y así poder acabar con todo el clan más fácilmente. Sin tener que pagar el precio que les supondría emprender un ataque a gran escala contra su territorio.

Pero la bala que había alcanzado a Ladybird había sido disparada desde muy lejos.

Mucho.

Tenía que ser un tirador fuera de lo corriente el que ahora debía de estar apuntándola con su mira telescópica.

Un pensamiento inquietante.

Para confirmar sus temores, un primer disparo, cuya detonación esta vez sí pudo oír con claridad, entró por la parte trasera del fuselaje y le pasó rozando un muslo. Dragonfly dejó escapar un grito de dolor al notar la quemadura en la piel y sentir la calidez de la sangre brotando de la herida.

Inclinó el aparato, procurando que la tela ocultase su figura. Al menos, que ese cerdo tuviera que dispararle sin verle el cuerpo. Su ala podría soportar más agujeros que ella.

Aunque no demasiados.

Logan, ¿dónde demonios te metes cuando más falta haces?

¡Hombres!

Kodkod retorció los labios en una sonrisa malévola.

A través de la mira había podido ver claramente como la mujercita que pilotaba aquel artefacto enorme se agitaba al recibir el impacto de la bala en una pierna.

¿Qué me dices ahora, eh, zorra?

Él había apuntado algo más arriba, vale. Si el disparo hubiera sido el que

pretendía, le habría partido el espinazo y el juego habría terminado.

Con el siguiente lo conseguiría.

A través de la mira, observó como la voladora inclinaba el aparato, en un intento de interponer la tela entre ella y su mira.

Buen intento, hermanita. Lástima que después de disparar tantas veces contra aquellos trastos él ya supiera adónde había que apuntar para darle a la piloto, aun sin tener una visión directa.

En el centro. Justo ahí, donde se unen ambas alas. ¡Sí, señor! Apuntas ahí y das siempre en la diana.

Acarició el gatillo, sin pulsarlo. Quería saborear aquel disparo después de haber desperdiciado tantos.

Que ella llegase a pensar que lo lograría.

Así, un momento más... Ya casi... ¡Ahora!

Un segundo antes de disparar, Kodkod sintió una llamarada en las costillas, que lo hizo retorcerse de dolor.

El fusil se zarandeó con él y la bala perdió su objetivo, para ir a incrustarse en la fachada de cristal de la torre más cercana.

Después de todo, Logan sí había sido capaz de usar el cuchillo.

Dragonfly escuchó claramente la detonación. Pero esta vez no estuvo acompañada del familiar zumbido de la bala, buscándola.

O el tirador se había quedado ciego de repente, o Logan había hecho su trabajo.

Para ser un hombre, aquel chaval estaba bastante bien.

Le recordaba un poco a...

Agitó la cabeza para alejar recuerdos que aún dolían y, confiada en que el predator había dejado de ser una amenaza, se concentró en volar en línea recta hacia el ala de Ladybird, que, milagrosamente, todavía continuaba en el cielo.

No tenía ni idea de cómo podría ayudar a Syren.

Se acercó a ella, constatando sus dificultades para mantenerse en vuelo. Trataría de ponerse a su altura, decidió, y ver si Ladybird era capaz de ayudar. Después, según estuvieran las cosas, ya decidiría cómo actuar.

Pero el vuelo inseguro de la otra ala convertía aquella maniobra en peligrosísima. Si se acercaba demasiado y los extremos se tocaban, caerían ambas al mar.

Y si no lo hacía lo suficiente, ni siquiera lograría hacerse oír.

Hiciera lo que hiciese, tenía que ser ya. El viento estaba amainando y, sin su ayuda, alguien que no supiera pilotar un ala tan grande como esa no lograría mantenerla en vuelo ni cinco minutos.

Kodkod tenía la mirada fija en el cielo.

Sentía como la vida se le escapaba por la herida del costado.

Bum-bum, bum-bum, bum-bum. Un borbotón carmesí con cada latido.

Sangre por todas partes: manchándole la camiseta, los pantalones y la chaqueta militar que tanto le gustaba.

Sangre también en los labios y goteándole por el cuello. Con aquel regusto salado y cálido del que había oído hablar tantas veces.

Levantó los ojos para poder ver al que lo había matado.

Un chaval joven y rubio, con cara de susto. No lucía los signos de identidad ni los tatuajes de ninguno de los clanes que él pudiera reconocer; excepto un colgante que podía ser de un pastor de algas.

¿No te jode? ¡Yo me muero y es él quien se lo está haciendo encima!

Con las últimas fuerzas que le quedaban, buscó la Beretta que llevaba metida en los pantalones. Quizás aún le quedaban suficientes fuerzas como para poder pegarle un tiro a ese hijoputa que continuaba contemplándole, sin terminar el trabajo.

Sus dedos dieron con la culata del arma.

Se la sacó del cinturón. ¡Estaba tan cansado!

Intentó quitarle el seguro para poder disparar. Mientras, el otro lo veía hacer pero se limitaba a continuar allí, como un pasmarote. Como si le importase una mierda que estuviera intentando dispararle.

Un momento, solo un momentito y te vendrás al infierno conmigo, cabrón...

Lo sacudió un acceso de tos que le hizo vomitar más sangre. El arma se le escurrió de entre los dedos. Todo daba vueltas a su alrededor.

Qué frío tenía.

Qué fríoooo...

Syren sabía que no conseguiría mantenerse en el aire mucho más tiempo.

Quizá si lograba hacer bajar el ala lo bastante lentamente, llegaría a una altura desde la que podría saltar al agua sin que el impacto la matara.

Pero no tenía ni idea de qué hacer para conseguir un picado suave. O, al menos, uno que no terminara con ella estrellándose a toda velocidad contra el agua.

Hacía cuanto podía para aprovechar el viento, cada vez menos intenso, cuando oyó que alguien gritaba su nombre.

Se revolvió, incrédula, y allí, a pocos metros a su izquierda, descubrió a Dragonfly volando a su lado.

—¡Syren! Escúchame atentamente y haz todo lo que te diga, ¿me oyes?

Ella se apresuró a asentir. Al hacerlo, inconscientemente, inclinó el ala en dirección a la de la hija del viento. Dragonfly ya había contado con aquello, y antes de que chocaran realizó la misma maniobra.

De no haber tomado aquella precaución, de veterana, las dos habrían caído sin remedio.

—¿Lo ves? —le gritó—. ¡Tienes que evitar que choquemos! Si llegamos a tocarnos nos caeremos las dos. Mantén el cuerpo recto y las manos firmes. Yo te diré si tienes que girar y cómo hacerlo. ¿Vale?

—¡Vale! —respondió Syren, ahora sin ni siquiera atreverse a mirarla, para no volver a cometer el mismo error.

—¡Muy bien! ¿Ladybird puede ayudarte, aunque solo sea un poco?

—¡Está muerta! —respondió, con la vista al frente—. ¡Ni se ha enterado!

Dragonfly sintió como la rabia la sacudía.

¡Esto lo pagarás, Wired. Aunque sea la última maldita cosa que haga como reina de las hijas del viento!

Syren fue siguiendo las instrucciones que le daba la reina y que le llegaban, entrecortadas, entre ráfagas de viento. A pesar de no gustarle nada volar, tenía una habilidad innata para hacerlo, constató enseguida Dragonfly. Solo eso la había mantenido en el aire mientras ella dejaba a su compañero en tierra y volvía a ayudarla.

La voladora la fue guiando, lejos del terreno peligroso y hacia las Siamesas. El problema sería hacerla bajar. Era uno de los momentos críticos del vuelo y no podía pretender enseñarle en aquellas condiciones. Y aún menos esperar que lo hiciera en una de las pequeñas pistas construidas por las voladoras en las plantas inferiores de

los edificios de su territorio. Una piloto experta ya tenía que tener cuidado cuando aterrizaba allí. Lo más seguro era que Syren acabara aplastada contra la fachada si lo intentaba.

La única alternativa que le parecía viable era tratar de hacerla bajar lo suficiente como para que pudiera saltar, como había hecho en la Mano en Llamas.

Volvió a levantar la voz por encima del viento para comunicarle su plan. Syren seguía con los ojos fijos en el horizonte, pero respondió que no se preocupase: una vez en el agua, podría burlar a los selachiphormes.

Dragonfly no se molestó en decirle que, a ella, lo que la preocupaba de verdad no eran los escualos, sino los edificios que tendría que esquivar antes de poder alcanzar una altura desde la que el salto fuera factible.

Eso, por no hablar de cómo la haría descender sin que entrara en barrena, claro.

Aun resumida en pocas palabras, la técnica del aterrizaje tenía un montón de aspectos de los que había que estar pendiente. Mientras iniciaba la maniobra, Syren trató de ponerlos mentalmente en orden: controlar la velocidad en función del viento; elegir la trayectoria y mantener la vista puesta en ella en todo momento; liberar las piernas del arnés donde iban sujetas equilibrando el ala con las manos...

Lo fue haciendo, poco a poco, mientras las fachadas de los edificios se le acercaban a toda velocidad, como barreras insalvables. Dragonfly la siguió hasta donde le fue posible y después se desvió.

Ahora ya no podía hacer más.

Syren se dio cuenta enseguida de que iba demasiado deprisa.

A su lado, el cuerpo de Ladybird cabeceaba de una manera que la hizo estremecerse. Como si la voladora, desde el más allá, estuviera tratando de advertirla de que no lo estaba haciendo bien. Trató de aminorar, tirando de la barra hacia ella. Pero a pesar de hacer todo lo que le había dicho la reina, continuó descendiendo, cada vez más vertiginosamente.

Ya casi sin control, pasó rozando la fachada de una torre desnuda de cristal y de la que solo quedaba un armazón de metal a través del que ululaban las corrientes.

Sentía como el corazón le latía cada vez más rápido. Al mismo ritmo con el que perdía el dominio del ala. Ya ni recordaba cuál era el paso que venía a continuación.

Tanto daba. Caía como una piedra.

Mientras veía como la superficie azul oscuro se aproximaba a toda velocidad, sacó las piernas del arnés.

Mala elección.

El ala se desequilibró por completo, hizo un giro inesperado, y uno de los extremos terminó impactando contra la gárgola de un antiguo rascacielos de piedra.

A la y monstruo quedaron empatados: ella lo decapitó de un golpe y, a cambio, él la partió en dos.

El cadáver de Ladybird salió despedido y fue a chocar contra la fachada de granito. A pesar de la ventolera, Syren pudo oír con aterradora claridad el sonido del cuerpo, reventando contra la superficie de piedra.

Tuvo el tiempo justo para desembarazarse de lo que quedaba del arnés, un segundo antes de que toda la estructura del ala se desintegrara en el aire y la arrastrase con ella.

Se precipitó contra la superficie, pataleando desesperadamente.

Treinta metros de caída.

El impacto fue terrible.

La reina blanca vio con espanto como el ala de la pastora de algas chocaba primero contra un edificio, para desintegrarse acto seguido en el aire y arrojar al vacío a su pasajera.

Mucho antes de lo que habían planeado.

Cambiando las manos de posición en la barra, Dragonfly maniobró su propio aparato para comprobar qué había pasado con su aliada. Podría hacer muy poco además de observar. Aterrizar en esa zona sería difícil y, aunque lo consiguiera, no pensaba ni acercarse al agua.

Las hijas del viento no estaban hechas para nadar.

Sobrevoló el canal donde aún flotaban los restos de lo que había sido un ala magnífica. En otras circunstancias, se habría lamentado por la pérdida de semejante aparato. Esta vez, sin embargo, se conformaba con que la piloto hubiese sobrevivido.

Voló peligrosamente bajo. Tanto, que un selachiphorme osado habría podido animarse a cazarla con uno de aquellos saltos alevosos que tan bien se les daban.

Nada.

No se podía quedar allí más tiempo o terminaría estrellándose ella también. Aprovechó una corriente térmica para ganar altura.

¿Era posible que hubiesen superado tantos obstáculos solo para que todo aquello terminase de aquella manera?

¿Había muerto Ladybird para nada?

Resistiéndose a resignarse, decidió dar otra pasada.

Ladeó el cuerpo para obligar a virar al ala delta.

Empezaba a anochecer. Pronto, aunque se empeñase en quedarse, ya no vería más allá de sus propias narices.

Dragonfly describió un amplio círculo en el cielo, rodeó la torre contra la que había chocado Syren y volvió a tener una visión clara del lugar del accidente.

Y entonces la vio, haciéndole señales con los brazos desde una de las ventanas de las primeras plantas secas.

De nuevo con las piernas enganchadas al arnés, Syren respiró al ver aproximarse las Siamesas. En otro alarde de pilotaje, la reina había conseguido aterrizar en la misma azotea del edificio al que ella había podido llegar, maltrecha, tras sobrevivir a la caída. Y, una vez reunidas, había logrado levantar otra vez el vuelo a pesar de que el lugar apenas lo permitía.

Ladybird habría puesto el grito en el cielo de haber podido ver que su amada reina corría tantos riesgos.

Regresaban solo la mitad de los que habían salido. En Nyork, muchos dirían que les había ido bastante bien, tratándose de una excursión tan peligrosa. Pero ninguna de las dos estaría ni remotamente de acuerdo con eso.

—¡Tienes que volver a buscarle! —insistió Syren una vez más, mientras la reina iniciaba la maniobra de aproximación.

—Entiendo cómo te sientes. Pero, mira... dentro de nada estará oscuro. No puedo pedir a ninguna de mis mujeres que vuelen a ciegas. Y, aunque lo hicieran, no serviría de nada. A oscuras, jamás lo encontrarían. Tenemos que esperar a mañana.

—¡Pero podría estar herido! O asediado por los predators. No podemos dejarle toda una noche solo en Tierra de Nadie. ¡Sabes perfectamente lo que sucede ahí afuera!

Syren pensaba en el pueblo de la noche, siempre en busca de algún despistado que se internase solo en las zonas prohibidas para hacerle desaparecer. Su propio grupo había perdido a más de un miembro a manos de esos fantasmas.

Se estremeció con solo imaginar lo que le harían a Logan si llegaban a ponerle la mano encima. Sin territorio propio, el pueblo de la noche se había acostumbrado a comer lo que fuera para sobrevivir.

—¡Syren! —Dragonfly desvió los ojos de su trayectoria solo un instante para mirarla—. Aunque no te lo parezca, te lo aseguro: sé *exactamente* cómo te sientes. Pero no hay otra que esperar a mañana. El predator dejó de disparar. Eso solo puede significar que Logan lo consiguió. Y si pudo con él, seguro que también será capaz de encontrar un lugar donde esperar, a salvo, a que amanezca.

Syren no dijo nada. En el fondo, sabía que la reina estaba en lo cierto.

Pero no era la razón quien hablaba por su boca.

Si las voladoras no querían salir a buscarle, muy bien, lo entendía. Pero nadie en este mundo iba a impedirle que fuera ella misma, apenas pusieran un pie en el suelo.

Y sola, si nadie se ofrecía a acompañarla.

El ala fue perdiendo altura y velocidad —¡qué fácil parecía aquello cuando pilotaba alguien como Dragonfly!— y aterrizó suavemente, usando menos de la

mitad del espacio que tenía para hacerlo en una de las plataformas de la Siamesa Norte.

Acababan de desengancharse cuando una veintena de hijas del viento, algunas con antorchas y el resto armadas con los mismos dardos ligeros que arrojaban en pleno vuelo, las rodearon con ademán amenazador.

El grupo se abrió, como un abanico, y apareció Mantis, más oscura y sobrecogedora que nunca. Y, más allá, Syren vislumbró al clan, con Wren al frente, Fairy, Lark y Dacnis casi a su lado e Ibis, algo más retrasada. Se alegró de comprobar que estaban todos bien, aunque varias voladoras se encargaban de impedirles cualquier acción que no fuera ver y escuchar lo que sucedía.

Dragonfly le dedicó a Mantis una mirada turbia. Nunca había habido ni un ápice complicidad entre ambas. Pero no la creía capaz de algo así.

—¿Qué significa esto, Mantis? —la increpó, tan altiva como fue capaz.

—Exactamente lo que parece, hermana —respondió la otra, menos satisfecha de lo que habría cabido esperar—. Tú y tu aliada estáis arrestadas. No pretendo haceros ningún daño a ninguna de las dos, pero no puedo consentir que arrastres al clan a la destrucción. Lo que hago, lo hago por el bien de todas.

—¿A escupir sobre nuestras leyes lo llamas ahora bien común? ¡Tanto tiempo sentada en el trono te ha corrompido aún más de lo que creía!

—¡Dragonfly! —La ira incendió los ojos artificialmente rojos de la reina negra—. He dicho que no deseo hacerte ningún daño, y no mentía. Pero ¡no te consentiré más insultos! No tientes tu suerte, y podrás terminar tus días pariendo futuras reinas con el macho de tu elección. Después de todo, tú y yo sabemos que ese destino tampoco te resultará tan desagradable...

Syren vio como la reina blanca crispaba los puños. Además de su traición, Mantis acababa de traspasar una línea roja entre ambas, estaba claro. Se preguntó si lo habría hecho para enfurecer a su rival y darle así una excusa para acabar con ella.

Sea como fuere, la rubia no mordió el anzuelo. Bajó la vista y deshizo los puños.

—¿Y ahora, qué vas a hacer? ¿Ponerte de rodillas ante Wired y suplicarle clemencia?

—Eso te pegaría mucho más a ti, querida —respondió Mantis, redirigiendo el insulto implícito—. No. Pienso ofrecerle un trato, por supuesto. Pero de igual a igual. Le entregaré algo que él quiere —se dio media vuelta para señalar teatralmente a Lark—: este hombrecito de aquí. Y, como muestra de buena voluntad, añadiré a sus compañeros como regalo... Bien, excepto a mi buena amiga Fairy y a su amorcito, por supuesto. Ellos dos serán libres de irse, con mi gratitud y bendiciones. Después de todo, es a ella a quien debo el haber descubierto el interés de Wired por este muchacho.

—Pero... ¡pero eso no es lo acordado! —gimió Fairy. Se sentía tan engañada que ni siquiera intentó negar que había hecho un pacto con la reina negra—. ¡Me prometiste que todos seríamos libres!

—¿Sí? Bueno, verás: he decidido revisar ligeramente los términos de nuestro acuerdo. Y me he dado cuenta de que ya era suficientemente generosa dejándote ir con tu hombrecito y librándote de tu rival. Los pastores de algas sois historia. ¡No importa que seáis dos o cuatro ahí afuera, créeme! Buscaos un agujero lo suficiente profundo como para poder esconderos de Wired, y considérate afortunada de que no os incluya también en el lote.

Fairy se volvió hacia el resto, con los ojos llenos de lágrimas. Confundida. Avergonzada.

—Yo... No pretendía esto. ¡Debéis creerme!

Ninguno de los demás le demostró el menor apoyo. Ni siquiera Ibis, siempre tan empática, fue capaz de mirarla a la cara.

—¡Wren! ¡Tú sabes que no miento! Eres el primero en ver que Syren nos estaba llevando al desastre. Yo... yo solo quería...

Fairy nunca había visto tanto desprecio en los ojos de alguien. Cayó de rodillas, sollozando, sin saber qué más decir.

—Ella será libre de hacer lo que quiera —dijo entonces el muchacho, dando un paso al frente sin dedicarle siquiera una mirada a Fairy—. Pero yo no pienso seguir otro camino que no sea el de mi clan.

—¿Ah, no? —respondió Mantis, divertida ante aquel giro de los acontecimientos, tan cruel para su aliada—. Pues por eso no te preocupes. Si prefieres ser esclavo de los techs antes que compartir la libertad con tu patética amiguita, te complaceré gustosamente. —Y, dándose la vuelta hacia las voladoras que los custodiaban, añadió—: Lleváoslo con los demás.

Fairy se quedó allí arriba, sola y devastada, mientras los pastores de algas y la reina blanca eran conducidos a una de las plantas que las voladoras usaban como prisión.

Apenas iluminada por la luz naranja de una antorcha, Mantis sopesaba una vez más la propuesta que iba a hacerle llegar a Wired. Si algo había aprendido al sentarse tanto tiempo en el trono de las hijas del viento era a no actuar jamás a la ligera.

Cada paso que daba estaba cuidadosamente meditado.

Pero aquello superaba cualquier experiencia previa. De todas las decisiones que había tomado en aquellos ciclos, aquella era la más arriesgada.

Releyó el mensaje. Era claro y escueto: Tenía al chico de Wired. Y tenía también la voluntad de aliarse con él y no la de hacerle la guerra. Si todo ello le parecía lo suficientemente interesante, le proponía encontrarse, al día siguiente, en el Santuario. Para hablar cara a cara. Ella estaría allí al mediodía y no le esperaría mucho tiempo.

Era suficiente, decidió. Si aquella pastora de algas enloquecida de amor no mentía, Wired saltaría de contento al recibirlo. Tanto, incluso, como para arriesgarse a poner los pies fuera de la Cúpula por primera vez en ciclos. La elección del Santuario como lugar de encuentro tenía que ser suficiente garantía como para hacerle creer en su buena fe.

Aquel edificio situado en la zona oriental de la ciudad, rectangular, sin formas ni aristas, con las fachadas norte y sur hechas de mármol y las orientadas a este y oeste, de cristal verdoso, era el único de Nyork que todos los clanes reconocían como terreno sagrado. Ni siquiera el pueblo de la noche había osado nunca romper la inviolabilidad de su suelo. Quien ponía los pies allí, podía considerarse a salvo. Por eso lo llamaban el Santuario. Y por eso era utilizado desde siempre como lugar de encuentro para clanes enfrentados, pero deseosos de llegar a una solución negociada.

Mantis se volvió para inquirir a Hornet con la mirada. Se había quitado las lentes de contacto rojas que le conferían aquel aspecto tan amenazador, dejando al descubierto un par de ojos castaños y cansados. Hacía tiempo que la corona compartida le pesaba demasiado, aunque se esforzara por ocultarlo.

Con las costillas vendadas y el ademán dolorido, Hornet asintió.

Era un salto al vacío, dijo, ambas lo sabían.

Pero, llegados a ese punto, ¿cuál no lo sería?

Mantis se lo agradeció. Hacía tiempo que Hornet era su mayor apoyo en el clan. A veces pensaba que sus caricias serían lo único de lo que no podría prescindir, llegado el caso. Pero se esforzaba en no demostrárselo, para no aparentar debilidad. Por eso, aunque le dolían sus heridas casi tanto como a ella, había aceptado su petición de mantenerse activa en lugar de guardar cama. Para simular que, a sus ojos, no era diferente del resto.

—Hazla pasar —dijo.

Hornet fue renqueando hasta la puerta, la abrió y llamó a la joven extremadamente delgada que esperaba fuera. La muchacha entró e inclinó enseguida la cabeza en señal de respeto. Se peinaba con una cresta negra y lucía tatuajes en el pecho, la espalda y los brazos, y *piercings* en labios, cejas, orejas y nariz. Llevaba los dedos llenos de sortijas de metal, y unos pendientes grandes y torturados en las orejas, pero ningún colgante. Tenía los ojos claros y enormes. Y su delgadez extrema los hacía parecer aún más despiertos de lo que ya eran.

—Wasp, querida —la reina le dio la bienvenida con una sonrisa cansada—, lo que voy a pedirte supone un gran riesgo. Pero lo hago porque creo que la supervivencia de nuestro clan depende de ello. Y, con Hornet herida, solo tú eres capaz de conseguirlo.

—¿De qué se trata, mi señora? —La voz de Wasp era poco más que un murmullo, pero mucho más cristalina de lo que su imagen podía hacer suponer.

—Necesito que lleves este mensaje a la Cúpula y lo entregues en mano al mismísimo Wired. Esta misma noche. Y que regreses con la respuesta antes del amanecer.

Wasp tomó el papel que ella le ofrecía y se lo guardó, como un tesoro, en el bolsillo interior de su ajada cazadora de cuero negro.

—No te fallaré, mi reina. Ni tampoco al clan.

Mantis la abrazó y le deseó un vuelo seguro. La muchacha abandonó la cámara real sin más ceremonia. No tenía ni un instante que perder si deseaba poder cumplir con su misión. Hornet cerró la puerta tras ella y volvió junto a la reina. Cojeaba a causa del dolor que le producían las costillas rotas, pero no se había quejado ni una sola vez.

Mantis notó sus manos en la nuca y se volvió para acariciarle la mejilla con ternura. Solo por lo que le había hecho a su amada, esperaba que los predators capturasen pronto a aquel joven misterioso y se lo pasaran en grande con él, mientras le arrancaban la verdad de su origen a golpes.

—Ven, mi amor —le susurró a Hornet, cogiéndola de la mano para conducirla hasta la cama—. Permíteme cuidarte.

La acostó con delicadeza y posó dulcemente los labios sobre sus heridas.

Fairy no había tenido ánimo para moverse del lugar donde se había dejado caer, de rodillas, tras haberse descubierto su traición. Impotente, había contemplado cómo se llevaban al resto del clan, sin que ni uno solo se volviese a mirarla. Mantis, por su parte, había ordenado que la dejaran en paz. La pastorcilla era libre de ir a donde quisiera, había dicho antes de desaparecer en el interior de la torre.

Un trato es un trato.

Cuando fue por fin capaz de desenterrar la cabeza de entre las manos, Fairy se levantó y arrastró los pies hasta el borde mismo de la pista de aterrizaje.

Se había quedado mucho rato allí. Contemplando el vacío, vacilante. Con los ojos perdidos en el abismo y escuchando su llamada silenciosa.

Un pasito más y todos sus problemas desaparecerían.

El dolor por el rechazo definitivo de Wren.

El arrepentimiento por aquella traición abyecta.

La humillación con la que la había castigado Mantis.

Nada importaría ya.

Movió los pies unos centímetros más, hasta dejar los dedos colgando.

Estaba demasiado oscuro como para ver el fondo, pero no le hacía falta. El olvido la esperaba con los brazos abiertos.

No más dolor. No más culpa. No más vergüenza.

¡Vamos! ¡Salta y termina de una vez! ¡No te mereces nada mejor después de lo que has hecho!

Pero el viento no soplaba con suficiente violencia como para darle el empujón que necesitaba. Lo odió con toda su alma por no ayudarla.

Al final, resultaba que no era buena ni para quitarse de en medio.

Todavía pensaba en eso cuando escuchó el ruido de unos pasos a la carrera, acercándosele por detrás.

Se revolvió, asustada, y tuvo el tiempo justo para vislumbrar a una joven de cresta negra que pasaba por su lado, ignorándola, y se arrojaba al vacío con decisión. Fairy dejó escapar un grito de espanto, pero enseguida vio como la saltadora abría brazos y piernas, desplegando una especie de alas que llevaba incorporadas a su vestido. La caída se convirtió en un vuelo vertiginoso y la joven aprovechó la corriente para dirigirse al norte.

A la zona controlada por los predators.

Enseguida se perdió en la oscuridad. Fairy se quedó mirando hacia donde la había visto desaparecer.

La reina negra no perdía el tiempo. Wired pronto sabría dónde estaban.

Tictac, tictac.

Imaginó lo que habría pensado su padre: el último gran jefe de los pastores de algas antes de que los exterminasen o convirtieran en esclavos. ¿Qué habría dicho aquel hombre de manos ásperas y voz severa si hubiera llegado a suponer alguna vez que ella, la niña de sus ojos, acabaría siendo una sucia traidora?

¿Habría sido capaz de perdonarla?

Contempló por última vez el vacío seductor que se abría bajo sus pies.

Y después se volvió y corrió hacia el interior de la torre.

Si actuaba deprisa, todavía tendría una oportunidad de enmendar su error.

Tictac, tictac.

Fairy encontró lo que buscaba bien escondido entre el equipaje de Wren: la Beretta, y cuatro cargadores llenos de balas. Había visto dónde los metía él antes de internarse en el territorio de las hijas del viento.

Bastarían.

Recordó como se lo había visto hacer a Wren: primero, pulsar el botón que liberaba el cargador para asegurarse de que el arma tuviera munición, y, acto seguido, quitar el seguro y mover la corredera para colocar una bala en la recámara.

Ahora la pistola estaba a punto para ser disparada.

Se la metió en la cintura, se guardó los cargadores en los bolsillos y se encaminó a la planta donde habían llevado a sus hermanos.

Una de las dos centinelas que custodiaban la puerta de acceso le dedicó una ojeada recelosa.

Fairy le sostuvo la mirada. Una sonrisa angelical en los labios.

Pero no lo suficiente.

—¿Dices que la reina te ha autorizado a verles? ¿En plena noche? —insistió la mujer.

—Si lo prefieres, despiértala y pregúntaselo tú misma —respondió la rubia, tan frívola como fue capaz—. No hay prisa. Esperaré aquí.

La voladora dudó. Había presenciado como capturaban a los prisioneros y escuchado que Mantis decía que aquella era la única que podía ir y venir sin restricciones.

Pero entrar a verlos. ¿Ahora?

No la creía.

—¿Sabes qué? Iré a preguntarle, sí. Tú espera aquí. Y tú, no la dejes pasar hasta que regrese, ¿de acuerdo? —le dijo a su compañera.

Fairy maldijo su suerte. Pero se limitó a dedicarle otra sonrisa: *tú misma*. Se echó a un lado y fingió dejarla hacer. Pero, aprovechando el momento en que la centinela

desconfiada pasaba entre ella y su compañera, se sacó el arma de donde la llevaba oculta y disparó.

La primera bala le entró a la voladora por la espalda, entre los omóplatos, partiéndole la columna. Antes de que su compañera pudiera reaccionar, Fairy hizo fuego dos veces más, hiriéndola mortalmente en el pecho.

El impacto de los proyectiles arrojó a la otra hija del viento contra la pared y la dejó tirada frente a la puerta. Con los ojos muy abiertos, en una expresión de incredulidad.

Con las dos guardias eliminadas, a Fairy solo le quedaba rezar para que nadie hubiese oído los disparos. Recogió los dos dardos que habían caído al suelo y se dispuso a liberar a los prisioneros.

Cuando abrió la puerta se encontró cara a cara con Wren, Syren y los demás. Ellos sí habían oído el tiroteo y se habían levantado, alarmados.

Por sus expresiones, se dio cuenta de que aquello era lo último que habrían podido imaginar.

Entró enseguida, le entregó la pistola a Wren y repartió los dardos entre Syren y Dragonfly.

—Syren, perdóname, te lo suplico —dijo en voz baja, mientras le entregaba el arma—. Lo que he hecho es injustificable y entenderé perfectamente que me destierres cuando todo esto haya terminado. Pero, ahora, por favor, confía en mí. Estoy intentando arreglar todo el mal que he hecho, te lo juro.

Syren le devolvió una mirada cargada de emociones contradictorias. La había odiado, como el resto, después de ver como les había traicionado con Mantis. Pero ahora también la admiraba por su valor.

—Estás siendo muy valiente —le dijo, al fin—. Te lo agradezco de todo corazón.

Fairy inclinó la cabeza y se volvió hacia Wren, buscando también su perdón. Pero él no fue tan comprensivo y rehuyó su mirada.

—Perdonad los tres, pero este no es momento de arreglar vuestras diferencias —intervino Dragonfly, pulverizando el instante—. Tenemos que movernos deprisa si queremos salir de aquí. Las mujeres de Mantis no tardarán...

—¿Qué hacemos? —preguntó Syren.

—Separémonos. Vosotros podéis ir por el agua, como los peces, pero yo no lo conseguiré sin un ala. Subiré unos cuantos pisos y robaré una. Huid por las escaleras. Cuanto más abajo lleguéis, menos se atreverán a seguirnos. Las hijas del viento solo estamos cómodas en el cielo. El mar nos pone nerviosas. Nos encontraremos, mañana en...

Intentó pensar en un lugar al que pudieran llegar y todos conocieran.

—En las Cuatro Puntas —sugirió Wren—. Está en la frontera entre vuestro territorio y el de los constructores de puentes y es lo más lejos a donde podremos ir

en tan poco tiempo. Es de noche, estamos agotados y los selachiphormes no duermen nunca...

—De acuerdo, en las Cuatro Puntas, entonces. Pero allí no podré aterrizar. Estad alerta para ver dónde lo consigo y os reunís conmigo. Y tened cuidado, es territorio de los constructores.

—Tranquila, seremos discretos —prometió el muchacho—. Dudo de que Builder quiera volver a invitarnos a su casa después de cómo salimos de allí la última vez. Iremos con pies de plomo.

—Suerte, pastores de algas.

—Suerte, hija del viento.

No tenían tiempo para más. Corrieron hacia las escaleras, pasando sobre los cuerpos de las dos centinelas abatidas por Fairy. Dragonfly se detuvo un momento y les dedicó una mirada lastimera. Dos buenas mujeres, malogradas por culpa de la ambición de Mantis.

De esto también tendrás que responder ante el clan, pensó, mientras se agachaba para cerrarle los ojos a la que la miraba con cara de no creerse aún como había terminado la noche para ella.

Mantis estaba rabiosa.

¿Cómo podían haber escapado?

Se quedó mirando los cuerpos de las dos centinelas muertas. Las habían abatido con un arma de fuego.

¿Cómo podían tener algo así, esos piojosos?

Y, ellas ¿cómo podían no haberse dado cuenta de que las tenían?

Hornet se le acercó, andando con dificultad.

—La chica con quien hiciste el trato... No la encontramos por ninguna parte.

Mantis suspiró, atando cabos.

La pastorcilla enamorada. Pues, claro. ¡Había sido una estúpida al menospreciarla!

—Ordena que salgan todas las alas disponibles. Aunque esté oscuro. Que las mujeres sepan que están buscando a los asesinos de dos de nuestras hermanas. Y envía patrullas a que corten las escaleras. Quizá tengamos suerte y todavía estén en el edificio.

Hornet asintió. Ya se iba cuando oyó a Mantis decirle:

—Y, Hornet: que tiren a matar. Ya hemos visto lo que pasa cuando hacemos prisioneros.

Dragonfly se escondió en el interior de un sofá despanzurrado, mientras esperaba a que un grupo de las que habían sido sus súbditas pasaran a pocos pasos de ella, sin

advertirla.

Con luz de día, no lo habría conseguido.

Pero, por la noche, en aquellas plantas tan enormes y con apenas unas pocas antorchas para iluminarse, las fuerzas se equilibraban.

Cuando estuvo segura de que ya no podrían oírla, salió de su escondrijo y se deslizó sigilosamente hasta las escaleras. En el piso inmediatamente superior estaba la pista de aterrizaje más baja de la Siamesa Norte. Allí siempre había dos o tres alas, a punto para ser utilizadas. No serían tan magníficas como la que había pilotado aquella tarde, pero servirían.

Al llegar asomó la cabeza por la puerta, rezando para que no hubiera nadie de guardia.

Solo oscuridad y silencio.

Subió los escalones de dos en dos hasta la planta superior.

Era el momento crítico.

Sabía que la pista no estaría desierta. Siempre tenía que haber varias mujeres de guardia. Ella misma lo había dispuesto así. Si tenía suerte, serían de las suyas y podría convencerlas solo con palabras.

Si no... Cerró los puños.

Suspiró, abrió la puerta y salió andando como si nada. Con la espalda muy recta y destilando toda la autoridad que había acumulado en el tiempo que llevaba en el trono.

Enseguida vio que no necesitaría pelear.

Una chica delgada, bastante más alta que ella, de piel pecosa y con el pelo muy corto y de un rubio sucio, le salió al encuentro. Incluyó la cabeza en señal de respeto.

Era Bee.

—Señora, no sé qué ha sucedido hoy ni necesito saberlo. Solo quiero que sepas que, igual que lo fue mi hermana, te seré leal hasta la muerte.

Dragonfly le puso la mano en el hombro, con afecto.

—Bee, no sabes cómo siento lo que le ha pasado a Ladybird. Ojalá pudiera...

—Señora, no es momento de lágrimas. Cuando todo vuelva a ser como debería, tú y yo la lloraremos juntas. Pero ahora tenemos que darnos prisa, o lo perderás todo.

—¿Cómo está la situación?

—Hace un rato, Wasp ha salido con un vestido volador. Acababa de tener una audiencia con Mantis. Se ha dirigido al norte.

A Dragonfly no le hacía falta más para sumar dos y dos. Mantis procuraba no perder nunca la iniciativa. Conociéndola, habría pedido una entrevista cara a cara con Wired lo antes posible.

Las cosas iban demasiado deprisa. Mantis era consciente de que actuaba contra la ley, y, antes de que el clan pudiera pedirle explicaciones, pretendía acabar con cualquier oposición presentando un pacto con los techs que acallara todas las bocas.

Tenía que impedirselo, a cualquier precio.

Pero no tenía suficiente apoyo dentro de su propio clan. Sus partidarias habían sido tomadas por sorpresa y el mal ya estaba hecho. Por nada del mundo quería empezar una guerra civil.

Necesitaba un aliado externo.

El nombre de Snake le vino naturalmente a la cabeza.

Había jurado no verle nunca más.

Y también había jurado que Mantis lo pagaría.

Puestos a elegir, tenía claro cuál de los dos juramentos prefería romper.

Cogió a Bee por los hombros y le contó, en cuatro frases, lo que se proponía y qué esperaba de ella.

—¿Puedo contar contigo? —le preguntó una vez hubo terminado.

—Hasta la muerte. Lo sabes.

—¡Pues no perdamos tiempo!

Se quitó el brazalete que llevaba, una esfera negra engarzada entre dos piezas de metal sobre dos tiras de cuero, y se la puso en la muñeca.

Apenas unos momentos más tarde, dos alas salían planeando silenciosamente de la Siamesa Norte y se separaban en pleno vuelo, tomando direcciones opuestas.

Syren nunca había bajado unas escaleras tan deprisa.

Pero aquella torre era la más alta de Nyork y a ellos les habían encerrado en una planta muy por encima del nivel del mar. Incluso para intentar un salto arriesgado necesitaban estar muchos pisos más abajo.

Bajaba los escalones de tres en tres cuando oyó el eco de puertas abriéndose, y de voces airadas, varias plantas por encima. Un grupo de voladoras que llegaba tarde para cortarles el paso. Syren imaginó que habrían enviado alas a los pisos inferiores, advirtiendo a las centinelas de su fuga.

Si era así, tarde o temprano, los acabarían cercando.

Si tenían que luchar, la pistola de Wren les iría de maravilla. Pero, además de los dardos que les había dado Fairy, el resto solo tenía las manos desnudas para hacerlo.

Muy poco para hacer frente a un grupo de voladoras furiosas.

—¡Más deprisa! ¡Más deprisa! —urgió al resto, oyendo como otra puerta batía contra el muro, apenas un par de pisos por encima de sus cabezas.

La red se cerraba demasiado rápido a su alrededor.

Les faltaban al menos quince plantas para poder arriesgarse a saltar sin temor a matarse en la caída.

¡No llegarían!

Los escalones se sucedían bajo sus pies mientras, a través del hueco de las escaleras, resonaban los gritos rabiosos de las mujeres que los perseguían. Un par de veces, un dardo lanzado con más ira que convicción se estrelló, inofensivo, contra la barandilla.

Las escaleras eran demasiado estrechas como para poder lanzar, incluso para las hijas del viento.

Un piso menos. Les quedaban doce.

—¡Wren, ten eso a punto! —le gritó al muchacho, sin detenerse. Él blandió la pistola como respuesta.

En ese instante, la puerta que había a su izquierda se abrió, vomitando a cuatro voladoras armadas con sus dardos cortos y afilados.

Ibis, que iba la primera, chilló de espanto, mientras esquivaba por muy poco la punta de un dardo.

No lo habría conseguido otra vez si Fairy, que le pisaba los talones, no se hubiese interpuesto entre ella y la lanza.

El dardo se le hundió en el vientre. La rubia aulló de dolor, pero, pese a la herida, aún fue capaz de empujar a su atacante contra las que la seguían, antes de desplomarse con un gemido.

Su acción le dio a Wren el tiempo que necesitaba para poder descargar la Beretta contra las voladoras, aturcidas aún por el inesperado empujón de Fairy.

En el cargador de una Beretta caben veinte balas.

Wren las disparó todas.

A bocajarro.

Las detonaciones resonaron por el hueco de la escalera, amplificadas por el efecto chimenea.

Por un momento, Syren pensó que iban a estallarle los tímpanos.

La nariz se le llenó del olor penetrante de la cordita, mientras que todo lo que era capaz de oír era un zumbido agudísimo que le martilleaba el cerebro. Cerró los ojos para tratar de controlar aquel caos.

Cuando volvió a abrirlos vio con espanto los cuerpos de las cuatro mujeres, cosidas a balazos. Wren no había tenido otra opción que acribillarlas para salvar al grupo.

Estaban todas muertas.

Si no hubiera sido por él, Syren no habría sido capaz de seguir, horrorizada ante aquella matanza. Pero Wren no perdió un segundo: sustituyó el cargador vacío por otro y se agachó para coger en brazos a Fairy, que se había quedado acurrucada en un rincón, sollozando de dolor.

—¡Vamos! ¡Recoged sus armas y seguidme! —les gritó, cargando con Fairy y continuando la carrera hacia el mar.

Syren fue la primera en conseguir hacerle caso. Se obligó a coger uno de aquellos dardos y empujó al resto escaleras abajo, tratando de no mirar los cuerpos de las hijas del viento muertas.

A sus espaldas, los aullidos de las voladoras se multiplicaban, cada vez más cerca.

Cuando por fin llegaron a una altura desde la que era posible saltar, Wren abrió la puerta que daba acceso a la planta y entró, con el cañón del arma por delante.

Estaba vacía.

Hizo pasar al resto rápidamente, dejó a Fairy en el suelo, pidiéndole a Dacnis que se ocupara de ella, y llamó a Syren y a Lark para que le ayudaran a obstruir la entrada. Los otros dos soltaron las lanzas y se apresuraron a amontonar ante la puerta todos los objetos pesados que encontraron, formando una barricada. Wren, además, usó uno de los dardos de las voladoras para atrancar la puerta.

Aquello las detendría unos minutos.

Después, regresaron a toda prisa junto a Dacnis e Ibis, que estaban de cuclillas junto a la herida.

Fairy estaba lívida. Apenas le salía un hilo de voz y tenía toda la camiseta manchada de rojo. También escupía sangre cada vez que tosía.

Gemía suavemente mientras Ibis la cogía de la mano y le aseguraba que se pondría bien.

Wren clavó la rodilla en tierra y miró a la sanadora.

—¡Tenemos que arrancarle eso! —le dijo señalando el dardo que le sobresalía del cuerpo—. ¡Dime cómo hacerlo!

La oriental le devolvió una mirada cargada de impotencia. Sus ojos lo decían todo:

Ya no había nada que hacer.

Wren gimió de rabia. ¡Fairy no!

Entonces sintió como la mano de ella soltaba la de Ibis para buscar la suya. La cogió fuerte. Tan fuerte como si solo con aquella tenaza fuera suficiente para mantenerla entre ellos, sana y salva.

—Wren... yo... —Tosió más sangre. Él le estrechó los dedos hasta casi rompérselos—. Perdóname... os he fallado a todos.

—¡Fairy, no digas eso! Has sido tú quien nos ha liberado. Tú quien has salvado a Ibis. Tú quien...

Se le quebró la voz.

Fairy cerró los ojos. Inclino la cabeza, mientras escupía sangre otra vez.

Él la abrazó. Parecía más menuda que nunca entre sus brazos.

Volvió a mirarle, suplicante.

—Yo solo quería que me amaras. Perdóname...

Los párpados se le cerraron lentamente, mientras apoyaba la cabeza contra el pecho de Wren. Se estremeció y exhaló un suspiro casi imperceptible.

Se había ido.

Cuando las hijas del viento pudieron derribar la puerta solo encontraron el cadáver de Fairy, colocado cuidadosamente sobre una mesa.

Le habían desclavado el dardo del vientre y le habían compuesto el cuerpo y la ropa.

Incluso en la muerte, continuaba siendo preciosa.
Del resto de los fugitivos, ni rastro.

Syren se arrastró hasta una de las brechas que salpicaban la fachada de la torre que habían elegido para esconderse. Echó un vistazo al exterior. Nadie parecía haberse dado cuenta de que estaban allí.

Hacía un buen rato que solo se escuchaba el silbido del viento. Desde que habían escuchado como una de las alas que los buscaban se estrellaba contra otra torre, volando casi a ciegas, y disuadiendo así al resto de continuar con la persecución.

Disponían de una tregua hasta que amaneciera.

Volvió a arrastrarse hasta el centro de la planta, la primera seca de aquel edificio que tenía más de sus tres cuartas partes sumergidas. Un mal lugar para vivir, pero lo bastante seguro como para poder descansar un rato.

Estaba agotada. Pero era consciente de que continuaba siendo responsabilidad suya que el resto del clan se mantuviera en marcha. Ahora ya quedaban solo cinco. Había perdido casi a la mitad en solo tres días. Todo un récord.

Vio que Dacnis sollozaba en un rincón y fue a consolarla. Se puso en cuclillas junto a ella e intentó abrazarla. Sorprendentemente, sin embargo, la muchacha la rechazó.

—No. Déjame, Syren, por favor.

—Dacnis, tranquila. Ya verás como todo irá bien a partir de ahora —fue la única cosa que se le ocurrió decirle.

—¡No, Syren! Nada volverá a ir bien. Nunca. Lo sabes tan bien como yo, así que deja de una vez de tratarme como a una niña pequeña.

—¡Dacnis! —La voz de Wren la censuró desde otro rincón.

—No, Wren. ¡No quiero callarme! ¡He visto morir ante mis ojos a Raven, a Elaenia y a Fairy! ¡Y no he sido capaz de hacer nada por ninguno de ellos! ¡Nada! ¿Qué tipo de sanadora se supone que soy, eh? ¿Y cómo puedo pensar siquiera en que podré hacer algo por vosotros si sois los próximos en caer heridos? —Sus palabras destilaban una amargura que nunca le habían conocido antes—. ¿Que todo irá bien, decís? ¡No me hagáis reír!

Pareció que quería añadir algo más, pero no pudo. Rompió a llorar y se acurrucó todavía más en su rincón, lejos de cualquier otro. Incluido Lark.

Syren se apartó. No había nada que pudiera hacer por ella. Tenía que superarlo a solas, como lo estaba haciendo el resto.

Apoyó la espalda contra la pared y se dejó deslizar hasta que las nalgas le tocaron el suelo. Se quedó allí, sentada, con la vista perdida en la oscuridad. Demasiado cansada, incluso, para sentirse mal por la sanadora.

Descansarían un ratito y reemprenderían la marcha hacia las Cuatro Puntas,

decidió. No podían quedarse demasiado tiempo quietos si querían llegar a tiempo a la cita.

Cerró los ojos, a sabiendas de que no podía permitirse dormir.

Los sollozos apagados de Dacnis continuaban siendo todo lo que podía oírse a su alrededor.

Dacnis, llorando por sus amigos y por su incapacidad para curarlos.

Ella debería estar haciendo lo mismo, se reprochó. Era cien veces más responsable que la sanadora de aquellas muertes. Y de las que aún podían llegar.

Ella, más que nadie, debería llorar por los muertos.

Pero, para su íntima vergüenza, Syren solo era capaz de pensar en una cosa, mientras luchaba contra el agotamiento y la desesperación.

Por favor, Logan, ¡mantente vivo!

DÍA 4 (LOGAN)

De pie en aquella azotea hostigada por el viento, Logan era incapaz de moverse mientras observaba como el hombre a quien acababa de apuñalar intentaba desesperadamente sacarse una pistola de los pantalones y pegarle un par de tiros, antes de morir.

Si la herida no hubiera sido tan grave, el predator le habría volado la cabeza sin que él hubiese movido ni un solo dedo para impedirselo.

Estaba en estado de *shock*. Nunca habría pensado que se vería obligado a matar a alguien.

Pero, a pesar de que el otro consiguió empuñar el arma y hasta quitarle el seguro, la vida se le escapaba más deprisa de lo que él podía actuar. Cuando trató de levantar la pistola para apuntarle, ya no fue capaz.

Mientras el cemento gris bajo su cuerpo se teñía de rojo muerte, el francotirador perdió el arma, dejó escapar un estertor que Logan no olvidaría jamás... y se quedó inmóvil.

Él tampoco fue capaz de reaccionar. Continuó allí, con la mirada magnetizada por el cuerpo del hombre a quien acababa de quitarle la vida. Respirando con dificultad.

Aquello de matar a alguien no era como en las películas. Era sucio. Brutal. Inhumano. Logan se sentía como un animal. En absoluto mejor que el hombre a quien acababa de quitar la vida.

Quería moverse. Largarse de una vez. Hacer lo que le había aconsejado Dragonfly: buscar un lugar oscuro y recóndito y esconderse allí hasta el amanecer.

Pero no podía flexionar ni un músculo. Como si su destino hubiera quedado irremediabilmente ligado al de aquel predator que continuaba con los ojos fijos en los suyos, aunque ya no pudiera verle.

Si no hubiera recibido un golpe en la nuca que lo dejó inconsciente, quizá no habría sido capaz de abandonar nunca más aquella terraza donde su vida había cambiado para siempre.

Cuando recuperó la conciencia, lo primero que vio fue el rostro socarrón de Cheetah, observándole con una sonrisa retorcida.

Con aquella nariz pecosa y respingona, los labios rosados y carnosos y la barbilla redonda, la predator habría podido ser una mujer muy bella. Pero los ojos estropeaban el cuadro. Eran de un azul escarchado, y en su interior brillaba un chisporroteo perturbado que daba miedo. Para empeorarlo, la negra sombra de ojos que utilizaba, excesiva y corrida, acentuaba aún más la sensación de locura.

Cheetah se sentó en su regazo y le pasó los brazos por el cuello. Entonces se dio cuenta de que estaba atado a una silla, con las manos a la espalda y los pies bien sujetos.

Lo único que podía mover eran las pestañas.

Cheetah le acarició el pelo y, maullando como una gata, se arrimó a él y le lamió la mejilla.

—Tst, tst, tst... ¿Pero qué tenemos aquí? ¡Qué lástima no poder tenerte un rato! Nos lo podríamos pasar taaan bien, tú y yo —le murmuró al oído, comiéndoselo con aquellos ojos maníacos.

—Preferiría una cita con un mandril —contestó él, tratando de apartarse sin conseguirlo.

—Mmmmm... Y además eres de los que se resisten. ¡Me encanta. No sabes lo aburridos que me resultan los hombres fáciles!

Cheetah se revolvió sobre su regazo y separó las piernas. Se abrió el abrigo de cuero blanco que llevaba, y se arrimó a él hasta ponerle los pechos bajo la nariz. Los tenía pequeños, pero duros y erguidos. Mientras volvía a lamerle, esta vez la boca, se frotó con lascivia contra su entrepierna.

—Definitivamente, muñeco, cuando Ocelot acabe contigo, tú y yo pasaremos un rato a solas.

Incapaz de cualquier otra cosa, a Logan solo se le ocurrió escupirle en la cara.

Era lo último que Cheetah podría haber esperado. Se quedó inmóvil un momento, contemplándole. Logan se encogió, seguro de que lo que venía a continuación era una lluvia de golpes.

Pero, en lugar de eso, Cheetah se echó a reír. Esperó a que la saliva se le deslizase por la cara y sacó la lengua para tragársela.

—Pequeño, cada vez me gustas más. No sabes cómo lo voy a lamentar cuando tenga que sacarte las tripas por la boca.

Antes de que tuviera tiempo de decir nada más, la puerta se abrió y apareció una montaña de músculos, con la cabeza rapada, gafas oscuras y una camiseta negra, sin

mangas, que dejaba al aire sus poderosos bíceps.

Se la quedó mirando, con los brazos en jarras.

—¿Quieres dejar de hacer la idiota, aunque solo sea un rato?

—¿Quién hace la idiota, aquí? Mírale, es muy mono. ¡Prométeme que me lo darás cuando termines con él!

El jefe de los predators suspiró. ¡Ojalá no fuese tan buena haciendo su trabajo, aquella pirada!

Por no hablar de cómo era en la cama.

Respiró, para hacerse pasar la mala sangre, y contestó:

—Lo siento, pero ya puedes ir despidiéndote de tu juguete nuevo. Wired quiere verle. Ahora.

—¿Wired? —Hizo chasquear la lengua, fastidiada—. ¡No sabes cuánto me aburre ese viejo vanidoso! ¿Por qué no nos lo cargamos y nos quedamos con su territorio de una vez?

Ocelot sonrió. No le faltaban ganas.

Pero todo a su tiempo.

—No corras tanto —le respondió, agarrándola por el abrigo y obligándola a levantarse—. Cuando llegue el momento.

Cheetah se olvidó por completo de Logan y se abrazó al recién llegado. Le levantó la camiseta para acariciarle los poderosos pectorales y empezó a comerle la boca con glotonería.

—¡No sabes cómo me pone solo pensarlo! —Maulló—. ¡Dime que no me harás esperar demasiado! ¡Prométeme que nos desharemos pronto del viejo cabronazo!

Él le devolvió unos cuantos besos salvajes y después se la quitó de encima.

—Todavía le necesitamos, recuérdalo. Pero te prometo que cuando no sea así, te lo dejaré todo para ti.

Cheetah se revolvió, riendo como una loca.

—¡Síiiiiiiiiiiii! —aulló, girando por la habitación como si bailara—. ¡Serás mío, Wired! ¡Mío, mío, MÍO!

—Pero, a cambio, ahora tienes que entregarle a tu nuevo amiguito. Y comportarte mientras estés en su territorio. No quiero marrones con Wired. Ahora no.

Ella se volvió y contempló a Logan como si fuera la primera vez que lo veía.

—Vale —se limitó a aceptar—. Supongo que no se puede tener todo. —Y, guiñándole un ojo al muchacho, añadió—: Tú te lo pierdes, guapo.

A Logan nunca le había alegrado tanto perderse nada.

Los territorios de los techs y los predators eran los mejor comunicados de toda la ciudad. Los constructores de puentes los habían llenado con sus pasarelas, proporcionadas a unos precios mucho más bajos de los que habrían cobrado a cualquier otro clan.

Cheetah le condujo a través de unos cuantos de aquellos puentes, sólidos y fuera del alcance de los ataques de cualquier selachiphorme, hasta llegar a la Cúpula, el cuartel general de los techs.

Para poder entrar tuvieron que ponerse ante una cámara de vigilancia e identificarse.

—¡Le traigo este regalito a tu jefe, inútil! —masculló Cheetah, molesta por tener que someterse a aquello—. Si no lo quiere, doy media vuelta y me largo por donde he venido...

La puerta se abrió con un zumbido. Al otro lado los esperaba un joven con pantalones negros y jersey de cuello alto del mismo color. Con el pelo bien cortado y un intercomunicador en una oreja. Sin decir nada, les indicó que lo siguieran.

Solo con poner el pie en la Cúpula, Logan se quedó maravillado de la diferencia que existía entre la sede de los techs y la de cualquier otro clan que él conociera. Luz eléctrica. Pasillos pulcros y ordenados. Objetos de arte por todas partes. Ascensores en funcionamiento. Pantallas de ordenador y cámaras de vigilancia funcionando a pleno rendimiento.

Una fortaleza con aspecto de palacio Art Déco.

También la gente era distinta. Los pocos con quienes se cruzaban iban todos bien vestidos, limpios y tenían aspecto de comer tres veces al día.

Otro mundo.

El guía los acompañó hasta uno de los ascensores, pulsó el botón y los hizo pasar cuando se abrieron las puertas. Un momento después, subían a toda velocidad hasta las plantas superiores.

Cuando llegaron frente a la puerta de doble hoja que guardaba el despacho de Wired, el hombre se hizo a un lado y dijo:

—Te está esperando.

—¡Vaya, qué honor! ¡Creo que voy a tener un orgasmo aquí mismo! —le espetó ella.

Pero cuando abrió la puerta, su actitud fue mucho más comedida.

—Aquí tienes lo que querías —le dijo al único ocupante de la enorme habitación, adoptando el tono de voz más dócil del que era capaz.

Wired ni siquiera levantó los ojos de la pantalla de ordenador que tenía delante.

—Muy bien. Anda, ya puedes volver a hacer aquello que sea que Ocelot piensa que eres capaz de hacer. —Su tono era deliberadamente ofensivo.

Cheetah rechinó los dientes. *Un día de estos, Wired, cuando menos te lo esperes...*

—¿Y el prisionero? Lo hemos capturado nosotros. Ha matado a uno de nuestros mejores francotiradores. No esperarás quedártelo.

—Eso ya lo arreglaremos Ocelot y yo —respondió el tech, con el tono del que se empieza a impacientarse—. ¡Ahora, lárgate!

Cheetah giró sobre sus tacones de aguja y salió de la habitación, dando un portazo.

¡Hijoputa!

Wired esperó a que el eco de sus pisadas furiosas se apagara en el pasillo y levantó la mirada para contemplar al recién llegado con interés.

Ahora entendía por qué Ocelot creía que podía ser importante. No tenía los signos de identidad de ninguno de los clanes que él conociera. Ni siquiera de los menos numerosos. El jefe de los predators era el único de su tribu cuyo cráneo también incluía un cerebro.

—Muy bien —dijo mientras le señalaba una butaca vacía al otro extremo de su enorme mesa—. ¿De dónde has salido, tú?

Logan dudó, pero el otro insistió en la invitación para sentarse y él terminó aceptándola.

—Creía que ya lo sabías —dijo, intentando marear la perdiz tanto como le fuera posible—. Me han capturado en la Tierra de Nadie. Y quiero que sepas que yo no he matado a nadie. Cuando llegué allí, el tipo ya estaba tieso. Ni siquiera vi al que lo hizo.

Wired se incorporó y le dedicó una sonrisa de lobo malo de cuento infantil. Le importaba una mierda el predator muerto. Su interés por él respondía a razones muy distintas.

—No juegues conmigo, chico. No te conviene. Te han capturado volviendo de la Mano en Llamas, en una de las alas de las hijas del viento. Pero tú, obviamente, no perteneces a su clan. Ni a ningún otro, a juzgar por lo que veo. Y añade a eso que nadie va nunca a la Mano en Llamas, porque allí no hay nada, excepto selachiphormes famélicos y agua. De manera que te lo volveré a preguntar. Y te prevengo que, si no obtengo una respuesta convincente, puedo ser mil veces más desagradable que la psicópata que te ha traído hasta aquí: ¿de dónde vienes, y qué demonios hacías allí, de la manita de las voladoras?

Logan tuvo que pensar deprisa. Aquel hombre no era como el resto de los que había conocido desde su llegada a Nyork. Su nivel tecnológico era mucho más avanzado, aquello saltaba a la vista. Y no se conformaría con una mala excusa, improvisada a salto de mata.

Decidió arriesgarse.

—Solo te lo diré si tú respondes también a mis preguntas. Quid pro quo.

Aquella frase, pronunciada en una lengua muerta, acabó convenciendo a Wired de que aquel chico descarado que tenía ante él tenía que ser lo que esperaba desde hacía tanto tiempo.

—Muy bien, chico. Quid pro quo, pues. Por cierto, estaría bien poder dejar de llamarte chico y empezar a usar un nombre. Yo me llamo Wired, y soy el jefe de mi clan, los techs. ¿Y tú te llamas...?

—Logan. Logan Howlett. Y sí, tienes razón: no pertenezco a ningún clan de los que tú conozcas.

El muchacho pudo ver hasta qué punto sus palabras causaban un efecto en Wired. El tech se arrebujo en su butaca y juntó las manos, tocándose los labios, en un gesto que siempre le ayudaba a pensar.

—Dime: ¿de dónde vienes?

Logan no quería contarle la verdad. Intuía que su origen tenía que ser uno de sus secretos mejor guardados. Estaba pensando cómo salir de esa, cuando la ansiedad le jugó una mala pasada a Wired:

—Quedan otras ciudades, ¿verdad? —le dijo, volviendo a inclinarse hacia él—. Sí, claro que las hay. Y en algún lugar, incluso, tierra seca. Nosotros no hemos encontrado todavía la manera de sortear las tormentas y los selachiphormes. Pero es evidente que de donde tú vienes sí lo habéis conseguido. Dime, ¿cómo se llama tu ciudad?

Logan cogió al vuelo aquella versión que le regalaba su interrogador.

—Phelphia —respondió sin dudar—. A cien millas al sur de aquí.

—¡Millas! —Wired estaba extasiado—. ¡Es una medida de distancia de los tiempos antiguos! He encontrado muchas referencias a ellas. Y también de tu ciudad. Tan cerca, y para nosotros tan lejos como las estrellas. Es mucho más pequeña que Nyork, ¿no es cierto? Pero, cuéntame, ¿cómo habéis logrado llegar hasta aquí? ¿Qué fuente de energía usáis?

Logan no tenía tantas respuestas. Solo le quedaba huir hacia adelante.

—Hemos acordado quid pro quo, ¿recuerdas? No esperarás que te dé todas las respuestas sin recibir nada a cambio...

Wired torció la boca en una mueca de impaciencia. No estaba acostumbrado a que le llevarsen la contraria. Y menos aún en algo con lo que llevaba soñando tanto tiempo.

Pero su misma ansiedad le obligaba a ser cauto. Si aquel chico era un emisario de otro clan, obviamente más avanzado que los techs, forjar una alianza con ellos resultaría vital para el futuro.

Y estaba claro quién de los dos necesitaba más al otro.

Tenía que ser cortés. Logan Howlett ya no era su prisionero. Ahora había que considerarlo como un invitado.

—Sí, sí... tienes razón —se obligó a contestar—. Muy bien: ¿qué quieres saber?

Logan no necesitó pensar demasiado para saber cuál era la respuesta que le haría ganar más tiempo.

Todo.

Horas más tarde, tumbado en la cama del lujoso apartamento que Wired había puesto a su disposición, Logan reflexionaba sobre lo que acababa de suceder. Llevado por su ansiedad, Wired le había confirmado muchas cosas que ya sospechaban: extraían la energía para hacer funcionar todas sus máquinas de las algas, y por eso habían esclavizado al clan de Syren. Tenían un pacto con los predators para que les hicieran el trabajo sucio, a cambio de unas migajas de bienestar. Y su objetivo a corto plazo era hacerse con el control absoluto de la ciudad.

Sin embargo, también le había sacado otros detalles que ignoraban. El líder de los techs llevaba años soñando con la existencia de otras ciudades, con alianzas con clanes similares al suyo y con poder escapar de los angustiosos límites de Nyork. Y veía en Logan la personificación de todos sus anhelos. Le había ofrecido una alianza abiertamente. Compartir todos sus conocimientos —que le aseguraba que no eran despreciables— a cambio de la ayuda del clan de Logan y de la posibilidad de adquirir la tecnología que hiciera posible viajar. Buscarían nuevas fuentes de suministros juntos. Unos bárbaros como los predators podían resultar muy útiles para todas aquellas tareas, y él los tenía bien atados. Se lo aseguraba. También podía incluirlos en el lote, si llegaban a un acuerdo.

Logan había sido más consciente que nunca de su necesidad de ganar tiempo. Educadamente, le había respondido a Wired que la proposición le parecía de lo más interesante, pero que él no tenía poder para pactar algo así. Necesitaba un día de margen para poder comunicarse con los suyos e informarles de lo que había encontrado... Y de aquella propuesta de alianza tan atractiva.

Wired había salivado de placer al oírle hablar de comunicaciones a tan larga distancia. Logan había pasado un momento crítico cuando el tech le había pedido, como prueba de buena voluntad, que le dejase hablar con sus superiores, directamente. Pero había sabido salir del paso. Lo sentía, pero tampoco estaba autorizado a poner en manos ajenas aquella tecnología. En todo caso, lo primero que haría sería recomendarles a sus jefes que le permitieran comunicarse directamente con ellos. ¿Le parecía aquella voluntad lo bastante buena?

Wired hubiera preferido otra cosa, pero tuvo que contentarse. Al fin y al cabo, después de esperar tanto tiempo, un día más o menos poco importaba. Hasta que recibiera la autorización para comunicarle con sus superiores, Logan sería su invitado. Así podría comprobar de primera mano hasta qué punto estaban avanzados los techs. Cualquier cosa que necesitara, solo tenía que pedirla.

Eso sí... por su seguridad, le rogaba que no deambulara solo por la Cúpula. Tendría siempre alguien dispuesto a acompañarle allí adonde quisiera o necesitara ir.

Por motivos obvios, el interior del edificio estaba lleno de sensores y dispositivos de defensa, listos para reaccionar en caso de un ataque enemigo.

Y ninguno de los dos quería que su ilustre invitado fuera víctima de un absurdo accidente, ¿no era así?

A Logan le había quedado claro que era un prisionero. Un prisionero confinado en una jaula de oro, quizá. Pero un prisionero.

Apenas le habían dejado solo, se había apresurado a deshacerse de la copia de seguridad que había llenado con información de la estación de Liberty Island. Wired disponía de la tecnología necesaria para descifrarla y tener que explicarle para qué necesitaba todos aquellos datos podía resultar demasiado complicado. A disgusto, había abierto la ventana de su habitación y lo había tirado al vacío. Adiós al *backup*. Por suerte no era una gran pérdida: los datos continuaban a salvo, en el chip que llevaba en la nuca.

Y ahora, tumbado en la cama, con una mesa bien puesta y rodeado de un mobiliario que habría envidiado en su propio universo, sabía que tenía que encontrar la forma de huir de todo aquello antes de veinticuatro horas.

Porque si de algo estaba seguro era de que, al día siguiente, Wired no aceptaría más largas.

Había anochecido hacía horas, pero a Wired ni se le había pasado por la cabeza descansar.

Había esperado demasiado tiempo ese día como para darlo por terminado, como si nada. Necesitaba paladearlo.

Sentado tras su mesa de madera maciza, sin prestar atención a las pantallas encendidas que vomitaban datos y más datos, el líder de los techs vaciaba una copa de brandi, de los mejores que podía ofrecerle su reserva, cada vez más menguada.

Igual que sucedía con el licor, Nyork se agotaba.

Podía verlo día tras día. Cada vez era más difícil conseguir cualquier cosa. Más caro.

Estaba preparado para ponerle remedio a corto plazo. Primero, obligaría a las hijas del viento a entrar en guerra y se apoderaría de los recursos de su territorio, el mayor de todos. Y, después, les tocaría el turno a los constructores de puentes.

Si aquel necio de Builder quería creer que se libraría gracias a su ridícula habilidad para tender pasarelas, peor para él. Pero pronto necesitarían también de aquella riqueza si querían mantener la suya.

A largo plazo, sin embargo, lo que podía ofrecer Nyork, al menos la parte que se mantenía por encima del nivel del mar, acabaría por agotarse.

Pronto llegaría la hora de usar a los pastores de algas para algo más que para proporcionarle energía. Sus anatomías, evolucionadas para sobrevivir bajo el agua, le permitirían acceder a los depósitos que iba descubriendo en los mapas, a medida que iba poniendo en funcionamiento más servidores y accediendo a más y más información de los antiguos. Por supuesto, muchos no sobrevivirían a inmersiones tan arriesgadas. Pero había esclavizado a los suficientes como para poder mantener aquella política unos cuantos ciclos.

Al final, sin embargo, cualquier futuro que no incluyera sobrevivir en condiciones de miseria, comiendo pescado y las pocas cosas que consiguiesen arrancar de sus cultivos exiguos, pasaba por ser capaces de ir más allá de los límites sobreexplotados de la ciudad.

Y eso era justo lo que podía proporcionarle aquel extranjero, capturado por los bárbaros de Ocelot.

Wired trasegó una buena cantidad de licor y sintió aquel calorcillo reconfortante que le producía al bajar por el pecho.

Ese Logan Howlett no era agua clara. Lo intuía.

Había ordenado registrar sus cosas mientras hablaban. Nada. Por supuesto, aquello no significaba gran cosa. Pero continuaba intrigándole dónde escondía los

dispositivos para comunicarse con los suyos.

Tendría que ser paciente.

No le quedaba más remedio que jugar al ritmo que él le imponía. Pero si al día siguiente no obtenía más que las cuatro vagas promesas y el puñado de detalles inconexos que le había arrancado ese día, sería el momento de ponerle en manos más persuasivas.

Quién sabe, quizás incluso esa loca de Cheetah termine siendo útil.

Echó otro trago. Era un brandi exquisito. Lo echaría de menos cuando se terminara la botella.

Llamaron a la puerta.

¡Mejor sería que fuese importante para molestarlo a esas horas!

Wasp estaba impresionada.

Siempre había pensado que su clan era el más poderoso de Nyork. Que no era posible vivir en ninguna parte mejor que en las Siamesas. Que cualquiera que osase desafiar el poder de las hijas del viento acabaría pagándolo muy caro.

Pero eso era solo porque no había puesto nunca los pies en la Cúpula.

Comparadas con los techs, ahora se daba cuenta, ellas apenas eran más que unas salvajes.

Mantis tenía razón: la única posibilidad de sobrevivir era una alianza.

Si intentaban luchar contra semejante tecnología, las aniquilarían.

Gracias a su vestido volador, la chica de la cresta había llegado en poco tiempo hasta la frontera del minúsculo territorio de los techs, aterrizando en la azotea del único edificio con acceso al puente que comunicaba la Cúpula con su entorno. Antes de que la cosieran a tiros los predators que custodiaban la pasarela, había levantado las manos y gritado para identificarse como una emisaria, que venía en son de paz.

Pasando por alto el pequeño detalle que, de haberlo querido, los habría pillado por sorpresa, el responsable del puesto no perdió el tiempo y la condujo con brusquedad a través del puente. Cuando llegaron al otro lado, les recibió el jefe de guardia: un hombre alto y delgado, de pelo oscuro y barba de días, a quien el predator llamó Bug.

Este no prestó atención a las confusas explicaciones de su aliado. Le despachó con evidente desdén, ordenó que la registraran a ella para asegurarse de que estaba desarmada, la encañonó con una pistola y la condujo sin más dilación a los ascensores. Rodeada por otros seis hombres más, tan bien armados como él.

Había sido un consuelo constatar que les daba casi tanto miedo como su tecnología la intimidaba a ella.

Ahora estaba frente a frente con el gran hombre: Wired, quien la observaba con expresión inescrutable.

—Espero que tengas un buen motivo para hacer lo que has hecho —le dijo, finalmente, con la voz desprovista de emoción—. O te meteré una bala en el cerebro

y después ya consideraré si me he precipitado haciéndolo. Hoy he agotado la cuota de sorpresas para todo este ciclo. Te doy un minuto.

Wasp se dio cuenta de que no mentía.

No perdió el tiempo con palabras. Le pidió permiso para buscar en uno de los bolsillos y sacó la carta de Mantis.

—Está todo aquí. Mi reina habla mucho mejor que yo —le dijo, mientras se la entregaba.

Tragó saliva mientras le rogaba al viento que aquel hombre considerase la misiva lo suficientemente importante como para ser respondida.

Wired no daba crédito a la suerte que estaba teniendo.

Tras leer la carta con la oferta de Mantis, se había resignado a no volarle la cabeza, cresta incluida, a aquella voladora que había osado ridiculizar su sistema de seguridad plantándose a las puertas de su cuartel general como Pedro por su casa.

En vez de eso, se había apresurado a redactar una respuesta y se la había entregado a aquella muchachita enclenque para que pudiera llevársela a su reina.

—Y si alguna vez vuelves —le advirtió, antes de dejarla ir—, usa los puentes. O prometo que no volverás a salir tan bien librada.

La voladora no respondió. Se guardó la respuesta en el bolsillo y se apresuró a aprovechar la oportunidad que le daban de salir viva de allí.

Cuando se quedó solo, Wired se permitió servirse una segunda copa de aquella botella que se desangraba a ojos vistas. Solo la abría cuando tenía algo que celebrar. Pero es que aquel día tan largo estaba resultando más que proclive en motivos para ello.

Muy mal tenía que ver las cosas la orgullosa Mantis, la reina negra de las hijas del viento, para olvidarse de todas las alas que habían abatido los predators en los últimos ciclos lunares e hincarse de rodillas proponiéndole una alianza.

Peor, incluso, de lo que él ya creía que estaban.

No tenía ninguna intención de aliarse con aquellas a quienes podía doblegar. Pero eso, Mantis, no lo sabía. Ni se enteraría hasta que ya fuese demasiado tarde.

Y, a cambio de nada, él obtendría el premio gordo: Link.

Aquella historia con su chico se le había ido de las manos. Link había dejado la Cúpula guiado por un absurdo sentido de la moral y la idea, todavía más estúpida, de que su madre habría estado de acuerdo con él. Llegados a ese punto, no se hacía ilusiones de que fueran capaces de reconstruir el vínculo que habían tenido una vez.

Lo había perdido. Era una pena, pero lo había perdido.

Ahora bien, eso no significaba que quisiera ver muerto a su único hijo. Quizá, si las cosas cambiaban, aún tendrían otra oportunidad... Había invertido muchos esfuerzos tratando de averiguar si seguía vivo. Y, en caso afirmativo, encontrarle y hacerle volver.

Porque el muchacho era listo. Demasiado. Y, si por alguna paradoja se juntaba con quien no debía... podía convertirse en un grave problema.

Y, precisamente, cuando empezaba a darle por muerto, la pista de Link había reaparecido más fresca que nunca.

Gracias al hiperbook que había dejado, como cebo, en manos de Builder y sus mercachifles.

Habían estado a punto de pillarle hacía solo un par de días, cuando había conectado el ordenador por primera vez —la coincidencia genética no dejaba lugar a dudas—. Pero el chaval había tenido suerte y se le había escapado de entre los dedos a aquella inútil de Cheetah.

Era solo cuestión de tiempo que volviera a conectarse y delatara su posición. De hecho, ya había pasado. Pero lo había usado tan poco tiempo que había sido imposible rastrearlo. La próxima vez, con suerte, sería un poco menos prudente.

Pero mientras continuase campando por ahí, la combinación de Link y el híperbook era dinamita. Arriesgarse a ponerlo en sus manos había sido una jugada muy atrevida por su parte, se daba cuenta. Pero había tenido que hacerlo, convencido de que, si todavía seguía con vida, sería lo único que aún podría permitirle dar con él.

Y lo que había pasado esos últimos días le había dado la razón.

La proposición de Mantis había sido un giro inesperado de los acontecimientos. Un golpe de suerte con el que no había contar. Aun así, sería de idiotas dejar pasar una oportunidad como aquella de recuperar chico y máquina, y conjurar de una vez por todas la amenaza.

Mataría dos pájaros de un tiro. Y nunca mejor dicho.

Se terminó el brandi y se levantó ágilmente. Era muy tarde, pero la cama aún debería esperar.

Tenía que hablar con Ocelot para que le organizase una expedición al Santuario.

DÍA 5

Para muchas hijas del viento la idea de volar de noche, con el viento acariciándoles el pelo y la pálida luz de la luna como única guía, era algo digno de un sueño.

Pero, ahora que se veía obligada a hacerlo, a Dragonfly aquello se le antojaba mucho más como una pesadilla.

Se dirigía al norte, a través del Gran Vacío, sin saber siquiera si podría regresar alguna vez. En busca de un hombre a quien no veía desde hacía tres ciclos y que, pensándolo bien, ni siquiera sabía si continuaba vivo.

Y, a pesar de todo, se sentía presa de una extraña embriaguez a medida que se acercaba más y más a su destino. Como si algo la hubiera estado llamando desde hacía mucho tiempo y, al fin, ella se hubiera permitido acudir a su encuentro.

Nyork se extendía, siguiendo un patrón vagamente rectangular, a lo largo de una distancia tan grande que no se podía abarcar a simple vista. La parte sur era la más poblada. Era donde se levantaban más y mayores edificios y donde la mayoría de los clanes encontraban más recursos para sobrevivir.

Pero si volabas hacia el norte, en línea recta desde la Aguja, dejando primero a tu derecha las formas elegantes de la Cúpula y, luego, rebasando las Dos Cruces —dos capiteles que sobresalían una decena escasa de metros del mar, cada uno rematado con una pequeña cruz de piedra— llegabas pronto al Gran Vacío. Un inmenso espacio en forma de rectángulo perfecto, más o menos delimitado por edificios bajos en tres de sus lados y abierto por completo en su parte más septentrional.

En aquella zona de la ciudad, las construcciones eran notablemente más bajas que en las controladas por las hijas del viento, los techs, los constructores de puentes o los predators. Muchos de los edificios eran de piedra o de terracota, y la mayoría apenas emergían del océano unas pocas plantas. Eso los convertía en lugares más incómodos para vivir. Con poco espacio, menos recursos y demasiado vulnerables a los ataques de los selachiphormes más osados. Era la tierra que les había quedado a los hermanos del caparazón, los dragones y otros clanes, aún más débiles y menos numerosos.

Y la cosa empeoraba cuanto más al norte te aventurabas.

En la parte alta de la ciudad, prácticamente no existían las torres de cristal y acero. Allí solo se levantaban pequeños reductos de rascacielos de ladrillo, mucho más modestos, aislados entre ellos y también del resto de la metrópoli.

El vasto territorio de los raiders.

Llegar allí era casi imposible. Solo ellos se atrevían a hacerlo por mar. Desafiando a los selachiphormes a bordo de sus corredoras —unos transportes que podían cargar un máximo de dos personas y que casi volaban sobre el agua, mientras hacían un

ruido de mil demonios y expulsaban una columna de agua tras de sí—, o de las aún más precarias deslizadoras —artefactos unipersonales que recordaban un poco las alas de las hijas del viento y que consistían en una enorme vela ovalada que se controlaba gracias a una barra de la que se colgaba el piloto. El tripulante se enfundaba un arnés unido a la vela por un par de cables y se deslizaba sobre el agua impulsado por el viento, apoyando los pies sobre una tabla diseñada para ese fin.

Con el viento a favor, podían ser más rápidos que cualquier selachiphorme. Pero si dejaba de soplar o amainaba...

Nadie que naciera en el territorio de los raiders esperaba llegar a viejo. Pero gracias a aquellos vehículos de los que solo disponían ellos, y a una valentía que rozaba la temeridad, eran el único clan que todavía se mantenía rabiosamente libre, sobreviviendo con obstinación en la peor zona de Nyork.

Los raiders eran enemigos declarados del resto de los clanes, pues su forma de vida consistía en perpetrar rápidas incursiones contra las zonas controladas por otras tribus para robar todo lo que fueran capaces de llevarse. Ya fueran precedidas por el retronar de las corredoras, o con las deslizadoras, amparadas por la oscuridad y el sigilo, las visitas de estos piratas tardaban mucho tiempo en ser olvidadas por quienes las sufrían.

Y lo peor era que no había forma de cruzar el Gran Vacío para devolverles el golpe.

A no ser que pudieras ir por aire, claro está.

Gracias a sus alas, las hijas del viento eran las únicas capaces de llegar hasta sus remotos cuarteles y devolverles golpe por golpe. Las deslizadoras no eran rivales para ella, y las corredoras solo les servían para salir por piernas, si las veían llegar a tiempo. En consecuencia, los raiders habían sufrido muchas veces sus represalias y aprendido a odiarlas tanto como el resto de sus razias.

La enemistad entre piratas y voladoras había llegado a su cenit cuando ellas habían decidido emplearse como mercenarias a sueldo de los otros clanes, para vengar sus ataques. Alquilar sus servicios costaba tanto o más de lo que se llevaban los piratas en una de sus rapiñas, pero los otros clanes pagaban gustosamente aquellos honorarios solo para poder hacer saber a los piratas que, si eran atacados, habría respuesta.

Los vuelos hasta la tierra de los raiders también les costaban caros a las hijas del viento. Si todas sus alas hubieran sido como las utilizadas para ir hasta la Mano en Llamas, la cosa habría sido muy diferente. Pero la mayoría de los aparatos de los que disponían estaban hechos de madera ligera y lonas más o menos reforzadas. Buenos para cubrir distancias cortas, pero no para un trayecto tan largo y donde el menor contratiempo te dejaba sin lugar donde aterrizar.

Cada ataque a territorio raider se pagaba con sangre de voladora. Y, en los últimos ciclos, las hijas del viento se habían vuelto reticentes a seguir contratándose como mercenarias. De hecho, desde que Dragonfly era reina no lo habían hecho ni una sola

vez.

Pero eso no significaba que la reina blanca no se hubiese enfrentado nunca a los raiders.

Tres ciclos atrás, los piratas habían protagonizado su última incursión contra el territorio de las hijas del viento. Un ataque a gran escala, con corredoras entrando por el este, como parte de una habilidosa maniobra de distracción, y un nutrido grupo de deslizadoras aprovechando la confusión para infiltrarse por el oeste y asestar a las voladoras el peor golpe que habían sufrido en mucho tiempo.

Una operación calculada hasta el último detalle.

El único punto flaco de aquella estrategia fue que, para despegar, las deslizadoras necesitan dos personas. Así que, una vez dado el golpe, habían tenido que sacrificarlas, haciendo que pilotos y botín fueran recogidos por las corredoras, para regresar a su territorio.

El plan era tan audaz como la mayoría de los usados por los raiders. Y aunque gracias a ello había salido excepcionalmente bien, había tenido un talón de Aquiles: se había dejado atrás al jefe de la expedición.

Snake, el líder de todo el clan.

Dragonfly en persona fue quien le capturó. Gracias a un picado suicida con un traje volador que le había permitido caerle encima cuando estaba a punto de abordar la última corredora y alcanzarlo en una pierna con un dardo. Una herida de poca gravedad, pero lo suficiente como para dejarle en tierra, a merced de sus furiosas enemigas.

El líder de los raiders era mucho mayor que la mayoría de los miembros de su clan, rozaba los cuarenta. Un palmo más alto que ella, de brazos musculosos, el pelo rapado y la piel negra y decorada con agresivos tatuajes. Tenía la nariz ancha, como la mayoría de los de su raza, los ojos más oscuros que las intenciones de un predator y una perilla breve que le enmarcaba la boca de labios prominentes, también típica de los negros.

Tras ser reducido, a punta de lanza, él le había dedicado una señal de respeto por la manera como le había vencido. Y sus ojos habían brillado tanto como el pendiente que lucía en una oreja.

—Una maniobra muy valiente. Y arriesgada. Digna de un raider —le había dicho, mientras con dos dedos apartaba suavemente la punta del dardo de su garganta, dejando claro que no pensaba resistirse—. Si alguna vez te destierran, ven a verme. Podríamos adoptarte. Incluso con esa piel lechosa y ese pelo tan clarito que tienes...

Cuando pensaba en ello, Dragonfly siempre llegaba a la conclusión de que se había enamorado de él en aquel mismo instante. Perdonavidas incluso con el agua al cuello y capaz de alabar el acto de valor de una enemiga, aunque pusiera su cabeza en la picota.

Convencer a Mantis de que no le matase había sido el acto más difícil de su reinado. Su compañera estaba rabiosa por el ataque y pensaba que aquella cabeza tan

proporcionada quedaría a las mil maravillas clavada en una lanza y exhibida en la frontera de su territorio, como advertencia. E igual que ella opinaba una gran parte del clan. Incluidas muchas seguidoras de la propia Dragonfly. Obstinarle en llevar la contraria era dar a Mantis los argumentos que necesitaba para desacreditarla delante de todo el clan.

No le importó.

Desoyó incluso las advertencias de Ladybird cuando quiso hacerle ver lo que sucedería si continuaba empeñada en pasar tanto tiempo a solas con el prisionero. O de las consecuencias que le acarrearía seguir oponiéndose a que le hicieran pagar por el daño que les había causado. *¡Tú no eres quien para decirle a una reina lo que está bien o mal!*, le había espetado a su amiga, a pesar de saber que tenía razón.

Si Mantis no hubiera tenido tanto miedo a retarla a un combate singular, el enfrentamiento a muerte entre ambas habría sido inevitable. Pero la oscura solo libraba las batallas que estaba convencida de poder ganar.

Y aquella no lo estaba.

Habían llegado a un extremo en que el propio Snake, que tenía ojos y oídos para ver lo que pasaba a su alrededor, le había pedido que dejase de protegerle.

—¡Te la estás jugando con todo esto! —Le había soltado durante uno de sus largos ratos juntos—. ¿Por qué te empeñas en proteger a un enemigo?

Furiosa, Dragonfly le había cogido por la camiseta, lo había atraído hacia ella y le había besado con pasión. Él llevaba tanto tiempo como ella deseándolo y se había apresurado a arrancarle la ropa con el mismo frenesí. Para Dragonfly, toda una reina de las hijas del viento, había sido su primera vez. Si el clan se hubiese enterado de que le había entregado su virginidad a un enemigo, habrían pedido su cabeza. Pero había valido la pena.

Tres ciclos después, aún vivía de aquel recuerdo.

Habría hecho cualquier cosa por aquel hombre de sonrisa temeraria y ademán insolente. Incluso abandonarlo todo para irse con él.

Pero no había tenido ocasión.

Apenas un día después de aquello, una corredora se había adentrado en su territorio, enarbolando bandera blanca.

En un acto de valor sin precedentes, la embarcación había llegado hasta las Siamesas escoltada por un grupo de alas cuyas pilotos habían tenido que contener el brazo para no coser a lanzazos al intruso. Para su sorpresa, esta había resultado ser una mujer alta, de piel solo ligeramente más clara que la de Snake, caderas generosas y cara de muñeca enojada. Tras detener el motor de su nave, se había dejado rodear por sus enemigas y, con altivez, había exigido que la llevaran ante las dos reinas. Un vez allí, sin ni sombra de arrepentimiento por el ataque, puso su oferta sobre la mesa: un rescate desmesurado a cambio de la vida del prisionero.

Dragonfly habría jurado que Mantis se había dado cuenta enseguida de hasta qué punto aquello la trastornaba. Y también estaba convencida de que, precisamente por

aquel motivo, se había apresurado a aceptar la oferta en nombre de las dos, alabándola delante de todo el clan por su buen ojo al haberse empeñado en conservar vivo a aquel enemigo que había resultado ser tan valioso.

No le había dejado otra salida que aceptar.

A pesar de que, para ella, mil rescates como aquel no valían nada comparados con la perspectiva de pasar un solo día más con Snake.

La mensajera de los raiders, su nombre era Viper, también se había dado cuenta de sus vacilaciones, había adivinado rápidamente la causa y la había odiado aún más por ello. Arrogante, como si fuera ella quien estuviera en su territorio, se comprometió a regresar al día siguiente con el pago prometido: todo lo que se habían llevado, más una sustanciosa indemnización.

—¿Estás bien? —le había preguntado al prisionero cuando lo habían llevado ante ella para que pudiera comprobar por sí misma que seguía vivo.

—Como una rosa —había respondido él con su fanfarronería habitual—. ¿Por qué has tardado tanto en venir a buscarme?

—No ha sido fácil —admitió ella, alternando la mirada entre su hombre y la reina blanca—. Pero al final les convencí de que lo valías. Ahora ya no estoy tan segura. —Calló un momento, para demostrarles que se daba cuenta de lo que había pasado entre ellos, y añadió—: No te pongas cómodo. Volveré mañana. Al amanecer.

Él no respondió. Por una vez, adivinó Dragonfly, se había quedado sin ninguna réplica ingeniosa.

¿Qué se le decía a la persona que se jugaba la cabeza por ti solo para descubrir que la habías cambiado por otra?

Aquella noche, Dragonfly había visitado las habitaciones del prisionero por última vez.

Ninguno de los dos quería renunciar al otro.

Y ninguno de los dos podía hacer nada por evitarlo.

Se había quedado poco tiempo. Le pesaba demasiado el recuerdo del odio en los ojos de Viper y encontraba indigno continuar con aquello.

Él habría querido que se quedara, pero la comprendió.

Antes de dejarla ir, la abrazó una vez más.

Y Dragonfly descubrió lo amargos que pueden ser los besos cuando se tiene la seguridad de que serán los últimos.

—¡Eh, tú, paliducha! —la había llamado un momento antes de que saliera—. No lo olvides: si algún día decides cambiar de clan, no dejes de venir a verme. Tienes alma de raider.

Cuando abandonó la celda, corrió a coger un ala y salió volando, sin rumbo. Tan deprisa como pudo.

No quería que Mantis tuviera la satisfacción de verla llorar.

En los más de tres ciclos que habían pasado desde aquel día amargo, Dragonfly no había pasado ni uno solo sin pensar en él. Primero con una necesidad tan apremiante que casi la empujaba a correr a robar un ala y volar al norte, en su busca.

Después, el tiempo había calmado el dolor, hasta convertirlo en una emoción sorda y soportable. Pero que continuaba hiriéndola cada vez que algo, a veces un detalle insignificante, se lo recordaba.

Y ahora, a medida que se acercaba cada vez más al complejo de edificios donde él le había contado que tenían su cuartel general, se daba cuenta de que le daba mucho más miedo la perspectiva de volver a verle que el recibimiento que pudieran darle los raiders a un ala que se presentaba en su territorio, en plena noche.

El principal reducto de los piratas lo formaban cuatro torres negras, dispuestas de manera romboidal, al este del Gran Vacío. Un poco más a levante se levantaban otros veinticinco edificios, mucho más bajos y escasamente aprovechables pero que también formaban parte de su territorio. Y, en dirección contraria, una torre negra, más alta que cualquier otra de su zona, pero aislada del resto. Allí, le había contado él, confinaban a los elementos más conflictivos de la tribu. Los delincuentes. La escoria. Y solo se les daba la oportunidad de salir para encabezar alguna razia especialmente peligrosa, durante la que poder ganarse la oportunidad de redimir sus crímenes.

Y eso era todo.

Cuando estuvo a un tiro de piedra, Dragonfly decidió que no tenía tiempo para sutilezas. Ignoraba dónde podía estar Snake, de manera que no podía buscarle directamente. En lugar de eso, aterrizaría en la torre más cercana de las que formaban el rombo principal, y utilizaría la misma táctica que usó Viper cuando se plantó en su territorio para recuperar a su hombre y arrebatárselo a ella.

A ver qué cara ponía cuando le devolviese la jugada.

Sentada en la parte posterior de una corredora y escoltada por dos otros vehículos similares, Dragonfly casi volaba sobre el agua en dirección al edificio donde vivía Snake.

Todo estaba yendo bastante bien: empezando por el aterrizaje ante los rostros de estupor de los raiders, boquiabiertos ante una temeridad como aquella. Antes de darles tiempo a atacarla, había saltado del ala y había gritado que era una emisaria y que estaba allí para llevar un mensaje a su líder.

La lógica decía que deberían haberla matado antes de poder siquiera abrir la boca. Por suerte, la lógica no siempre podía aplicarse en Nyork.

Y menos aún en territorio raider.

Por eso, en lugar de rebanarle el pescuezo, el jefe del puesto —un tipo a quien llamaban Lizzard, de mediana estatura y piel color chocolate, con el pelo rizado como un nido de serpientes y los ojos ocultos tras unas gafas de sol incluso en plena noche — había ordenado que le ataran las manos a la espalda y se la había llevado con él, escaleras abajo, hasta el embarcadero donde flotaban las corredoras.

Dragonfly se había sorprendido al verles acercarse al agua de una manera tan despreocupada. Y más aún cuando la obligaron a montarse a horcajadas en el vehículo y salieron zumbando hacia su destino, como si el mar no estuviese plagado de bestias famélicas y siempre dispuestas atacar.

—¡Pirata! —le había gritado a Lizzard por encima del estrépito del motor—. ¿No tenéis selachiphormes por aquí?

El otro se había dado la vuelta, ofreciéndole los cristales negros de sus gafas.

—Pues claro que tenemos. Nuestra carne es igual de sabrosa que la del resto... —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿Y no os importa que se os coman?

El hombre le dedicó una sonrisa socarrona.

—No me digas que las hijas del viento pretendéis vivir para siempre.

Y redujo ligeramente la velocidad para demostrarle que, en todo caso, él no lo pretendía.

La tierra de los raiders resultó ser mejor de lo que se había imaginado. La vegetación crecía aún con más fuerza que en su parte de la ciudad, mezclándose caprichosamente con los elementos arquitectónicos de aquellos edificios de ladrillo. Pero las cuatro torres eran altas, espaciosas y más cómodas que muchos de sus gigantes de cristal, plagados de boquetes y torturados por las corrientes.

A pesar de la baladronada de Lizzard, se dio cuenta de que ellos también preferían ocupar los pisos más altos, lejos de la humedad y del peligro que suponían los escualos. Y no era fácil, porque los raiders eran mucho más numerosos que su propio clan. Mientras subían por las escaleras, tras dejar la corredora en un embarcadero, no paraban de encontrarse a madres jóvenes, tan enojadas como Dragonfly recordaba a Viper, cargadas de chiquillería ruidosa y juguetona.

No era extraño que tuvieran que hacer tantas incursiones si tenían que mantener a toda aquella prole.

Sin amabilidad, pero también sin rudeza, Lizzard la guio hasta llegar a una zona menos frecuentada. La hizo recorrer un largo pasillo, con puertas a ambos lados tras las que se oían rumores de conversaciones, risas e incluso música. Al final del corredor, después de otro corto tramo de escaleras, llegaron por fin al lugar reservado al jefe del clan: un habitáculo mucho más modesto que el que ella misma ocupaba en las Siamesas, pero espacioso, cómodo y con un gran ventanal, intacto, con vistas a su parte de la ciudad.

Dragonfly se notó los nervios a flor de piel. El momento que llevaba tanto tiempo esperando estaba a punto de producirse y, de pronto, tuvo miedo. Necesitó de toda su voluntad para mantener su imagen regia, mientras entraban en el apartamento y descubría la figura de Snake, robusta y flexible como la recordaba, de espaldas a ella, mirando a través del ventanal.

Cuando se dio la vuelta y pudo verle los ojos, todos sus miedos se disiparon.

Su mirada ardía. Él tampoco la había olvidado.

Snake no había cambiado nada en todo ese tiempo. La misma ropa ajustada para marcar musculatura. El mismo cráneo rapado. La misma sonrisa canalla. El mismo pendiente centelleante en la oreja.

La contempló de arriba abajo, con los brazos en jarras. Llenándose los ojos de ella.

—¿Por fin has decidido cambiar de clan, paliducha? —Acertó a decirle por fin, tras una pausa demasiado larga como para que no significara nada.

—Todavía no —respondió—. Pero si no me ayudas quizá me vea obligada a hacerlo.

Iba a decirle que, en ese caso, no contase con él cuando una voz, a su espalda, se lo impidió:

—¿Qué hace aquí esa zorra?

Snake se revolvió para enfrentarla.

Viper.

—¡Las hijas del viento solo nos han ocasionado muerte y angustia. Lo mejor que podemos hacer con esta es cortarle el cuello y tirarla al mar para que los selachiphormes nos dejen un rato en paz!

Si Dragonfly había ido hasta allá sin saber qué podía esperar de Snake, la actitud de Viper, en cambio, no la sorprendía en absoluto.

Todo el odio que había visto en sus ojos tres ciclos atrás continuaba allí. Intacto. Listo para ser escupido a la menor oportunidad.

¿Y cuál mejor que la que le estaba proporcionando?

—No recuerdo que ella te tratara de ese modo cuando tú hiciste, más o menos, lo mismo —le espetó Snake, poniéndose a la defensiva demasiado pronto.

—Todavía no la he oído hacernos una oferta semejante a la mía de entonces —respondió Viper fríamente—. ¿La tiene? Porque si no...

—¿Te parecería bastante interesante acabar de un plumazo con Wired y Mantis y ganarte la amistad de las hijas del viento, mientras yo sea reina? Además de una recompensa que podemos pactar, por supuesto...

Incluso la celosa compañera de Snake no podía ignorar un ofrecimiento semejante.

Dragonfly se apresuró a exponer la situación. Desde la traición de Mantis hasta la reunión pactada el día siguiente con Wired en el Santuario, pasando por lo más crucial para los raiders: los planes de los techs para hacerse con el control absoluto de la ciudad.

—Nuestro territorio queda muy lejos del centro —objetó Viper, aunque sin demasiada convicción.

—Tienes razón —aceptó la voladora—. Lo suficiente como para que seáis uno de los últimos clanes a los que someta. ¿Pero eso cuánto tiempo os da? ¿Dos ciclos? ¿Tres? Y eso siempre y cuando os estéis quietecitos y no saqueéis las zonas de las que ellos se vayan apropiando. ¿O sois tan ingenuos como para creer que os dejarán en paz solo porque estáis lejos? ¡Si no le paramos los pies a Wired, ahora, todos acabaremos de la misma forma!

Viper se parapetó tras un silencio incómodo. Ni siquiera ella podía ir en contra de aquel razonamiento, por mucho que detestara a la mujer que lo esgrimía.

Por el contrario, Snake exhibía de nuevo su sonrisa burlona al comprobar el cariz que tomaban los acontecimientos.

—¿Me estás pidiendo —dijo mirando fijamente a la mujer a quien no había sido capaz de olvidar— que encabece un ataque contra el Santuario? Te recuerdo, reina de las voladoras, que es un lugar sagrado. El *único* lugar sagrado que existe en Nyork, en realidad. ¡Todas las leyes prohíben acercarse siquiera si vas armado!

Ella le devolvió la sonrisa.

—¿Y desde cuándo, señor de los piratas, los raiders obedecéis alguna ley?

Aunque ya había tomado una decisión, Snake necesitaba guardarse las espaldas. Su dominio del clan era mucho mayor que el de Dragonfly, sí. Pero no absoluto. Habían corrido muchos rumores alrededor de su estancia entre las hijas del viento, y

de la suerte que había tenido pudiendo regresar. Y también del valor y de la fidelidad de Viper, que lo había hecho posible.

Desoír sus objeciones cuando caía del cielo aquella extraña de piel lechosa y cabellos claros estaría muy mal visto entre su gente. Especialmente, entre las mujeres. Y, a pesar de que no había nadie que se postulara abiertamente a sucederle, no era cosa de ir dando argumentos a los posibles rivales.

Convocó una asamblea a la azotea del edificio. Para que Dragonfly pudiera exponer sus argumentos ante el clan.

Tendría que convencerles de que el botín compensaba el riesgo. Las cosas se hacían de esa manera entre los raiders.

Y ella le tendría de su parte cuando las cosas se pusieran feas.

Porque si de algo estaba seguro era de que se pondrían.

—¡No me fío de esa blanquita! ¡Ni un pelo! ¿Quién nos dice que todo esto no es una trampa para llevarnos al matadero? Imaginaos la escena: los raiders violando la única ley que todo el mundo respeta en Nyork y siendo exterminados por las hijas del viento, en el último instante. Todo el mundo aplaudiría nuestra aniquilación.

Quien hablaba con tanta contundencia era Chameleon, una mujer delgada, de cabellos rizados, piel clara como la de Viper y ojos oscuros y almendrados, que habían mirado a la recién llegada con hostilidad desde el primer momento. A pesar de no tener más de veinticinco años, era de las mayores de la asamblea y su palabra, Dragonfly pudo verlo enseguida, pesaba mucho. Casi tanto como su amistad con Viper.

El argumento de Chameleon despertó un coro de adhesiones indignadas. *¿Qué hacemos aquí, escuchando las mentiras de esta enemiga? ¡Acabemos con ella y preparemos una incursión como respuesta donde menos se lo esperen! ¡Hace demasiado que los raiders no saqueamos la zona más rica de la ciudad!*

Dragonfly miró a Snake de reojo. Lo que vio no la tranquilizó. El jefe de los raiders se revolvía, inquieto, en su asiento. El cónclave se le estaba yendo de las manos.

Necesitaba que alguien le echase una mano, y la ayuda llegó cuando ya parecía todo pedido.

—¡Pues yo sí creo en esta blanquita! —Levantó la voz Lizzard, por encima del griterío—. Hay que tenerlos bien puestos para venir hasta aquí como lo ha hecho ella. Y estar tan desesperada como ha reconocido que está. Es verdad que nunca nos hemos llevado bien con las hijas del viento... Ni con ningún otro clan. Pero sus alas y sus dardos no son nada comparados con el peligro que supone la alianza de los techs con los predators. Si no lo impedimos ahora que tenemos una oportunidad, quizá ya no volvamos a ser capaces. Y me jodería terminar de perrito faldero de Ocelot sabiendo que pude haberle... —En vez de terminar la frase, hizo un gesto

contundente con el puño hacia arriba, que hizo estallar en risas a buena parte de su joven audiencia.

—¿Y si es una trampa, Lizzard? —gritó Chameleon—. ¿Y si la alianza de las voladoras con los techs ya es cosa hecha y todo esto es solo un brillante cebo?

Lizzard se quitó las gafas y miró a su interlocutora con sus ojos blancos, vacíos y sin pupilas. Solo entonces Dragonfly se dio cuenta, con estupor, de que era ciego de nacimiento.

—¿Qué pasa contigo, Chameleon? —le respondió, levantando los brazos llenos de tatuajes de vivos colores—. ¿No me digas que pretendes vivir para siempre? ¡Yo correría gustosamente ese riesgo que tanto te angustia solo por la perspectiva de ver como esa blanquita le mete por el culo a Wired uno de sus jodidos dardos!

Los raiders corearon el nombre de Lizzard y aullaron de placer al imaginarse la escena. Era aquel tipo de razonamientos los que de verdad hacían decantar sus asambleas. Chameleon lo sabía e inclinó la cabeza, aceptando la derrota.

Dragonfly volvió a mirar a Snake.

Esta vez, él sonreía abiertamente.

La ayudarían.

La reina de las hijas del viento volvía a viajar a caballo de una corredora, esta vez en dirección a la Torre Negra: el edificio más remoto del territorio de los raiders, donde se confinaba a lo mejor de cada casa.

Para algo como lo que se proponían hacer, le había dicho Snake, eran precisamente la clase de gente que necesitaban.

Igual que en el viaje anterior, la expedición la formaban tres corredoras. Solo que esta vez en una viajaban el mismo Snake y, sentada detrás de él, Viper, rodeándole la cintura con fuerza. Los tres vehículos daban saltos sobre las olas, levantando columnas de agua tras de sí y rodeados por el rugido endemoniado de sus motores.

De nuevo, Dragonfly tuvo que gritar para que Lizzard la oyera.

—¿Cómo lo consigues?

—¿A qué te refieres?

—¡A lamerte el codo, si te parece! ¿Cómo consigues hacer todo lo que haces siendo ciego? ¡Si no llegas a quitarte las gafas, no lo habría adivinado ni en mil ciclos!

Él se encogió de hombros.

—Supongo que valoras tanto la vista porque la has tenido siempre. Tú vives en un mundo de colores, blanquita. El mío es de olores, de sonidos, de formas. Y también de ideas y de intuiciones. Si te parases un rato a cerrar los ojos y dejaras que tu cuerpo tomase el control, puede que tuvieras una sorpresa...

Dragonfly le hizo caso y los cerró.

No, gracias.

Animada por la confianza que había establecido entre ambos aquella pequeña conversación, se atrevió a preguntarle lo que de verdad quería saber:

—Dime... ¿Cómo es Viper?

Lizzard estalló en una carcajada. La había calado.

—Ya lo has visto: ¡una entre mil! —respondió—. Incluso podría ser una líder, si se lo propusiera. Pero prefiere ser su mujer. —Calló unos momentos y, cuando ella ya creía que no diría nada más, añadió—: Aunque tiene un problema que nunca podrá solucionar.

—¿Ah, sí? ¿Qué problema?

—Que no es tú. Y nunca podrá serlo. Por eso te odia tanto. Yo que tú no le daría la espalda. Es tan buena esposa como mala enemiga.

Dragonfly recibió aquellas palabras como un puñetazo en el pecho. ¿Es que aquel ciego inquietante lo veía todo? Tratando de ocultar su zozobra, le preguntó:

—¿Y por qué me has ayudado, entonces?

—Porque tú no has venido a buscarle a él, sino a ofrecernos un acuerdo que nos beneficia. Y, por suerte para ti, a mí los celos no me nublan la vista.

Y soltó otra carcajada, encantado con su propio juego de palabras.

Demasiado incómoda como para continuar con aquello, Dragonfly optó por cambiar de tema.

—¿Qué hay en la Torre Negra?

—Qué, no. Quién. Vamos allí para hablar con Toad —contestó él, permitiéndole salir del atolladero—. No podemos hacer algo como lo que nos pides sin su gente. Además, vamos cortos de combustible.

Dragonfly asintió, como si lo hubiera entendido. No tenía sentido darle más vueltas. Ante sus ojos, la Torre Negra se agrandaba por momentos a medida que se acercaban. Pronto saldría de dudas.

Toad resultó ser un individuo corpulento, dos cabezas más alto que ella, con unos brazos más gruesos que sus muslos y vestido con unos pantalones caqui, una camiseta de camuflaje y unas botas negras en las que Dragonfly habría podido echarse la siesta.

Salió a recibirles hasta el embarcadero y, a pesar del ademán arisco y la cara de malas pulgas, se dirigió a Snake con respeto. El líder del clan le dedicó la misma deferencia, pero fue enseguida al grano.

Tictac, tictac.

—¿Qué me dirías, Toad —le espetó—, si te propusiera salir juntos a dar una vuelta por la ciudad? ¿Cuánto tiempo hace que no respiras aire fresco? Porque veo que por aquí el olor sigue tan exquisito como siempre...

Era verdad: todo el embarcadero apestaba con una fetidez agria y penetrante que Dragonfly soportaba a duras penas. Estuvo incluso a punto de vomitar.

A Toad el comentario no pareció divertirle. Ni lo más mínimo.

—Pronto hará tres ciclos. Lo sabes muy bien. Fuiste tú quien me encerró en esta cloaca.

—Te equivocas, amigo mío: te encerraste tú mismo cuando decidiste golpear a aquel pobre chaval hasta casi matarle. Lo que yo podría hacer ahora es sacarte. Permanentemente, incluso. Hablemos de ello: ¿cuántos hombres útiles podrías reunir para una razia?

—Veinticinco —respondió, tras considerarlo unos instantes—. Puede que treinta. ¿En qué estás pensando?

—En el Santuario. Necesitamos montar una buena allí...

Incluso una roca como Toad no pudo ocultar su pasmo al oír aquello.

—¿El Santuario? —Quiso asegurarse.

—Sí. El puto Santuario. ¿Te supone algún problema, quizás?

El hombre lo consideró un momento.

—No —admitió por fin—. Me la suda... Si la recompensa es volver al centro, claro.

—Lo es. Tú y todos los que consigan regresar enteros. Y yo os acompañaré, por supuesto.

Por primera vez, Toad dibujó lo que podría ser una sonrisa.

—Así que el Santuario, ¿eh? Puede ser divertido. ¿Y a quién vamos a cargarnos?

—Eso es lo mejor de todo: a Wired, Ocelot, Mantis y todos cuantos vayan con ellos para escoltarlos.

Toad dejó escapar un silbido largo y escéptico. Pero mantuvo la parodia de sonrisa en los labios.

—Ya veo. Nos ofreces la libertad porque crees que nos matarán a todos, ¿verdad, cabrón?

—¡Hey! Puedes quedarte, si lo prefieres. Nadie te obliga a nada. Estás haciendo un gran trabajo aquí dentro. ¿Cuánto te queda, todavía? ¿Quince ciclos?

El prisionero no dijo nada. Sabía que Snake llevaba la cuenta tan bien como él.

—¿Corredoras o deslizadoras?

—Corredoras. Y esa es otra, por cierto: ¿cómo vamos de combustible?

—Bien. Hemos destilado dieciséis barriles. Sin ningún accidente.

—¿Ves como lo estás haciendo de lujo? Repito, no hace falta que te apuntes si no lo ves claro.

Toad volvió a torcer la boca.

—¿Estás loco? Prefiero una bala en la sesera a tener que pasar un día más aquí, sumergido en esta bazofia. ¡Además, tengo un juguete nuevo que te encantará! —Calló un momento y después se atrevió a preguntarle—: Por cierto... ¿sabes si Eel está con alguien?

Snake se rio y le puso la mano en el hombro.

No. Su mujer no estaba con nadie más.

La Torre Negra no era solo la prisión de los raiders. También era el lugar donde destilaban el combustible que se tragaban con ansia desbocada sus corredoras cada vez que salían al mar. Era un trabajo sucio, peligroso y, por encima de todo, pestilente, que se había delegado en los reclusos y que ellos no aceptaban no tanto por sentido de clan, sino a cambio de la comida y los suministros sin los que la vida en aquel lugar aislado de todo resultaría imposible.

Según Lizzard, nadie recordaba cómo los raiders habían conseguido las corredoras. Su clan las tenía desde siempre, igual que las deslizadoras, y el conocimiento de cómo se reparaban y se mantenían había pasado de padres a hijos durante generaciones como el máspreciado de todos. De hecho, los mecánicos de aquellas máquinas, de las que dependían las razias que servían para alimentar al clan, eran algunos de los miembros de más edad y más prestigio de la tribu. Igual sucedía

con quienes destilaban el combustible a base de plantas, que se maceraba en enormes cisternas que quemaban día y noche. La pega, en ese caso, era el terrible hedor que comportaba el proceso y que había acabado provocando que aquel trabajo se reservase exclusivamente a los proscritos.

Toda una paradoja. Porque sin combustible las corredoras serían del todo inútiles y los raiders, inofensivos.

Pero una paradoja que mantenía aquella pestilencia insoportable muy lejos de la zona que habitaba el grueso del clan.

Dragonfly observó como Snake acordaba con Toad la recogida de sus hombres. Vendrían veinte corredoras antes del alba. Llenarían los depósitos de combustible, los pilotos se quedarían allí, esperando su regreso, y Toad y los suyos, con Snake al frente, se dirigirían al sur.

Los que regresaran lo harían como hombres libres.

La reina pudo ver por sí misma de dónde nacía el valor suicida del que hacían gala los raiders en sus incursiones. No era que no les importase morir, como ellas creían. Era solo que la mayoría de los atacantes eran hombres sin nada que perder, aprovechando su última oportunidad.

La redención a través del botín, con la vida como apuesta.

Les comprendió. Ella también habría pilotado un ala hasta el mismo infierno a cambio de no tener que soportar ni un segundo más aquella pestilencia.

Ser valiente era fácil cuando la alternativa era pudrirse en un lugar como la Torre Negra.

Todavía le daba vueltas a esa idea cuando sintió un roce a su espalda. Se volvió para toparse con el rostro de muñeca airada de Viper, que la miraba con odio. Llevaba un pañuelo negro en la cabeza y un chaleco muy ceñido que le permitía lucir un escote en el que brillaban multitud de collares de oro, a juego con los dos enormes aretes que le adornaban las orejas.

Era bastante bonita, tuvo que reconocer Dragonfly a regañadientes.

La mujer de Snake le dedicó una sonrisa falsa y se le arrimó lo suficiente como para que solo ella pudiera oírla:

—Escúchame bien, zorra —le espetó, con la voz cargada de veneno, cuando estuvo segura de que Snake no miraba—: puede que sea verdad lo que dice él de que te debe la vida y de que yo debería estarte agradecida por ello en lugar de odiarte como te odio. Pero si estaba en deuda contigo por eso, dejándote volver viva a casa estaremos en paz. Serás libre para regresar a tu nido de pajarracas y pudrirte allí, con las demás putas voladoras. Pero si alguna vez te atreves a volver a poner los pies en mi casa... Bueno, hermana: ambas sabemos que en esta ciudad hay malas maneras de morir, y peores maneras de morir. ¿Me he explicado con claridad?

Dragonfly le sostuvo la mirada, pero no respondió.

Si alguna vez las palabras habían estado de más, era esa.

Ocelot comprobó el cargador de tambor de su escopeta: una formidable AA-12 automática, de enorme potencia, capaz de disparar hasta 300 cartuchos del calibre 12 por minuto.

O de derribar una pared a tiros en pocos segundos, si se quería ser más gráfico.

El predator no quería sorpresas. Sí, vale: el Santuario era un lugar respetado por todos los clanes, donde nunca se había producido ningún ataque.

Hasta que alguien decidiese saltarse las reglas.

Y, cuando eso pasara, él no quería ser recordado como el ingenuo que la palmó por confiado.

De manera que si había que llevar al gran hombre hasta allí, lo escoltaría a conciencia.

Veinte hombres, todos armados con AR-15... Y Cheetah y sus Glocks, por supuesto.

Era una loca, de acuerdo. Y muy difícil de controlar. Pero cuando se pasaba de las palabras al plomo, no había ni un solo predator que no prefiriese tenerla cerca.

Desde su habitación, en uno de los pisos más altos de la Aguja, el líder de los predators veía amanecer, distraído, mientras cebaba los cargadores de su arma, única en Nyork.

Se llevaba todos los que tenía: cinco tambores de 32 cartuchos cada uno. Con tres o cuatro tiros podía barrer a dos docenas de atacantes en campo abierto —la azotea del Santuario—. O cargarse una de aquellas malditas alas de uno solo, si disparaba desde bastante cerca.

No sabía por qué, pero aquella excursión no le gustaba.

Si dependiera de él, la cosa estaría clara: ¿que Mantis quería algo? Pues ya podía ir llamando a las puertas de la Cúpula, sola y desarmada.

Y si no le gustaba, podía quedarse en sus jodidas Siamesas.

Había tratado de hacérselo ver a Wired. Pero el tech, con buenas palabras, había venido a decirle que se ocupase de la seguridad y le dejara lo de pensar a él.

Mientras colocaba el último cargador en el arma y ponía un cartucho en la recámara, se imaginó haciéndole tragar el cañón a aquel cabronazo arrogante y apretando el gatillo.

No podía ser. Todavía no.

Pero la imagen le alegró el día.

Logan se había pasado la noche encerrado en su jaula de oro, sin encontrar la

manera de poder escapar. Después de darle muchas vueltas, lo único que le parecía ligeramente factible era argumentar que necesitaba ir hasta el lugar donde lo capturaron para establecer comunicación y tratar de fugarse durante el trayecto.

¿Lo malo del plan? Que lo más seguro era que lo cosieran a tiros antes de haber podido dar cuatro pasos.

¿Lo bueno? Que era mejor que quedarse allí, esperando.

Volvió a pensar en Syren. Después de que lo soltase en la azotea no había podido ver si Dragonfly había llegado a tiempo de ayudarla.

Solo por salvarla a ella merecía la pena terminar como invitado VIP de Wired.

Lástima de ese pequeño detalle del universo cuyo futuro dependía de que él regresase con su chip cerebral cargado de datos irrefutables...

Solo un insensato pondría a una chica bonita por delante de la supervivencia de un mundo, mascellaría su padre.

Y tendría razón.

Pero es que Syren no era solo bonita...

Llamaron. Un instante después, el rostro inexpresivo de Bug asomaba por la puerta para comunicarle que Wired le pedía que se uniera al grupo que salía para el Santuario. Tenía diez minutos para prepararse.

Logan se levantó de un salto.

Solo necesitaba cinco, aseguró.

Wired mantenía la vista puesta en el ventanal de su cámara, contemplando como el sol naciente arrancaba los primeros destellos de rojo a las torres que rodeaban la Cúpula. A pesar de su decadencia actual, en momentos como aquel el jefe de los techs podía imaginarse el antiguo esplendor de aquella ciudad colosal, que ni siquiera el océano había sido capaz de borrar por completo.

Si miraba hacia el este podía distinguir, medio ocultas entre otros edificios, las formas rectangulares que distinguían al Santuario de la mayoría de las torres de esa zona.

Un viaje corto, pero no exento de riesgos.

Abrió uno de los cajones de su macizo escritorio y sacó una automática del 45, con las cachas de nácar. Si con todo lo que se llevaba Ocelot para protegerle tenía que acabar usándola, querría decir que las cosas habían ido realmente mal. Aun así, la metió en la funda que llevaba colgando del cinturón.

¿Cuánto hacía que no se aventuraba fuera del entorno seguro y controlado de la Cúpula? ¿Cinco ciclos? Ya apenas lo recordaba. Puede que incluso fueran más. Todo lo que necesitaba de la ciudad o se lo traían o podía verlo desde allí. No tenía necesidad alguna de salir.

¿Se estaría equivocando, como le había advertido Ocelot, al aceptar la cita que le proponía Mantis?

La idea de correr peligro le hacía vacilar. Pero necesitaba que la voladora confiase lo bastante en él como para entregarle a Link en bandeja. Y la mejor manera de conseguirlo era acudiendo, como si él estuviera tan interesado como ella en sellar aquella alianza absurda que le proponía.

Además, era una ocasión magnífica para que el recién llegado comprobase por sí mismo hasta dónde llegaba su poder.

Y aquella reunión en lugar neutral, donde haría inclinarse a la reina del otro clan más poderoso de la ciudad, sería una buena manera de hacerle ver que ellos eran los mejores socios que podrían encontrar. Eso también podía conseguirlo obligando a Mantis a ir de rodillas hasta su territorio, sí. Pero el contacto del recién llegado con los suyos sería ese mismo día, y no había garantías de que la voladora aceptase una humillación tan grande en tan poco tiempo.

No. Estaba convencido: el riesgo valía la pena.

Al fin y al cabo, el Santuario era el único lugar respetado por todos los clanes.

No podía imaginarse a las altivas hijas del viento rebajándose a una alevosía como atacarlo allí.

Palpó la 45, invisible bajo su chaquetón.

La prudencia nunca había matado a nadie.

Mantis también veía amanecer desde sus habitaciones, en lo alto de la Siamesa Norte.

Adquirir su presencia intimidadora no era algo que pudiera hacerse fácilmente. La piel blanca, los labios de color sangre, las alas negras perfiladas alrededor de los ojos... Construir aquella imagen llevaba su tiempo. Había empezado a maquillarse cuando aún era de noche.

Desde la cama, Hornet la admiraba en silencio. Cuando vio que había terminado, supo que era hora de ponerse en marcha y se levantó para ir con ella.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loca? ¡Estás herida! —la regañó la reina.

—Si crees que te dejaré ir sola a esta cita con Wired y sus perros es que no me conoces en absoluto —replicó la otra, disimulando una mueca de dolor—. Además —mintió—, ya estoy mucho mejor.

Mantis se levantó de delante del espejo donde había estado maquillándose y se acercó a su amante. La besó con una ternura que reservaba solo para ella.

—No quiero que vengas, ¿me oyes? Si antes ya era peligroso, sin el muchacho quién sabe cómo puede reaccionar Wired.

—Pues hazme caso y no vayas.

—Eso sería aún peor, ¿no te das cuenta? No. La única salida es presentarse y tratar de cerrar el trato. Apenas haya luz, ordena salir a todas las alas disponibles. Tenemos que encontrar a esos malditos pastores de algas lo antes posible. Si tenemos suerte, quizá lo logremos antes de la reunión.

—¿Y si no?

—Pues habrá que correr el riesgo. Va con el trabajo de reina...

—Y con el de consejera va lo de no dejarte ir sola. De manera que no lo hablemos más.

Mantis volvió a besarla, con dulzura. No se había equivocado cuando había decidido entregarle su corazón a Hornet.

—De acuerdo —accedió cuando sus bocas se separaron—. Necesitaremos a alguien más. ¿Tienes alguna sugerencia?

—¿Wasp?

Mantis asintió. Por supuesto.

—Dile que se prepare, ¿te importa? Yo termino enseguida.

Hornet le apretó cariñosamente el antebrazo y fue a hacer lo que le pedía. La reina negra se quedó sola, frente al espejo.

Si alguna vez en su vida y en su reinado había necesitado parecer magnífica, era esa.

Todo dependía de poder convencer a Wired con tan pocos ases en la mano.

Se puso el collar real y remató el conjunto con las lentillas rojas.

Un último vistazo. Perfecta.

Suspiró y salió de la habitación con paso firme para ir al encuentro de lo que el viento le hubiera reservado.

El sol empezaba a asomar, más allá de la línea del horizonte.

Las Cuatro Puntas era una enorme torre con la fachada de terracota gris, coronada con gárgolas, arbotantes y vueltas, que se elevaba buscando el cielo con una distintiva cúpula de color verde, terminada igualmente en punta. Los pinchos que le daban nombre, sin embargo, eran en realidad cuatro pequeñas torres que rodeaban la cúpula principal, protegiéndola como cuatro guardianas. El edificio marcaba el límite del territorio de los constructores de puentes por el sur y era incluso más magnífico que el que Builder usaba como cuartel general. De hecho, el jefe del clan tenía su residencia privada allí, en un enorme apartamento de cinco plantas que ocupaba la cúpula entera. Se lo podía permitir gracias a que su territorio era el mejor comunicado de la ciudad y era posible ir de un lado a otro de manera rápida y segura.

El líder de los constructores de puentes habría pagado una recompensa nunca vista en la ciudad al que le hubiera revelado que el grupo más buscado de toda Nyork había encontrado refugio apenas a unos centenares de metros de donde dormía. En una torre de ladrillos anaranjados, mucho más baja y deteriorada y sin ni una brizna de la personalidad que tenía la suya... Pero vacía y con una azotea grande y espaciosa, ideal para que aterrizase sin problemas una de las alas de las hijas del viento.

Para su desgracia, ninguno de los muchos pares de ojos que tenía esparcidos por toda la ciudad para mantenerle informado de lo que pasaba les había visto llegar. Ni tampoco advirtieron como, un buen rato más tarde, en plena noche, una voladora protagonizaba un aterrizaje nocturno, tan arriesgado como silencioso.

Ibis, en cambio, sí la vio llegar, oculta en el rincón que había escogido para esperarla. Un silbido fue suficiente para llamar su atención y guiarla hasta ella.

Syren contempló a la recién llegada con recelo. Aquello no era lo que habían acordado con Dragonfly.

De hecho, ni siquiera le sonaba la cara de aquella joven escuálida, de piel pecosa y pelo muy corto.

—¿Cómo sé que no mientes? —le preguntó después de haber escuchado lo que le pedía.

Bee extendió el brazo para mostrarle el brazalete de diseño único que le había dado Dragonfly pensando, precisamente, en aquel momento.

—Lo reconoces, ¿verdad? —le dijo—. ¿Cómo lo tendría si estuviese mintiendo?

—¿Arrancándolo del brazo muerto de Dragonfly, por ejemplo? —intervino Wren, demasiado cansado para ser diplomático.

Bee se encaró con él. La diferencia de estatura entre ambos era escandalosa, pero había algo en la indignación de ella que igualaba un poco las fuerzas.

—¡Era mi hermana a quien mataron en el ala mientras llevaba a tu líder! —le espetó—. ¡Y quien os ayudó desde el maldito instante en que pusisteis vuestros pies piojosos en nuestro suelo! ¿Me estás diciendo que traicionaría todo aquello por lo que ha muerto ella, hombrecito patético?

—Perdona —farfulló Wren, confundido—. No sabía que tú y Ladybird...

—¡Pues ahora ya lo sabes! ¿Podemos dejar de perder el poco tiempo que tenemos y pensar en la forma de llegar al Santuario a tiempo de ayudar en lo que se prepara? Hay un buen trecho hasta allí, y yo solo puedo llevar a uno cada vez.

—¿Crees que podrás llevarnos a todos hasta allí antes de que salga el sol y los hombres de Builder puedan vernos? —preguntó Syren, ya tan convencida como el resto de las lealtades de la voladora.

—Si nos dejamos de cháchara y nos ponemos a ello, quizá lo consiga.

—¿Pues a qué estamos esperando?

Tictac, tictac.

Ibis fue la primera en salir. Después, Bee insistió en transportar a Wren. Era el más pesado y difícil. Y también sería el más útil una vez en el Santuario. Syren estuvo de acuerdo. Mientras los veían elevarse con menos dificultades de las previstas, y aprovechando que Dacnis estaba repasando la mochila de los remedios, Lark se acercó discretamente a la jefa del clan.

—Ahora que Wren no está —empezó— quería preguntarte si has pensado en algo...

—¿De qué se trata?

—Sé que piensas que Logan es imprescindible para poder pasar al otro universo. Pero, en realidad, no lo es. Sabemos dónde se abrirá el portal. Sabemos cómo usarlo, e incluso somos la prueba viviente de lo que él ha venido a demostrar con su viaje. Si algo no saliera bien, podríamos dar el salto nosotros solos y completar su tarea, en el otro lado.

Syren se quedó quieta. Había estado tan preocupada pensando en lo que podía haberle sucedido a Logan que ni siquiera se había parado a considerar lo que le planteaba Lark.

Y, ahora que él se la ponía delante, aquella posibilidad no le gustaba en absoluto. El chico se dio cuenta enseguida.

—No me malinterpretes —corrió a decirle—. No te estoy diciendo que abandonemos a Logan a su suerte. Solo te recuerdo que, si algo hubiera ido mal, todavía podríamos seguir adelante.

Ella le devolvió una mirada helada.

—Nada habrá ido mal —le dijo—. Recuperaremos a Logan dentro de un rato y

después veremos cuál es el próximo paso. ¿De acuerdo?

Lark asintió con la cabeza.

Lo que tú digas, jefa.

Y se fue a ayudar a Dacnis.

Syren se quedó sola, mirando en la dirección que habían tomado Bee y Wren. Una vez más, arriesgaría la vida de todo el clan en beneficio de un recién llegado. De alguien quien, de buena ley, no tenía ni siquiera derecho a ser considerado como un pastor de algas.

Y esta vez, tal como le había hecho ver Lark, no le quedaría ni la excusa de que lo hacía por el bien de todos.

Lo hacía pensando en ella, y solo en ella.

¡Maldito Lark! ¡Y maldito el día en que la eligieron líder!

Desde el aire, Mantis tuvo una visión diáfana de la azotea del Santuario: un rectángulo perfecto, en cuyo centro se levantaba un pequeño edificio también de forma rectangular. Se veían predators pululando por todas partes. Habría más de veinte, calculó. Todos armados.

Mantis se indignó: ¡aquella era la peor violación de las leyes en la historia de Nyork!

Hornet puso el ala a su lado y le señaló con un gesto la trampa a la que se acercaban.

Todavía estamos a tiempo de echarnos atrás, decían sus ojos.

Pero Mantis pensaba que no. Que era ahora o nunca.

Inició la maniobra de acercamiento, y sus dos escoltas la siguieron solo un instante más tarde. Planeando majestuosamente, directas hacia aquel territorio infestado de enemigos.

De pie sobre el cuadrilátero larguísimo y perfecto que era la azotea del Santuario, Cheetah las siguió atentamente con la mirada.

¡La de estupideces de las que son capaces la gente, sin que nadie los obligue a punta de pistola!

Acceder al Santuario no era nada fácil.

Aquel edificio inviolable estaba totalmente aislado de cualquiera de los que tenía alrededor. Los más cercanos, tres torres de cristal de formas caprichosas y altura casi idéntica, quedaban tan lejos que cuando los constructores de puentes intentaron tender una de sus pasarelas desde allí, todos sus esfuerzos terminaron en fracaso absoluto.

Demasiada distancia.

Al final, la única solución había sido construir unas barcazas tan enormes que ni los selachiphormes se atrevían a atacarlas. Requerían de muchos brazos a los remos. Brazos que proporcionaban los constructores de puentes como compensación por su fiasco.

Aquello se consideraba un gran honor para el clan, sin embargo.

A lo largo de la noche, al amparo de la oscuridad, Bee fue depositando, a los pastores de algas, uno a uno, en la azotea de la torre que albergaba la barcaza. Igual que el Santuario, aquel edificio no pertenecía a ningún clan. Todos podían acceder libremente a él, a través de un puente que los constructores se aseguraban de mantener siempre en perfecto estado.

Esa sería la vía de acceso que utilizarían sus enemigos cuando escoltaran a Wired hasta allí y por eso los vuelos resultaban el doble de peligrosos. Porque era muy posible que los predators quisieran tenerla controlada desde bastante antes de que su jefe apareciera.

Por desgracia, no había otra forma de hacerlo.

Para evitar ser detectada, la voladora había buscado un lugar donde aterrizar lo más lejos posible del puente. Oculto de la vista de sus guardianes o de algún posible explorador. Y, a pesar de tener que dar tantos rodeos, había conseguido dejar sana y salva a su última pasajera —Syren— poco antes de que amaneciera.

Tras dejar el ala lo más a cubierto posible, el grupo había utilizado las escaleras para llegar hasta el océano.

A través de un maltrecho ventanal, Syren le mostró a la voladora el largo trayecto que tendrían que hacer nadando.

—Ahora nos tocará a nosotros llevarte —concluyó.

Enseguida detectó el miedo en la mirada de Bee.

—¿No... no existe otra manera? Quizá debería llevar el ala hasta allí...

—¿Y dónde crees que podrías esconderla para que no la descubrieran Wired y sus chicos? —intervino Wren, divertido ante aquella inesperada demostración de debilidad.

Bee torció el gesto. Él tenía razón.

—Te comprendo —la consoló Ibis, pasándole el brazo por los hombros—. Si te sirve de consuelo, yo estaba igual de asustada mientras me traías volando hasta aquí.

—Entre las nubes no se esconden los selachiphormes... —murmuró la hija del viento.

—Son menos peligrosos de lo que pensáis —mintió Ibis, guiándola hacia el agua. Pero lo dijo con tanta convicción que Bee estuvo a punto de creerla.

Las hijas del viento se posaron en el extremo contrario de la azotea al que habían ocupado Wired y los suyos. Escoltada solo por Hornet y Wasp, ambas desarmadas, una Mantis más altiva que nunca esperó a que se pusieran a su altura y fue, sin dudar, al encuentro del líder de los techs.

Sin el chico que había prometido entregar para que el otro aceptase tener aquel encuentro. Ni idea de dónde podía estar.

Todas las alas disponibles habían surcado el cielo sin descanso desde el amanecer. Pero no había servido de nada. Los pastores de algas se habían esfumado. Y, con ellos, el hijo de Wired.

Aquello no cambiaba nada, se repitió Mantis. La alianza continuaba siendo la mejor solución para ambos. Le prometería encontrarlo en muy poco tiempo. Nadie podía ocultarse de las hijas del viento si ellas lo buscaban con la suficiente insistencia.

Wired entraría en razón.
Seguro.

—¿Qué me estás diciendo zorra estúpida? ¿Que has perdido a Link?

Pocas veces Ocelot había escuchado tanta ira en la voz de Wired como la que ahora derramaba sobre la reina negra. Vio cuánto le costaba a ella encajar aquellos insultos y se admiró de que fuera capaz de contenerse.

Un esfuerzo inútil. Cuando Wired se ponía así, las cosas siempre terminaban mal para alguien.

—Lo tenía, puedes creerme —replicó Mantis, tratando aún de reconducir la situación—. Pero han escapado aprovechando la traición de algunas de mis mujeres. Es una cosa que también te ha pasado a ti más de una vez —dijo, mirando maliciosamente a Cheetah—. Esos pastores de algas son muy escurridizos, ya lo sabes. Pero eso no cambia nada, te garantizo que yo...

—¿Que no cambia nada, dices? —la interrumpió Wired, levantándose de la silla donde había estado escuchando hasta entonces—. ¿Que no cambia nada? ¿Me haces salir de la Cúpula y venir hasta aquí para proponerme una alianza con un clan al que puedo borrar del mapa con solo proponérmelo, y dices que no cambia nada? ¿Has perdido tu única baza, y dices que no cambia nada? ¡Eres todavía más idiota de lo que pensaba, Mantis!

Y, sin mediar más palabras, desenfundó el arma que llevaba oculta y le pegó un tiro entre los ojos a la reina negra.

¿Lo ves? Ya sabía yo que hacía bien trayéndola.

Desde donde estaba, junto a Cheetah, Logan dio un respingo cuando Wired abatió a Mantis a sangre fría. Contempló, estupefacto, como la parte posterior de la cabeza de la reina estallaba al ser alcanzada por la bala y como ella se derrumbaba, igual que una muñeca rota.

La detonación todavía resonaba en sus oídos cuando la predator que estaba a su lado se puso en acción. Hizo saltar a sus Glocks de las sobaqueras y vació los cargadores contra las indefensas Hornet y Wasp. Las hijas del viento, desarmadas y horrorizadas por lo que acababa de pasarle a su reina, no tuvieron ninguna oportunidad. Cheetah anduvo directamente hacia ellas, con las manos extendidas y las pistolas vomitando plomo ardiente.

Zarandeadas por los impactos, las dos mujeres se retorcieron con cada balazo. Por fin, cosidas a tiros, ambas terminaron en el suelo, junto a una Mantis que contemplaba el cielo sin verlo, con una última mueca de incredulidad en el rostro.

Cheetah profirió un aullido de placer mientras soltaba los cargadores vacíos y los

cambiaba por otros nuevos a una velocidad endemoniada.

Logan aún continuaba con los ojos clavados en aquella carnicería del todo inesperada cuando escuchó la voz de Wired diciéndole:

—Muy bien, amigo mío. Y ahora que ya has visto con tus propios ojos lo que les pasa en esta ciudad a quienes se nos oponen, quiero que te comuniques de una vez con tus líderes y me permitas hablar con ellos. En caso contrario, tendré que suponer que me has estado tomando el pelo todo este tiempo y no me quedará otro remedio que permitir que Cheetah te envíe al mismo lugar adonde acaba de mandar a estas pobres desgraciadas.

Logan estaba pensando qué responder cuando, unos cuantos pasos a su derecha, una explosión sacudió la azotea y dos predators saltaron por los aires, envueltos por una llamarada de color naranja.

Sin pensárselo dos veces, echó a correr.

Los raiders habían tenido suerte.

Normalmente, el rugido que acompañaba a las corredoras les habría delatado antes de llegar. Pero, primero Wired y después Cheetah, habían causado suficiente alboroto con sus disparos como para enmascarar el estrépito que precedía el ataque de los piratas.

Gracias a eso, las corredoras habían podido acercarse lo suficiente sin ser detectadas como para poder usar el pequeño invento del que Toad le había hablado a Snake unas horas antes.

De puro sencillo, resultaba genial.

Solo consistía en llenar un viejo recipiente de vidrio con el combustible que destilaban en la Torre Negra. Se tapaba con un trapo, se le prendía fuego y en pocos momentos... ¡bum! Una bonita explosión acompañada de un incendio considerable.

Los piratas no habían dispuesto nunca de nada tan eficaz para sembrar el pánico y el desconcierto que necesitaban para acompañar sus ataques.

Y Toad incluso había ido más allá, al darse cuenta de que aquello podía lanzarse mucho más lejos si se usaba una de sus gomas tiradoras. Hasta ahora las utilizaban para arrojar todo tipo de pequeños proyectiles, imprimiéndoles tal velocidad que los hacía incluso letales. Pero si en lugar de un cascote el pasajero de la corredora arrojaba una de aquellas bombas incendiarias, la irrupción de los raiders se convertía en una auténtica tormenta de fuego.

Las veinte corredoras de Snake pasaron, una tras otra, frente a la fachada este del Santuario. Ametrallándola con los proyectiles de Toad a medida que lo hacían. Disparaban a ciegas, por supuesto, haciendo que las bombas describiesen una alta parábola hacia el cielo para conseguir que fueran a caer en la azotea. Pero lo que pretendían no era tanto eliminar a enemigos como hacerlos salir en desbandada hacia la barcaza.

Porque aquella era la única manera de salir del Santuario y el auténtico objetivo del ataque.

Cuanto más desorganizados y aterrados llegaran, más fácil sería acabar con ellos.

Dragonfly iba en la corredora que pilotaba Snake. Aquello no le había hecho ninguna gracia a Viper, que había insistido en participar ella también en el ataque. Pero el jefe había sido tajante: los hombres de Toad serían suficientes. No quería que nadie que no fuera él se la jugara en aquel ataque que, al fin y al cabo, se hacía tanto por interés como por gratitud. Viper había tratado de protestar, pero la decisión del líder del clan había sido inapelable.

Rabiosa, a la primera oportunidad que había tenido se había acercado a la voladora para recordarle:

—No olvides nuestro trato y quédate en tu territorio. Si regresas, te arrancaré los ojos.

Dragonfly no tenía intención de volver. Su principal preocupación, sin embargo, pronto sería solo una: la de seguir con vida.

Porque, al dar la vuelta al edificio para acercarse a la barcaza, con el trasero rebotando contra el sillín, fueron recibidos por las balas del calibre 50 de una Browning M2, montada a proa de la embarcación. Ocelot no se había olvidado de proteger el transporte y había ordenado colocar aquella arma terrible para custodiarlo.

En un instante, el infierno se desató a su alrededor.

Dragonfly acababa de arrojar la última de sus incendiarias cuando la corredora que iba a su lado saltó por los aires al ser alcanzada por aquellos proyectiles de gran calibre. La onda expansiva estuvo a punto de descabalarla también a ella, y solo el brazo de Snake, que soltó el timón durante un instante para agarrarla, la salvó de acabar en el agua.

Antes de que empezase el ataque, el grupo de Syren había conseguido atravesar sigilosamente el brazo de mar que separaba las torres del Santuario. Aferrada al cuello de Ibis, Bee logró hacer el viaje disimulando apenas los temblores que le provocaba el agua. No tanto por fría como por lo que se escondía bajo la superficie.

Una vez allí, les había sido fácil encontrar un hueco en la fachada oriental por el que acceder al interior y alcanzar las plantas secas. Como la mayoría de los edificios que no pertenecían a ningún clan, el Santuario estaba virtualmente tomado por la vegetación. Las raíces de las plantas, que habían mutado hasta poder sobrevivir en agua salada, se hundían en el mar, mientras sus ramas se encaramaban por la fachada y aprovechaban cualquier boquete para expandirse también al interior.

Atravesar aquellas pequeñas selvas era peligroso. Una especie de hydrophidios eran especialmente proclives a hacer sus nidos entre las raíces de los árboles, e infestaban la mayoría de esos niveles, siempre dispuestos a defender ferozmente su territorio.

Dacnis tenía una habilidad especial para detectar la presencia de serpientes y fue ella quien abrió la marcha. Guiados por la sanadora, que evitó un par de zonas que le parecieron especialmente arriesgadas, dejaron rápidamente atrás las plantas húmedas para alcanzar la parte segura del edificio. Entonces fueron Wren y su Beretta quienes pasaron a abrir la marcha, remontando a toda prisa las escaleras que conducían a la azotea.

Cuando llegaron descubrieron que, invisible desde cualquier lugar que no fuera más elevado que el propio Santuario, se levantaba otra pequeña construcción rectangular que ocupaba buena parte del terrado. Sabiendo que siempre se buscaba el lugar más elevado posible, Syren y Bee estuvieron de acuerdo en que la entrevista tendría lugar, sin duda, en la parte alta de aquel anexo, al que se accedía por una escalera metálica situada en uno de sus extremos.

Conscientes de que apenas les quedaba tiempo antes de que llegasen Wired y sus acompañantes, Syren tomó una decisión: no había más lugar donde esconderse que dentro. Una portezuela metálica sin cerrar con llave permitía el acceso a lo que resultó ser una sala que albergaba toda clase de maquinaria enmohecida y polvorienta, que había dejado de funcionar muchos ciclos atrás. Les hizo esconderse entre las carcassas de todas aquellas máquinas muertas, con la idea de poder tomar al enemigo por sorpresa cuando llegase el momento.

Con lo que no había contado, sin embargo, fue con las precauciones de Ocelot. Apenas puso el pie en la azotea, el jefe de los predators distribuyó hombres armados por todo el perímetro. Uno de ellos se apostó justo frente a la puerta, cerrándoles el

paso. Un tipo con chaleco y pantalones caquis, botas negras, cresta pelirroja y la cara tatuada con puntos y líneas de color negro y azul.

Bee y Syren contemplaron aquel despliegue a través de un ventanuco e intercambiaron miradas de angustia. ¡Wired tampoco pensaba respetar la tregua y se había presentado al frente de un pequeño ejército! A Dragonfly y a los raiders les esperaba una oposición muy superior a la que creían. Y, para colmo de males, ellos se habían quedado atrapados.

Ocultas tras los amazones inservibles, las dos muchachas trataron de acordar en voz queda qué era lo mejor que podían hacer, observadas por un Wren tanto o más nervioso que ellas.

—¡Si queremos ayudar, tenemos que deshacernos del guardia! —Insistía Bee.

Pero a Syren le pesaba demasiado la inviolabilidad del Santuario.

—¡Tendríamos que matarle, y estamos en terreno sagrado! No podemos hacer eso.

—Syren, ¿no te das cuenta? La inviolabilidad de este lugar ya la han roto ellos, viniendo armados hasta los dientes. Por si no te has dado cuenta, lo que sostiene el tipo de ahí afuera no es una pipa de la paz, precisamente.

—Puede. Pero hasta ahora nadie ha disparado. Si le matamos ya no quedará ni un solo lugar en Nyork donde los clanes puedan parlamentar sin miedo. El plan era capturar a Wired, a poder ser durante el trayecto. ¡No matarlo en mitad del Santuario!

Wren no pudo mantenerse más tiempo aparte.

—Syren, sabes que siempre te apoyo. ¡Siempre! Pero esta vez te equivocas. Desde el principio ni ellos ni nosotros hemos jugado limpio en este asunto. Bee tiene razón: por malo que sea, el Santuario es historia.

Syren sintió una punzada de dolor. No entendía que no lo viera como ella. Jamás se había sentido tan lejos de él como en ese instante.

Todavía se debatía entre el corazón y la cabeza cuando resonaron los primeros disparos. Bee reaccionó inmediatamente, desenfundando su kukri: un puñal largo y de hoja curvada que todas las voladoras llevaban en una funda atada al muslo.

—¡Tú haz lo que quieras! —le espetó—. Yo voy a ayudar a mi reina.

Y se deslizó hacia la puerta, sin darle tiempo a Syren de prolongar la discusión.

Wren se quedó mirándola con ojos suplicantes.

—De acuerdo —cedió ella a la evidencia—. Ayudémosla.

Pero Bee no los necesitaba.

Rápida como una ráfaga de viento, la menuda voladora sorteó con determinación los esqueletos de las máquinas inertes. Al otro lado de la puerta, el predator tenía toda su atención puesta en el tiroteo que acababa de estallar en la azotea. Y aún lo despistó más la primera explosión, a pesar de que fue muy lejos de donde estaba.

Se agachó instintivamente, para protegerse.

Ni siquiera oyó como la puerta se abría a su espalda.

Con un solo movimiento, el kukri de Bee le rebanó el cuello, de oreja a oreja.

El centinela se desplomó, mientras con ambas manos trataba inútilmente de taponar la sangre que le brotaba a chorro por la herida. Su asesina no se detuvo a mirarlo y empezó a subir las escaleras de dos en dos. A su alrededor, retronaban más explosiones.

Sonrió, esperanzada. Después de todo, la reina había conseguido convencer a los raiders.

Los proyectiles incendiarios que siguieron al primero no tuvieron tanto acierto y cayeron, inofensivos, lejos de donde estaban Wired y el resto de sus hombres.

Pero lo que sí lograron fue desconcertar a los predators, nada acostumbrados a aquella clase de ataque.

Era la oportunidad que había estado esperando y Logan no la desaprovechó.

Echó a correr, directo a la escalera. El único lugar por el que podía tratar de huir. Estaba demasiado alto como para arriesgarse a saltar a la azotea.

Cheetah fue la primera en reaccionar.

Como el resto, se había agachado inconscientemente tras el primer estallido, olvidándose del prisionero. Pero, pasada la sorpresa inicial, enseguida le vio huir. Dando un respingo de rabia, giró sobre sus talones, haciendo ondear los faldones de su abrigo de cuero negro, y abrió fuego con ambas Glocks contra la figura que se alejaba.

Falló por muy poco. Tanto, que una de las balas le rozó un hombro, haciéndole sangrar. Logan sintió la dentellada del pánico, amenazando con paralizarle, pero de alguna manera consiguió continuar corriendo.

—¡Detenedle, inútiles! —aulló Cheetah, furiosa, mientras expulsaba los cargadores vacíos.

Logan estaba a punto de alcanzar la escalera cuando un predator salió de la nada y levantó su AR-15, apuntándole. El muchacho trató de cambiar de trayectoria, pero estaba demasiado lejos de todas partes, excepto del cañón del arma que lo mataría.

—¡Tenemos que hacer callar esa jodida ametralladora! —rugió Snake, haciendo virar a la corredora para sacarla del campo de tiro de la Browning, que vomitaba fuego y plomo contra ellos. Solo el tiempo que había invertido en aprender a pilotar uno de aquellos vehículos le permitió esquivar el haz de muerte que se le venía encima. Pero, mientras salía del campo de tiro de la calibre 50, oyó otra explosión y los gemidos de dos de sus hombres al ser desmenuzados por las balas.

Asida firmemente a su cintura, Dragonfly también comprobó los efectos devastadores que estaba teniendo el arma contra los atacantes. Si continuaba disparando a aquel ritmo, en poco tiempo no quedaría ni una sola corredora en el agua.

—¡Llévame allí! —le gritó, mientras uno de sus brazos dejaba de rodearlo para buscar el kukri que llevaba en el muslo.

—¿Estás loca? ¡Nos hará pedazos!

—¿Es que quieres vivir para siempre, pirata? Porque nosotros quizá lo consigamos, pero de tus chicos no quedará ni uno...

Snake no lo dudó. Con un golpe de timón dirigió la proa de la corredora contra la barcaza, a espaldas de los servidores de la Browning, que continuaban cebándose con los atacantes.

—Acércate lo suficiente para que pueda saltar, da la vuelta y recógeme en el otro extremo, ¿entendido?

—¿Estás segura de lo que vas a hacer?

—¡No! ¿Y tú?

Él soltó una carcajada salvaje y se apresuró a hacer lo que ella le había pedido.

La corredora se arrimó a la barcaza por estribor, sin que los dos hombres que continuaban castigando las embarcaciones de los raiders se percataran de la maniobra. Apenas estuvo lo bastante cerca, Snake pulsó los frenos e hizo girar el vehículo sobre sí mismo para dejarlo de espaldas a la borda. Entonces, Dragonfly se puso de pie sobre el asiento y saltó al interior de la barcaza.

Mientras Snake volvía a dar gas para alejarse, la reina blanca se movió como un vendaval. El kukri centelleó dos veces y los servidores de la ametralladora cayeron fulminados. Luego, arrojó el arma al mar de un puntapié.

Mientras la Browning se callaba para siempre y el resto de las corredoras se veían libres de su amenaza, Dragonfly echó a correr hacia la popa. Asestando puñaladas asesinas a los constructores de puentes que, ya recuperados de la sorpresa de aquel abordaje suicida, trataban de detenerla.

Por suerte para ella, ninguno de los remeros disponía de armas de fuego. Solo

porras, cuchillos y las manos desnudas.

Menuda pero letal, la hija del viento fue despachando, uno tras otro, a cuantos intentaron detener su carrera. La hoja curva del kukri relampagueaba en su mano, destripando vientres, seccionando femorales y clavándose en pechos y piernas. El capitán de la barcaza y un par de sus hombres, que sí tenían pistolas, trataron de abatirla. Pero había tanta confusión y ella se movía tan deprisa que, o fallaron o, aún peor, acabaron hiriendo a sus propios compañeros. La reina blanca alcanzó en un abrir y cerrar de ojos el extremo opuesto de la barcaza, desarmó al capitán con una cuchillada que le cortó de cuajo la mano con que empuñaba la pistola, y le remató con otro tajo en el vientre, antes de volver a saltar al asiento de la corredora que Snake acababa de arrimar a la popa.

Al sentir los brazos de ella alrededor de su cintura, el raider dio gas otra vez, rumbo a mar abierto.

Ninguno de los dos no se había sentido nunca tan vivo como en aquel instante.

Ocelot se rehízo casi a la vez que Cheetah.

Todavía resonaba la última explosión cuando él ya estaba de pie, con el arma en la mano y el ademán tranquilo. Al contrario de ella, sin embargo, su preocupación no fue el fugitivo, sino Wired.

¡Tenía que sacarle de allí ahora mismo!

Echó un rápido vistazo a su alrededor para hacerse cargo de cuál era la situación.

Pronto se dio cuenta: las bombas caían del cielo, sin un objetivo concreto. Que la primera hubiera dado en la diana solo había sido una casualidad afortunada. Empleadas así, a ciegas, servían de poco más que para armar un buen alboroto.

—¡Arriba, idiotas! —bramó—. ¡Tenemos que salir de aquí, cagando leches! ¿Estás bien? —añadió, cogiendo a Wired de la mano para ayudarle a levantarse.

El tech le devolvió una expresión llena de pánico. A Ocelot nunca le había gustado aquel hombre, pero siempre le había respetado. Ahora, acababa de perder también aquello.

—¡No te preocupes de las bombas! —le dijo, mientras lo empujaba entre sus hombres, que los rodearon como una muralla, moviéndose en dirección a las escaleras—. Caen sin ton ni son. Son solo para hacernos correr como gallinas descabezadas. Y de momento lo están logrando. Tenemos que volver a la barcaza lo antes posible. ¡No hay ninguna otra forma de salir de esta mierda de lugar! Dependiendo de cómo estén las cosas en el embarcadero, te daré permiso para poner esa cara de susto que tienes. Hasta entonces, intenta no mojar los pantalones, ¿quieres?

Logan esperaba de un momento a otro el impacto de la ráfaga que acabaría con todo. Pero en lugar de los silbidos de las balas, le llegó la voz de la Syren, llamándole.

—¡Logan! ¡Por aquí, rápido!

Confuso, se volvió otra vez hacia donde tenía que haber un hombre apuntándolo con un AR-15.

En lugar de eso se encontró con una hija del viento empuñando un puñal que goteaba sangre. El predator yacía a sus pies, muy quieto.

Y solo unos pasos más allá, asomando medio cuerpo por las escaleras, Syren y Wren, que también empuñaba uno de aquellos fusiles de asalto que habría sacado de vete tú a saber.

De no haber estado tan asustado, se habría echado a llorar de felicidad al

comprobar que ella estaba bien.

Snake observó, desolado, lo que quedaba de su grupo de incursores: de las veinte corredoras que lo formaban, solo siete continuaban pilotadas. Tres habían saltado por los aires y la calibre 50 había descabalgado a los jinetes de la otra decena. Para colmo de males, Toad le miraba con cara contraída de dolor y un brazo casi arrancado por culpa de una de aquellas balas terribles.

No le quedaban suficientes hombres para continuar el ataque.

Puso su corredora junto a la de Toad.

—¿Estás bien? —le preguntó a su hombre.

—¿No ves que no, idiota? —consiguió responder el otro con una mueca de dolor—. Esos cabronazos de la barcaza me han jodido bien, y han matado a Leech, además —dijo, aludiendo a su caído compañero de corredora—. Nos han hecho puré.

—Tienes razón. Lo que podíamos hacer, ya está hecho. Recoged todas las corredoras que podáis y llevadlas de vuelta a casa. Si queda alguna sin piloto, destruidla.

—Dalo por hecho. ¿Tú no vienes?

—Antes tengo que llevar a esta damisela a donde me diga. Os seguiré cuando la haya dejado, entera, en lugar seguro.

Toad asintió. Luego miró a Dragonfly y le dijo con admiración:

—He visto lo que has hecho en la barcaza. Solo tú has evitado que nos matasen a todos. Jamás habría pensado que una hija del viento fuera capaz de luchar así. Al menos, no con los pies en el suelo.

Y le alargó la mano buena.

Dragonfly se la estrechó.

—Eso es porque debes de haber visto pelear a muy pocas hijas del viento —le dijo con ademán de suficiencia. Calló un momento y añadió—: Yo también os he visto soportar el fuego, sin perder la formación. Sin vosotros nunca habríamos podido acercarnos para que pudiera saltar.

Toad se las apañó para componer una sonrisa. Era la primera vez que ella le veía hacerlo.

—Ya nos conoces: es el estilo raider. —Tosió. El brazo lo estaba matando—. Que tengas suerte, insecto.

—Que tengas suerte, ladrón. Disfruta de tu libertad. Te la has ganado.

Toad se volvió e hizo un gesto para indicar a los que quedaban vivos que se apresurasen a recuperar las corredoras que habían quedado a la deriva. Dudaba de que los sanadores fuesen capaces de salvarle el brazo. Pero, al menos, estaba vivo. Y no pensaba morir de esa.

No ahora, que se había librado de la pestilencia de la Torre Negra y sabía que su adorada Eel no se había buscado a ningún hombre para sustituirlo en su cama.

Si había esperado tanto tiempo a un convicto, quizá también aceptaría a un manco... Al fin y al cabo, sería un manco heroico.

A su espalda, el bramido del motor de la corredora de Snake se perdió enseguida en dirección a la ciudad.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Cómo has sabido dónde encontrarme? ¿Estás bien? —Las preguntas se atropellaban en la boca de Logan mientras Syren lo empujaba escaleras abajo y Wren descargaba el arma que le había quitado al predator muerto contra sus compañeros, para evitar que los siguieran.

—¡No tenía ni idea de que estarías aquí! —contestó la chica, cogiéndole de la mano una vez hubieron llegado al final de las escaleras y obligándole a correr hacia la entrada del edificio—. ¡Queríamos sabotear la reunión entre Mantis y Wired y capturarle a él para intercambiarlo después por ti!

Logan se olvidó del miedo y del dolor que empezaba a sentir en el hombro al oír aquello. Se paró en seco.

Ella había arriesgado la vida de todo el clan y violado la única ley sagrada de su mundo solo para intentar rescatarle. Sin ni siquiera saber si seguía vivo y lo estaría haciendo en vano.

Antes de que tuviera tiempo de decir nada, Wren le empujó hacia la puerta, mientras se deshacía del AR-15 ya sin munición.

—¿No has tenido bastante obligándonos a hacer esta locura que ahora quieres pararte a esperarles? —le recriminó. Y señaló con la cabeza la parte superior de las escaleras, donde ya se oían los gritos de los predators, rehaciéndose y organizándose para perseguirlos.

Cheetah corrió junto a Ocelot con una pistola en cada mano.

—¡Déjamelos a mí! —le pidió—. Esos hijoputas no se me volverán a escapar.

—Me haces más falta aquí —se negó él—. No sabemos qué nos espera ahí abajo. La prioridad es volver a casa de una pieza.

Pero Wired intervino, cogiéndole del brazo.

—¡No! Que vaya. Ese sucio mentiroso de Logan se ha ido con ellos. Es vital capturarle. O, si no es posible, impedir que se ponga en contacto con las hijas del viento. ¡Como sea!

Ocelot le miró, dubitativo. No acababa de comprender por qué era tan importante acabar con aquel niño ahora, en vez de hacerlo mañana o la próxima semana. Pero Wired tenía que tener un motivo muy poderoso si le pedía que le quitara el bozal a Cheetah.

Muy bien. Le haría caso.

—¿Podrás tú sola? Necesito cuantas más armas mejor por si hay alguien

esperándonos en el embarcadero.

—¿Bromeas? Un chaval herido, dos o tres pastores de algas piojosos y una hija del viento armada solo con un cuchillo... Puedo con ellos con una mano atada a la espalda.

Ocelot estuvo de acuerdo.

—Date prisa. Limpiaremos el embarcadero de enemigos y saldremos cagando leches. No hay tiempo para juegos, ¿entiendes?

Cheetah le devolvió una sonrisa feroz y corrió hacia las escaleras, haciendo voltear su abrigo de cuero como si fuera el ala negra del ángel de la muerte.

El interior del Santuario no se parecía en nada al de la mayoría de las otras torres que se levantaban en aquella parte de la ciudad. En lugar de grandes espacios diáfanos e interiores lujosos, sus plantas estaban compartimentadas en cientos de pequeños cubículos transparentes, en los que se filtraba la luz teñida de verde que entraba, a raudales, a través de las dos interminables fachadas recubiertas de cristal de color jade.

Los pasillos eran estrechos y estaban llenos de basura y restos que habían dejado olvidados los antiguos. Cajones arrancados, sillas tambaleantes, papeles putrefactos, carcasas de pequeñas máquinas que a Syren le recordaban aquella que tan bien manejaba Lark... Obstáculos que solo conseguían retrasarlos y facilitaban la tarea de quienes les fueran detrás.

Atravesaron una de aquellas plantas angustiosas, dirigiéndose a la fachada orientada a la ciudad. La otra se abría a mar abierto y salir por allí les expondría mucho más tiempo a los ataques de los selachiphormes.

Cuando llegaron a la puerta que daba acceso a las escaleras, Syren tuvo una idea.

—Dacnis, ¿podrías atraer a los que nos sigan hasta uno de los nidos de hydrophidios que hemos sorteado al entrar?

La sanadora solo dudó un momento.

—Sí.

—Muy bien. Llémosles allí.

Entonces Lark dejó escapar un juramento de frustración.

—¡Id vosotros! Yo tengo que regresar.

—¿Estás loco? ¿Por qué?

—He perdido el híperbook. Una bala alcanzó el maletín mientras estábamos en la terraza y me lo arrancó de las manos. Creo que sigue entero, pero tuve que dejarlo allí. Tengo que volver a por él.

Syren hizo una mueca.

—Dejémoslo, es igual. ¡Mala suerte!

—Es mucho más que mala suerte, Syren. ¡No podemos perderlo! —le dijo el chico levantando las manos, lleno de remordimiento—. Vamos a necesitarlo para

acceder al segundo portal. ¡Créeme, sé lo que me digo!

Syren descargó un puñetazo sobre una vieja mesa, que estuvo a punto de derrumbarse por el impacto. ¿Es que las cosas no podían salir nunca bien?

—En ese caso yo iré a por él. Separémonos. Me esconderé en esta planta, dejaré que pasen y después subiré y lo recuperaré. Vosotros seguid el plan y atraed a los predators al nido de las serpientes.

—¡No pienso dejarte ir sola! —exclamó enseguida Logan.

—Es demasiado arriesgado. ¡Yo iré! —se ofreció Wren, casi a coro.

Syren meneó la cabeza. No tenían tiempo para aquello.

—¡Muy bien! Logan, ven conmigo. Wren, tú y Lark proteged a Dacnis y a Ibis. Nos encontraremos donde el ala.

—¿Queréis que os acompañe? —preguntó Bee.

—No. Cuantos más nos quedemos atrás, más fácil será que nos descubran. ¡Daos prisa, enseguida estarán aquí!

Y antes de que Wren tuviera oportunidad de mostrar su desacuerdo, aferró a Logan de la mano y regresó a la planta que acababan de atravesar.

Muy despacio, Cheetah empujó la puerta con el cañón de una de sus Glocks. Aunque no fueran rivales para ella, sabía que tenían armas de fuego. Por mucho que la fastidiase, tenía que ser más prudente que de costumbre si no quería terminar con una bala entre ceja y ceja.

Había sido optimista al asegurarle a Ocelot que los atraparía enseguida. Aquella mierda de edificio era como un laberinto de cristal, plagado de obstáculos.

Por suerte, pronto se había dado cuenta de que tenía una ventaja inesperada: el chaval a quien había herido mientras huía iba dejando un rastro de sangre tras de él.

Gota a gota, pudo ir siguiendo su trayectoria a través de la planta. Sorteando los estorbos, sin apartar los ojos de su entorno.

Era evidente que se dirigían a las escaleras de la cara norte.

Por un momento se planteó atajar, deslizándose algunos pisos por los cables de los ascensores. Pero si lo hacía perdería el rastro de sangre. Y corría el peligro de no volver a encontrarlo entre aquel galimatías.

Paciencia, Cheetah. Son tuyos.

Cuando llegó al hueco de las escaleras, abrió la puerta con la misma prudencia de antes y echó un vistazo hacia la oscuridad que se adentraba en las entrañas del edificio.

Aquellos eran los únicos momentos en los que se daba cuenta del valor de tener a Wired como aliado.

Buscó en uno de los bolsillos del abrigo y extrajo una pequeña linterna que acopló al cañón de una de sus armas. Mientras con la otra continuaba apuntando al frente, exploró el suelo con el potente haz de luz, cortesía de los techs.

Empezó a bajar, esperando encontrar el rastro. Pero después de haber recorrido un tramo entero, continuaba sin ver las gotitas carmesí que la habían guiado hasta allí.

¡Mierda! ¡Han vuelto atrás!

Desde debajo de una mesa, ocultos en uno de los cubículos, Syren y Logan habían visto llegar a Cheetah, recorrer todo el nivel y perderse por las escaleras. Un instante después, ella le empujaba fuera del escondrijo.

—¿Y qué hay del resto de los predators? —preguntó Logan, levantándose.

—Deben de haber ido por el otro lado. Cheetah es la única que nos persigue. Pero vale por diez de los otros.

Recordando como los había acosado en el territorio de los constructores de puentes, no tuvo más remedio que estar de acuerdo. Salieron del escondrijo y empezaron a deshacer el camino hacia la azotea.

—Con suerte, Dacnis la hará caer de cuatro patas en un nido de hydrophidios rabiosos.

No había terminado de decirlo cuando Syren oyó el chirrido de la puerta, abriéndose otra vez a su espalda. Cuando se volvió, Cheetah ya los apuntaba desde lejos con ambas Glocks y una sonrisa homicida bailándole en los labios.

¡Os pillé!

Un instante después, las balas silbaron a su alrededor y el aire se llenó de esquirlas de cristales rotos.

Cuando oyeron la puerta rechinando al abrirse, unos cuantos pisos por encima, Wren y el resto se quedaron inmóviles. Con la espalda contra la pared, el muchacho pudo escuchar los pasos de su perseguidora, empezando a bajar tras ellos.

El taconeo de las botas de Cheetah, repiqueteando sobre el cemento con la agilidad de una bailarina, era inconfundible cuando lo habías oído alguna vez, acercándose.

Inesperadamente, los pasos se detuvieron. Y cuando reanudaron, fue para alejarse. Unos instantes más tarde, volvió a escucharse el chirrido de la puerta.

Después, silencio.

—Lo sabe. ¡La muy hija de puta se ha dado cuenta! —dijo Wren, maldiciendo a la predator—. ¡Si no voy a ayudarles, están los dos muertos!

Entonces notó la mano de Bee en su antebrazo, deteniéndole.

—No te ofendas, hombrecito —dijo, desenfundando el kukri mientras le pasaba por delante, para volar escaleras arriba—. Pero este es trabajo para una mujer.

Syren y Logan apenas tuvieron tiempo de echar a correr antes de oír a su

alrededor el zumbido letal de las ráfagas que les escupían las dos armas de la predator. Por suerte, estaban demasiado lejos y había demasiados obstáculos entre ellos como para que resultasen precisas. Pero fueron suficientes para sembrar el suelo de cristales rotos. La lluvia afilada también les dejó la piel llena de heridas.

Sangrando de la cabeza a los pies, no tuvieron más remedio que buscar refugio detrás de una gran mesa de juntas, olvidada en lo que había sido el mayor compartimento de aquella planta. Amparados en ella, notaron como las balas se incrustaban en el tablero macizo, sin conseguir atravesarlo.

Pero la predator se les acercaba más y más con cada disparo y ellos estaban demasiado lejos de cualquier otro escondrijo como para poder pensar en moverse.

Un callejón sin salida.

Mientras continuaba disparando con una de las Glocks, Cheetah hizo saltar el cargador de la otra, sujetó el arma bajo el sobaco, buscó otro de repuesto en el bolsillo y lo encajó en la culata. Sin dejar de avanzar ni por un momento.

Ya sois míos, pequeños.

—¿Estáis ahí, pequeños? No pensaréis que podéis correr lo bastante rápido como para poder escapar de una bala, ¿verdad? —les gritó mientras continuaba acercándose, implacable. No dejó de disparar hasta llegar a la altura de la mesa y poder rodearla sin miedo a sufrir un ataque desesperado.

Cuando lo hizo, quedó frente a frente con sus presas. Estaban abrazados detrás su escudo precario, en posición fetal. Ella tenía la cabeza escondida bajo el brazo de él. Como si aquello pudiera protegerla de un proyectil de 9 milímetros, disparado a bocajarro.

¡Qué tierno!

Les apuntó con el arma que aún tenía munición.

—Muñeco —dijo, señalando a Logan—, es tu día de suerte. Ignoro el motivo, pero Wired te quiere vivo. En cambio, bomboncito, tu caso es distinto —añadió desviando ligeramente el cañón de la Glock contra Syren—. Tu viaje termina aquí.

Sin mirarla, Syren se encogió todavía más entre los brazos de Logan.

—¡No! ¡No lo estropees ahora! —se quejó Cheetah, contrariada—. Te habías ganado mi respeto, pastorcilla. Me habrá costado más acabar contigo que con dos docenas de los tuyos. Ten los cojones de apartarte de tu amiguito y acabar como una...

No pudo terminar la frase.

Se lo impidió una joven medio palmo más baja que ella, armada con un enorme cuchillo curvado, que se le vino encima profiriendo el grito inimitable de las hijas del viento.

Bee había subido las escaleras tan rápido como si fuera montada en su ala. Aun así, antes de llegar arriba escuchó los primeros disparos.

Corrió aún más.

No les quedaba mucho tiempo.

Empujó la puerta sin preocuparse por si podía haber alguien esperándola al otro lado. Enseguida divisó a Cheetah, casi al otro extremo de la planta. De espaldas a ella, disparando contra alguien a quien no podía ver, mientras avanzaba, implacable, hacia su blanco.

Tratando de no hacer ruido, se fue tras ella rogando para poder pillarla por la espalda. Cuando ya casi estaba, la predator empezó a rodear una mesa.

Bee tuvo el tiempo justo de esconderse para evitar que la descubriera.

Desde detrás de lo que había sido un archivador, la hija del viento había escuchado las frases socarronas de Cheetah: *Muñeco, es tu día de suerte. Ignoro el motivo, pero Wired te quiere vivo. En cambio, bomboncito, tu caso es distinto. Tu viaje termina aquí...*

No podía esperar más.

Profiriendo su grito de guerra, había salido de su escondrijo y se había precipitado contra la sorprendida predator, que no la vio venir hasta tenerla casi encima.

Aun así, logró dispararle.

Bee tuvo que agacharse en el último momento para esquivar la primera bala, que pasó muy cerca de su cabeza. Su puñalada, a cambio, tampoco encontró su objetivo. En lugar del deseado tajo mortal en el vientre solo golpeó, de costado, la muñeca que su enemiga había levantado para protegerse.

Una de las dos Glocks salió despedida.

Solo una.

Con un grito de dolor y rabia, Cheetah se echó atrás, cegando momentáneamente a Bee con el aleteo de su largo abrigo negro. La voladora continuó buscando con ansia el cuerpo de su enemiga, con dos rápidas puñaladas más. Pero ambas se perdieron, inofensivas, por el camino.

La predator disparó el arma que le quedaba y Bee sintió un agudo dolor en el tórax. No pudo reprimir un gemido de dolor, mientras caía de espaldas, golpeada por un puño invisible, y soltaba el kukri.

Frente a ella, Cheetah soltó un maullido de triunfo y levantó la pistola para dispararle el tiro de gracia.

Pero, en lugar de la detonación, lo que vino a continuación fue el crujido de la madera medio podrida al romperse. Logan había aprovechado el ataque de Bee para arrancar un cajón y estrellarlo contra su enemiga. De no haber estado la madera tan maltrecha, el golpe habría bastado para romperle la muñeca. Pero, tal y como estaba, apenas fue suficiente para hacerle soltar la Glock.

Ignorando el dolor, Bee se obligó a recoger el kukri y levantarse. Mientras, Cheetah le descargaba dos patadas a Logan, una a la ingle y la otra en la cara, que lo dejaron fuera de combate.

Pero cuando quiso agacharse para recuperar la pistola se encontró con el puñal de Bee, esperándola.

¡Vamos! ¡Inténtalo!

Cheetah le dedicó una de sus sonrisas de loca, se apartó del kukri y abrió los brazos, invitándola a atacar.

¿Quieres la muerte, insecto? Ven a buscarla. Está aquí, conmigo. Esperándote.

Y con un gesto inesperado se sacó el puñal SMERSH 5 de la funda en que lo llevaba, sujeta en un muslo con una de sus ligas de encaje negro.

El arma de Cheetah era considerablemente más corta que el kukri de la voladora.

A cambio, ella era mucho más alta.

Y no tenía una bala hurgándole en las costillas.

Bee no esperó. No podía. La herida la debilitaba a cada instante. Si tenía que acuchillarse con aquella predator tenía que ser ahora, cuando aún le quedaban fuerzas.

Volvió a aullar y se abalanzó contra ella, agachándose para empequeñecer aún más la diana. Con el kukri describiendo parábolas cortas y mortales ante sí, para protegerse.

Cheetah se echó otra vez atrás. Veía la sangre que brotaba de la herida que le había hecho a su enemiga en el costado y sabía que solo necesitaba esperar un poco para que la hemorragia le hiciera el trabajo.

La voladora se dio cuenta y atacó todavía con más ímpetu. El tiempo se le escurría de entre los dedos. Ya empezaba a enturbiársele la visión y a pesarle demasiado el kukri.

Pero Cheetah volvió a rehuir el cuerpo a cuerpo. Dejar que la hija del viento se desangrara no era tan divertido como cortarla a pedazos. Pero ella era mucho menos diestra con el cuchillo que con las pistolas, y conocía la fama que tenían las voladoras cuando empuñaban aquellas armas cortas.

Ya se divertiría luego, con la pastorcilla...

Bee se acababa. Sus ataques se hacían más lentos e inofensivos. Dos últimas cuchilladas que solo hirieron el aire terminaron de agotarla. Cayó de rodillas. La figura de Cheetah ya era solo una mancha negra y rosa que se movía, burlona, ante sus ojos.

El kukri se le escurrió de entre los dedos. Le costaba respirar. Intuyó la presencia de Cheetah frente a ella y oyó su voz como si le llegara desde muy lejos.

—Saluda de mi parte a tus hermanas de la azotea —le cuchicheó al oído—. Al menos, tú me has dado más trabajo...

Le rebanaba el pescuezo, y a otra cosa.

La detonación retumbó en mitad de la planta arrasada por el tiroteo y las peleas

cuerpo a cuerpo.

Cheetah recibió el impacto en el hombro. El puñal voló por los aires sin llegar ni a acercarse al cuello de Bee.

Levantó la vista, sin entender lo que pasaba.

¡La pastorcilla!

Frente a ella, a cuatro o cinco pasos, empuñaba la Glock que la voladora le había arrancado de la mano al empezar la pelea.

¿Aquella mierdecilla se había atrevido a dispararle?

Se llevó la mano al orificio que le había abierto en el hombro y contempló, incrédula, sus dedos manchados de sangre. Después levantó los ojos y miró a su nueva adversaria con su sonrisa más perturbada.

—¿Qué haces jugando con armas, niñata? ¿No ves que terminarás haciéndote daño?

Dio un paso hacia ella.

Syren la encañonó aún con más decisión.

—Da otro paso y te juro que te coso a tiros.

Cheetah denegó con la cabeza.

—¿A quién quieres engañar? Si fueras capaz de matarme ya lo habrías hecho. Te he visto correr como una niña asustada cuando la cosa se pone fea. No tienes ovarios para pegarme un tiro mientras me miras a la cara.

Otro paso. Un par más y podría quitarle el arma de las manos con un puntapié.

No se equivocaba con ella. No era capaz de...

Syren disparó.

Una vez.

Dos.

Tres.

Y continuó apretando el gatillo hasta que ya no le quedaron más balas.

Ocelot y su grupo habían bajado por las escaleras del lado sur sin encontrarse con nadie. Durante el descenso, al jefe de los predators le había parecido oír el rumor apagado de las detonaciones de un arma.

Cheetah estaba haciendo el trabajo. *Buena chica.*

Cuando llegaron al embarcadero desplegó a los hombres, manteniendo a Wired bien lejos de posibles enemigos. Una precaución inútil. Allí ya no quedaba nadie que supusiera un peligro.

Con la respiración entrecortada por el miedo —no tanto por lo que había sucedido hacía un rato sino por lo que podía hacerle ahora aquel hombretón—, el constructor de puentes que había ocupado el lugar del difunto capitán de la barcaza se adelantó para tratar de justificar lo sucedido: una veintena de corredoras de los raiders habían salido de la nada y les habían atacado por sorpresa. La calibre 50 las había mantenido a raya... hasta que una de aquellas malditas embarcaciones rápidas se había acercado lo bastante como para que una hija del viento pudiera abordarles.

—¿Una mujer sola ha acallado la ametralladora y se ha cargado a un tercio de tus remeros? —preguntó Ocelot, sin terminar de creer lo que oía—. ¿Qué clase de nenazas sois los constructores de puentes?

—¡Tendrías que haberla visto! Se movía más deprisa que el propio viento. Y aquel cuchillo curvado...

—¡Y una mierda! ¡Tendría que pegaros un tiro a todos, por cobardes! —estalló Ocelot, a quien no le gustaba que la gente tuviera miedo de alguien que no fuese él—. La única mujer que conozco capaz de hacer algo así es de los míos. Y no sabes las ganas que tengo de dejarla que se divierta con vosotros cuando haya terminado de despachar a los enemigos que aún quedan ahí dentro.

En aquel momento el viento les trajo una rápida sucesión de detonaciones. Una de las ventanas de la fachada estalló en una explosión verde, y el cuerpo destrozado de Cheetah quedó suspendido en el aire, entre una nube de cristales rotos.

Con el abrigo negro ondeando al viento, por un instante casi mágico la predator pareció capaz de poder levantar el vuelo. Después, la gravedad la venció y cayó a plomo, impactando con violencia contra la superficie, desde una altura de más de veinte pisos.

De no haber estado ya muerta cuando tocó el agua, el golpe habría sido suficiente para acabar con ella.

El cuerpo de Cheetah quedó flotando, boca arriba el suficiente tiempo como para que Ocelot pudiera grabar en su mente la expresión de sorpresa que se había congelado en sus ojos, vacíos de vida.

—¿Te referías a *esta* mujer? —le preguntó el constructor de puentes, mientras ambos la veían hundirse a medida que el abrigo se iba empapando de agua y la arrastraba hacia el fondo.

El hombre no pudo evitar que sus palabras tuvieran un tono demasiado socarrón.

Ocelot se lo quedó mirando detrás de aquellas eternas gafas negras suyas.

Y le pegó un tiro con la escopeta.

La potencia del impacto hizo volar al constructor de puentes unos cuantos metros lejos de la barca, antes de acompañar a Cheetah al fondo.

—¿Alguien más tiene la necesidad de añadir algo? —preguntó, volviéndose hacia el resto de los asombrados constructores de puentes que quedaban—. ¿No? Pues larguémonos de aquí de una puta vez. Hoy ya hemos sufrido suficientes bajas. Y ya podéis dar gracias de que os necesitemos para remar...

Snake decidió evitar el laberinto de canales que formaban la parte más habitada de Nyork y llevar la corredora por el lado este, dando un largo rodeo para acceder al territorio de las hijas del viento. Recorrió la línea que le marcaban las torres de cristal a su izquierda, primero recta y, a medida que avanzaba hacia el sur, cada vez más abombada, como la barriga de una embarazada.

A Dragonfly le maravillaba el desprecio que los raiders demostraban por la amenaza de los selachiphormes.

—Te diré un secreto —le confesó él cuando ella se lo confesó—: los escualos detestan a las corredoras. Van demasiado deprisa, incluso para ellos. Además, sospecho que el escándalo que arman les aturde. Sufrimos muy pocos ataques. Las deslizadoras, en cambio, son harina de otro costal... Por eso solo las usamos cuando no tenemos más remedio.

Dejaron atrás la parte convexa de la ciudad y, con ella, dos columnas de acero enlazadas en su parte superior que sobresalían, solitarias, una docena de metros por encima del nivel del mar. A medida que iban cayendo hacia el oeste y acercándose a su territorio, Dragonfly se abrazó con más fuerza a la cintura del pirata.

Dos nuevas columnas de acero, similares a las que habían dejado atrás hacía un momento, pero estas con cuatro pequeñas esferas de acero adornando el brazo que las unía, se hicieron visibles entre la corredora y la ciudad. Aquel era el punto que marcaba uno de los límites de su territorio.

—¡Si me agarras tan fuerte, terminarás por ahogarme! —Oyó que le decía él por encima del estrépito del motor.

Un poco avergonzada, trató de despegarse. Pero apenas lo intentó, él soltó el timón para cogerle los brazos y mantenerlos allí donde estaban.

—¿Quién diablos necesita respirar, al fin y al cabo? —le dijo, volviéndose para mirarla—. Perdóname, a veces ni yo mismo me doy cuenta de lo capullo que puedo llegar a ser...

Ella le devolvió una sonrisa triste, pero se soltó igualmente.

Necesitaba las manos para hacerles señales a las alas que ya se les acercaban, hostiles, y demostrar que no suponían ningún peligro.

Bee se moría.

Después de haber hecho saltar a tiros a Cheetah por la ventana, Syren había arrojado el arma al suelo y corrido junto a Logan. El muchacho, aún medio inconsciente por culpa del puntapié que había recibido en la cara, se incorporó,

escupiendo sangre.

—¿Qué ha pasado?

Ella le acarició la mejilla, comprobando que las heridas no eran graves, y le ayudó a levantarse.

—La he matado —consiguió articular, sin terminar de creérselo ni ella misma.

—¿Tú? ¿A Cheetah? ¿Cómo?

—Logan, ahora no puedo hablar de eso. Además, Bee está herida. Muy malherida, me temo. Tenemos que ayudarla.

Él meneó la cabeza en un intento de devolverla a su sitio. Toda la planta daba vueltas a su alrededor. Le dolía la boca terriblemente y notaba una muela floja. Cuando trató de levantarse, la patada en la entrepierna también le pasó factura.

Cojeó hasta donde estaba Bee.

Enseguida vio que Syren no había exagerado.

La voladora estaba tendida sobre un charco de sangre, con los ojos cerrados y apenas respiraba. Medio acurrucada sobre aquel lecho rojo, parecía más frágil que nunca.

—Está muy mal —dijo Syren, procurando que ella no la oyera—. Tenemos que llevarla con Dacnis o morirá.

Olvidándose de su propio dolor, Logan la cogió en brazos tan delicadamente como pudo. Bee se estremeció y recuperó la conciencia por unos instantes.

—La reina... —dijo con un hilo de voz—. He de... ayudarla...

Y volvió a desmayarse.

Logan la estrechó contra su pecho. Estaba así por haber intentado salvarles la vida.

—¡Ve delante! —le dijo a Syren—. ¡Rápido!

Wren tuvo que admitir que el plan de Syren para atraer a sus perseguidores a una trampa había fracasado.

O, para ser más exactos, quienes habían fracasado eran ellos. Llevaban mucho tiempo allí y nadie había aparecido, buscándoles.

Nunca se había sentido tan inútil.

—Lark —le dijo a su compañero—. Te quedas con Ibis y Dacnis. Y también con esto —añadió, entregándole la pistola—. Yo voy a ver qué está pasando.

—No vayas, Wren —le suplicó Ibis—. Ya estamos bastante divididos. No puedes irte por tu cuenta tú también. Syren sabe dónde encontrarnos. Si puede, vendrá.

—¿Y si no puede? —Su voz supuraba angustia.

—Si no puede, tú tampoco podrás hacer nada.

Pero él no estaba de acuerdo.

—¡Ibis, no puedo quedarme quieto mientras sé que Syren corre peligro! Te prometo que tendré cuidado.

—¡Mirad! —exclamó Dacnis, interrumpiéndoles y señalando al otro extremo de la planta—. ¡Es Syren!

Wren se fue directo hacia ella, seguido por los otros tres.

—¡Dacnis! —la llamó Syren, ignorando al resto de los que la rodeaban—. Han herido a Bee. ¡Te necesita! Está con Logan en la primera planta seca.

—¿Qué ha pasado?

—¡Ha sido Cheetah! —consiguió balbucear—. ¡Tienes que ayudarla!

Dacnis reaccionó al instante:

—¡Llévame con ella, deprisa!

Cuando llegaron junto a Logan, el chico le cogía la mano a Bee, quien se estremecía entre sus brazos. Había vuelto a recuperar la conciencia y balbuceaba palabras sin sentido.

—¡Dacnis, gracias al cielo! Ayúdala. Se está muriendo en mis brazos.

La sanadora se descolgó la bolsa del hombro y se inclinó sobre la voladora moribunda.

—¡No! Nadie más va a morir —dijo, masticando las palabras—. ¡No pienso permitirlo! ¡Aguanta, Bee! ¿Me oyes? ¡Aguanta!

Bee le dedicó una mirada turbia.

—Lady... bird —murmuró tan bajito que solo ella pudo oírla—. ¿Eres tú?

Y volvió a desmayarse.

Dacnis soltó un taco y se concentró en taponarle la herida con las cataplasmas que ya tenía preparadas para esos casos. Si no conseguía cortarle la hemorragia enseguida, se desangraría sin remedio.

De pie, a su lado, Syren observaba con impotencia sus intentos desesperados para mantenerla con vida.

Nunca le había visto a la sanadora una expresión tan determinada como la que ahora tenía en el rostro.

Escoltado por varias alas que volaban muy bajo, Snake condujo lentamente la corredora hasta el interior de una de las plantas inundadas de la Siamesa Norte. Entró por un enorme boquete que había en la fachada, esquivó como pudo la vegetación que se había adueñado del espacio y acabó apagando el motor muy cerca del lugar donde ella le indicó que estaban las escaleras. Saltaron a tierra y empezaron a subir, muy lentamente.

Hicieron el camino sin mirarse. Conscientes de que cuando llegaran, solo les quedaría decirse adiós.

Dragonfly fue delante hasta que notó como él la detenía.

—Paliducha... —empezó con una ternura que conseguía muy pocas veces—. Creo que no debería pasar de aquí. No te ofendas, pero no tengo muy claro que a tus amigas de ahí arriba les haga demasiada ilusión volver a verme.

Ella se detuvo aún sin atreverse a mirarle. Quieta como una estatua de hielo.

—O también podría quedarme... —añadió él, inesperadamente.

La reina blanca se volvió por fin, y entonces él pudo ver sus ojos claros, anegados en lágrimas.

—¿Lo harías?

—Una palabra tuya es todo lo que necesito. Damos media vuelta, nos montamos en la corredora y nos adentramos en la Tierra de Nadie. Solos, tú y yo, como ha sido siempre. No tengo claro cuánto tiempo duraremos ahí afuera, pero será divertido comprobarlo. Y valdrá la pena...

Ella le abrazó y buscó sus labios con desesperación. Volvió a sentirse viva cuando notó sus manos, grandes y callosas, subiéndole por el cuerpo y haciéndola palpar de placer cuando le abarcó los senos con ellas.

No había deseado otra cosa desde el día que él se fue.

Snake la cogió por las nalgas y la levantó en vilo. Ella le rodeó la cintura con las piernas. Notaba su aliento en la boca, resucitándola después de tanto de tiempo de haberse sentido inanimada por dentro.

Se imaginó huyendo con él. Desafiando juntos toda la crudeza de aquella ciudad malvada y teniéndose solo el uno a la otra para hacerlo.

No le importaba si aquello duraba un ciclo o diez. Él tenía razón: el tiempo que pasaran juntos merecería la pena.

Iba a decirle que sí, que se marchaban, cuando la realidad la asaltó con toda su crudeza.

Con Mantis y Ladybird muertas y la guerra contra los techs a punto de estallar, las hijas del viento necesitaban una líder más que nunca. Era la supervivencia misma del clan la que estaba en juego.

Y ella había sido quien las había empujado hasta el filo del abismo.

Snake percibió sus dudas y se detuvo.

Le dedicó una de sus sonrisas pícaras.

—Sí, ya lo sé —le dijo volviendo a dejarla en el suelo, ahora con delicadeza—. Yo también me sentiría como un hijoputa saliendo por piernas precisamente ahora. Wired no nos perdonará lo que hemos hecho hoy. Correrá la sangre muy pronto. Y nosotros tendremos que estar donde nos corresponde para que corra del lado correcto. Nunca parece ser nuestro momento, ¿verdad, paliducha?

Le acarició la mejilla.

—Pero ha estado bien soñar con ello, aunque solo haya durado un instante —añadió con nostalgia.

Un parpadeo después volvía a ser el pirata pícaro y sin escrúpulos de siempre.

—Será mejor que me marche. Tus chicas deben de estar subiéndose por las paredes. Además, los techs irán a por vosotras antes que nadie. Tienes mucho trabajo que hacer, mi reina.

Dio unos pasos atrás, sin dejar de mirarla a los ojos, mientras Dragonfly

continuaba inmóvil.

La mujer que vivía en su interior no quería dejarlo ir y le suplicaba que lo retuviera a su lado.

Pero la reina que era por fuera terminó imponiéndose. Como hacía siempre.

Él anduvo hacia las escaleras. Cuatro pasos más y volvería a perderle.

—¡Snake!

Sus miradas volvieron a abrazarse.

—Esto no es una despedida. Lo sabes, ¿verdad?

—¿No? —Pareció sopesarlo un momento—. Lo que sea que nos haga sentir mejor, paliducha. Cuídate.

Le guiñó un ojo y se fue.

Dacnis tenía las manos empapadas de sangre. La cara manchada. La ropa teñida de rojo.

Pero había conseguido detener la hemorragia.

Y Bee aún respiraba.

Levantó los ojos hacia el resto, que la habían estado observando en silencio, y les dedicó una sonrisa exhausta.

—Vivirá. Las plantas han hecho su trabajo y han conseguido que deje de sangrar. Pero tenemos que llevarla a un lugar seguro donde pueda extraerle la bala y coserle la herida. Si no lo hacemos, y pronto, todo esto no habrá servido de nada.

—¿Y cómo se supone que vamos a conseguirlo? —preguntó Lark—. Si la metemos en el agua no durará ni dos latidos. Su ala está en el edificio de enfrente, y aunque pudiéramos traerla lo único que sabríamos hacer con ella sería estrellarnos.

Dacnis se levantó y le cogió del brazo. Todo se parecía demasiado a lo que había pasado con Elaenia para que él pudiera ver las cosas con claridad.

—Lark, no ha sido culpa tuya.

—¿Lo dices en serio? —replicó él, rechazando su contacto—. ¡Porque a mí no me lo parece! Yo perdí el maletín en lo de Builder y he vuelto a perderlo hoy. Las circunstancias son lo de menos. ¿O es que quieres hacerme creer que si se le hubiese caído a cualquiera de vosotros no habría regresado de inmediato a por él? Por supuesto que lo habríais hecho. ¡Todos! Aceptémoslo: soy un cobarde. Un c-o-b-a-r-d-e. Tuve toda la culpa de lo que le pasó a Elaenia, y ahora me he cargado a Bee. ¡Más os valdría libraros de mí, antes de que mi próximo ataque de pánico acabe con el resto!

Un silencio incómodo se les vino encima. La culpa de Lark era pegajosa como una mancha de aceite.

Y no todos eran tan generosos como Dacnis.

Si quería verse de esa manera, había margen: Lark había perdido el híperbook dos veces seguidas. Y aquello lo habían terminado pagando, y muy caro, dos compañeras.

Syren habría querido poder decirle algo que le hiciera sentirse mejor, pero ella misma estaba demasiado ocupada lidiando con su propia conmoción.

Nunca había quitado una vida hasta entonces.

Y, por mucho que Cheetah fuera la persona que más se lo merecía de todas en las que podía pensar, habría preferido mil veces no haber sido ella quien hubiese apretado el gatillo.

Matar era mucho más difícil de lo que parecía.

Se apartó del grupo para refugiarse en un rincón. Ella también se sentía abrumada por la culpa. Apenas cerró los párpados, la mirada incrédula de Cheetah, clavada en ella un instante antes de saltar por la ventana, volvió a acosarla.

Abrió los ojos, temblando.

Miró por la ventana para quitarse la imagen de la cabeza. El cielo parecía forjado en cobre y había empezado a soplar un viento ingrato y malicioso, de esos que hurgan en tus puntos débiles para hundir en ellos sus colmillos de escarcha. Notó su aliento indeseable en la nuca, en las rodillas, en las articulaciones.

Se acercaba una tormenta. De las gordas.

¿Cómo diablos lograrían trasladar a Bee?

—¡Syren! —gritó Ibis, que estaba mirando a través de otro ventanal cetrino—. ¡Allí! ¡Son ellas!

Syren corrió junto a su hermana pequeña y miró hacia donde señalaba su dedo.

Dos alas, volando en círculos, justo encima de sus cabezas.

Dragonfly no les había abandonado.

La azotea de la Siamesa Sur estaba llena a rebosar. El regreso de Dragonfly y la noticia de la muerte de Mantis, Hornet y Wasp a manos de los techs había espoleado a todo el clan.

Las hijas del viento querían sangre. Y la querían ahora.

Syren y los suyos acababan de llegar, después de un vuelo largo y complejo, y apenas habían tenido ánimos de remontar las escaleras hasta lo más alto de la torre. Estaban todos menos Dacnis, que había preferido quedarse junto a Bee para ayudar en la extracción de la bala. La herida había soportado el trayecto sin dejar de delirar, y su futuro aún era incierto. Pero se aferraba a la vida con desesperación y Dacnis estaba decidida a ser su asidero en aquella lucha. La habían dejado con los sanadores locales y habían corrido a la asamblea, rodeados por docenas de voladoras que pasaban por su lado sin apenas dedicarles una mirada.

Nadie sabía cómo tratar con aquellos extraños que pasaban de ser aliados a enemigos con la facilidad con la que cambiaba el viento. Esperarían a ver qué decía la reina.

Cuando salieron al exterior, los recibió la avanzadilla de la tormenta: un viento cada vez más furioso, mezclado con las primeras gotas, que les caían encima como agujas de hielo. Lejos, allá donde se perdía la vista, Syren entrevió relámpagos que agrietaban el cielo de cobre con sus cuchilladas de luz. Cerró los ojos y dejó que la lluvia le mojara la cara, disfrutándola en lugar de sufrirla. Notó en el hombro la mano de Logan, que estaba junto a ella y sintió la necesidad imperiosa de acurrucarse en sus brazos. La voz de Dragonfly, levantándose entre el rumor de la multitud, la obligó a abrir los ojos y volver a la realidad.

La reina blanca se había soltado la larga melena rubia sobre los hombros y vestía un corpiño dorado y unos pantalones muy ceñidos de color metal. Llevaba su mejor collar real al cuello y brazaletes dorados en las muñecas y los antebrazos. Vestida de aquella manera y encaramada a una especie de púlpito que solo se usaba para ocasiones como aquella, su figura menuda se agigantaba hasta parecer invulnerable.

Apenas empezó a hablar, el resto de las hijas del viento guardaron un silencio respetuoso y expectante.

—¡Hermanas! —Las arengó desde el estrado, dejando que el viento llevase su voz hasta las últimas filas—. ¡Nos amenaza un gran peligro! ¡Las hijas del viento nunca nos habíamos enfrentado a una amenaza como esta! ¡Jamás una de nuestras reinas había sido asesinada de una manera tan cobarde y alevosa como lo ha sido hoy Mantis! Todas sabéis que ella y yo no siempre estábamos de acuerdo. Y que nuestras divergencias la llevaron a tomar decisiones graves y equivocadas. ¡Pero también

sabéis que lo hacía pensando en que era lo mejor para el clan! Si ahora fuera ella quien os hablara desde aquí, no dudo de que os diría lo mismo que yo os diré ahora. ¡El asesinato de una reina pide venganza! ¡La violación de la tregua del Santuario pide castigo! ¡La sangre derramada de las hijas del viento reclama diez veces más sangre derramada por los techs y los predators! ¿Quién volará conmigo para cobrarse toda esta sangre? ¿Quién me ayudará a vengar a Mantis y salvar a nuestro clan? ¿Quién luchará a mi lado contra Wired y sus perros?

Todavía no había terminado la proclama cuando Syren se vio engullida por los aullidos de las hijas del viento que abarrotaban la azotea. Centenares de puños levantados al cielo tempestuoso le juraban lealtad y exigían venganza. Por un momento, los gritos de guerra de las voladoras superaron en intensidad a los truenos y a la cólera del mismo viento al que veneraban.

Syren se estremeció. Y no de frío. La reina acababa de llamar al clan a la guerra sin que le temblase la voz. Muchas de aquellas que ahora la aclamaban no vivirían para ver salir el sol. Y ella lo sabía muy bien, mientras las ponía en pie de guerra. ¿No la perseguirían sus rostros cuando cerrase los ojos, como a ella la acosaban los de Raven, Fairy y Elaenia? ¿O era más fácil cuando no se conocía tan bien a aquellos con cuyas vidas se jugaba?

¿Eso era ser una jefa de clan? ¿Estar dispuesta a pagar el precio que hiciera falta, cuando hiciese falta?

Porque, si lo era, al fin y al cabo ella y Dragonfly no eran tan diferentes.

A pesar de sus dudas, el frenesí bélico de las voladoras era contagioso y, casi sin desearlo, se encontró levantando el puño ella misma y sumándose a la demostración de poder de las hijas del viento. Pero mientras lo hacía notó las lágrimas cayéndole por las mejillas, como raiders surcando el agua en sus deslizadoras con la vela colmada por el viento.

No supo si eran de rabia o de tristeza, pero se las tragó enseguida. Y no se permitió derramar ni una más.

Aquello también era ser una jefa de clan. Ya empezaba a saberlo demasiado bien.

A pesar de lo lejos que estaban, Syren pudo adivinar el centelleo de rabia que ardía en los ojos de Dragonfly. Nunca le había parecido tan regia como en aquel instante.

—Y ahora os ruego que me permitáis infringir nuestras propias leyes —continuó la reina blanca—. La elección de una nueva gobernante requiere todo un protocolo, lo sé. Pero nunca el tiempo ha sido tan crucial como lo es hoy. Y necesito tener a la heredera de Mantis a mi lado para lideraros. ¿Quién, de entre sus partidarias, se ve capaz de estar a su altura?

Un manto de silencio cayó sobre la asamblea. Sin Hornet y Wasp, la facción de Mantis no tenía un relevo definido. Pero si no se decidían deprisa, alguna otra candidata se aprovecharía de sus dudas para postularse. Y con razón. Las hijas del viento no eran indulgentes con los pobres de espíritu.

—¡Moth! —gritó alguien. Enseguida se le añadieron más voces, hasta que toda la facción que había quedado huérfana con la muerte de Mantis eligió espontáneamente a su sucesora—. ¡Moth! ¡Moth! ¡Moth!

Entonces, la multitud se abrió para dejar paso a la escogida.

Moth era una joven alta para ser de su clan, de piel morena, cara angulosa, anatomía esbelta y cabellos oscuros. Aunque se parecía muy poco a ella era hermana de Mantis, aunque de padres diferentes. Su madre, Cicada, había sido una reproductora muy fértil cuando había dejado el trono, tras un reinado corto e inofensivo. Toda la falta de carácter que había demostrado mientras gobernaba había salido a relucir después, cuando le tocó aparejarse. Moth había sido la última de una numerosa prole, antes de que una rápida enfermedad la consumiera en menos de una estación, ante la impotencia de los sanadores.

Muchos decían que, de todas las hijas de Cicada, era la que más prometía. Quizá por eso Mantis nunca había confiado realmente en ella y había preferido mantenerla siempre en un discreto segundo plano.

La muchacha avanzó lentamente hasta quedar entre la tribu y el púlpito, desde donde la observaba Dragonfly. Parecía abrumada por cómo habían ido las cosas, pero la voz no le tembló cuando se decidió a hablar.

—¡Yo estaré a su altura! —gritó con voz sorprendentemente firme—. Volaré a tu lado, lucharé a tu lado y, si es necesario, moriré contigo. Si me crees merecedora de este honor...

Dragonfly no dijo nada. Solo se acercó al borde de la tribuna y le alargó el brazo para ayudarla a subir. Cuando estuvo a su lado, le levantó el brazo y, así unidas, la aclamó ante todo el clan:

—¡Moth!

Las hijas del viento estallaron una vez más en un coro de aullidos desafiantes.

El trono volvía a estar ocupado.

Y las hijas del viento, dispuestas para la guerra.

Tan pronto terminó la asamblea, Dragonfly se reunió con Moth y Syren para definir su plan de acción. La pastora de algas pidió también la presencia de Logan, Lark y Wren, y la nueva reina no se negó a ello. Moth parecía dispuesta a comportarse de una manera muy distinta con sus aliados de cómo lo había hecho su hermana.

La reina blanca les hizo sentarse alrededor de lo que había sido la mesa del consejo de administración de una gran empresa, que se había conservado bastante bien a pesar del tiempo y las catástrofes.

Fue también la primera en hablar.

—Moth, tú eres la única que no has visto en persona la potencia de fuego del que disponen nuestros enemigos. Pero todos los que estamos aquí la hemos sufrido, y pienso que estaréis de acuerdo conmigo en que lanzar a nuestras alas contra ellos, en cielo abierto, significaría nuestra destrucción total en muy poco tiempo.

La nueva reina meneó la cabeza, desconcertada. Después de la arenga de hacía unos momentos, lo último que habría podido esperar era una afirmación como esa. Pero Dragonfly tenía claro que azuzar a las mujeres a la batalla y decidir la estrategia que las llevaría a la victoria no eran la misma cosa.

De ninguna manera enfrentaría alas de madera y tela y dardos arrojados contra ametralladoras y fusiles de asalto.

Si querían ganar, tendrían que luchar de otra manera.

—Y eso nos lleva a vosotros, Syren —dijo, volviéndose para mirarla—. Las hijas del viento hemos cumplido con creces nuestra parte del trato. Y hemos pagado un precio altísimo por hacerlo. Ha llegado la hora de que nos demostréis que sois capaces de ayudarnos tal y como prometisteis.

Syren volvió a verse en un callejón sin salida. Cuando habían planeado engañar a Dragonfly para que los ayudara a llegar a la Mano en Llamas, Ladybird había muerto a su lado en el intento. La propia reina se había revelado como una aliada leal. Y Bee había recibido aquella bala mientras les salvaba de Cheetah.

No podía continuar mintiendo. No después de lo que había pasado los últimos dos días.

Se levantó, sin saber muy bien cómo confesar que, después de todo, eran un fraude. Pero Lark se le adelantó.

—No te arrepentirás de habernos ayudado —aseguró con convicción—. Con esta máquina —continuó, señalando el híperbook del que no había vuelto a separarse desde que lo había recuperado por segunda vez— puedo hacerles mucho daño a los techs. Y en su propio terreno. Justo donde menos se lo esperan.

—¡Lark! —lo interrumpió Syren—. No sigas. No podemos...

—¡Por supuesto que podemos, Syren! —Se revolvió él, impidiéndole continuar con la confesión—. Con este ordenador soy capaz de desbaratar todas sus defensas. Lo sé, porque he ayudado a diseñar buena parte de los sistemas de seguridad que protegen la Cúpula. Y sé perfectamente cómo inutilizarlos, si nos acercamos lo bastante como para poder conectarme en el lugar idóneo.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Syren, que ahora ya no tenía idea de adónde pretendía ir a parar.

—Que soy un tech. ¿Por qué si no pensáis que Wired está tan interesado en mí? ¡Porque soy su hijo! Mi nombre es Link.

Aquella revelación los dejó perplejos a todos. Hacía tiempo que Syren sabía que aquel a quien habían adoptado como uno de los suyos les ocultaba muchas cosas. Pero nunca había llegado a sospechar que ninguna fuera de aquella magnitud.

—¿Tú lo sabías? —le preguntó, furiosa, Dragonfly a Syren.

—¿Yo? ¡Pues claro que no! ¡Nadie de mi clan lo sospechaba siquiera!

Dragonfly meneó la cabeza y la miró, llena de reproche. Estaba claro que no la creía.

—¡Mientes! ¿O acaso no fue una de las tuyas quien le fue con la historia a Mantis? Ahora entiendo por qué ella pensó que podía convencer a Wired de una alianza. ¡Su hijo! ¿En qué más me has mentado, pastora de algas?

Antes de que tuviera que responder a aquella pregunta tan incómoda, Lark salió en su defensa.

—Syren no miente, señora. Cuando su clan me acogió, medio muerto de hambre y frío, yo me cuidé de no decirles quién era. Temía que volvieran a abandonarme si lo hacía. No se lo confesé a nadie hasta hace dos noches, cuando se lo dije a Dacnis: nuestra sanadora. Fairy debió de oírlo y creyó que lo mejor que podía hacer era contárselo a Mantis. ¡Pero te juro por lo más sagrado que Syren no tenía ni idea de quién era yo!

La reina blanca se revolvió, incómoda. El chico parecía sincero, sí. Pero todas aquellas revelaciones de última hora le habían hecho perder la confianza en Syren. Al fin y al cabo no sabía qué era peor: si una mentirosa traidora o una jefa de clan que ni siquiera sabía a quién tenía alrededor de su hoguera.

¿Iba a confiarle el futuro de su clan a una líder tan endeble?

Buscó la opinión de su colega.

—¿Tú qué opinas, hermana?

La morena torció el gesto en una mueca dubitativa.

—Hasta donde yo sé, podrían estar diciendo la verdad. Pero ya sabes que no disfrutaba de la confianza de Mantis y muchos secretos se los ha llevado con ella para siempre. Ignoro qué le dijo la pastora de algas exactamente...

—¡Os estoy diciendo la verdad! —insistió Lark—. Y lo que aún es más importante: Syren también. ¿O es que no cuenta para nada lo que hicimos en el

Santuario? ¿Ni que sea Dacnis quien haya salvado a Bee? ¿Ni que te hayamos ayudado a recuperar el trono? Si tienes que castigar a alguien, castígame a mí. Pero no se lo hagas pagar a ellos. Son las mejores personas que quedan en esta ciudad de mierda, créeme. Les debo la vida, no una, sino muchas veces. Y jamás me han pedido nada a cambio. Bien al contrario, nunca han dejado de compartir conmigo lo poco que tenían.

Dragonfly no sabía qué pensar. Quería poder confiar en Syren y los suyos. Y reconocía que todo lo que le estaba reprochando el chico era cierto. Pero detestaba las mentiras y le costaba mucho perdonarlas.

—Tú misma viste de lo que fui capaz con el híperbook y un puñado de algas — continuó Lark, consciente de que ahora todo dependía de su capacidad de convencerla—. Si confías en nosotros y nos permites luchar contigo, te prometo que le asestaremos un golpe durísimo a Wired. He pasado demasiado tiempo al margen de lo que está pasando en esta ciudad, y me he equivocado. Ya es hora de que alguien le pare los pies. Juntos podemos conseguirlo. No hace falta que confíes en mí. Confía en ella —dijo, señalando a Syren—. ¡Y no te arrepentirás!

Dragonfly dejó escapar un suspiro de resignación. Tampoco era que le quedasen demasiadas opciones.

Volvió a mirar inquisitivamente a Moth.

La morena movió la cabeza, afirmativamente. Apenas hacía un rato que la habían elegido reina. Pero creía que sabía juzgar a las personas. Y habría puesto la mano en el fuego por aquel joven desgarbado.

—Muy bien —acabó rindiéndose Dragonfly—. Confiaremos en ti una vez más, y que el viento me confunda si sé muy bien por qué. Dinos: ¿qué tenemos que hacer para ganar esta guerra?

Lark también suspiró, él de alivio, y se lo dijo.

Apenas hubo concluido la reunión con las reinas, Syren agarró a Lark por la solapa de la chaqueta y lo arrastró hasta un lugar discreto. Acorralándole contra una ventana, como haría una gata famélica con el ratón que está a punto de zamparse.

—¿Qué se supone que ha pasado ahí dentro, Lark? ¿No te he dicho que no quería mentir más?

—¡Hey! ¡Pero si no he mentido!

—¿Ah, no? ¡Y una mierda que no! Para empezar, no les has contado nada sobre el portal. ¡En su lugar les has soltado una serie de absurdas mentiras sobre que tenían que llevarnos a lo alto de la Aguja para neutralizar no-sé-qué antenas! Y después, para rematarlo, les has prometido que irías con ellas hasta la base de la Cúpula para desactivar sus defensas. Y sabes perfectamente que eso es imposible, si quieres venir con nosotros.

—Syren... No voy a ir con vosotros.

—¿Cómo?

—He pensado mucho en ello. La única forma que se me ocurre para llegar al portal es un ataque por sorpresa al cuartel general de los techs. Wired pedirá enseguida ayuda a sus perros y Ocelot se verá obligado a acudir con todo lo que tiene. Solo así tendremos una oportunidad de infiltrarnos en la Aguja. No le he dicho nada a Dragonfly sobre el portal porque habría sido como admitir que la primera vez que hablamos con ella la estábamos engañando. Además, tampoco iba a creerlo. Pero, si exceptuamos esta minúscula omisión, el resto de las cosas que he dicho son ciertas. Y el plan puede funcionar. ¿Que tendrán que desviar un par de alas para llevaros a la Aguja? Eso no decantará la batalla. ¡En cambio, esto sí lo hará! —concluyó, levantando el híperbook con una mueca de triunfo.

Syren no sabía qué decir.

—Pero ¿y tú?

Él le devolvió una sonrisa resignada.

—Como he dicho antes, me he pasado demasiado tiempo escondido, permitiendo que demasiada gente sufriera. Es hora de dejar de correr y plantar cara. Mañana ganaremos una batalla, pero no la guerra. Las chicas —dijo haciendo un gesto que abarcaba todo el edificio— nos necesitarán a mí y al híperbook para salir adelante. Me quedaré un rato por aquí, echando una mano. Pensad en mí alguna vez, cuando llegéis al otro lado. Y si algún día queréis volver a buscarme, ya sabéis dónde encontrarme...

Syren notó un nudo en la garganta. No importaba que les hubiera estado ocultando su origen durante todo aquel tiempo. Para ella siempre sería uno de los

suyos.

—Nunca vuelvas a acusarte de ser cobarde, ¿me oyes, Lark?

Él desvió la vista al suelo.

—Ahora que sabes quién soy, quizá deberías empezar a llamarme Link, ¿no crees?

Pero ella negó con la cabeza.

—Siempre he sabido quién eras. Tú eres Lark, del clan de los pastores de algas. Mi amigo. Mi hermano.

Y le abrazó.

Aprovechando que Syren había desaparecido momentáneamente con Lark, y que las hijas del viento parecían tener solo ojos y oídos para la batalla que se avecinaba, Wren decidió que había llegado el momento de hablar de hombre a hombre con Logan.

Se aseguró de que nadie les viera y le hizo un gesto para que lo siguiera hasta un lugar discreto.

Aunque sorprendido, Logan fue tras él. Wren le guio hasta el hueco de las escaleras y, tras cerrar la puerta, se volvió para mirarle.

—¿Es que no piensas poner nunca fin a toda esta locura? —le espetó.

—¿Perdona?

—¡Ya me has oído! ¿No te das cuenta del daño que nos has hecho desde que llegaste? Raven, Fairy, Elaenia... ¡Y el resto estamos vivos de milagro! Mira, no te estoy acusando de mentir. Creo que vienes realmente de otro universo. E incluso admito que tus intenciones son nobles. Estás aquí para salvar tu mundo, y eso lo respeto. Pero lo que no parece ver es que, para hacerlo, destruirás el mío. Y, lo que aún es peor, el de Syren.

—¡Eso no es cierto! Si conseguimos llegar al portal os salvaréis todos. Y te prometo que el portal se abrirá.

—Logan... ¡No dudo de que el portal se abra! ¿Pero es que no ves dónde va a hacerlo? ¡En lo alto de la Aguja! ¡Para el caso, podría abrirse en la luna! O aún peor, porque la luna no estaría llena de salvajes con ganas de matarnos a la que asomemos la nariz. Si insistes en arrastrarnos hasta allí, Syren te seguirá, guiada por ese tan honesto y absurdo deseo suyo de salvar a todo el mundo. Pero tú eres más listo que todo eso. Tú sabes que este último escalón de la escalera que nos has obligado a subir es el que nos hará caer al vacío a todos.

—Lo que dices no es justo.

—¿Que no? Raven, Fairy y Elaenia estarían vivos si no hubieras aparecido. Y si Syren aún lo está, no es precisamente gracias a ti. Fue Bee quien os salvó la piel en el Santuario. Sin ella, seríais dos cabezas más en la colección de Cheetah. ¡Admítelo! ¡No la pudiste protegerla allí y aún podrás menos si, por alguna casualidad, llegamos

vivos a lo alto de la Aguja!

Había tanta convicción en las palabras de Wren que Logan no pudo rebatirlas.

—¿Qué me estás pidiendo? —preguntó después de un largo titubeo.

—Es muy simple: que le quites de la cabeza la idea de seguirte a tu universo. Antes de aliarnos con Dragonfly seguramente no habríamos sobrevivido a otra estación fría, es cierto. Pero ahora las hijas del viento nos acogerán. No sé qué pasará con esta guerra, vale. Pero tienes que admitir que tenemos más posibilidades de sobrevivir a ella que acompañándote en tu excursioncita de mañana por la noche. Si realmente sientes algo por Syren, convéncela de que no vaya. Sávala de la locura que ha descrito Lark y dale una oportunidad de sobrevivir. Comprendo que tú tienes que hacerlo. Es tu mundo el que está en juego. Tu padre, *tu chica* —resaltó sutilmente aquellas dos palabras—. Y, lo creas o no, deseo de corazón que lo consigas. Pero no la arrastres a ella, y al resto de nosotros por añadidura, a la locura de querer asaltar la Aguja.

Logan quería negarlo todo, pero no sabía cómo. Lo que decía Wren tenía demasiado sentido. Atacar el cuartel general de los predators era una acción desesperada y lo más probable era que, con hiperbook o sin él, acabaran todos muertos. Si de verdad amaba tanto a Syren como pensaba, ¿tenía derecho a arrastrarla a aquel destino? Él no tenía otra opción, pero ella...

Wren vio su expresión de duda y supo que sus palabras habían calado hondo.

—Mira, todo lo que tenía que decirte ya está dicho. Solo te pido que lo pienses. Y si mañana por la mañana todavía crees que ir contigo es de verdad lo mejor para nosotros, acataré lo que diga Syren sin discutirlo. De ti depende.

Dio media vuelta y regresó al pasillo.

Logan apoyó la espalda en la pared de cemento y se dejó caer, exhausto, hasta quedar sentado en un escalón. Enterró la cabeza entre las manos y dejó escapar un largo suspiro, desesperado.

El jodido Wren tenía razón. Daba lo mismo que al decírselo estuviese quitándose de en medio a su peor rival en la lucha por el corazón de Syren. Aquello era lo de menos. Lo que realmente contaba era que no mentía cuando le decía que ella tenía muchas más probabilidades de vivir si no le acompañaba en la última etapa del viaje.

Amarla nunca había sido tanto una cuestión de renunciar a ella como en ese instante.

Tendría que hacerlo solo.

Inesperadamente, la puerta giró sobre sus goznes y la cabeza de Syren apareció en el quicio. Iluminándole el ánimo como el sol tempranero irradia el mundo después de una noche oscura.

—¡Ah! ¡Estabas aquí! ¡Ya no sabía dónde buscarte! ¿Qué haces a solas? —Se la veía más contenta y animada que nunca. Lark le había quitado un gran peso de encima evitándole tener que seguir mintiendo—. Escucha —le dijo, echándose en sus brazos, con una sonrisa encantadora—, se te ve muy cansado. ¿Qué tal si vamos a la

habitación que me ha asignado la reina y dejás que te cuide un rato? Pobrecito, te lo has ganado después de la paliza de esta mañana.

Se dio cuenta de que tras su aparente despreocupación se escondía el miedo a lo que aún les esperaba. Nunca antes se había mostrado tan abierta. Se lo vio en la cara: le necesitaba más que nunca. No soportaba la idea de pasar aquellas horas, que podían ser las últimas, sin él.

La ocasión idónea para empezar a marcar distancias.

—Hey, Syren... Mira... Ahora mismo yo no... —¡Dios, cómo le costaba decirle aquello!—. Me parece que lo mejor es que busques a Wren, ¿sabes? Lo he estado pensando mucho, y lo que hay entre nosotros no es una buena idea. De hecho, estaba a punto de ir a decirte que mañana no deberías acompañarme a la Aguja, ¿sabes? Ninguno de vosotros, en realidad.

La sonrisa se le desmenuzó en los labios. Le estaba clavando un cuchillo en el alma. Y retorciéndolo.

—Pero... No entiendo... Si no te acompañamos, entonces...

—Os quedaréis aquí, sí. Pero es que las cosas han cambiado, ¿no lo ves? Después de vuestra alianza con las hijas del viento ya no corréis peligro de no superar la estación fría. Y yo... Yo no puedo hacer esto a Madison. ¿Lo entiendes, verdad?

Jamás nadie le había contemplado con un desengaño semejante. Si hubiera estado junto a una ventana, se habría arrojado al vacío solo para no tener que soportar aquellos ojos rebosantes de dolor y de reproche.

No dijo ni una palabra. Giró sobre sus talones y regresó al pasillo, dando un portazo que hizo temblar las paredes.

El silencio se le cayó encima, como un bloque de hielo.

No recordaba haber llorado desde los doce años, cuando su padre la abrazó y le dijo que su madre se había ido y no regresaría.

Pero ahora se sorprendió sollozando, como un niño.

Y dos tramos de escaleras por debajo, Ibis, a quien el principio de la conversación entre Logan y Wren había sorprendido subiendo para informarles de que la operación de Bee había ido bien, también escuchó claramente su llanto.

Igual de claro que había oído el resto.

DÍA 6

—¿Cómo ha podido pasar? —Gritaba Wired, rojo de ira. Estaba tan furioso que la vena del cuello se le hinchaba mientras vociferaba y los ojos amenazaban con salirse de las órbitas—. ¡Te llevaste las mejores armas que hemos podido reunir y una veintena de tus salvajes! —Repetía, señalando a Ocelot, que le miraba en silencio, parapetado tras la negrura de sus gafas—. ¡Y hemos estado a esto de dejarnos la piel! ¡A esto!

El predator sabía bien que intentar dominar los ataques de cólera de Wired era como tratar de contener la marea. A pesar de todo, cedió a la tentación de justificarse.

—Eso no es del todo cierto. Tuvieron suerte con la primera bomba, sí. Pero el resto cayeron sin hacer nada más que ruido. En ningún momento estuviste en auténtico peligro.

Pero Wired no pensaba igual.

—¿Que no? ¿Y qué me dices de los piojosos que salieron de la nada en la azotea, se liaron a tiros con tus inútiles y se llevaron al recién llegado delante de vuestras narices? ¿Quiénes eran? ¿Emisarios de buena voluntad? ¿Dónde estaba tu psicópata cuando más la necesitábamos?

Ocelot disimuló un suspiro de hastío. El ataque de los raiders le había costado cuatro hombres y una calibre 50, además de a Cheetah. Gustosamente habría sacrificado tres veces más hombres y armas a cambio de poder recuperarla solo a ella.

Ya estaba hasta las narices de que aquel imbécil le hablase de esa manera.

—Te recuerdo que fue precisamente Cheetah quien les alejó de ti en la azotea. ¡Y no dudes de que su muerte facilitó que pudieras salir del aprieto sin un puto rasguño! No estaría de más que cuando hablaras de ella lo hicieras con un poco de respeto.

Wired detuvo su frenético ir y venir y miró a Ocelot.

El predator nunca le había contestado de aquella manera.

Acababan de traspasar una línea que a ninguno de los dos le convenía cruzar.

Se acercó a la mesa, apoyó las dos manos encima y suavizó el tono.

—Ocelot —le dijo, ahora de una manera mucho más persuasiva—, piensa: no es solo el peligro que hayamos podido correr. ¡Nunca nadie nos había desafiado así! Si lo consentimos y corre la voz por la ciudad, ¿cuántos clanes que ahora pagan sus tributos sin decir ni pío tendrán la tentación de dejar de hacerlo? ¡Empezando por el maldito Builder, que ya hace tiempo que se arma en secreto, sin preocuparse siquiera por disimularlo!

Ocelot se calmó. Como siempre, su aliado tenía razón. Wired se dio cuenta y continuó con su discurso:

—¡Necesitamos dar un golpe tan brutal que disuada incluso a los más osados! La

muerte de Mantis no es suficiente. Tenemos que borrar del mapa a las hijas del viento, igual que hemos hecho con los pastores de algas. ¡Exterminarlas! Y lo mismo a los raiders. ¡Hostigarlos hasta que solo sean un recuerdo!

—No vayas tan deprisa, Wired. —Necesitaba contener su rabia—. Somos fuertes, sí. Pero una cosa es mantener el control del centro y tener atados en corto a los constructores de puentes, los hermanos del caparazón y otros clanes menores, y otra muy diferente atacar abiertamente, y a la vez, a dos clanes tan poderosos como son los piratas y las voladoras.

Por mucho que le fastidiase oírlo, el tech tuvo que aceptar que ahora era Ocelot quien tenía razón.

—De acuerdo, entonces. Olvidémonos de los raiders, por el momento. Pero las hijas del viento deben pagar por lo que han hecho. Violar el Santuario es un pecado que ningún clan puede ignorar. Tenemos que enviar emisarios a todas las tribus y convencerlas de que lo que nos proponemos hacer es una acción de castigo y no de conquista. Así evitaremos que alguien caiga en la tentación de ayudarlas y se nos abran más frentes. A la vez, exigiremos tributos extra para poder soportar la campaña. Y, si se quejan, les recordaremos que la culpa es de ellas. De este modo sabrán quién manda: tus hombres recuperarán la confianza y el resto, el miedo.

Ocelot asintió. No era un mal plan, así expuesto.

—De acuerdo. Lo haremos. Pero paso a paso. El territorio de las voladoras es muy extenso y no tiene puentes. Para invadirlo necesitaremos a Builder y a sus ingenieros. Enviaremos francotiradores a los límites de su zona para abatir tantas alas como podamos, hasta que no tengan más remedio que quedarse en tierra. Cuando esto suceda, tenderemos pasarelas y las iremos empujando hacia el mar, hasta que solo les queden las Siamesas. Cuando las hayamos sacado de allí, pensaremos en cómo ir a por los raiders.

Wired se sentó. Había recuperado por completo el control de sí mismo y se le veía lleno de optimismo.

—Perfecto. Empieza a hacer los preparativos ahora mismo. Y sería bueno que fueras tú en persona quien hablase con los jefes de los mayores clanes para explicarles cómo serán las cosas a partir de ahora. Si a mí ya me cuesta llevar la contraria a esas condenadas gafas negras tuyas, a ellos, incluido Builder, les será imposible. ¡Ah!, y llévate uno de los nuevos intercomunicadores que he terminado. Quiero poder contactar contigo en cualquier momento.

Siempre era así, con Wired. El palo y la zanahoria. Los gritos y, luego, los elogios.

Pensó en la promesa que le había hecho a Cheetah y lamentó de veras que ya no iba a poder cumplirla.

Pero no te preocupes, nena. Algún día, yo mismo lo haré. Solo que multiplicado por dos.

Acabada la reunión, Ocelot regresó a la Aguja perseguido por una lluvia gélida e

implacable, que lo dejó calado hasta los huesos.

Apenas la notó.

Mientras hablaba con él, había estado de acuerdo con los planes de Wired. Pero ahora se daba cuenta de que despachar todas aquellas patrullas simultáneamente quizá serviría para evitar que Nyork se les escurriera de entre los dedos, pero también dejaría sus territorios muy desprotegidos.

Era un riesgo que no le gustaba correr. Aunque Wired tenía razón cuando afirmaba que quedarse cruzados de brazos sería fatal.

Aprovechando que iba solo, se quitó las gafas. Tenía los cristales tan empapados que era literalmente imposible ver nada. Levantó los ojos negrísimos al cielo. La tormenta arreciaba cada vez con más fuerza.

¿Quién pensaría siquiera en hacer volar una de aquellas alitas de juguete con un vendaval como ese?

Podía estar tranquilo. Las voladoras nunca se atreverían a atacarles en su territorio. Y aún menos con aquel tiempo de mierda.

No. Harían lo de siempre: quedarse atrincheradas en su zona y confiar en que el enemigo tendría miedo de ir a por ellas.

Solo que, esta vez, se equivocaban.

De acuerdo: dejaría la casa desguarnecida un par de días.

El premio merecía el riesgo.

Logan no lograba dormirse.

Harto de dar vueltas sin poder dejar de pensar en su devastadora conversación con Syren, había decidido ir a ver a Bee, esperando que encontrarla bien lo ayudaría a él a sentirse también un poco mejor.

La voladora dormía un sueño tranquilo, con Dacnis como guardiana en la cabecera de su cama. Como si su sola presencia fuera capaz de ahuyentar a cualquier demonio que pretendiera llevársela aprovechando la oscuridad de la noche.

Saber que continuaba muy débil pero que el pronóstico era optimista le consoló durante unos pocos minutos. Pero apenas cerró la puerta de la habitación a sus espaldas, el mundo volvió a caérsele encima. Se sintió incluso peor que antes.

Si las cosas iban bien, en pocas horas volvería a casa y dejaría atrás a Syren para siempre.

Si iban mal, lo más probable sería que acabase muerto.

Honestamente, a esas alturas no sabía cuál de las dos expectativas le parecía peor.

Acababa de regresar a su habitación cuando oyó el sonido inconfundible de unos nudillos llamando a la puerta.

No quería abrir. Syren era la única a quien necesitaba ver en ese momento. Y apostaría a que no era ella quien llamaba. Se quedó quieto, esperando que quien fuera que fuese se cansara y le dejase en paz.

Pero, en lugar de largarse, aquellos nudillos se empeñaron en llamar cada vez con más insistencia.

¿Es que no ves que no quiero hablar con nadie, jodido idiota?

Abrió de golpe, deseando mandar al diablo a quien estuviese al otro lado.

Y la sonrisa siempre cálida de Ibis le desarmó de un plumazo.

—¡Ah! Ibis... Eres la última persona del mundo a quien esperaba, la verdad.

No hizo ademán de invitarla a pasar.

—¿Y por eso no vas a dejarme entrar? —le dijo ella después de unos instantes de incómoda espera.

—¿Qué? ¡Ah, no! Por supuesto que no... Es solo que mañana va a ser un día muy duro y estaba intentando dormir un poco. Y tú también deberías...

—Necesito hablar contigo. Os he oído a ti y a Wren. Antes, en las escaleras.

—¿A Wren y a mí? ¿En las escaleras? No sé de qué estás...

—¡Por favor, Logan Howlett, no seas así! No te pega nada. ¿Puedo pasar o tendremos que hablar en el pasillo?

Suspirando, el muchacho se apartó y le franqueó la entrada, con un ademán teatral.

—Por favor...

Ella no se hizo de rogar y Logan volvió a cerrar enseguida. Con un poco de suerte, se la quitaría de encima en un par de minutos.

—De acuerdo: ¿de qué va esa tontería sobre Wren y yo?

Inesperadamente, la expresión dulce se desvaneció del rostro de Ibis, sustituida por una mueca grave que él no recordaba haber visto nunca en aquella carita angelical.

—Me has decepcionado mucho, Logan Howlett —le regañó—. Creía que estabas hecho de otra pasta. Que eras valiente. Pero ahora me doy cuenta de que hace falta muy poco para hacerte desistir.

—No entiendo cómo puedes decirme eso, precisamente tú. ¿No te he hecho perder ya suficientes amigos en los pocos días que hace que nos conocemos? Y mañana todavía os arrastraré a una misión peor.

—¡No me mientas, Logan Howlett! ¡No lo harás! Piensas ir a la Aguja tú solo. Y al resto, nos abandonarás aquí.

—¿Pero qué dices? ¡Tú deliras, niña!

—Por favor, no me mientas más. Te he dicho que he oído tu conversación con Wren. Y después he visto a Syren. Está hecha polvo. Nunca la había visto tan mal. ¡Empiezo a conocerte lo suficiente como para saber que no la habrías echado de tu lado si no pensaras hacer lo que te ha pedido él!

Logan se quitó la máscara. Estaba claro que era inútil continuar fingiendo que no sabía de qué le hablaba.

—¿Y qué, si lo hago? ¿Es que Wren no tiene razón en todo? ¿Que lo mejor para Syren y para todos vosotros habría sido que yo no hubiese venido nunca? ¿Y que ya es hora de que me vaya, sin causar aún más daño?

Ibis notó enseguida el dolor que desprendían cada una de aquellas palabras y su enojo con Logan se disipó como el humo en mitad de un vendaval. Le tomó de la mano y le obsequió con una mirada llena de compasión.

—Logan... Conozco a Wren desde que nací y siempre me ha parecido el hombre más bueno y más leal que alguien podía pedir. Pero lo que ha hecho esta noche contigo no ha estado bien. ¿Todavía no te has dado cuenta de cómo es la vida en Nyork? Llegar a los veinticinco es todo un hito. Y pasar de los treinta, casi un milagro. ¿De veras piensas que si te vas por tu portal, sin nosotros, Syren tendrá una vida mucho más larga? ¡Nosotros ya no tenemos futuro! Somos parias. Gente de los niveles inferiores. Ahora estamos bajo la protección de Dragonfly, sí. Pero mañana ella puede estar muerta y su sucesora volver a usarnos como moneda de cambio, como quería hacer Mantis. Tú, Logan Howlett, nos has devuelto algo que habíamos perdido: ¡Esperanza! Un futuro nuevo. Y si te vas solo nos estarás traicionando y no haciéndonos un favor, como pretende hacerte creer Wren.

—¿Y entonces por qué me ha dicho...?

Ibis hizo el gesto de desesperarse.

—¡Logan Howlett! ¿De verdad eres tan ingenuo? ¿O es que en tu universo la gente no se ama? ¿No ves que Wren está loco por mi hermana? ¡Tanto como ella lo está por ti! Te ha dicho todo eso porque ve que la está perdiendo y quiere librarse de ti como sea. Y si hace una cosa tan mezquina para conseguirlo es que la ama aún más de lo que me imaginaba. —Y añadió mirándolo, acusadora—: ¿Es que tú no amas a Syren?

—¡Por supuesto que la amo! ¿Lo dudas? Es precisamente por eso por lo que voy a hacer lo que me ha pedido Wren. ¡Porque no quiero ser responsable de que la maten!

—¡Logan! —le dijo apretándole la mano aún más fuerte—. Conozco a mi hermana mejor que nadie en este mundo. Y si de algo estoy segura es de que necesita desesperadamente a alguien que la ame tanto como la ama Wren... pero que no sea Wren. Ella ha intentado sentir lo mismo por él, pero no puede. Entonces, llegaste en plena noche y vi cómo os mirabais. Y pensé que tú eras ese alguien que ella necesitaba tanto. Pero ahora tengo miedo de haberme equivocado contigo, ¿sabes?

—Ibis... yo solo quiero hacer lo que sea mejor para Syren. Aunque eso signifique renunciar a ella. Te lo juro.

—Escucha... poco antes de que lo arrancasen de nuestro lado, mi padre me dijo que hay personas que piensan que amar de verdad a alguien es ser capaz de poder renunciar a él. Él no estaba de acuerdo. Creía que quien ama de verdad hará cualquier cosa, *cualquier cosa*, para estar con su amor. Yo no sé quién tiene razón. Pero sé cómo me gustaría que me amasen a mí. Y también sé cómo quiere Syren ser amada, aunque ni ella misma se dé cuenta.

Se levantó de puntillas y le dio un beso en la mejilla. El beso más dulce que le habían dado nunca.

—Wren ya ha dejado claro hasta qué punto la ama. Ahora te toca a ti.

Dio media vuelta y salió de la habitación, sin decir nada más.

Builder se había apresurado a llegar al puente fronterizo desde donde le habían avisado de la llegada de Ocelot. ¿El todopoderoso jefe de los predators en su territorio? ¿En persona?

Algo pasaba. Y nada bueno, apostaría.

Disimulando el disgusto que le producía la noticia, había corrido a recibirle. Una visita del líder de los predators no era algo que pudiera ignorarse.

El cielo continuaba revestido de bronce y ametrallando la ciudad con balas líquidas que se escarchaban apenas hacían blanco. El día era tan oscuro que, mientras pasaba por encima de uno de sus puentes, tuvo dificultades para vislumbrar el agua bajo sus pies. Si aquella tormenta era el preludio de la estación fría que se avecinaba, entonces el próximo ciclo iba a ser el peor de los que había conocido.

Divisó la masiva figura de Ocelot desde lejos, rodeado por unos cuantos de sus hombres, todos muy bien armados. Desafiando el frío con aquella camiseta negra sin mangas, ajustada como una segunda piel, la cabeza totalmente rapada y las gafas oscuras. Sostenía una escopeta que habría parecido enorme en manos de cualquier otro hombre, pero que en las suyas era como una ramita en las de un bebé.

Builder era suficiente hombre como para no temer a casi nadie en aquella ciudad.

Casi.

—¡Ocelot! ¿A qué debemos este inesperado placer? —dijo aproximándose al recién llegado con una sonrisa aún más fría que el ambiente. Su tono desmentía por completo la veracidad de sus palabras.

El otro solo le devolvió la mirada opaca de los cristales de sus gafas.

—¿Builder, piensas tenerme mucho más tiempo bajo esta mierda de lluvia? ¿Esperas que el agua te haga el trabajo que no tienes los cojones de hacer tú mismo?

El constructor de puentes se mordió la lengua. Últimamente había tentado demasiado la suerte con sus vecinos y no le convenía tensar aún más la cuerda.

Todavía.

Disculpando la torpeza de sus hombres, guio a su huésped hasta el lugar reservado para recibir mensajeros y le ofreció un vaso del licor que ellos mismos destilaban, con las cáscaras de las patatas que cultivaban en uno de sus huertos más recónditos. Lo llamaban *gorg* y era fuerte como una patada en la boca del estómago. Pero cuando bajaba por la garganta, incinerando todo lo que encontraba al pasar, cumplía bastante bien con el cometido de calmar el frío y hacer revivir a quien se atrevía a beberse.

El *gorg* era, precisamente, uno de los tributos que más valoraban los predators de todos los que recibían de la gente de Builder. Las borracheras que se podían coger

con aquel líquido espeso y amarillento eran solo comparables a las resacas que las seguían.

Ocelot vació el vaso de un trago y, sin esperar a ser invitado, agarró la botella que había quedado sobre la mesa y se sirvió otro.

—Como si estuvieras en tu casa... —murmuró Builder, resignado—. ¿Me dirás ahora qué te ha traído hasta aquí en un día como este?

El predator vació el segundo vaso tan deprisa como había acabado con el primero y le dirigió a Builder su mirada opaca.

—Me imagino que tus inútiles ya te habrán puesto al día de lo que sucedió en el Santuario, ¿verdad?

Builder estaba al corriente de todo, por supuesto. Incluido el episodio del hombre que había pagado tan caro un comentario sobre Cheetah.

—Una blasfemia intolerable —dijo hablando con la misma cautela con la que habría atravesado, descalzo, una habitación sembrada de cristales—. Nunca nadie había osado romper la tregua del Santuario...

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Ocelot, sirviéndose un tercer y generoso trago—. Y por eso es necesario que las culpables sean castigadas de una manera ejemplar. Como víctimas de la confabulación entre los raiders y las hijas del viento, los predators nos encargaremos personalmente de esa tarea. El resto de los clanes no tendréis ni que mojaros el culo. Solo os pediremos apoyo logístico. Digamos... un veinte por ciento más de lo que nos estáis pagando ahora. Solo hasta que termine la guerra, por supuesto. Además, vosotros en concreto colaboraréis tendiendo puentes en la zona de las voladoras, a medida que la vayamos conquistando. Más adelante ya pactarás con Wired qué recibiréis como pago por ello.

Builder crispó los puños bajo la mesa. ¿Tributos extra y construir los puentes en el territorio de las hijas del viento a cambio de lo que Wired quisiera darles? ¿Y qué tal si, ya de paso, se bajaba los pantalones allí mismo?

Ocelot disfrutaba de cada gramo del esfuerzo que le costaba a Builder no estallar ante aquella exigencia desproporcionada. Se sirvió el cuarto vaso y lo vació de un trago, como los otros.

Tres vasos habrían bastado para tumbar a la mayoría de los hombres que conocía. Él se había trascolado cuatro como quien bebía agua. El constructor de puentes simuló que no se daba cuenta. Pero ambos sabían que no era verdad.

—¿No encuentras un poco excesivo el esfuerzo que nos pedís? —Decidió insinuar—. Piensa que, al fin y al cabo, nosotros también hemos perdido algunos hombres en el ataque al Santuario...

—¡Precisamente por eso! Seis remeros, tengo entendido, ¿no es así? —Incluyó en la cuenta al hombre que había matado él—. ¡Vosotros, más que nadie, tendríais que estar dispuestos a apoyar la campaña contra esas hijas del viento que han manchado de sangre el Santuario! De otro modo, alguien podría pensar que tenéis algo que ver... O que la violación del Santuario os es indiferente. Es de dar ejemplo de lo que

estamos hablando aquí, Builder. Seguro que lo entiendes.

Vació el quinto vaso. Como si nada.

Builder carraspeó. Aquel tipo no era humano.

Mientras miraba sin expresión los cristales oscuros de Ocelot, buscando alguna pista de lo que se escondía detrás, valoró las posibilidades de buscar una alianza con las hijas del viento. Mientras, el predator le escrutaba con una sonrisa de víbora y un ademán todavía más amenazante del que gastaba habitualmente.

Si los desafiaba y perdía, seguiría el mismo camino que Mantis y, bien pronto, Dragonfly.

Todavía no se sentía lo bastante fuerte.

Quizá después de verles desgastarse contra las voladoras podría intentar un acercamiento con los raiders... O, mejor aún, esperar a que acabaran también con ellos y atacarles luego aprovechando la factura que les habrían pasado ambas campañas.

Pero no ahora.

Tendría que pasar por el aro.

—Muy bien —aceptó después de aquella pausa interminable—. Apoyaremos cuanto podamos las represalias contra las hijas del viento. Puedes contar con todo lo que me has pedido.

Ocelot se levantó y apartó la silla de una patada.

—¡Perfecto! Sabía que hablando de hombre a hombre nos entenderíamos. — Volvió a sonreír. Una sonrisa venenosa. Nociva—. Lo quiero en tres días. Y enviaré a alguien para supervisar que empezáis a acumular el material para los puentes.

Se llenó otro vaso y pareció que iba a vaciarlo cuando cambió de parecer y se lo tendió a Builder.

—Bebe —le dijo—. Me parece que lo necesitas más que yo.

Y salió de la habitación sin esperar a ver lo que hacía el otro.

Mientras regresaba a su zona, con la boca pastosa y la vista turbia por culpa de tanto *gorg*, Ocelot no tuvo más remedio que dar una vez más la razón a Wired. Su control de Nyork pendía de un hilo después de lo que había sucedido en el Santuario. Por primera vez se había demostrado que ellos también eran vulnerables. Aquel malnacido de Builder había estado solo a un paso de pegarle un tiro y correr a cerrar una alianza con las voladoras.

Se lo había visto en los ojos.

Por eso él los llevaba siempre ocultos tras las gafas.

Si hubiese llegado a hacerlo, la guerra no habría estado en absoluto ganada para los predators. Demasiados frentes abiertos, incluso para sus armas y su tecnología. Pero, por suerte, Builder todavía les tenía demasiado miedo.

Era lo bueno de tratar con un cobarde: siempre podías confiar en que, al final, se arrugaría.

Decididamente, Wired estaba en lo cierto: había que atar en corto al resto de los

clanes que controlaban. Y hacer un escarmiento lo antes posible con aquellas malditas voladoras. Un escarmiento tan brutal como para que se hablara de él durante muchos ciclos.

Si no, todo se iría a la mierda.

Todo.

Las noticias de las primeras alas abatidas por los francotiradores predators sacudieron las Siamesas. Todo el mundo sabía que Ocelot y Wired responderían, pero nadie esperaba que lo hiciesen tan pronto.

Llevaban tiempo siendo hostigadas por tiradores aislados, como el que había matado a Ladybird. Pero aquello era diferente. Aquella era una ofensiva a gran escala.

En menos de una hora habían sido abatidas tres alas, en puntos fronterizos diferentes. Y una cuarta había escapado de milagro. Dragonfly se vio abrumada por la rápida sucesión de malas noticias, que llegaban desde todas partes. Al final, no tuvo más remedio que prohibir cualquier despegue que no se hiciera en el corazón de su territorio. Y, aun estos, solo si eran indispensables y de corto trayecto.

Moth, nada acostumbrada al peso del liderazgo, empezó a dar muestras de nerviosismo.

—¿Cómo podemos pensar en enfrentarnos a los predators si unos cuantos hombres estratégicamente situados son capaces de dejar todas nuestras alas en tierra? —le dijo a su colega, amargamente—. ¡Qué somos las hijas del viento si no podemos volar! ¿Y si nos hemos precipitado confiando en Syren y los suyos?

La reina blanca trató de calmarla.

—Cualquier guerra exige un precio en sangre, Moth. Eso ya lo sabías. Entiendo que cuando hay que empezar a pagarlo, te parezca inaceptable. Pero tienes que calmarte y asumir que muchas más de las nuestras morirán antes de que esto acabe. Quizá tú y yo las primeras.

—Eso no me asusta tanto como la perspectiva de arrastrar a todo el clan a la perdición —respondió la joven, con ademán sombrío.

Dragonfly se acercó al enorme ventanal y miró al exterior. Continuaba lloviendo a cántaros y la luz era cada vez más escasa. Dentro de nada, aquellos francotiradores no verían ni la punta del cañón de sus armas.

Pero ellas sí serían capaces de volar hacia aquellos enormes edificios, que resplandecían como antorchas descomunales.

—Ten confianza, Moth —le pidió, sin dejar de mirar afuera—. Cuando esté oscuro, serán Ocelot y sus perros quienes empezarán a pagar su cuota de sangre. Y hoy oscurecerá pronto.

Logan había perdido la noción del tiempo, atrapado en su conversación con Ibis. Parecía imposible que alguien tan joven tuviera las cosas tan claras como las tenía

ella. Y fuera capaz de expresarlas con tanta convicción.

Por desgracia, él veía muchos más matices.

Pensó en Madison. En sus cabellos dorados, sus ojos ambarinos y en aquellos rasgos hermosos y serenos que le gustaban tanto. En la calidez de su voz diciéndole que lo amaba y en la mirada llena de angustia con que le había despedido, poco antes de embarcarse en aquel viaje que tenía que cambiarlo todo.

¿Por qué demonios no podía querer a alguien así?

¿Se podía amar a dos personas a la vez, aunque a una más que a otra?

¿Estaba bien?

Y si tenías que elegir a una: ¿era justo quedarse con la que se amaba menos, solo porque había llegado antes? ¿O porque no habías tenido el valor necesario para luchar por la otra?

¿Sería capaz de pasarse la vida junto a Madison con el fantasma de Syren aguijoneándolo día tras día, desde la trastienda de su cerebro?

¿Sería eso justo para Madison? ¿Y para Syren?

Al fin y al cabo, ni siquiera le había concedido la posibilidad de decirle qué pensaba de todo aquel asunto.

Una docena de veces fue hacia la puerta, dispuesto a plantarse en su habitación. Y una docena de veces se detuvo a medio camino, sin saber qué hacer. Renegando de frustración. Maldiciendo a Wren y a su lógica; y a Ibis y a sus sentimientos.

Mientras, afuera, el tiempo se contagiaba de la lucha que se libraba en su interior, y los rayos y la lluvia arreciaban cada vez con más violencia en aquella ciudad que se preparaba en silencio para la matanza.

Syren no había estado nunca tan desconsolada.

Después de que Logan la hubiera destrozado diciéndole que no quería que lo acompañara a la Aguja, usando a Madison como escudo, había deambulado por los interminables pasillos de aquel edificio inmenso hasta ir a parar frente a la puerta de la habitación de Wren.

Ni ella misma sabía si era por azar o algo premeditado.

No se había detenido a considerarlo. Había llamado, mentido y permitido que él la confortara entre sus brazos, como tantas veces en el pasado.

No se merecía a alguien como él. Que siempre, siempre, siempre, estaba cuando le necesitaba. Dispuesto a ponerla a ella por delante de cualquier otra cosa. Amándola incondicionalmente.

¿Por qué era incapaz de sentir lo mismo? ¿Por qué no podía amarlo a él y ya está?

¿Por qué todo tenía que ser tan complicado?

Después de haberse refugiado en él, de haberle dejado hablar de amor y de futuro y de haberle permitido abandonarse en su interior, disfrutando casi tanto como el mismo Wren, se había acurrucado a su lado y había escuchado cómo se quedaba

profundamente dormido.

Feliz como no lo había visto antes.

Se había sentido miserable. Mezquina. Indigna de despertar todas aquellas cosas buenas en alguien como él.

Cuando le había oído la respiración sosegada y notado como se reducía la presión de su abrazo, se había escurrido en silencio de entre las sábanas y había salido de la habitación, sin hacer ruido.

No tenía ni idea de qué haría ahora. De si sería capaz de mantener aquella apariencia que todos considerarían como lo más lógico y deseable pero que a ella la dejaba anegada hasta el cuello en el lodo de la carencia.

De si podría llegar a amarlo alguna vez como él se merecía.

Se había vuelto a perder en aquel laberinto de pasillos, incluso más confundida que antes. Era tarde, pero las Siamesas bullían de actividad. Las hijas del viento se preparaban para la guerra y las que se cruzaban con ella estaban tan ocupadas apenas si le dedicaban una mirada.

La ciudad entera estaba a punto de estallar y ella solo era capaz de pensar en un chico.

¡Era tan patética!

Al final, exhausta, se había abandonado en un rincón, abrazándose las piernas con ambas manos y apoyando la barbilla en las rodillas. Contemplando, sin verlo realmente, cómo la tormenta se ensañaba con la ciudad.

Así la había encontrado Logan.

Incapaz de descansar ni de tomar una decisión, él tampoco había aguantado más en su habitación. Había salido a buscarla, sin esperar dar con ella ni saber lo que haría si llegaba a suceder. Pero cuando la vio tan desvalida el deseo de protegerla fue tan intenso que pasó por encima de todo lo demás.

Se acercó sin hacer ruido, hasta sentarse a su lado.

La primera reacción de ella al darse cuenta fue la de levantarse e irse. Pero él la agarró del brazo para retenerla, y Syren ya no tuvo suficiente fuerza de voluntad para oponerse.

Se quedaron un buen rato así, sin ni siquiera mirarse. Al final, cuando ya parecía que el silencio era todo el que quedaba entre ellos, Logan murmuró:

—¿Servirá de algo si te digo que lo he hecho pensando en ti?

Ella le devolvió una mirada cargada de reproche.

—¿Ah, sí? Y yo que creía que todo era por Madison, pobrecita...

—Syren... Tú sabes lo que siento... —Se quedó a media frase. No quería mezclar a Wren en todo aquello. Quizá no había jugado del todo limpio con él, pero le entendía. Y, al menos, le debía no dejarle mal delante de ella—. Todo esto ha ido muy deprisa. No hace ni una semana, el mayor peligro que había corrido en mi vida era el de tropezar en las escaleras del porche. Y mi preocupación más terrible: cómo decirle a una chica maravillosa que no sentía lo mismo que ella había confesado sentir por

mí. Después, todo se precipitó y acabé aquí. Te he conocido. He visto cómo buenas personas morían para ayudarme. He matado y he estado a punto de que me mataran. Unas cuantas veces. Y esta noche aún nos queda por correr el mayor riesgo de todos. No soportaría que te pasara nada y saber que yo era el responsable. Por eso te he dicho lo que te he dicho hace un rato.

Pero los ojos de ella continuaban rebosantes de rencor.

—Y no verme nunca más: ¿lo habrías soportado? ¡Porque desde que hablamos no he podido dejar de pensar en eso y me está volviendo loca, Logan! Acabo de hacer una cosa horrible, ¿sabes? ¡Y en lugar de sentirme como una mierda por ello, en lo único en lo que puedo pensar es en qué demonios habré hecho mal para que me alejes de tu lado!

Estalló en llantos, y él la abrazó enseguida. Ella trató de rechazarlo. Lo empujó e incluso lo abofeteó un par de veces. Pero él continuó abrazándola hasta que ya no le resultó posible continuar luchando contra lo que sentía, y se abandonó en su pecho.

—¿No tienes miedo de que te maten allí arriba, por mi culpa?

—Lo único que me asusta es que te suceda algo a ti. Pero no nos pasará nada. ¡A ninguno de los dos! ¿Y sabes por qué? Porque estamos hechos para estar juntos. Es nuestro destino. ¡Lo supe apenas se cruzaron nuestras miradas, la primera noche! ¡Nunca he estado tan segura de algo como lo estoy de esto! Y te prometo que he intentado luchar contra ese sentimiento. Pero es mil veces más fuerte que yo.

Logan le acarició la mejilla y se la quedó mirando, con la punta de la nariz rozando la de ella. Sintiendo su dulce aliento en los labios y dejándose deslumbrar por el brillo de las lágrimas que le anegaban los ojos grises.

Él sentía exactamente lo mismo. Ya no le importaba si estaba bien o mal. O a quién hiciera daño con aquello. Una vez la había encontrado en la azotea de aquel edificio semi inundado ya no había habido ningún otro destino posible que ella.

—Syren. —Nunca había hablado con el corazón tanto como en aquel instante—. Pase lo que pase allí arriba te prometo que te llevaré a casa sana y salva.

Ella le puso un dedo a los labios.

—Chsst. Nadie puede prometer nada sobre lo que pasará esta noche, Logan —le cuchicheó, con ternura—. Llévame a casa ahora.

Él le buscó la boca con la suya y se besaron desesperadamente. Rindiéndose a la pasión que sentían y sin importarles otra cosa que saciarla.

La tomó en brazos, sin dejar de besarla, y se la llevó a su habitación. Disfrutando de cada uno de aquellos besos como si fueran a ser los últimos.

Si alguien los vio de aquella manera, ellos no llegaron a saberlo nunca.

Todavía adormilado, Wren alargó el brazo para buscar el cuerpo cálido de Syren al otro lado de la cama.

Solo encontró un vacío gélido y devastador.

El sueño se le pasó de golpe.

Se levantó de un salto y se embutió la camiseta y los pantalones tan rápido como pudo, tratando de controlar aquella sensación que le asaltaba cada vez que las cosas estaban a punto de torcerse. Tuvo que obligarse a no correr por los pasillos mientras iba a la habitación de Syren, tratando de darse a sí mismo una explicación inofensiva para aquella ausencia.

Después de lo que había pasado entre ellos, no podía ser que ella...

¡No! Seguro que era cualquier otra cosa. Quizás incluso algo bueno.

Unas docenas de pasos antes de llegar vio a Ibis, sentada en el pasillo, frente a la puerta de su hermana.

Solo por la forma en que le miró, él supo lo que sucedía. Se detuvo como si acabase de recibir un puñetazo en el pecho.

Ibis no le había visto nunca tan trastornado. Se quedó unos instantes dudando entre irse o llamar y, al final, avanzó hacia la puerta. Ella se había estado temiendo que aquello sucediera y se levantó enseguida para impedirselo.

—¡Wren, para! ¿No ves que solo lo empeorarás aún más?

Al muchacho le temblaba la barbilla.

—No lo entiendo, Ibis. ¡Pero si hemos estado juntos hace solo un rato! Y ha sido ella quien ha venido a buscarme. Creía que...

Ella le hizo un gesto con la mano, para impedir que continuara hablando.

—Te he oído antes, en las escaleras, con Logan —le advirtió. Pero, contrariamente a lo que esperaba, él no se excusó.

—¿Y qué pretendes decirme? ¿Que no tengo razón? Si la convence para que le acompañemos a la Aguja ninguno saldremos vivos de esta. ¡No puedo permitírselo, Ibis! Si es necesario, iré con Logan para ayudarle. ¡Me ofrezco voluntario ahora mismo! Pero no puedo quedarme cruzado de brazos viendo como el resto corréis ese riesgo. Y Syren menos que nadie. ¡Es una locura!

Ibis se dio cuenta de que era sincero. Aunque no hubiera actuado correctamente, lo que le movía era el deseo de protegerla. A ella y a los demás.

Ibis siempre había querido a Wren como a un hermano mayor. Y siempre había creído que su hermana tenía suerte de tenerle. Le compadeció más que nunca.

—Lo siento, Wren. Lo siento muchísimo —le dijo, yendo hacia él para abrazarlo.

Él también la quería. Le permitió que tratara de consolarlo, a pesar de que sabía

que no podría. Nada podría.

—Hay cosas contra las que no podemos luchar —le cuchicheó ella, compartiendo las lágrimas que le brotaban de los ojos—. Son tan fuertes, tan poderosas, que solo podemos echarnos al agua, dejar que nos arrastre la corriente y esperar a que nos lleve al lugar correcto.

—¿Te crees que no lo sé? ¿Qué he hecho yo sino saltar y esperar a que tu hermana viniera a sacarme? Pero a ella eso no le importa.

—La conoces, y sabes que eso no es verdad. Aunque ahora te sientas como si lo fuera.

Wren se apartó de ella. Ibis también tenía razón en eso.

Pero, en aquel preciso instante, no le servía de gran cosa.

Se enjugó los restos de lágrimas que todavía tenía en los ojos con el dorso de la mano y tragó saliva. No podía quedarse más tiempo delante de esa puerta.

—Si tenemos que ir al matadero cuando oscurezca, valdrá más que vaya a preparar algunas cosas —dijo, meneando la cabeza.

Dio media vuelta y empezó a irse. Ibis no se había sentido nunca tan triste por nadie.

—¡Wren! —le llamó—. Puedo hacer...

Él negó con la cabeza.

—No. No puedes. Pero gracias.

Ella esperó a que hubiese desaparecido por el pasillo para sentarse otra vez y permitir que las lágrimas hiciesen su trabajo.

Apenas anocheció, Dragonfly volvió a convocarles a todos.

Cuando Logan entró en la sala, esta vez considerablemente más llena de hijas del viento que las anteriores, lo primero que hizo fue buscar a Wren. Cuando lo vio, le sostuvo la mirada durante unos instantes. Sin rencor. Sin reproche. Pero también sin arrepentimiento. Y sin dudas. Wren movió afirmativamente la cabeza, y acabó apartando la vista.

Ya estaba todo dicho.

En cambio, cuando Syren trató de acercársele, no le demostró lo herido que se sentía pero tampoco fue capaz de hablarle. Le sujetó fugazmente la mano, para indicarle que todo estaba bien entre ellos, y fue a sentarse lo más lejos que pudo, entre Lark y Moth.

La reina blanca estaba tan preocupada con lo que se disponían a hacer que ni siquiera se percató de todo aquel significativo intercambio de miradas y gestos entre sus aliados. Moth sí los vio. Desde el primer momento, algo en el pastor de algas llamado Wren le había llamado poderosamente la atención. Tanto que, desde entonces, lo observaba disimuladamente siempre que tenía oportunidad. Por eso, enseguida se fijó en que su ademán, habitualmente firme y confiado, había sido sustituido por otro mucho más frágil.

Cuando ocupó el asiento a su lado, no pudo evitar preguntarle, bajito:

—¿Estás bien?

Él la miró, sorprendido. La última cosa que habría esperado era que la reina negra de las voladoras se preocupara de cómo se sentía. Consiguió una imitación bastante buena de una sonrisa y le respondió:

—Sí, claro. Solo un poco cansado. Pensar en asaltar el cuartel general de los predators no es la mejor forma de conciliar el sueño.

Moth no le creyó, pero le devolvió la sonrisa. Los hombres de su clan no eran como ese. Se sintió extraña por dentro mientras intentaba encontrar una respuesta ingeniosa.

No tuvo tiempo. La voz de Dragonfly les recordó que tenían cosas más urgentes de las que ocuparse:

—Muy bien, Lark. —Había elegido llamarle por el nombre que le habían dado los pastores de algas antes que por el auténtico—. Repasemos el plan una vez más.

El muchacho se levantó. Parecía un gigante deshilachado, rodeado de muchachas menudas y todavía más delgadas que él mismo.

—De acuerdo. Para las que aún no lo sepan, nos proponemos atacar, simultáneamente, los cuarteles generales de techs y predators: la Aguja y la Cúpula.

Un golpe que esperamos que decante el curso de la guerra casi incluso antes de que esta empiece.

Un murmullo escéptico se levantó entre las voladoras que asistían por primera vez a una de aquellas conferencias. Lark esperó a que superaran la sorpresa inicial y, como si aquello no fuera nada, continuó diciendo:

—Un primer grupo, que dirigirá la reina Dragonfly en persona y en el que también estarán Syren, Logan, Wren, Dacnis e Ibis, atacará por sorpresa el mirador de la Aguja. Mis hermanos se dejarán caer allí y sabotearán las antenas que controlan parte de las defensas construidas por los techs para ellos. Yo ya les he instruido sobre cómo hacerlo.

Syren se removió, incómoda, en su asiento. La Aguja no tenía más defensas que los cientos de predators armados hasta los dientes que vivían allí. Aquella era la única parte del plan que era mentira. Pero Lark había insistido en justificar de aquella manera la necesidad de que los llevaran al lugar donde se abriría el portal. La verdad, insistía, era demasiado complicada e inverosímil como para esperar que las voladoras la entendiesen. Y, además, implicaba hacerles correr un gran peligro para algo de lo que ellas no sacarían ningún beneficio.

Podían negarse. Y si lo hacían, todo habría sido en vano. *Si todo sale bien*, había insistido Lark, *solo os echarán de menos en el momento de la celebración de la victoria*.

A regañadientes, Syren había accedido a mentir a sus aliadas.

El universo de Logan dependía de ello.

Y también su plan de fuga.

—Mientras —continuó Lark, sorprendentemente cómodo en el papel de general rebelde—, un segundo grupo liderado por Moth y equipado con vestidos voladores se colará en la parte superior de la Cúpula.

—¡Eso es imposible! —dijo con firmeza, desde el extremo más alejado de la sala, una atractiva voladora, que parecía de bastante más edad que el resto—. No hay manera de aterrizar en lo alto de la Cúpula.

—Te equivocas, Flea —intervino enseguida Moth, haciendo patente para el resto que la que había hablado era de las suyas—. Estoy segura que es posible aterrizar en los balcones superiores utilizando vestidos voladores.

—¿Con este vendaval? ¿Y los rayos? ¿Y el agua que mojará los trajes y los hará más pesados? —insistió Flea.

—El viento es nuestro amigo. Él nos llevará a donde queremos ir y nos permitirá también aterrizar seguras. Claro que, si no quieres venir, nadie te obliga.

Flea calló enseguida. Las hijas del viento no eran muy tolerantes con quienes se echaban atrás ante el peligro.

Aunque estuvieran cargadas de razón.

—La misión del segundo equipo —continuó Lark cuando estuvo seguro de que nadie volvería a interrumpirle— será solo la de crear confusión. Romper unas cuantas

ventanas; iniciar un fuego, si es posible; hacer mucho ruido... y salir pitando, igual que han llegado.

—¿Tanto riesgo solo para eso? —Se atrevió a volver a preguntar Flea.

—Solo, no —sonrió Lark, malévolo—. Mientras ese grupo hace saltar las alarmas y crea el caos, yo me infiltraré en las plantas húmedas del edificio y me conectaré con el híperbook al sistema de seguridad. Lo desactivaré y dejaré la torre sin defensas y con la puerta abierta. Podréis entrar por allí como entraríais en una de vuestras preciosas Siamesas.

—¿Un ataque por tierra? —dijo otra de las voladoras, esta más joven—. Pero nosotras no luchamos así.

—Precisamente por eso no esperarán nunca que lo hagáis. Si todo sale como está previsto, podréis arrasar la Cúpula de abajo arriba.

—¿Y Wired? —preguntó Dragonfly, que hasta entonces no había querido tocar aquel tema tan delicado para Lark.

—Haced lo que haya que hacer —respondió él, bajando la cabeza sin mirar a ninguna parte en concreto—. Ha sido él quien ha empezado todo esto.

—¿Qué pasa con los predators? ¿No protegen también la Cúpula?

—Lo hacen. —Era Moth quien volvía a responder—. Pero antes de vernos obligadas a suspender todos los vuelos, una de nuestras exploradoras pudo ver como varias partidas de hombres abandonaban su zona. Creemos que son emisarios que envían a los otros clanes para asegurarse de su apoyo antes de invadirnos. Si estamos en lo cierto, hemos tenido suerte. Esta noche tendrán mucha menos gente para defender sus territorios.

Unas cuantas voladoras sonrieron en señal de acuerdo. Empezaban a pensar que aquello podía salir bien.

—¿Cómo llegaremos a la base de la Cúpula? —preguntó Flea, aunque esta vez con menos escepticismo que antes.

—Aprovechando la oscuridad, volaremos con los vestidos hasta la azotea de un edificio vecino. Desde allí, sin que nos detecten, nos descolgaremos con cuerdas hasta las plantas húmedas. Y el resto del camino... nadando. Lark os estará esperando al otro lado, a punto para haceros entrar.

—¿Nadando? —dijo, horrorizada Flea, a quien el agua no asustaba menos que al resto de sus hermanas—. ¿Y si tú estás en la Aguja, Moth, cien pisos por encima, y Bee todavía recuperándose, en quién has pensado para que lidere este grupo?

—Creo —respondió la reina blanca, mirándola fijamente— que solo conozco a una mujer que esté lo bastante loca para aceptar hacer una cosa así...

Flea resopló, meneando la cabeza.

Aunque tenía las aptitudes necesarias para ello, después de la elección de Moth, y a su edad, ya no sería nunca reina de las hijas del viento. Ahora, Dragonfly le estaba ofreciendo un papel digno de la más heroica de las monarcas. Si el plan funcionaba, su nombre se cantarían al amor de la lumbre muchos ciclos después de su muerte.

Cosa que, por otro lado, podía suceder muy pronto si aceptaba aquella misión.

—Lo bastante loca, y lo bastante estúpida —dijo al final, aceptando el reto—. Solo espero no acabar en la barriga de uno de esos selachiphormes tan odiosos. Nadie se rio de aquel chiste. Ni siquiera la propia Flea.

Apenas Dragonfly dio la reunión por terminada, Wren salió a toda prisa de la sala, evitando cualquier tipo de contacto con Syren. Ella le vio irse, desde el otro extremo, pero no se atrevió a seguirle.

En realidad, no tenía ni idea de qué iba a decirle para evitar que la odiara.

Y con toda la razón, además.

Logan se dio cuenta de lo que hacían la una y el otro, pero prefirió fingir que no. Entendía demasiado bien por lo que estaba pasando Syren y no pensaba ser él quien la presionase.

Cuando se le acercó, ella reaccionó como solía en aquellas situaciones: huyendo.

—He pensado en ir a ver cómo sigue Bee —le dijo—. ¿Tú qué vas a hacer?

El muchacho entendió que aquella pregunta excluía la posibilidad de acompañarla. Esperaba que ver a Wren la afectase, pero cuando la vio levantar de nuevo barreras entre ambos le dolió más de lo que habría querido.

Les quedaba mucho camino para ser una pareja. Especialmente si ella iba a echar a correr cada vez que pensaba que podía haber herido a Wren.

Pero ahora no era el momento de hablar de eso.

—Le echaré un vistazo a los almacenes, a ver si doy con algo más que nos pueda ser útil —mintió, para darle espacio—. ¿Comemos algo juntos, antes de salir?

—Eeh... Sí. O no. No lo sé. No me esperes. Si puedo, te buscaré cuando haya terminado, ¿vale?

Le salió una excusa tan pobre que habría querido abofetearse a ella misma. Notó la desilusión en sus ojos y, una vez más, volvió a sentirse la peor persona del planeta.

—De acuerdo. Estaré por aquí. Ya sabes...

Le vio dar media vuelta y alejarse mientras se maldecía por aquella habilidad innata suya para hacerle más daño a los que más quería. Después, ella misma salió de la sala vacía y se fue directa a ver a Bee.

Wired se sirvió una copa de su brandi favorito del mueble bar que había en un rincón del estudio. Lo saboreó y fue a sentarse detrás del enorme escritorio de madera maciza. Llevaba días pensando que debería haberse ocupado de aquel asunto, y ahora le invadía una vaga sensación de inquietud por haberlo dejado pasar tanto tiempo.

Del bolsillo interior de la chaqueta extrajo una pantalla que desplegó sobre la mesa, hasta ocupar buena parte de la superficie. Estaba hecha de un polímero cuya densidad variaba según las condiciones. Eso le permitía ser sólido cuando era necesario y totalmente flexible a la hora de guardarlo, aunque fuese en un espacio tan reducido como un bolsillo. Pulsó el botón de conexión y puso el dedo sobre el sensor, para que la máquina pudiera reconocer su ADN. Solo él podía utilizar aquel ordenador cuántico. Cuando una lucecita verde le indicó que estaba a punto, se puso a ello.

Un movimiento de la mano era suficiente para ejecutar cada acción. Y muchas podían hacerse cerrando los párpados o con solo un parpadeo.

Metódica y concienzudamente, empezó a registrar todos los rincones de la pequeña red que él mismo había vuelto a levantar en Nyork. Habitualmente, su estudio, ubicado en los pisos superiores del edificio, habría disfrutado de la luz del sol, que entraba a raudales a través de los enormes ventanales triangulares. Hoy, sin embargo, la tormenta que se ensañaba con la ciudad lo tenía casi a oscuras.

Podría haber encendido una luz, pero no lo hizo. Quería reservar toda la energía posible. Estaba seguro de que la necesitarían muy pronto. Se conformó con el tenue resplandor que le proporcionaba la pantalla.

Terminó las primeras comprobaciones. Ni rastro de Link. Aunque tampoco esperaba encontrarlo tan fácilmente. El muchacho era lo bastante listo como para saber borrar sus huellas.

Pero él aún lo era más.

Echó otro trago, sin apartar la vista de la pantalla.

Dejar el híperbook en manos de los constructores de puentes era una trampa tan evidente que sonrojaba. Al fin y al cabo, ¿quién podía querer uno sino él? Por eso estaba convencido de que su hijo no podría evitar caer en ella: porque pensaría que había gato encerrado y sería tan arrogante como para creer que podría manejar la situación.

Todavía tenía el regusto cálido del licor en la garganta cuando decidió activar el troyano. Era su jugada maestra. La puerta trasera que Link no encontraría porque ni siquiera se le ocurriría buscarla.

Pese a lo que había pasado entre ellos, lo conocía bien. Tenía cerebro, pero era

previsible. Se lo imaginaba peinando el software, encontrando las trampas más evidentes que había dejado allí para él, y sintiéndose superior a su padre.

Luego buscaría las otras: las pensadas para no ser detectadas. Y también las desactivaría. Lo decepcionaría mucho si no lo hacía.

Y, por supuesto, tampoco se conectaría nunca lo suficiente desde el mismo lugar como para permitirle rastrear su posición.

Pero se apostaba lo que fuera a que el troyano se le escaparía.

Además de dispositivos de rastreo y programas de seguimiento ocultos en lugares impensables, Wired había culminado su trampa con un último dispositivo de su invención.

Algo que Link ni siquiera sospechaba que existía.

Se trataba de un software que, cada vez que el híperbook se conectase, enviaría una copia de todo aquello en que estuviera trabajando el ordenador de Wired. No servía para rastrearlo ni permitía sabotear lo que hacía. Pero le mostraba, con todo lujo de detalles, hasta su último movimiento.

Desde que Link se les escurrió de entre los dedos la última vez, habría debido de rastrearlo a diario. Pero primero la inesperada oferta de Mantis y luego la llegada de ese malnacido de Logan habían acaparado su atención. De no ser por ello, habría accedido mucho antes a aquella información y visto en qué chapuceaba el chico.

Ahora se maldecía por no haberlo hecho.

En fin, ya no tenía remedio.

Comprobó los datos del troyano. Había más de lo que se esperaba. Como preveía, su chico había sido cuidadoso. Se había conectado varias veces, en períodos cortos... pero no lo bastante como para no dejar ciertas pistas. La primera había sido desde muy cerca de donde estaba: casi con toda probabilidad en algún punto del territorio de Builder, el mismo día que lo había conseguido. El resto habían tenido lugar desde bastante más lejos. Apostaría lo que fuese a que desde el corazón mismo de la zona controlada por las voladoras.

Lo más interesante, sin embargo, no era aquella información, que no le servía para nada que no fuese confirmar lo que más o menos ya sabía.

No. Lo mejor era la ristra de complicados cálculos cuánticos que había estado realizando y que ahora aparecían en pantalla.

¿Qué demonios estás haciendo, Link?

Echó otro trago de brandi y parpadeó varias veces para abrir otras tantas ventanas en la pantalla. Eran unas ecuaciones tan complejas que incluso él necesitó un buen rato para empezar a entenderlas.

Su hijo no podía haber hecho aquello. O, cuando menos, no solo.

Alguien debía de haberlo dirigido.

Mierda.

Logan.

Así que, después de todo, él no había sido el primero en contactar con el emisario.

Pero, si Link estaba con las voladoras, ¿entonces por qué diablos lo habían capturado, solo, fuera de su territorio?

Apartó los ojos de la pantalla, con una mueca de disgusto. Había estado tan ansioso por ganarse la confianza de aquel forastero a quien llevaba tanto tiempo esperando que no le había hecho todas las preguntas que debería.

Ni siquiera las más adecuadas.

¿Cómo había podido ser tan estúpido?

Se concentró en los cálculos. Necesitaba descubrir a cualquier precio para qué eran. Si el forastero le había engañado y ya había cerrado una alianza con las voladoras —el corazón se le aceleró solo de pensarlo—, podían estar en un peligro infinitamente peor de lo que creían.

Pero, entonces, ¿a qué había venido la oferta de paz de Mantis? ¿Y aquella jugada desesperada de plantarse en el Santuario incluso después de perder a Link? ¿Para qué correr un riesgo semejante si tenía un aliado como aquel?

Dio un puñetazo sobre la mesa. ¡Demasiadas preguntas sin respuesta!

Lo único que tenía, a cambio, eran aquellas series de ecuaciones.

Se concentró en ellas.

Como nunca antes se había concentrado en otra cosa.

Syren encontró a Bee infinitamente mejor de lo que la había dejado apenas un puñado de horas antes.

La joven estaba consciente, medio incorporada sobre una cama bastante mayor y más cómoda que la que ella tenía en su habitación, y con una expresión cansada pero serena.

Sonrió al verla entrar. También Dacnis. La sanadora solo se había permitido separarse brevemente de su lado cuando había visto que lo peor había pasado. Pero ya estaba de vuelta. Bee era su pequeño milagro y quería dedicarle la atención que se merecía.

—¿Cómo estás? —le preguntó, acercándose hasta poder cogerle de la mano.

—¡Rabiosa por no poder acompañaros! Pero tu sanadora se empeña en impedírmelo.

—No, por favor. No me agradezcas otra vez que te haya salvado la vida —respondió Dacnis levantando las manos—. ¡No podría soportar tanta gratitud de una sola vez!

Bee quiso reírle la gracia pero solo consiguió una mueca de dolor. Estaba más débil de lo que pretendía aparentar.

—Bien, quizá tengas un poquito de razón en lo de que aún no estoy a punto... —Tuvo que reconocer—. Os las tendréis que apañar sin mí.

Syren le apretó la mano.

—Todavía no te he dado las gracias por lo que hiciste en el Santuario. Sin ti, ahora estaría muerta.

Bee negó con la cabeza, restándole importancia.

—Tú habrías hecho lo mismo por mí. En realidad, lo hiciste. Dacnis me ha contado lo que pasó con Cheetah.

Syren bajó los ojos, sin decir nada. Continuaba sin poder quitarse de la cabeza la mirada de la predator mientras se precipitaba hacia la muerte, rodeada de una erupción de esquirlas color esmeralda.

Bee la comprendió.

—La primera vez es la peor —le dijo, devolviéndole el apretón con delicadeza—. Pero terminarás superándolo. Ya lo verás. Todo el mundo lo hace. La próxima vez te resultará mucho menos duro.

—¿La próxima vez? ¡No querría tener que volver a matar nunca más!

La hija del viento la miró con expresión de sorpresa.

—¿No? Pues en ese caso no entiendo qué vas a hacer esta noche en la Aguja...

Syren se vio superada por la crudeza del razonamiento. Pero la intención de Bee

no había sido violentarla y, cuando se dio cuenta, no insistió.

Intercambiaron unas cuantas frases intrascendentes más, hasta que Dacnis carraspeó ostensiblemente.

La herida necesitaba reposo.

Una le deseó suerte, y la otra, una rápida recuperación. Syren salió de la enfermería todavía dándole vueltas a la terrible perspectiva de tener que matar de nuevo. Casi había llegado a aquellas interminables escaleras de subida cuando oyó la voz de Dacnis llamándola:

—¡Syren, espera!

Se giró y vio la asiática corriendo hacia ella.

—¿Qué sucede, Dacnis? ¿Va todo bien con Bee?

—¿Qué? Oh, sí, sí. Saldrá adelante. Siempre y cuando no haga ninguna estupidez. Escucha, quería decirte que... No voy a ir con vosotros esta noche.

Syren se sintió como si la hubiesen abofeteado.

—Pero, Dacnis...

—¡Espera! Piensa un poco antes de intentar convencerme. Lark no es un verdadero pastor de algas. No puede ir él solo, nadando hasta la Cúpula. ¡Me parece imposible que ninguno de vosotros no haya caído en ello! Necesitará ayuda. Y yo quiero ser quien lo haga.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer?

—Completamente —y, añadió dándole a su voz un tono de confianza—: yo no querría irme sin él.

Syren no se sorprendió de oírlo. De hecho, ahora se daba cuenta, de alguna manera incluso había estado esperándolo. A ella siempre le había parecido obvio lo que Dacnis sentía. No hacía más que ser consecuente.

—¿Lo sabe?

—¿Que voy a ir con él o que le amo? —Sonrió sin alegría—. Lo de acompañarle, pensaba subir a decírselo ahora. Lo otro... Bueno, estuvimos hablando la otra noche, cuando nos oyó Fairy, y creí habérselo dejado claro. Pero no ha pasado nada más.

—Y aun así te quedas.

—Si no lo hago, nunca tendrá la oportunidad. ¿No te parece?

Era verdad, por supuesto. Por un instante, Syren la envidió. Tenía la libertad para seguir a su corazón y el valor de hacerlo.

Dos cosas por las que ella habría dado lo que fuera.

—Pero y si él no...

—No lo sé, ni quiero pensarlo. Pero lo que sí sé es que no podría vivir ni en este universo ni en cualquier otro sabiendo que no había hecho todo lo posible para estar juntos. ¡No sabes cuánto le quiero, Syren!

Lo sé, Dacnis. Lo sé mejor de lo que crees.

—Veo que no puedo hacer nada para hacerte cambiar de opinión.

—No. No puedes.

—En ese caso, hermana, solo me queda desearte suerte... y pedirte que te cuides. Y que lo cuides también a él.

Se abrazaron.

—Y vosotros id con mucho cuidado ahí arriba. Me temo que la nuestra no es, ni de lejos, la parte más peligrosa del plan de Lark.

Syren prefirió no decir nada.

Habría sido estúpido negarlo.

Wired se echó atrás, hasta apoyarse en el respaldo de su butaca.

¡No podía ser verdad!

Lo que había estado calculando Lark eran unas coordenadas. La ubicación de un lugar concreto, allí mismo, en Nyork, basándose en el sistema de cartografía que utilizaban los antiguos.

Lo repasó por tercera vez. No había error posible.

Lark había calculado la posición exacta de la Aguja sobre un mapa.

Se levantó de un salto. Estaba claro que su hijo y el maldito Logan habían estado trabajando juntos. Y que, por algún motivo, lo que buscaban, fuera lo que fuese, estaba en el cuartel general de los predators.

Aquello era muy grave.

Se abalanzó sobre el intercomunicador que había en el otro extremo de la mesa, junto a la pantalla plegable. ¡Tenía que hacer regresar a Ocelot enseguida! Hasta que no estuvieran seguros de qué era lo que buscaban en la Aguja, y ponerlo a salvo, había que blindar todo el lugar.

Aquellas voladoras del demonio estaban tan locas como para intentar cualquier cosa.

Manipuló el aparato. Pero, en lugar de la voz rugosa del predator, este solo le devolvió el crujido exasperante de la estática.

Corrió hasta la ventana para mirar al cielo con el rostro lleno de impotencia. La tormenta, que ya era mala, se las había ingeniado para empeorar aún más. Apenas se veía nada al otro lado de los cristales, perlados de lluvia.

¿Ocelot, dónde diablos te has metido?

Colgado del cinturón de Ocelot, el intercomunicador que le había dado Wired ni siquiera parpadeó cuando el tech quiso ponerse en contacto con él. Aquel temporal de violencia inusitada convertía en inútil un aparato de ese tipo.

Pero, incluso sin tormenta, el líder de los predators posiblemente no habría contestado. Estaba sentado, cara a cara, con Bishop, el jefe de los hermanos del caparazón, y no tenía tiempo para distracciones. Solo llegar a su territorio, al oeste del que dominaban ellos, le había obligado a hacer un trayecto largo y peligroso, atravesando puentes precarios, barridos por el viento y la lluvia. Y, apenas puso un pie allí, se encontró con un recibimiento aún más hostil del que le habían dispensado Builder y los suyos. Los hermanos del caparazón podían ser el menor de los ocho grandes clanes de Nyork, pero eran una gente dura y orgullosa. Dominaban una zona bastante extensa, dado que la mayoría de sus edificios eran de ladrillo y terracota, más antiguos y de menos altura que los de los otros grandes clanes y, por tanto, capaces de albergar a no demasiados ocupantes. A cambio, las pocas plantas secas de las que disponían también solían ser más confortables que las de la mayoría.

Después de que Ocelot apareciera por sorpresa en la linde de su territorio y exigiera ver a su líder, el encargado de custodiar el otro extremo del puente, un joven pecoso y espigado llamado Deacon, lo había conducido a través de toda una red de pasarelas hasta llegar al lugar donde vivía el jefe de los hermanos del caparazón. Era un enorme apartamento de dos plantas situado en un edificio del que solo sobresalían del agua dos torres rectangulares idénticas, con fachadas de seis ventanas por cara y acabadas en dos torretas elegantes, coronadas por sendas puntas, y unidas por una estrecha pasarela casi en su parte más alta.

De todos los jefes de clan de Nyork, Bishop era quien llevaba más tiempo siéndolo. Algo que aún era más meritorio si se tenía en cuenta la media de edad de los hermanos del caparazón, la mayoría muy jóvenes. Hacía ciclos que había superado los cincuenta, muchos más de los que conseguía cumplir casi nadie, fuera del clan que fuese. Aun así, se mantenía ágil y musculoso. Pero el pelo y la perilla, cada vez más grises, le delataban. Tenía los ojos pequeños, la cara escurridiza y surcada de arrugas, y los brazos, pétreos, hendidos de cicatrices. Y, como todos los hermanos del caparazón, su caja torácica era enorme, para abarcar unos pulmones sobredesarrollados que le permitían hacer largas inmersiones sin salir a respirar. Además, le faltaban tres dedos de la mano izquierda, que llevaba envuelta en una especie de guante negro para disimular la pérdida.

Consideraba aquella carencia un precio bastante razonable por todos los ciclos que se había pasado esquivando selachiphormes, enganchado a uno de sus quelonios

gigantes, en inmersiones arriesgadísimas. Y más aún teniendo en cuenta que el escualo que se los había arrancado había tenido la deferencia de dejarle el pulgar, lo que le permitía hacer pinza. Había llegado a ser tan habilidoso con solo dos dedos que muchas veces ni siquiera echaba de menos los que ya no estaban.

Sentado frente a él, había escuchado las exigencias de Ocelot con indignación creciente. Llevaba mucho tiempo soportando a duras penas el despotismo de Wired y sus tiburones. Y ahora, encima, venían pidiendo más. En puertas de la estación fría.

Entrecerró los ojos, empequeñeciéndolos aún más, y se inclinó hacia el predator para espetarle con su voz áspera:

—¿Y si te dijese que mi gente no podrá entregarte más de lo que ya te da? La pesca no ha sido buena, últimamente. Tenemos a muchas mujeres embarazadas y aún más niños. Y no disponemos ni de la mitad de tierra que vosotros para los cultivos.

El viento silbaba con violencia al otro lado de las ventanas, que conservaban todas los cristales intactos. Como si quisiera apoyar la velada amenaza de Bishop.

Cualquier otro hombre se habría sentido intimidado. Ocelot se limitó a bostezar, como si todo aquello lo aburriera mortalmente.

—¿Y si yo te dijera que, si me pones las cosas difíciles, volveré con mi gente, mataré hasta la última de tus zorras preñadas y de tus bebés llorones, y a ti te cortaré las pelotas y te las haré comer delante de los pocos a los que deje con vida, para convertirlos en esclavos?

Mientras hablaba, Ocelot deslizó una mano bajo la mesa y desfundó la automática del 45 que llevaba colgada de la cadera derecha. Su amenaza había sido brutal, y no estaba seguro de lo que sucedería a continuación.

Si tenía que empezar una carnicería allí mismo, lo mejor sería disparar él primero. Justo entre las cejas de Bishop. A ver qué hacían sus cachorros cuando el perro grande ya no estuviera...

Pero el hermano del caparazón no había llegado a viejo por casualidad. Veía el arsenal que exhibían los predators y lo comparaba con sus machetes, arcos y ballestas, de los que sus muchachos se sentían tan orgullosos.

Y tampoco se le había escapado la maniobra de Ocelot, por debajo de la mesa.

Si se negaba, quizás ahora podrían acabar con todos, amparados en su enorme superioridad numérica. Pero cuando escampase la tormenta, tendría allí a un par de centenares de predators, armados hasta los dientes, para hacer efectiva la amenaza de Ocelot.

No quería acabar como los pastores de algas.

Se echó atrás en la silla y relajó la expresión. No mucho, pero lo bastante como para que el otro se diera cuenta de que había ganado y volviese a poner la mano sobre la mesa.

—Lo tendrás —dijo, masticando las palabras—. No sé cómo, pero lo tendrás.

Ahora que la amenaza había surtido efecto, Ocelot podía relajar también el tono.

—Wired quiere que te recuerde que existe una manera de rebajar los nuevos

impuestos...

Bishop se lo había estado temiendo. No era la primera vez que el líder de los techs le ofrecía rebajar los tributos que le exigía a cambio de que hiciera una inmersión especial para él. Había accedido en dos ocasiones. Con el resultado de seis hombres muertos y un séptimo que había perdido una pierna. El sacrificio había servido para que ellos conservaran una parte sustanciosa de la cosecha y los predators recibieran dos cargamentos de armas, salidas de los depósitos que Wired les había encargado saquear.

Era un trato sangriento, que los debilitaba aún más al aumentar la potencia de fuego de sus enemigos. Pero que también les permitiría conservar las suficientes provisiones como para alimentar a mujeres y a niños, aunque fuera mal, durante la estación que se avecinaba.

Se trataba de escoger entre una opción mala y otra nefasta.

—Lo haremos. —Bishop era uno de esos hombres que nunca usaba tres palabras si podía expresarse con dos.

—¡Espléndido! Ahora me doy cuenta de por qué hace tantos ciclos que trato contigo: tienes más cerebro que pelotas. Cuando mejore esta mierda de tiempo, enviaré a alguien que te mostrará el lugar de la inmersión. Quiero dos cajas de armas y seis de municiones. Y, sobre todo, una ametralladora del 50. Una bala menos de eso y volveremos al tributo original. ¿Entendido?

Bishop asintió con la cabeza.

El predator se levantó. Su trabajo estaba hecho. No tenía sentido quedarse más tiempo allí, tentando a la suerte. Y todavía le quedaban dos clanes más por extorsionar.

Cuando se dio la vuelta, una luz parpadeó en el aparato que llevaba colgado del cinturón. Deacon, que había sido testigo silencioso de la entrevista, estuvo a punto de alertarlo, en una reacción casi inconsciente.

Pero la mano de Bishop, atenazándole el antebrazo, lo hizo callar justo a tiempo para que el predator ni siquiera se diese cuenta de que había tratado de decirle algo.

Bishop contempló al joven con reproche.

¿Cuándo comprendería aquel muchachito parlanchín que el silencio era una virtud?

Lark estaba a punto de salir.

Había conseguido una mochila impermeable donde había guardado el maletín con el híperbook, un poco de comida y un último tesoro rescatado por Logan del almacén de las hijas del viento: una bengala para hacer señales. Habían acordado con Dragonfly que solo la usaría si algo fallaba y había que avisar al pelotón de Flea de que tenían que salir por piernas. Además, la reina blanca le había hecho un último regalo especial: un kukri afiladísimo, dentro de una vaina de piel de selachiphorme. *Ojalá no tengas que usarlo*, le había deseado al dárselo.

Eso mismo esperaba él: *ojalá*.

Estaba listo para empezar el largo trayecto hasta la Cúpula cuando oyó que llamaban a la puerta.

—¡Dacnis! ¿Qué estás haciendo aquí?

La sanadora le miró con una sonrisa, mientras esperaba a que la invitara a entrar.

—Te invitaría a pasar —dijo él, dándose cuenta—, pero es que estaba a punto de irme. El camino es largo hasta la Cúpula.

—De eso mismo venía a hablarte —respondió ella sin dejarse desanimar por su escaso entusiasmo—: Te acompaño.

—¿Qué? No. Eso sí que no. ¡Ya puedes ir quitándote esa idea de la cabeza! —dijo él, ahora sí que apartándose para dejarla pasar.

—No seas loco y escucha: ¿No te das cuenta de que tú solo no llegarás ni a medio camino?

—Todos correremos muchos riesgos, hoy. He aprendido más del agua y de lo que se esconde en ella de lo que crees.

—Lo sé. Igual que sé que, sin mí, no lo conseguirás.

—¿Y contigo sí?

—No hay nada seguro en este mundo. Pero tus posibilidades subirán como la marea una noche de luna llena, sí.

—Buen intento. Pero te quedas. Es demasiado peligroso.

—¿Más peligroso que asaltar la Aguja a bordo de un ala?

Ahí le había dado...

—Posiblemente no, pero el premio merece mucho más el riesgo.

Ella le miró fijamente y con una intensidad que consiguió que, de una vez por todas, él dejase de verla como una niña grande.

—Es que el premio que yo quiero se quedará aquí.

—Dacnis, yo...

—No digas nada. Ya sé que todavía es demasiado pronto. No me importa. Al

contrario, lo prefiero. Eso significa que algún día también podrías amarme a mí de la misma forma.

—¿Lo sabías?

Ella movió la cabeza.

—¿Por qué cuando me miráis ninguno de vosotros ve más allá de mi juventud? ¿Por qué nadie es capaz de ver también a la sanadora? La que cura los cuerpos... y las almas. Sois todos como libros abiertos para mí. Si no lo fuerais, yo sería una pésima sanadora. Y no lo soy. De hecho, soy incluso mejor de lo que nunca lo fue mi abuela. Bee puede confirmártelo, si no me crees.

Esbozó una mueca burlona al comprobar la cara de estupor que ponía Lark y continuó:

—Pero ahora no estamos hablando de eso. Hablamos de que me necesitarás para abrir las puertas de la Cúpula. Y tú lo sabes mejor que nadie. ¡Tienes que estar muerto de miedo ante la perspectiva de tener que nadar tanto!

Lark inclinó la cabeza. Era verdad: lo conocía quizás incluso mejor de lo que se conocía a sí mismo.

De acuerdo, tú ganas.

El rostro de Dacnis se iluminó con una sonrisa de triunfo, mientras se colgaba su bolsa de remedios del hombro.

¿A qué esperamos?

Wren miraba fijamente por la ventana.

Desde hacía un rato, la tormenta había empezado a amainar. Todavía llovía a cántaros, y el vendaval aún era considerable. Pero ya no parecía amenazar con arrasarlo todo a su paso y dejar solo escombros.

Así era justamente como él se sentía: escombros por dentro y con ganas de quemarlo todo a su paso.

En eso era en lo que se había convertido: en una tormenta. Solo buena para hacer daño.

Pues lo haría. ¡Vaya si lo haría!

Se apartó de la ventana y fue hasta la cama. Encima estaba la Beretta y los cuatro cargadores llenos de balas que todavía le quedaban.

Suficiente como para enviar a unos cuantos predators al infierno, si apuntaba bien.

A él no le pesaban los muertos como a Syren. Ni el predator al que había matado durante la fuga del territorio de Builder, ni siquiera las cuatro hijas del viento a las que había acribillado a tiros en ese mismo edificio. Él le habría matado si le hubiese dado la oportunidad. Y ellas habían matado a Fairy ante sus ojos. Solo sentía no haber apretado el gatillo lo suficientemente rápido como para que Fairy todavía siguiese viva.

Las cosas eran así en Nyork.

¿Acaso los asesinos de sus padres y sus tres hermanas veían las caras de sus víctimas antes de dormirse?

No. Seguro que no.

Pues él tampoco pensaba arrepentirse de nada. Mataría a tantos de esos salvajes como pudiera; y ojalá algún día su nombre inspirase en los predators la mitad del miedo que había provocado el de Cheetah entre su gente.

¡Habría dado cualquier cosa por ser él quien la hubiese enviado al infierno!

Se volvió otra vez hacia la ventana, justo a tiempo de ver como un relámpago resquebrajaba el cielo plúmbeo.

Y una idea le traspasó igual que aquel cuchillo de luz había herido las nubes.

¿Y si era por eso por lo que Syren no podía amarle? Porque intuía aquel lado suyo, tan oscuro, y la asustaba.

Si ese era el motivo, no podía reprochárselo.

Pensó un instante en Logan. En aquella expresión devastada que ponía cada vez que recordaba que había tenido que quitar una vida y que lo acercaba aún más a Syren. A pesar de aquello, tuvo que admitir, era valiente y parecía bastante honesto. En otras circunstancias incluso habrían podido ser buenos amigos.

Ahora, sin embargo, solo sentía rencor hacia él.

Pero no permitiría que eso afectase su conducta una vez estuvieran en la Aguja. Lo que importaba de verdad era Syren, y haría lo que hiciese falta para que, por lo menos ella, lo consiguiera.

Lo que hiciese falta.

Alguien llamó a la puerta. ¿Era la hora? Ocultó la pistola entre el cinturón y la camiseta oscura que llevaba y fue a abrir.

Encontrarse con Moth, ataviada ya como la reina negra de las hijas del viento, le dejó de una pieza.

—Señora... —Acertó a decir—. ¿Qué sucede? ¿He hecho algo que...?

Ella sonrió, resquebrajando por un instante su imagen impresionante. Su aspecto no era, ni de lejos, tan intimidador como había querido serlo el de Mantis. Pero aun así estaba magnífica. Con el vestido de neopreno ajustado, el collar y los brazaletes reales adornándole el cuerpo y los antebrazos y la cara maquillados de blanco, para acentuar la nocturnidad de los ojos y del pelo, que llevaba recogido en una larga cola de caballo, Moth parecía una joven diosa.

—No, no. Perdóname si te he sobresaltado, no era mi intención. Estamos a punto de salir, pero antes de irnos he querido pasar a verte para darte una orden personal.

Wren estaba confuso. ¿Una orden de la reina negra? ¿Para él? De todos modos, la autoridad que emanaba de Moth le hizo sentirse obligado.

—Lo que sea, mi señora. Si está en mis manos...

—Lo está —le aseguró ella. Y le rozó por un brevísimo instante el dorso de la mano con la punta de los dedos—. Es muy sencillo, pastor de algas: *Vuelve*. Solo te

ordenó que vuelvas, ¿me entiendes? Y no te atrevas a desobedecerme, o te aseguro que te las verás conmigo.

Y, sin decir más, dio media vuelta y recorrió majestuosamente el pasillo, hasta perderse de vista.

Tras su conversación con Dacnis, Syren había cambiado de idea y había corrido a buscar a Logan. Sabía lo que eso podía hacer a Wren si se enteraba, pero lo que le había dicho la sanadora la había hecho reflexionar.

Dentro de unas cuantas horas, podían estar todos muertos. Y ella necesitaba pasar el tiempo que aún le quedaba en el único sitio en el que quería estar.

Su expresión al verla aparecer, cuando ya no la esperaba, compensaba toda la culpabilidad que continuaba atormentándola, soterradamente.

—¿Sabes? —le confesó después de haberse besuqueado tanto que casi no sentía los labios—. Nunca me había sentido como me siento cuando estoy contigo. Tan segura. Tan protegida. Tan...

Él volvió a besarla. Por mucho que lo hiciera, le parecía que nunca se cansaría.

—A mí me pasa lo mismo. Estoy aquí y siento que no necesito nada más. Que podría quedarme encerrado en esta habitación para siempre, sin sentir nunca la necesidad de salir mientras tú estuvieras conmigo.

Ella se acurrucó todavía más entre sus brazos.

—¿Crees que lo conseguiremos? —Se atrevió a preguntarle.

Habían mantenido un acuerdo tácito de no hablar de lo que les esperaba, pero, a medida que se acercaba el momento, ambos sentían que lo necesitaban.

—Sí, por supuesto —dijo él aparentando bastante bien una seguridad que no sentía—. El plan es bueno. Y ya has visto lo que Dragonfly es capaz de hacer con una de esas alas tuyas. ¡Nos dejarán allí arriba con más suavidad que si hubiéramos subido en ascensor! Con este tiempo seguro que no habrá nadie allí arriba. El portal se abrirá donde ha previsto Lark y podremos irnos a casa. Y allí todo será muy distinto, te lo prometo. —Syren suspiró. Se imaginó viviendo en un mundo seco. Pulcro. Abundante. Libre de la pesada carga de la responsabilidad de tomar decisiones para mantener vivos a los suyos. Y de sentirse morir cuando estas resultaban insuficientes o erróneas.

La imagen de Wren la asaltó de repente. Y, enseguida, el rostro imaginado de una joven llamada Madison. Rompiendo en mil pedazos aquel sueño del que solo había podido disfrutar durante un instante.

Inconscientemente se apartó de él. Aquella habitación era perfecta, era cierto. Pero fuera les esperaba un mundo empeñado en ponerles todo tipo de obstáculos para separarlos.

Un mundo al que no podrían evitar salir.

—¿Qué te pasa?

—Nada. De veras —mintió—. Se hace tarde. Tengo que prepararme. Y tú también deberías. —Miró por la ventana y agradeció que el clima le diera una buena excusa para cambiar de tema—. Mira, la tormenta amaina.

—¿Lo ves? —exclamó él, levantándose y acercándose para envolverla entre sus brazos—. ¡La primera señal de que todo irá bien!

Syren se volvió para besarlo. ¿Qué tenían sus labios para embrujarla de aquel modo?

¡Le resultaría tan fácil abandonarse otra vez en ellos!

Se obligó a separarse otra vez de él, escurriéndose de aquel abrazo en el que habría querido quedarse a vivir.

Logan se resignó. Ella tenía razón: tenían que moverse.

La contempló mientras se vestía, de prisa. Nunca había visto nada tan hermoso. De repente, le sobrecogió el miedo de lo que podía pasar.

—Syren... quiero que sepas que, pase lo que pase allí arriba, haber venido a Nyork y haberte conocido ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida. Si todo se acabara aquí, lo daría por bien empleado. ¿Entiendes lo que quiero decir? No cambiaría el tiempo que hemos podido vivir juntos por tres vidas sin ti. Cualquier precio que tenga que pagar, cualquiera, será barato.

Ella sintió las lágrimas esforzándose por brotarle a chorros. Habría querido poder decirle que sentía exactamente lo mismo que él. Que solo haber podido experimentar aquello, aunque por un tiempo tan breve, justificaba todo por lo que habían pasado. Pero los fantasmas de Raven, Fairy, Elaenia y Ladybird le mantuvieron las palabras atornilladas al paladar. Y el recuerdo de la expresión de Wren la última vez que le había visto acabó de estropearlo.

Solo fue capaz de mover la cabeza y emitir un sollozo antes de coger las botas y salir corriendo al pasillo, sin ni siquiera habérselas atado.

Logan se quedó mirando el quicio de la puerta, sin estar seguro de lo que acababa de pasar.

Por un momento, casi agradeció que lo que se les venía encima le impidiera pensar en nada más.

Las azoteas de las dos Siamesas espumaban con los preparativos para la batalla, igual que hacían las olas al chocar, enfurecidas, contra las plantas inferiores de ambos edificios. Desde la cúspide de la Norte, la más cercana al objetivo, saldrían Moth y su pelotón, con rumbo a la Cúpula. Y, un poco antes, desde su gemela, el grupo de Flea lo habría hecho en dirección al lugar donde tendrían que esperar la señal de Lark y Dacnis. Antes de enfundarse en su traje volador, la reina negra se acercó a quien hubiera podido ocupar su lugar para desearle suerte.

—¿Ves como el viento nos ama, Flea? —le dijo con una sonrisa, levantando la cabeza al cielo. La tormenta había remitido considerablemente y ahora estaba claro que una voladora experimentada podría llegar a su destino sin más inconvenientes que terminar empapada.

—Tenías razón, señora —respondió la mujer mayor, sin ni una brizna de resentimiento en la voz—. Que él te acompañe y te haga volver a casa.

—Lo mismo te deseo, hermana.

Flea la miró con ademán grave.

—Que yo vuelva es intrascendente. Soy demasiado vieja para ser valiosa. Lo que cuenta es que mi misión salga bien. Te doy mi palabra de que haré cuanto esté en mis manos para liberar el clan de la amenaza de Wired... y vengar la muerte de Mantis. En cambio, el futuro descansa sobre tus hombros, señora. No lo olvides cuando entres en batalla. El clan te necesita.

Se dieron la mano y cada una fue al encuentro de su destino.

En la cúspide de la Siamesa Sur el maestro Cricket había preparado las mejores alas de las que disponía el clan. Las únicas capaces de transportar el peso de dos personas, algunas de la envergadura de Logan y Wren. Dragonfly, tan majestuosa como Moth a su manera inversa, fue a hablar con el hombrecillo.

—¿Todo a punto, maestro?

—Imposible estarlo más, señora —respondió él—. El viento es perfecto para haceros subir bien arriba. Y las alas lo soportarán, me hago responsable. Pero recordad que al volar tan alto el más mínimo error de pilotaje lo pagaréis muy caro.

Ella le dedicó una mirada severa. ¿Desde cuándo un macho de su clan podía hablarle a una mujer, y mucho menos a una reina, sobre cómo pilotar? La influencia de los pastores de algas iba más allá de lo deseable, constató.

—Me llevo a las mejores mujeres que tenemos, maestro Cricket —le dijo, aun así—. Confío en que estaremos a la altura de tus artefactos.

—Por supuesto, señora —se apresuró el otro a reparar el error—. Yo solo quería suplicaros que fuerais prudente. No quisiera perder más reinas de las que ya hemos perdido.

Ella vio que era sincero.

—Por supuesto, maestro Cricket. Por supuesto. No sufráis, tendremos cuidado.

—Que el viento os acompañe, alteza. Ojalá pudiera ir con vosotras.

—Ya lo hacéis. En forma de ala.

Él sonrió. Sí, era verdad.

Dragonfly se volvió para ir hasta donde estaban Syren y su grupo. Al final, solo volarían cuatro aquella noche. La quinta hacía horas que había salido, acompañando al hijo de Wired.

Todavía se le hacía extraño pensar en que tenían al cachorro de su peor enemigo luchando de su lado. Ojalá no acabara arrepintiéndose de haber confiado en él.

—¿Estáis a punto? —preguntó—. Es la hora. Esta vez —añadió, mirando a Syren—, tú volarás conmigo. Pero antes de salir necesito darte una cosa. —Hizo una señal con la mano y enseguida se les acercó una joven, llevando con ella una bolsa impermeable, de dimensiones considerables—. Los hemos adaptado a vuestras medidas. Parece imposible, pero el maestro Cricket jura que funcionarán.

Syren tomó la bolsa y se la colgó de la espalda. La sangre le hervía, tenía la boca seca y el estómago encogido. Por mucho que detestara volar, no veía el momento de subirse a uno de aquellos artefactos y empezar de una vez.

Dragonfly se dio cuenta de su ansia.

—No te preocupes, pastora de algas —quiso animarla, dándole unos golpecitos en el hombro—. El viento nos será favorable esta noche. Puedo olerlo en el aire.

Lark y Dacnis contemplaban la Aguja, ocultos entre la vegetación de uno de los pisos húmedos de la torre que había al otro lado del canal. Toda aquella zona ya estaba controlada por el sistema de seguridad de Wired: cámaras, detectores de movimiento y algunas trampas caza-bobos. El chico, sin embargo, se sabía de memoria la posición de aquellos artefactos, todavía no tan numerosos como habría deseado su padre, y los había evitado sin esfuerzo. Un par de veces había estado tentado de señalárselos a Dacnis para que viese que, sin él, habría caído de cuatro patas en la trampa. Pero recordando cómo había sido el viaje hasta allí, y la de veces que había dependido de ella, había preferido mantener la boca cerrada.

La joven sanadora tenía un don para intuir a los selachiphormes y evitarlos. Igual que lo tenía para esquivar los nidos de hydrophidios. Solo gracias a ella habían llegado enteros.

Ocultos entre las hojas y el musgo que recubrían los troncos, observaron la elegante torre, iluminada de arriba abajo y no solo en sus pisos superiores, como era habitual. Mala señal, pensó él. Wired nunca gastaba tanta energía sin tener un buen

motivo.

Pero otra vez no le dijo nada a ella. Quizá lo único que sucedía era que el miedo le hacía ver fantasmas.

Sin sospechar siquiera sus cavilaciones, Dacnis se volvió para preguntarle:

—¿Estamos lo bastante cerca o habrá que cruzar?

Lark titubeó.

—Podría conectarme desde aquí, si encontrase un lugar donde hacerlo. La pega es que no he pisado nunca esta torre y, por el contrario, me conozco la Cúpula de memoria. Podría pasarme hasta mañana buscando un punto de acceso factible aquí, o hacerlo allí en un abrir y cerrar de ojos.

Dacnis lo miró, arrugando la nariz.

—Pues, dicho así, no parece que tengamos demasiadas opciones, ¿verdad?

El chico se encogió de hombros.

—Escucha... podría ir solo yo. Tú ya te has arriesgado bastante por esta noche. Por qué no esperas aquí y...

Pero ella ni siquiera le dejó terminar. Le cogió de la mano y lo arrastró al agua, en dirección al cuartel general de los techs.

Wired no se había separado ni un momento de la pantalla.

La convicción de que corrían un gran peligro lo abrumaba. Después de muchos intentos infructuosos de contactar con Ocelot, había desistido y se había conformado con encontrar a Lynx, su lugarteniente después de la muerte de Cheetah. Más bajo y menos masivo que su líder, Lynx tenía su propia forma de resultar amenazador. Con el poco pelo que le quedaba siempre rapado casi al cero, gastaba unos aires entre sarcásticos e inexpresivos. De ojos claros, labios finos y mejillas ásperas como un campo de rastros, resultaba mucho menos espectacular que Cheetah. Pero podía ser igual de letal si se lo proponía. Wired estaba convencido de que habían salido ganando con el cambio. La única pega para Ocelot era que no podía llevarse a Lynx a la cama cada noche, como hacía con aquella psicópata con cara de muñeca. Pero ese no era su problema.

Activó el intercomunicador que lo conectaba con la Aguja. De Cheetah no habría sabido qué esperar. En cambio, con Lynx estaba seguro de que conseguiría la reacción correcta.

El predator respondió enseguida.

—¿Qué pasa?

—Soy Wired. Estoy intentando contactar con tu jefe, pero no hay manera. Seguramente, es por la tormenta.

O puede que la culpa sea de estos jodidos inventos tuyos, en los que confías tanto y que nos dejan tirados la mitad de las veces...

—¿Y...?

—Quiero que extremes las medidas de seguridad. Estoy prácticamente seguro de que la Aguja va a ser atacada en cualquier momento.

—¿La Aguja? ¿Con este tiempo? —El tono de Lynx era escéptico—. ¿Estás seguro?

—¡Pues claro que lo estoy, idiota! —estalló Wired, que no soportaba que se le pusiera en duda—. ¡Si no te andas con ojo te encontrarás con uno de sus jodidos kukris bajo la nariz!

La erupción de Wired consiguió su objetivo. Cuando volvió a hablar, la voz de Lynx parecía mucho menos segura.

—Tenemos mucha gente fuera, ya lo sabes. Y muchas armas. No tengo suficientes efectivos para estar en todas partes.

Wired lo consideró. Estaba a punto de ordenarle que reforzase la Aguja sacando a hombres de otros edificios cuando le asaltó una idea inquietante: ¿Y si todo aquello era una jugada de Link con esa intención: hacerle concentrar sus fuerzas en un solo punto para debilitar el resto?

El chico bien podía haber tramado una artimaña como aquella. Al fin y al cabo, era hijo suyo.

Pero los cálculos del híperbook apuntaban directamente a la Aguja.

Se esforzó en mantener la calma.

—Utiliza lo que tienes de la mejor manera —decidió—. Y concentra las fuerzas en los pisos donde sea factible un aterrizaje, por difícil que parezca. Yo continuaré intentando ponerme en contacto con Ocelot para hacerle volver cuanto antes. ¿Te ha quedado todo claro?

—Diáfano —respondió el predator—. De todos modos, si tienen huevos para venir en medio de una noche como esta, la mitad se perderán por el camino.

Wired no entendió nada.

—¿Cómo dices?

—¿Aún no la has visto? Acércate a una ventana y echa un vistazo. Hacia el sur... —Fue la respuesta del otro.

El tech se levantó para acercarse a uno de los ventanales orientados en esa dirección.

Lynx no mentía. La tormenta había amainado. Pero en su lugar, desde el océano, se acercaba, a pasos agigantados, una niebla espesa como un muro que amenazaba con tragarse toda la ciudad.

Ocelot no la vio hasta que la tuvo encima.

Apenas hubo despachado la última embajada del día, obteniendo la aceptación incondicional de sus exigencias por parte del clan del Dragón, el último que estaba comunicado por puentes con la parte central de la ciudad, se había dado cuenta de que la tormenta había escampado de una vez y había decidido regresar.

La zona de los dragones estaba muy lejos de casa y la noche era oscura y despiadada, pero Ocelot consideró que, aun así, estarían más seguros en su territorio. Aquellos enanos de ojos rasgados a quienes comandaba un tipo de rostro inescrutable, llamado Storm, te sonreían a la cara mientras afilaban el cuchillo para clavártelo tan pronto como te dieras media vuelta. No quería pasar la noche allí y despertarse con el cuello rebanado de oreja a oreja. Ignorando las protestas de sus hombres, exhaustos y empapados después de haberse pasado todo el día bajo la tormenta, ordenó salir hacia su territorio. Todavía quedaban algunos clanes menores por visitar, pero eso podía hacerlo Lynx o, incluso, alguien aún menos valioso.

Lo principal estaba hecho.

Volvieron por donde habían venido, atravesando las pasarelas más remotas que había construido la gente de Builder e iluminados por la luz de unas antorchas que les habían proporcionado, de mala gana, la gente de Storm. La luz precaria de aquellas llamas solo conseguía incrementar la oscuridad irreal y siniestra que se abría bajo sus pies. Ocelot no era un tipo fácil de intimidar, pero mientras aquellos viejos tablones crujían y se balanceaban al poner su peso encima, habría dado gustoso sus gafas oscuras por ver la forma familiar de la Aguja, recortándose frente a él.

Bip-bip.

¿El intercomunicador? ¡Y él que habría jurado que aquel trasto no servía para nada!

—Dime.

—¿Ocelot? ¡Por fin! ¡Hace horas que intento hablar contigo! ¿Dónde diablos estás?

El tono casi histérico de la voz de Wired no le gustó en absoluto.

—De camino. En algún punto del territorio de los hermanos del caparazón, creo. No hay quien se oriente con esta jodida oscuridad. ¿Qué sucede?

—Link ha estado utilizando el híperbook. Para hacer cálculos cuánticos. Y el resultado apunta directamente hacia vosotros. Estoy convencido de que esas malnacidas planean atacar la Aguja. Quizás esta misma noche. Tenéis que regresar lo antes posible.

Ocelot iba a contestar que se daría toda la prisa que pudiera, cuando se lo tragó un jirón de niebla espesa.

Al grupo de Moth aquella bruma inesperada que surgió de la nada lo sorprendió a tres cuartos de camino.

Eran seis mujeres, volando tan juntas como les permitían aquellos trajes casi imposibles de controlar para cualquier otro que no fuera una hija del viento, cuando se vieron tragadas por una niebla espesísima que les llegó por la espalda. En apenas unos instantes, Moth fue incapaz de verlas ni a ellas, ni tampoco a lo que tenía delante.

Para colmo de males, el viento, que había estado soplando con ímpetu durante todo el día, se aplacó casi por completo. Y la reina negra enseguida notó que le costaba mantener la altura.

Si descendía demasiado se quedaría muy lejos de la parte de la Cúpula a la que pretendía llegar.

Aunque, ahora mismo, aquel era el menor de sus problemas.

Volando a ciegas y con tan poca capacidad de maniobra, lo más probable era que terminase estrellándose contra la fachada de alguna de las muchas torres que todavía se interponían entre ella y su objetivo.

Pensando casi a la velocidad con la que volaba, Moth profirió el grito de guerra de las hijas del viento. Inmediatamente recibió respuesta a derecha e izquierda. De momento, el grupo se mantenía aún compacto, pese a la falta de contacto visual.

Utilizando la voz para mantenerlas juntas, la reina negra se concentró en encontrar el camino. El vuelo con traje era mucho más rápido que el que se hacía con un ala, pero no permitía demasiadas maniobras.

La Cúpula tenía que estar ahí delante, no demasiado lejos.

Notó que continuaba perdiendo altura. Todavía no la suficiente como para hacer fracasar la misión, pero se acercaba peligrosamente al límite.

Sentía el viento en la cara, zarandeando la cola de caballo con la que se había peinado y aguijoneándole los ojos.

Gritó de nuevo, para mantener al grupo unido.

Y entonces lo oyó.

El sonido indescriptible de la carne y los huesos convirtiéndose en pulpa al estrellarse contra una superficie sólida a gran velocidad. Tan parecido al de una fruta madura que se te resbala y cae contra el suelo.

Una de sus hermanas acababa de chocar en pleno vuelo.

Flea y su pelotón de dieciséis guerreras —todos los vestidos voladores que les quedaban a las hijas del viento— habían tenido más suerte.

Su zona de aterrizaje era mucho menos elevada y estaba algo más cerca del punto de partida. Además, habían saltado antes que la reina. La niebla no las engulló hasta un momento después de que la última de las voladoras hubiera puesto el pie en el suelo, sana y salva. Se estaban desenfundando aquellos vestidos alados cuando el velo gris emergió de entre las torres que las rodeaban, engulléndolo todo.

Flea estaba a punto de dar gracias al viento por aquella protección suplementaria cuando pensó en el pelotón de Moth, que todavía estaría en pleno vuelo.

Inmediatamente, levantó la vista al cielo con una mueca de angustia. Después miró ante sí. La Cúpula, iluminada desde la punta hasta el nivel del agua, todavía era ligeramente visible entre toda aquella espesura que las rodeaba.

Rogó en silencio para que Moth también fuera capaz de ver aquella luz y le

serviera para orientarse.

Lark no había exagerado. Una vez que Dacnis lo hubo llevado hasta la Cúpula, el muchacho se comportó con la soltura de quien pisa tierra propia. La guio rápidamente, haciéndola sortear varias trampas —aquí mucho más numerosas que en el lugar de donde venían—, hasta uno de los extremos de la planta, más dañada que el resto. Allí, Dacnis desenrolló un fino cable que llevaba atado a la cintura y que estaba culminado por un pequeño gancho. Su compañero se apresuró a imitarla, sacando otra cuerda —esta sin garfio— que ató a la cintura de ella. Después, sujetada por Lark, la muchacha sacó el cuerpo por el agujero de la fachada, apoyando los pies en el borde. En esta difícil postura, hizo girar la cuerda alrededor de su cabeza y acabó arrojándola contra la barandilla de la terracita que tenían justo encima, adornada con una enorme figura de metal que representaba las alas de un gran pájaro, montadas sobre un soporte circular.

Arrojó la cuerda cuatro veces, sin suerte.

A la quinta, cuando tiró de ella notó que el gancho había quedado por fin anclado. Lo bastante firme como para poder soportar su peso. Escurridiza como un hydrophidio, trepó por el cable hasta desaparecer de la vista de Lark. Unos instantes más tarde, el muchacho notó que tiraba del otro extremo para hacerle saber que podía subir.

Mucho menos ágilmente, Lark se encaramó hasta la terraza. Ella lo esperaba, sin acercarse a la ventana, tal y como él le había insistido.

Apenas llegó a su lado, la niebla los rodeó también a ellos. Contrariamente a lo que había pasado con Flea, a Lark no le molestó. Al contrario: una ayuda suplementaria para burlar la vigilancia de su padre. Enseguida se concentró en decidir si se arriesgaba a conectar ya el híperbook para desactivar las defensas y forzar la entrada.

Solo necesitaría unos segundos para hacerlo, pero podían ser suficientes para alertar a Wired.

Decidió no arriesgarse y esperar a que llegase el grupo de Flea.

—De acuerdo —le dijo a Dacnis, que miraba la niebla con aspecto bastante más preocupado que el suyo—. Puedes ir a buscarlas. Yo os espero aquí. Cuando estéis cerca, silba dos veces y me conectaré para empezar a abrir las puertas. Supongo que tendremos suficiente tiempo como para que puedan trepar por la cuerda y entrar, antes de que Wired nos azuce a sus perros. Porque te prometo que tienen unos dientes de lo más afilados.

Ella le miró, preocupada.

—¿Estarás seguro, aquí, solo?

—Mientras no toque nada, sí. La niebla me protege. Siempre y cuando no me olisque un selachiphorme famélico...

Dacnis se estremeció solo de pensarlo.

—No tardaré. Procura no emitir ningún olor mientras me esperas, ¿vale?

Él no tuvo más remedio que reírse con su ocurrencia. Había descubierto más cosas de Dacnis en el tiempo que les había costado llegar hasta allí que en los ciclos que llevaba en el clan.

Y todas le gustaban.

—Te lo prometo: cero olores. Y tú también vete con ojo, ¿quieres? Eres demasiado bonita como para acabar sirviendo de cena a una de esas alimañas.

Ella, que ya había empezado a irse, se volvió al escuchar aquel cumplido. Le miró un momento y, sin pensar, le besó fugazmente en los labios.

Antes de que el muchacho tuviera tiempo de poder reaccionar, ya se había deslizado otra vez por la cuerda.

Lynx miraba por la ventana, contemplando como la niebla se tragaba la ciudad a su alrededor. Desde su conversación con Wired no había dejado de darle vueltas a lo que le había dicho el tech.

¿Todavía creía que las voladoras atacarían esa noche?

Pues mucha suerte. La iban a necesitar, aunque solo fuera para encontrar el camino entre aquel laberinto que lo difuminaba todo a medida que iba entrando en la ciudad desde mar abierto.

Aun así... no podía ignorar la advertencia. Las voladoras lo tenían crudo contra las armas que habían ido consiguiendo y los juguetes de Wired. Tendrían que intentar alguna otra cosa, si pretendían ganar.

Él, cuando menos, lo haría. Puede que nada tan desesperado como atacarlos en una noche de niebla, vale. Pero ¿quién podía saber lo que pasaba por la cabeza de esas putas voladoras?

Pulsó el botón de la megafonía del edificio —otro regalo de los techs—, decidido a poner firmes a su gente.

—Grupos de cinco por planta —ordenó—. A partir de la décima seca y hasta arriba. Y nada de quedarse quietos en un mismo sitio. —Los quería patrullando cada piso, sin descanso.

—¿Hasta en el mirador? ¡Ahí arriba tiene que hacer un frío de pelotas!

Lynx ni siquiera había caído en ello. Hacer salir a alguien allí arriba, en una noche como esa, era toda una canallada. Y más teniendo en cuenta que se trataba de un espacio minúsculo, rodeado por una barandilla de metal alta como dos hombres y con los extremos curvados hacia adentro.

Imposible aterrizar con un ala. Y demasiado elevado para uno de sus trajes voladores.

Acababa de decidir dejarlo desguarnecido cuando cayó en la cuenta de que aún tenía a Bobcat y a Caracal en la trena. Llevaban tres días de castigo, desde que los

habían pillado con los pantalones bajados, dale que te pego, en uno de los puestos fronterizos con la zona de los constructores de puentes.

Se permitió media sonrisa.

Serían más útiles allí arriba que encerrados. Y ni siquiera esos dos serían tan degenerados como para continuar folleteando en unas condiciones como esas.

Volvió a pulsar el botón para ordenar que los soltaran y los metiesen en un ascensor.

Cuando Syren había decidido que detestaba volar, todavía no sabía lo que era hacerlo a ciegas.

La niebla las había rodeado al poco de elevarse, devorando formas y luz, y dejándolas suspendidas en aquel limbo gaseoso del que no parecía haber escapatoria. La joven se volvió hacia Dragonfly con la cara llena de espanto.

—¿No la habías visto llegar, antes de salir? —Se sorprendió la reina, sin apartar los ojos del camino—. Nosotras sí, aunque reconozco que creí que iría más despacio. Tranquila, subiremos y la dejaremos debajo. Con un poco de suerte incluso nos ocultará de algún centinela que pueda estar mirando por la ventana.

Todavía no había terminado la frase y ya maniobraba para encontrar una corriente que le permitiera elevarse aún más.

—Solo espero que le haya dado tiempo a Moth. Ella no podrá librarse tan fácilmente... —dijo muy bajito, como para sí misma.

Sin embargo, Syren la oyó perfectamente.

Moth nunca había estado tan asustada como en aquel momento.

Volaba a ciegas, tratando desesperadamente de mantener la altitud y de conservar la formación, mientras guiaba al resto con sus gritos de guerra.

Si no conseguía orientarse, sin embargo, era solo cuestión de tiempo que todas acabaran estampándose contra alguna fachada. Cuestión de *muy* poco tiempo.

Continuó dejando jirones de niebla a su espalda, intuyendo de vez en cuando algún obstáculo que conseguía superar gracias a la suerte.

Solo le pedía al viento no tener que volver a oír aquel sonido escalofriante: carne y huesos estallando al chocar contra cristal y cemento.

De repente, ante ella, entrevió la elegante silueta de la Aguja, recortándose entre la niebla con unas tijeras de luz.

Llamándolas como el faro que conduce al barco lejos de los escollos, hasta un puerto seguro.

Cuando volvió a ulular, su grito ya no era de pánico, sino de triunfo.

El pelotón de Flea se había descolgado por la fachada del edificio hasta los niveles húmedos usando las larguísimas sogas que la gente del maestro Cricket había trenzado especialmente para ellas. La niebla las había ocultado de cualquier vigía y, con su agilidad innata, las voladoras habían completado la operación en pocos minutos y sin contratiempos.

Flea se estremeció al sentir la frialdad líquida del mar lamiéndole los tobillos. Era incapaz de recordar la última vez que había tocado el agua y no sentía la menor nostalgia. No pudo evitar una mueca de disgusto al imaginarse a sí misma sumergida hasta el cuello en aquel elemento alevoso y plagado de peligros que te atacaban desde debajo, sin avisar.

La Cúpula, brillando como una gigantesca antorcha, se levantaba orgullosa al otro lado del canal. Desafiándolas a intentar penetrarla y robarle sus tesoros.

Flea se llevó inconscientemente la mano derecha al mango del kukri. Mientras, el resto de las mujeres se congregaron a su alrededor.

—¿Y ahora qué? —preguntó una de las más jóvenes.

—Ya lo sabes: esperamos a que vengan a buscarnos y nos ayuden a cruzar. ¿O prefieres intentarlo por tu cuenta?

La joven voladora cerró la boca. Mejor esperaban.

La espera duró muy poco. Acababan de formar el círculo alrededor de su líder cuando oyeron la vocecita de Dacnis, llamándolas desde el extremo opuesto de la planta.

Flea guio al grupo hasta allí y le tendió la mano a su guía.

—¿Habéis llegado todas bien? —le preguntó la sanadora, haciendo un significativo ademán con la cabeza hacia la niebla que las rodeaba.

—Por los pelos —contestó Flea—. Pero temo por el grupo de Moth. Han salido después de nosotras y es seguro que las habrá sorprendido en pleno trayecto.

Las dos levantaron la vista al cielo al unísono, como si con aquel gesto fueran capaces de guiar a sus amigas hasta donde estaban ellas. Después, Dacnis les mostró la cuerda que había tendido a través del canal, hasta la torre de enfrente.

—Solo tenéis que agarraros a ella y seguirla —les dijo—. Yo cerraré la marcha. Esperadme cuando lleguéis al otro lado. Está plagado de trampas.

Flea miró fijamente la oscura manga de agua que las separaba de la Cúpula.

—¿Qué hay de los selachiphormes? —quiso saber.

—Es un trayecto muy corto y por la noche no atacan nunca —mintió Dacnis para tranquilizarla. Había oído su miedo incluso antes de verlo aparecer—. Todo irá bien.

Flea asintió con la cabeza. Era obvio que aquel gesto no expresaba lo que sentía.

Sin embargo, fue la primera en romper el espejo negro que era el mar por la noche para meterse dentro, aferrarse a la cuerda e impulsarse como pudo hacia el otro lado.

Rodeado de niebla por todas partes, Logan trataba de no pensar en nada mientras se aproximaban a la Aguja. La angustia de que pudiera pasarle cualquier cosa a Syren le resultaba infinitamente más terrorífica que aquel vuelo a ciegas en que se había convertido el trayecto.

Intentó alejar aquellos malos pensamientos concentrándose en lo que había pasado poco antes de elevarse. Estaba poniendo a punto su equipo —incluido el fusil de asalto AR-15 que las hijas del viento habían recuperado de la azotea del Santuario y le habían cedido, como si fuera algo sin valor—, cuando Ibis se había acercado a él.

—Estoy muy orgullosa de ti, Logan Howlett —le había soltado, como quien no quiere la cosa—. Al final sí has resultado ser el hombre que pensaba que eras.

Él le había dedicado una mueca cargada de escepticismo.

—¿Lo dices porque he acabado arrastrándoos a todos a la boca del lobo, bonita?

Ella sonrió. Aunque no pensaba confesárselo nunca, le gustaba que la llamase así.

—No. Lo digo porque eres un hombre que sabe luchar por lo que ama. Un hombre muy valiente. —Se puso de puntillas y le dio un beso dulcísimo en la mejilla—. Si no estuviera tan contenta por Syren, me daría mucha envidia...

Y, por un instante maravilloso, todas las dudas se habían desvanecido y Logan se había sentido en paz con el mundo y consigo mismo.

Ahora, perdido entre la niebla y las propias incertidumbres, trataba de aferrarse a aquellas palabras de Ibis. Pero ya no conseguía encontrarlas tan consoladoras como lo habían sido apenas un rato antes.

Si le pasaba algo a Syren, él...

El ala realizó un movimiento brusco hacia arriba y escaló el cielo, dejando atrás el laberinto intangible que los rodeaba. Ascendieron, y la niebla fue sustituida por un éter diáfano en el que brillaba una luna enorme y amarillenta, que lo teñía todo con su resplandor.

Ante sí apareció la cúspide de la Aguja, acercándose rápidamente.

—Prepárate —le dijo la voladora que pilotaba, sin apartar la vista del objetivo.

Logan tragó saliva.

Para bien o para mal, el tiempo de las dudas había terminado.

Flea todavía contemplaba el agua, como si no se lo creyera.

Habían cruzado el canal. ¡Todas! Sin el menor percance.

Cuando Dacnis se les añadió, un momento después de que hubiera llegado la última de sus mujeres, se encontró con su sonrisa aliviada.

—Tenías razón —admitió—. No era para tanto.

La sanadora no consideró necesario decirle que había llegado a la orilla solo un momento antes de que una aleta ominosa emergiera a pocas brazadas de ella.

Había estado a punto. Un titubeo en el agua y el escualo la habría arrastrado al fondo.

—Seguidme —les dijo, tratando de olvidar la aleta dividiendo la superficie—. Y, sobre todo, mantened la línea recta y no os separéis. Un paso en falso y sabrán que estamos aquí.

Se deslizó hasta la cabeza de la fila y guio al grupo a través de la planta, siguiendo el sendero que le había abierto Lark. Sin apartarse ni un palmo.

Cuando estuvo cerca del lugar donde había dejado la cuerda, silbó dos veces para anunciar su llegada y trepó enseguida, sin ningún esfuerzo.

Arriba la esperaba el rostro burlón de Lark.

—¿Qué os ha retrasado tanto? Empezaba a pensar que os habíais quedado a vivir en la tierra de los techs.

—Deberías ver a una hija del viento intentando nadar. ¡A su lado hasta tú pareces un delfín! Ha sido un milagro que no se ahogaran.

—Voy dándome cuenta de que los milagros son tu especialidad —contestó él, ignorando la puya y haciéndola sonrojarse—. Ahora me toca a mí. Espero no cagarla con esto...

Abrió el maletín que contenía el híperbook y colocó el dedo en el sensor para identificar su ADN. Un instante después hackeaba la red interna de la Cúpula.

Después de su tensa conversación con Lynx, Wired no había despegado los ojos ni un instante de la pantalla.

Estaba convencido de que la amenaza era real. Y de que lo más peligroso vendría de aquella herramienta que se había visto obligado a poner en manos de su hijo, en una jugada que ahora temía que hubiese resultado demasiado arriesgada.

Cuando la pantalla se iluminó con una alerta, él estaba listo para contraatacar.

A ver con qué pretendes sorprenderme, mocososo de mierda...

Abrió la ventana del rastreador con un parpadeo para tratar de localizarlo

físicamente. De forma casi simultánea, accionó el troyano que le permitiría ver qué estaba haciendo.

Cuando en la pantalla apareció la interfaz del sistema de seguridad de la Cúpula, que él mismo había diseñado, se quedó tan atónito que incluso necesitó unos instantes para entender lo que pasaba.

¡El muy cabronazo se había colado en el sistema y lo estaba desactivando!

Todas las defensas de las primeras diez plantas habían caído, y continuaba subiendo. También había interrumpido las comunicaciones con la Aguja y desactivado las cámaras.

El objetivo del ataque no era el cuartel general de los predators, como le había hecho creer. Era la propia Cúpula.

¡Era él mismo!

Frenéticamente, Wired se puso a trabajar para cerrar la brecha.

Moth se acercaba demasiado deprisa a su objetivo: la pequeña azotea situada ocho pisos por debajo del comienzo propiamente dicho de la cúpula del edificio y de donde sobresalían las gárgolas metálicas en forma de cabeza de águila que le daban una personalidad única en Nyork.

El espacio escogido para aterrizar, un minúsculo balcón, le dejaba muy poco margen de error. La reina negra volvió a sentir el ya familiar chute de adrenalina en la sangre, producto del miedo.

Tenía que calcular el momento exacto. Si se pasaba, terminaría estampándose contra la fachada; y si se quedaba corta, iría de cabeza al mar.

Cuando le pareció que había llegado el momento, proyectó el cuerpo hacia atrás, acentuando el movimiento levantando ambos brazos.

Fue como recibir un puñetazo.

La pared, que tenía al alcance de la mano, se alejó rápidamente, a medida que ella se veía proyectada hacia atrás. Simultáneamente, las losetas del balcón se vieron sustituidas por la negrura del abismo.

Un momento más tarde, se precipitaba a la nada.

Bobcat contemplaba con expresión embobada la niebla que se había instalado, en un abrir y cerrar de ojos, alrededor de la Aguja. Solo las cúspides de los edificios más altos de Nyork habían logrado evitar su abrazo. Por un momento, tuvo la impresión de que una segunda marea había crecido en la ciudad, respetando ya tan solo un puñado de torres. Con los ojos entornados, trató de imaginarse qué sería de ellos si aquello fuese realmente agua en vez de nubes que no tardarían en escampar.

¿Que qué les pasaría? ¿Que estarían listos! Ni más ni menos. Sacudió la cabeza. Solo él era capaz de perderse entre aquella madeja de pensamientos inútiles, se

reprendió.

Decidido a ocupar la mente en algo más productivo, se apartó de la barandilla y, con ojos glotones, le dio un buen repaso al bonito trasero de Caracal, que montaba guardia en el otro extremo del mirador. Aquello se la puso dura al instante.

Haberse pasado los últimos tres días encerrado, a pan y agua, no había disminuido ni un ápice las ganas que tenía de metérsela. Ya lo habría hecho de no ser por la zorra de Cheetah, que les había pillado con los pantalones bajados en plena guardia y por poco les pega un tiro. Como si ella nunca se hubiese divertido... En fin, que se jodiese Cheetah. Ya era historia, mientras que Caracal y él continuaban vivos.

Cada cual acababa teniendo lo que se merecía.

Mientras ese pensamiento le hacía aflorar una sonrisa entre estúpida y malévola, volvió a notar aquella urgencia en la entrepierna.

¿Quién iba a enterarse si echaban uno rapidito allí arriba, eh? O incluso dos... Porque él no pensaba contárselo a nadie.

Acababa de dar media vuelta para ir a proponérselo cuando la primera ala de las hijas del viento emergió de entre la niebla. Directa al lugar que él acababa de abandonar.

Si hubiera permanecido en su sitio solo un momento más las habría visto llegar con suficiente antelación como para dar la alarma e, incluso, derribarlas a tiros tan fácilmente como cuando hacía puntería con latas vacías.

Solo un momento...

Lark se dio cuenta enseguida de que estaba en apuros.

Sentado en el alféizar de la ventana, con una pierna a cada lado, había desconectado las alarmas y los cierres, dejando el paso libre al grupo de Flea. Una a una, las voladoras iban pasándole por delante mientras él cortaba las comunicaciones para impedir que Wired pudiera pedir ayuda.

Todo rápido, limpio y sin trabas.

Estaba a punto de ponerse con las trampas cuando una ventana se abrió inesperadamente en medio de la pantalla.

Alguien estaba deshaciendo su trabajo. Y deprisa.

Tuvo el tiempo justo de sacar la pierna y dejarse caer en el balcón antes de que la ventana volviera a cerrarse con un chasquido. La hija del viento que estaba intentando entrar también se libró por los pelos de la inesperada guillotina. Un poco más lenta y se la habría partido en dos.

Al otro lado del cristal, Flea se volvió instintivamente al oír el golpe y le dedicó una mirada de extrañeza.

¿Qué ocurre?, le leyó en los labios.

Lark no contestó. Se concentró en tratar de volver a piratear el sistema y reabrir la entrada. Pero no solo no fue capaz, sino que asistió impotente a cómo, desde dentro,

alguien lo echaba a patadas de la red.

En pocos momentos se encontró con todos los accesos blindados. Había creído que podría enfrentarse a Wired en su propio terreno y ahora él le demostraba, de la peor de las maneras posibles, que todavía le daba cien vueltas.

—¡Nos han descubierto! —le gritó a Flea a través del cristal macizo—. ¡Buscad un lugar por donde poder salir, rápido! Intentadlo por las escaleras del fondo. Os esperaremos abajo. ¡No perdáis ni un segundo, u os quedaréis atrapadas ahí dentro!

Vio la frustración reflejada en el rostro de la hija del viento. De las dieciséis mujeres que formaban el pelotón, solo seis habían tenido tiempo de entrar antes de que el edificio volviera a quedar sellado.

¿Con aquello y sin el elemento sorpresa tenía que acabar con Wired?

Moth cerró los dedos desesperadamente alrededor de la barandilla del balcón. Los de la mano izquierda se escurrieron enseguida por culpa del agua de la tormenta que todavía lo empapaba.

Los de la derecha, resistieron.

Quedó colgada de un solo brazo, de espaldas a la pared y notando como los tendones del bíceps se le desgarraban por culpa del esfuerzo. Consciente de que no podría resistir demasiado, trató de darse la vuelta. Pero apenas empezó a patear, se dio cuenta de que se caería si continuaba.

Simplemente, no tenía suficiente fuerza como para izarse con un solo brazo.

Se quedó inmóvil, tratando de desviar hasta la última brizna de energía que le quedaba hacia aquellos cinco dedos que eran lo único que aún la separaban de la muerte.

Apenas Wired estuvo seguro de haber cerrado todas las brechas de seguridad abiertas por su cachorro, se concentró en recuperar las comunicaciones con la Aguja. No estaba seguro de cuánto tiempo habían estado inactivas las defensas ni de qué podía haber sucedido durante el intervalo. Todavía tardaría unos minutos en volver a poner en funcionamiento las cámaras y hacerse una idea clara de la situación.

Pero no esperaba tanto a pedir refuerzos.

¡Aquellas malnacidas iban a por él, estaba claro!

Quería a todos los predators posibles allí, ¡cuanto antes!

No tardó nada a volver a poner las comunicaciones en pie. Levantó el auricular para hablar otra vez con Lynx.

La voz ronca y a la vez burlona del otro lado de la línea no se hizo esperar:

—¿Qué hay?

—¡Coge a los cincuenta mejores hombres que tengas y tráelos aquí enseguida! —Wired sonaba histérico, al otro lado de la línea—. Nos hemos equivocado. El objetivo no era la Aguja. ¡El objetivo soy yo! ¡Nos están atacando y puede incluso que ya estén dentro del edificio en este mismo instante!

Lynx enarcó una ceja. ¿Sacar a cincuenta hombres de la seguridad de su cuartel general en plena noche para exponerlos en campo abierto a los ataques de las voladoras?

No le parecía demasiada buena idea.

—¿Cincuenta? ¿Y qué pasa con la Aguja? Hace un rato estabas convencido de que iban a atacarnos. Ahora quieres que deje esto vacío y saque a la mejor gente que tengo a campo abierto para que las voladoras puedan hostigarlos a placer. No puedo hacer lo que me pides.

—Escucha, pedazo de mierda —chilló Wired, fuera de sí. Se le había hinchado la vena del cuello y la piel, habitualmente pálida, había adquirido un tono rojizo—: ¡Te he dicho que la amenaza está aquí! ¡Si no haces lo que te ordeno, me aseguraré de que Ocelot en persona te corte las pelotas y te haga un collar con ellas cuando todo esto haya acabado! ¡Si sois lo que sois es gracias a mí! De forma que ya estás haciendo que tus carniceros muevan el culo hacia aquí. Hemos sufrido una brecha en la seguridad y ahora mismo podríamos tener la Aguja infestada de voladoras. Y el tiempo que pierdo discutiendo contigo es precioso para ellas. ¿Me has entendido, débil mental?

Lynx evaluó rápidamente la situación. Había hablado con Ocelot y sabía cómo pensaba su jefe: Wired era un grano en el culo, sí. Y de los feos. Pero había que tenerle contento hasta que fueran capaces de conseguir por ellos mismos lo que él les proporcionaba.

—Salimos enseguida.

—¡Ya tendrías que estar aquí! —volvió a chillar el tech—. Y ven tú también. No quiero tener que explicarle la situación otra vez a ninguno de vuestros matarifes descerebrados.

Lynx esbozó una mueca de rabia. Dejar la Aguja sin jefe era otra insensatez. Pero no tenía sentido continuar discutiendo con el tech.

—¡De acuerdo! —le espetó, colgando el auricular.

Mientras ladraba las órdenes, deseó haber dispuesto de uno de aquellos intercomunicadores para poder informar a Ocelot de la temeridad que estaban a punto de cometer.

Tan pronto como vieron escabullirse a Lark, el grupo de Flea se apresuró a hacerle caso. Las voladoras echaron a correr por el pasillo en dirección a las escaleras que había en el extremo opuesto de la planta, esperando poder forzar la salida antes de que las atraparan sin remedio.

A medio camino, pasaron junto a las puertas de los ascensores que subían a lo alto de la torre. Flea se paró en seco y se quedó observándolas, mientras le venía una idea a la cabeza.

Ante la mirada llena de angustia del resto, desenvainó el kukri, introdujo el filo en

la rendija que quedaba entre ambas hojas metálicas y las separó fácilmente.

Asomó la cabeza al interior del hueco y levantó la vista al cielo. Estaba tan oscuro que apenas pudo vislumbrar una de las cabinas, algunas plantas por encima. Pero estaba claro que era posible subir por allí.

—¡Marchaos! —les ordenó a las demás, tomando una decisión—. Yo me quedo.

—Flea, no lo conseguirás tú sola. ¡Es una locura! ¡Ven con nosotras!

Pero la mujer estaba decidida. La sangre de Mantis pedía venganza a gritos. Y ellas no volverían a tener otra oportunidad como esa.

Una mujer sola quizá podría triunfar allí donde muchas habían fracasado.

—¡Largaos de una vez! Y que el viento os acompañe.

Y sin perder más tiempo, pasó el cuerpo al otro lado de las puertas y dejó que estas se cerraran tras ella.

Todavía enganchada al arnés, Syren contempló la ingente forma de la Aguja, levantándose, desafiante, frente a sus ojos; iluminada con la energía que se conseguía gracias a la esclavitud de su clan.

Para ella fue el momento más escalofriante desde que había empezado toda aquella locura. Una vez más notó la boca seca, las manos húmedas y los labios agrietados.

Por un instante deseó con todas sus fuerzas estar en otro lugar.

En *cualquier* otro lugar.

La voz de Dragonfly le recordó que no lo estaba.

—Prepara los ganchos. ¡Llegaremos enseguida!

El mirador de la Aguja estaba rodeado por una valla metálica que en su día se había diseñado para hacer imposible la caída de ningún visitante. En lo que seguro que no pensaron quienes la pusieron allí fue en que, muchos siglos después, también serviría para hacer casi imposible el dejar caer a alguien dentro, desde el cielo. Después de plantearse el problema, las hijas del viento habían llegado a la misma conclusión de siempre: volarían aún más alto y los dejarían caer en el espacio que quedaba por encima del mirador. Alrededor de la gran base escalonada sobre la que se aposentaba la enorme aguja que daba nombre al edificio. Como el espacio era reducido, el viento muy fuerte y la visibilidad escasa, saltarían llevando un ancla en cada mano, atadas a las muñecas. Eso debería ser suficiente tanto para permitirles engancharse a la estructura como para, inmediatamente después, ayudarlas a bajar al mirador propiamente dicho.

—¿Y si no nos enganchamos? —había preguntado Ibis con inocencia cuando le habían descrito el plan.

La caída de ojos con que la obsequió la reina blanca resultó más elocuente que un torrente de palabras vacías.

—¡Oh! —Fue lo único que consiguió murmurar la muchachita al imaginar la

caída.

Exactamente: *¡Oh!*

Dragonfly encontró la corriente de aire que estaba buscando para iniciar el acercamiento definitivo e hizo cabalgar el ala por aquel reflujo hasta que uno de sus extremos casi rozó la pared del edificio.

Era lo más cerca que podía llegar.

—¡Salta!

Syren, que ya se había liberado del arnés, nunca sabría de dónde había llegado a sacar el valor para obedecer aquella orden.

Sin saber cómo, las manos perdieron el contacto con la barra del ala y la atenazó el pánico que solo es capaz de provocar en los seres humanos la caída libre.

Pero fue una caída breve.

Enseguida se encontró rodando sobre una superficie dura y lisa, en la que sus ganchos no encontraban lugar donde anclarse, a pesar de que intentaba clavarlos con todas sus fuerzas.

La trayectoria acabó abruptamente, al chocar contra la base de la enorme antena del edificio. Un golpe seco, que le robó el aliento y la aturdió, pero sin llegar a dejarla sin sentido.

Se puso de pie tambaleándose y todavía estuvo a tiempo de ver como el ala de Dragonfly viraba majestuosamente y se perdía más allá de la esquina del edificio. Agradecida por haberse liberado de casi cincuenta kilos de lastre.

Por increíble que le pareciera, estaba viva y solo a un paso del mirador.

Moth comprendió que no podría aguantar mucho más.

El brazo le dolía insoportablemente y cada uno de los dedos con los que se aferraba a la barandilla y, con ella, a la vida, amenazaban con quebrarse de un momento a otro.

Dio gracias de que la niebla le impedía ver el abismo que se abría bajo sus pies. Ansioso de ella y de tragársela para siempre.

El viento volvía a soplar con violencia, agitando ante sus ojos el pelo que se había soltado de la cola de caballo.

Cerró los párpados.

Por favor, que sea rápido.

Exhausta, se soltó. Pero en lugar del vértigo de la caída y el pánico breve e infinito a la vez que precedía al impacto, sintió como otros dedos se crispaban alrededor de su muñeca y tiraban de ella hacia arriba.

Hacia la seguridad de la azotea.

Hacia la vida.

—¡Señora, gracias al viento! ¿Estás bien?

Moth todavía tardó un instante en recuperar el aliento y ser capaz de volver a

abrir los ojos. La sensación del suelo bajo los pies le parecía irreal. Como si de un momento a otro la tierra fuese a desaparecer y ella volviera a encontrarse frente a frente con el abismo.

Cuando lo consiguió, se encontró con la cara de las tres supervivientes de su grupo que la miraban llenas de angustia.

—¡Con esta mierda de niebla no conseguíamos encontrarte por ninguna parte! —le dijo la que había llegado a tiempo de salvarla—. Ya temíamos que te hubiera pasado lo mismo que a Bedbug y Leech. ¿No nos oías llamarte?

Moth solo fue capaz de mover la cabeza negativamente. Mientras colgaba no había oído más que sus propios pensamientos y el ritmo frenético de su corazón, contando los latidos que faltaban para caer.

—Señora, solo quedamos cuatro y el tiempo se nos echa encima. ¿Qué ordenas que hagamos?

Moth se obligó a rehacerse. El brazo derecho le había quedado inservible. Apenas podía moverlo sin sentir como un millón de agujas se hundían en sus maltrechos músculos. Trató de ignorar el dolor y centrarse en el plan. Antes de salir, Lark les había contado que en la parte superior de cada una de las gárgolas metálicas que las rodeaban había una portezuela de mantenimiento que conducía directamente al interior del edificio; y que cuando él se marchó no estaban vigiladas. Les resultaría sencillo abrir una, entrar sigilosamente por ahí, provocar un incendio que hiciera saltar las alarmas y salir otra vez por piernas.

Se ceñiría al plan.

Se quitaron los trajes voladores y los dejaron apilados en un rincón, conscientes de que su vida volvería a depender muy pronto de ellos. A Moth tuvieron que ayudarla. Dependiendo de cómo fuese su salida, jamás tendría tiempo de volvérselo a poner, se temió. Pero ahora tenía otras cosas de las que preocuparse. Desenvainó el kukri con la mano izquierda y guio al resto hasta uno de aquellos colosos en forma de cabeza de pájaro.

Efectivamente. Justo detrás de aquella testuz de águila, casi suspendida sobre la nada, encontró la portezuela que les había prometido su aliado.

Sin perder más tiempo, ordenó forzarla.

Mientras dejaba atrás la tierra de los hermanos del caparazón, Ocelot levantó la cabeza y se quitó las gafas. Tenía los ojos pequeños y muy oscuros, pero también vivaces. Despiertos. Husmeó el aire, como si su olfato fuera capaz de traspasar la niebla y decirle qué estaba pasando más allá de aquel limbo gaseoso. Pero aparte de los olores habituales de salitre y óxido no obtuvo ninguna respuesta.

Esbozó una mueca de frustración y se volvió a calar los anteojos, ordenando a los suyos que apretaran el paso.

Desde el punto donde habían accedido a la Cúpula, Dacnis y Lark miraban con

impaciencia hacia el otro extremo del edificio, por donde llegaría el grupo de Flea si es que conseguían salir. A su alrededor, las hijas del viento que ni siquiera habían podido entrar en la torre se arremolinaban con idéntica angustia.

Aquella impotencia era insoportable.

—El tiempo se les agota —le murmuró Lark a la sanadora, al oído—. Y a nosotros también. Si Wired se pone a buscarnos, acabará por encontrarnos. Y entonces ya no habrá nada que hacer. Deberías llevarlas al otro lado del canal ahora que aún estamos a tiempo.

Ella le miró, asustada.

¿Y dejarte otra vez solo?

Lark le adivinó los pensamientos.

—Un hombre solo lo tiene mucho más fácil para burlar la vigilancia que esta muchedumbre. Te prometo que seré prudente. Pero si no nos ponemos en marcha ahora mismo, nos cazarán como a gorriones.

Ella dudó. Aunque sabía que tenía razón, no quería dejarle allí.

—Prométeme que no correrás ningún riesgo —accedió por fin.

—¿Es que no me conoces? Soy yo, Lark: el primero en salir huyendo cuando las cosas se ponen feas.

Ella consiguió reírse de su ironía e incluso castigarla con un puñetazo en el hombro.

—No. Eres Lark: el que se la ha jugado al todopoderoso Wired y que ahora va a arriesgar la vida por un puñado de desconocidas.

La miró con ternura. Era agradable tener al lado a alguien que solo era capaz de ver su mejor versión.

—¡Anda, vete ya! Y no te olvides de volver a por mí cuando las hayas dejado en el otro lado. Ya sabes que en el agua soy ligero como una piedra —le dijo él, guiñándole un ojo.

Ella habría querido sonreír, pero no pudo.

De repente, fue Lark quien la atrajo hacia él y la besó en la boca. Un beso largo, sin prisas, que le permitió notar como ella se fundía entre sus brazos y descubrir el regusto delicioso de sus labios.

Cuando volvió a abrir los ojos, Dacnis ya no parecía tan asustada.

—¿Qué cosas pasan, eh? —le dijo él, pícaro, levantando ambas cejas.

Y la empujó lejos del peligro que corrían en aquel lugar, mayor a cada instante que pasaba.

Cuando Logan recuperó el sentido vio, una a cada lado, a Syren e Ibis, ayudándole a levantarse.

—¿Qué ha pasado? —consiguió preguntar, meneando la cabeza mientras aceptaba la ayuda para incorporarse.

—Te has golpeado contra la pared al aterrizar —le respondió la hermana menor, con aspecto preocupado—. ¿Estás bien?

El muchacho levantó la mirada, tratando de llegar hasta la punta de aquella antena que se levantaba casi doscientos metros desde el lugar contra el que había ido a estrellarse. Haber llegado allí le parecía imposible. Solo unas tripulantes tan dotadas como Dragonfly y sus hijas del viento lo habían hecho posible. Cualquier piloto de ala delta de su tiempo se habría estrellado sin remedio contra el edificio. Por no hablar de conseguir posar a un pasajero en aquel lugar.

Él, en cambio, habría jurado que la voladora que lo había dejado allí lo había logrado sin demasiado esfuerzo.

—¿Dónde está Wren? —preguntó al darse cuenta de que no estaba allí.

—No lo sabemos. No le hemos visto aterrizar. Pero ya debería estar aquí. Su ala venía justo detrás de la nuestra... —contestó Syren. La angustia era palpable en su voz y Logan no pudo evitar una punzada de celos al notarla, tan patente.

Se sintió mezquino. Y aún más al darse cuenta de que una parte de sí mismo, la peor, no lamentaría que le hubiera pasado algo malo.

—¡Vamos a buscarlo! —se apresuró a decir, avergonzado de sí mismo—. No puede estar muy lejos.

Una vez dentro del hueco del ascensor, Flea se encontró metida en una angustiada chimenea, apenas iluminada en su extremo superior y oscura como un mañana sin esperanza abriéndose bajo sus pies.

Se detuvo a escuchar y percibió el rumor de las olas en algún punto no demasiado lejano. Tragó saliva al pensar en que, al menor error, el mar la estaría esperando, para tragársela. Sin la ayuda de la pastora de algas, se hundiría en el agua como una piedra. Levantó la vista, tratando de olvidar el miedo. Bastantes pisos por encima de donde estaba, divisó también una de las cabinas. No se movía, pero si el edificio disfrutaba de energía, podía ponerse en marcha en cualquier momento. Lo más fácil sería llegar hasta ella, esconderse en la parte superior y esperar a que alguien le hiciera el trabajo de subirla hasta arriba.

Lo malo era que no tenía tiempo que perder. Si quería aprovechar la confusión que provocaría la incursión de Moth en la cúspide, tenía que ir deprisa.

De momento, no le quedaba más remedio que escalar. Una vez llegase a la cabina, ya decidiría qué hacía.

O escalaba por la estructura o trepaba por los cables metálicos.

Elegió la primera opción.

Se sacó unos guantes del bolsillo posterior de los pantalones y se los calzó, dando gracias por haberse acordado de llevarlos. Todo lo que la rodeaba parecía muy resbaladizo.

Con la visión de las aguas oscuras bailándole todavía en el cerebro, la hija del

viento buscó un lugar del que asirse y se impulsó hacia arriba.

Hacia donde sabía que encontraría a Wired.

Wren había ido a caer en la fachada opuesta que los otros tres.

Debido al peso de su pasajero, la piloto lo había tenido más difícil que el resto para llegar a la altura adecuada y el resultado había sido un lanzamiento aún más arriesgado que el de los demás. Para empeorar las cosas, en el momento de dejarlo caer, una racha de viento inesperada había estado a punto de hacerlos chocar contra el edificio. Para evitar la colisión, la hija del viento había tenido que maniobrar en el último instante. Y Wren se había visto arrastrado por el viento, igual que las hojas muertas durante la estación fría. La tierra había desaparecido de repente bajo sus pies y bastante había tenido con conseguir anclarse a la reja en el último momento, antes de precipitarse al vacío.

Ahora colgaba desesperadamente de la verja que rodeaba el observatorio; sujeto solo por los dos ganchos que llevaba bien atados a las muñecas.

Estaba tan concentrado en encontrar un punto de apoyo que le permitiera escalarla y ganar el interior que no se dio cuenta de que, apenas a unos cuantos pasos a su izquierda, una pareja de predators habían interrumpido su furioso intercambio de pasión para contemplarle con cara de incredulidad.

Lynx echó un vistazo a la hilera de hombres que se apelotonaban a su espalda, abarrotando el pasillo que desembocaba en uno de los puentes que conectaban la Aguja con los edificios colindantes.

Al final, había decidido hacer caso a las órdenes de Wired, pero a su manera: en vez de llevarse cincuenta hombres se llevaba solo treinta. Armados hasta los dientes, eso sí.

Dudaba de que el tech se parase a contarlos uno por uno si había jaleo.

Y si al final todo era una paranoia del gran hombre, seguro que Ocelot encontraría la manera de sacarle las castañas del fuego.

—¡No quiero tonterías cuando salgamos! —advirtió, levantó la voz para que lo oyeran los que estaban más lejos—. ¡Rapiditos y con los ojos bien abiertos! Ya sé que atreverse a volar entre esa niebla es de locos. Pero eso es precisamente lo que hace peligrosas a esas zorras voladoras. De manera que no se lo pongamos fácil.

—¿Y entonces por qué vamos? —preguntó un tipo que medía más de dos metros, lucía una cresta rubia y no tenía ni un centímetro de piel libre de tatuajes, incluido el rostro.

—Si vas a mojar los pantalones, Serval, estaré encantado de darte una excusa para que te quedes... —respondió Lynx, tirando amenazadoramente de la corredera de su AR-15.

No tenía tiempo para gilipolleces.

El otro se encogió rápidamente de hombros, dándose por contestado. Lynx no era Cheetah, pero tampoco se podía jugar con él y esperar salir ganando.

Satisfecho, Lynx se volvió hacia una mujer delgada y de ojos febriles, que llevaba la cabeza afeitada, excepto por tres finas trenzas pelirrojas que le recorrían el cráneo longitudinalmente, como si se lo lamiera una lengua de fuego.

—Margay —le dijo—, te quedas al mando hasta que regresemos Ocelot o yo. Ten a todo el mundo en pie de guerra. Antes de ponerse histérico, Wired creía que corríamos peligro de ser atacados. Nadie ha dicho que eso ya no pueda pasar. Mantén los ojos bien abiertos.

La mujer asintió con la cabeza, blandiendo su propia arma para reforzar el gesto.

Lynx cabeceó también. Margay no era Cheetah. Se podía confiar en que haría lo más sensato.

—Muy bien, pues. ¡Vayamos a ver qué coño le pasa al todopoderoso Wired para tener que llamarnos en plena noche, como una niñita asustada!

La puerta que daba al puente se abrió y la larga hilera de predators desfiló con rapidez, perdiéndose enseguida entre la niebla espesa.

La portezuela se abrió sin resistencia.

Desafiando el vendaval, el miedo a caer y el dolor que continuaba retorciéndole el brazo, Moth observó como sus tres compañeras penetraban rápidamente por aquel acceso y las siguió al interior del edificio. Una vez dentro, se encontraron con una escalera de caracol que se adentraba en la estructura, rodeada de oscuridad.

Procurando no hacer ningún ruido que pudiera delatar su presencia, encabezó el grupo. La misión de una reina era, antes que cualquier otra, la de guiar a las tropas. Y un brazo maltrecho no era excusa para no hacerlo. Empuñando el kukri con la mano sana, Moth descendió rápidamente por los escalones que se enroscaban sobre sí mismos.

Todo lo que necesitaban era darles algo de que preocuparse a los defensores en la parte alta del edificio. Con suerte, causar un par de bajas y salir zumbando. No podían aspirar a más.

Pero tampoco conformarse con menos. La diversión era vital para que el pelotón de Flea consiguiera llegar arriba.

Con miedo de hacer saltar una alarma o ser víctimas de una trampa en cualquier momento, las cuatro hijas del viento llegaron al final de la escalera y entreabrieron la puerta que las separaba del pasillo. Se encontraron con un corredor cálido y bien iluminado, de paredes y techos recubiertos de madera noble e intrincados motivos decorativos de metal, relucientes como si acabaran de pulirlos.

Pese al nerviosismo, Moth no pudo evitar sentir una punzada de envidia al comprobar las condiciones de vida de las que disfrutaban los techs. Se había pasado

la vida creyendo que ellas eran el clan más poderoso de Nyork, pero al ver aquello la realidad la abofeteó con contundencia.

No les llegaban a los techs ni a la suela de los zapatos.

Dragonfly tenía razón: si pretendían luchar de igual a igual, terminarían exterminadas.

Los ojos de Wired recorrían frenéticamente la pantalla, abriendo y cerrando ventanas y comprobando sistema tras sistema. Rastreando hasta dónde había llegado la penetración de su hijo en la red y cuánto daño podía haberles causado.

Link tenía que estar muy cerca para haber podido hacer todo aquello. Lo más seguro era que estuviera en el interior mismo del edificio.

Inesperadamente, una ventana que él no había abierto apareció en el centro de la pantalla. El rostro de Slash, el técnico responsable de la seguridad de la torre, le miró con expresión consternada.

—Señor, ¡hemos detectado intrusos en dos plantas!

¡En dos!

—¿Cuáles?

—La 29 y la 61. —La voz del técnico tembló ligeramente al decir la segunda cifra.

—¡La 61! —Eso eran solo diez pisos por debajo de donde él estaba ahora mismo. ¡Las tenía prácticamente encima!—. ¿Por dónde diablos han entrado? ¿Tienes visual?

—Solo de la 61 —respondió Slash, intentando mantener la calma—. Los sensores indican que han conseguido forzar una de las ventanas del piso 29, pero las cámaras han estado un tiempo muertas y ahora no detectan nada. A las otras las tengo en pantalla ahora mismo. Parece que solo son cuatro. Han hecho saltar la alarma silenciosa de una de las puertas que llevan a las gárgolas. Todo indica que deben de haber entrado por allí. Las ventanas del piso están intactas.

El líder de los techs arrugó la boca en una mueca de disgusto. Hacía tiempo que debería haber colocado trampas explosivas en las portezuelas de las gárgolas. Pero iba corto de dispositivos y aquellas minúsculas entradas parecían inaccesibles. ¿Cómo diablos habían podido llegar las voladoras hasta ellas? ¿Y cómo sabían que aquel acceso estaría desprotegido?

¡Link! ¡Pues claro! ¡Jodido mocoso traidor!

—¡Envíame las imágenes!

Otra ventana se le abrió delante. Wired pudo ver a las intrusas con sus propios ojos. Efectivamente, solo cuatro voladoras, armadas con aquellos cuchillos curvos suyos, tan amenazadores.

Sin que se le pareciese, la que iba delante le recordó a la mujer a quien había matado de un tiro en la azotea del Santuario.

Wired notó un escalofrío en el espinazo. Aquel comando suicida solo podía tener

un objetivo: él.

—Sella todos los accesos a la 61 y envía enseguida allí a la mitad de los predators que están en las plantas inferiores —ordenó—. ¡Las quiero muertas, ya!

—Señor, se acaba de disparar otra alarma en la ¡29! ¡Están intentando abrir una de las puertas de acceso a las plantas húmedas!

—¡Déjame esto a mí y haz lo que te he dicho! Y después realiza un barrido de todo el edificio, planta por planta. Hay que asegurarse de que no tenemos más brechas.

Cerró la ventana que lo conectaba con el técnico y con un parpadeo abrió otra para buscar las intrusas de la 29 y neutralizarlas. Pero antes de continuar abrió el cajón de la mesa para sacar la automática del 45 y dejarla a su alcance.

¿Qué hace el jodido Lynx que no viene? ¡No ve que nos están atacando por todas partes!

Lark había apagado el híperbook y se había escondido lo más lejos posible de los lugares donde recordaba que había trampas. Sin embargo, no tenía forma de saber si Wired habría colocado otras nuevas. Los niveles húmedos de la Cúpula eran una de sus obsesiones. Estaba convencido de que, si un día los atacaban, entrarían por allí. Y por eso era allí donde había concentrado la mayor parte de los dispositivos.

Si las hijas del viento conseguían forzar la puerta que daba acceso a las escaleras, caerían de cuatro patas en el infierno que había diseñado su padre para quienes osaran atacarlo.

Su única oportunidad era conseguir advertirlas antes de que lo hicieran y guiarlas hasta donde estaba él. Algo prácticamente imposible.

El viejo Lark ya las habría dado por perdidas y habría puesto su culo a salvo, al otro lado del canal.

Por desgracia, para el nuevo —a quien la culpa por lo que les había pasado a Elaenia y a Bee le pesaba como una losa—, salir huyendo ya no era una opción.

A pesar del frío reinante, estaba empapado de sudor. Había sido un estúpido al creer que podría jugársela a Wired. Y su soberbia los había llevado a todos al desastre. Solo esperaba que Syren y los demás pudieran alcanzar el portal y largarse de aquel infierno.

Mientras el miedo le retorció las entrañas, Lark intentó mimetizarse aún más con el entorno. Desde su escondrijo, a través de uno de los boquetes de la fachada, pudo observar cómo un grupo de treinta o cuarenta predators cruzaban a toda prisa el único puente que comunicaba la Cúpula con su entorno y entraban sin demora en el edificio.

Wired ya tenía a sus refuerzos. Y la Aguja, aún menos defensores.

Volvió a desear que aquello les sirviera a Syren y a los demás para escapar.

Ligeramente confortado por aquel éxito menor, trató de concentrarse en su

misión: sacar vivas de allí a Flea y a sus chicas.

De repente las oyó llegar. Un rumor de pies bajando por las escaleras a toda velocidad.

¡Si salían de aquella manera, las cámaras las detectarían sin remedio! Pero ellas no podían saberlo. Solo cumplían las últimas instrucciones que él mismo les había dado: *corred, o estáis muertas.*

Maldiciendo su falta de opciones, abandonó la seguridad del escondrijo y se puso de pie para que pudieran verlo nada más salir. Un instante más tarde, la primera de las voladoras asomó por la puerta.

—¡Deteneos! Está lleno de...

No pudo terminar la advertencia. Casi de manera simultánea, un sensor de movimiento se disparó, una cámara invisible en el techo rotó hacia la puerta que derramaba voladoras y una descarga eléctrica potentísima iluminó el suelo anegado que pisaban las mujeres del pelotón de Flea.

Link no conocía la existencia de aquella nueva trampa.

Instintivamente, saltó para agarrarse a un tronco y dejar de estar en contacto con el agua. Aun así, la violencia de la descarga le alcanzó también a él. El aire se llenó con el chasquido provocado por el choque entre líquido y electricidad. Y, enseguida, también del hedor de la carne quemada, a medida que las cinco mujeres se electrocutaban en aquel infierno minuciosamente preparado por Wired. Las hijas del viento se pusieron rígidas mientras miles de voltios les recorrían el cuerpo, fundiendo sus vasos sanguíneos, llevando su sangre hasta la ebullición y haciéndoles estallar los ojos dentro de las cuencas. Después de un intervalo que pareció infinito, la descarga terminó y las cinco muchachas se desplomaron, literalmente derretidas.

La cámara que las había descubierto se quedó enfocándolas durante algunos segundos, para asegurarse de que nadie había sobrevivido a la descarga. Cuando resultó evidente que ninguna volvería a levantarse, la lente rotó 180 grados, con un zumbido casi imperceptible, para enfocar el lugar desde donde Link había intentado avisarlas.

Un nuevo zumbido indicó que al otro extremo del hilo alguien estaba maniobrando el zoom para localizar al propietario de la voz que había podido oírse justo antes de la descarga.

Pero, por mucho que se esforzó quien la manipulaba, la cámara solo pudo enfocar aguas oscuras y revueltas y vegetación chamuscada.

Dacnis no advirtió como el agua se removía frente a ella hasta que fue demasiado tarde.

Su cabeza se había quedado en la Cúpula, con Lark, mientras guiaba con demasiadas prisas al resto del pelotón de Flea hasta el otro lado del canal.

Si no se hubiera visto obligada a nadar entre aquella niebla espesa y no hubiera

estado tan preocupada por él, habría puesto más atención en lo que la rodeaba y se habría dado cuenta un poco antes de aquel ominoso oleaje que precedía siempre el ataque de un selachiphorme.

O habría recordado a la bestia que había estado a punto de cazarla durante el viaje de ida y habría actuado con más prudencia a la hora de hacer que sus aliadas se metiesen en el agua y atravesasen a toda prisa, con la ayuda de la cuerda que continuaba donde la habían dejado.

Pero Dacnis solo podía pensar en Lark.

En Lark a solas, expuesto al peligro de los sensores y las trampas de Wired.

En Lark, capturado por un pelotón inesperado de predators salidos de la nada.

En Lark, abatido a traición por una bala disparada por un francotirador.

En Lark...

Loca de preocupación por su amado, y ansiosa de regresar junto a él cuanto antes, la joven sanadora no advirtió el peligro hasta que tuvo al selachiphorme encima.

Lo peor fue darse cuenta de que había sido culpa suya cuando oyó, perdidos entre la niebla, los gritos de pánico y de dolor de las voladoras al ser atacadas por el escualo.

Peor, incluso, que el *shock* que la sacudió cuando notó los dientes de la bestia cerrándose sobre ella, haciendo jirones la carne, desgarrando tejidos, tronchando huesos y tiñendo de rojo el agua a su alrededor.

A Bobcat no le había costado nada convencer a Caracal de que se dejase hacer.

Le había visto el deseo en los ojos mientras se acercaba a su puesto, pavoneándose. Ganas de él... y ganas también de enviar al carajo a Ocelot, a Lynx, a Cheetah —buen provecho a los peces que se la debían de estar zampando en ese preciso instante, por cierto— y a todo lo que oliese mínimamente a autoridad.

Se habían arrancado la ropa el uno al otro sin decirse nada. Ella buscándole la entrepierna con glotonería y él sin suficientes manos ni lengua como para magrearle aquellos pechos, pequeños y duros como fruta verde, y devorarlos con pasión.

Los habían enviado a congelarse allí arriba como parte del castigo, ¿eh? ¡Pues que se jodieran!

Sin importarle el frío ni el vendaval, le había arrancado los pantalones y la había obligado a ponerse de cara a la pared. Se estaba bajando los suyos cuando oyó el chasquido inconfundible del metal contra el metal y se detuvo.

¿Qué cojones...?

Ambos habían levantado la vista a la vez, buscando la fuente de aquel sonido. Temerosos de que los hubieran pillado otra vez descuidando la guardia.

Pero en el mirador no había nadie más.

Intercambiando miradas de desconcierto, se vistieron en un abrir y cerrar de ojos, recuperaron las armas abandonadas un rato antes contra la pared y empezaron a

buscar a su alrededor.

Fue ella quien descubrió los dos ganchos sujetos a las barras de la verja.

Todavía sin dar crédito, alertó a su compañero, señalándole el lugar con un movimiento de cejas.

Bobcat acababa de llegar a su lado cuando la cabeza de Wren asomó al otro de la reja, con el rostro contraído por el esfuerzo que le había costado poder escalar hasta allí.

Mira tú por dónde: Lynx no había sido tan idiota enviándolos allí arriba.

Ni se les pasó por la cabeza que podían capturarlo vivo para averiguar cómo diantre había llegado hasta allí. Ninguno de los dos era de los que pensaban. Ni de los que hacían prisioneros. Aquella era otra cosa que los atraía el uno al otro, como dos imanes.

Se miraron con una sonrisa de complicidad y, sin necesitar palabras, como solía pasarles, amartillaron las armas para coser a tiros al escalador.

Ocelot esbozó una sonrisa al comprobar que, tan pronto como se les había venido encima, la niebla escampaba, hecha jirones por una nueva y feroz entrada de viento norteño.

Desde la mitad de la pasarela que estaba atravesando, se dio cuenta de que estaban más cerca de casa de lo que creía. La punta de la Aguja era claramente visible, destacando entre los edificios que se levantaban entre ambos.

La sonrisa desapareció cuando también pudo distinguir varias alas de las hijas del viento, dando vueltas alrededor de la cúspide de su cuartel general.

¡Mierda! ¡Wired volvía a tener razón! Habían aprovechado aquella noche de perros para atacarlos por sorpresa. Tenía que quitarse el sombrero una vez más ante los redaños que demostraban las voladoras.

Bien, pues ya se lo quitaría luego. Para arrojarlo sobre sus cuerpos muertos.

Se llevó dos dedos a la boca y produjo un silbido agudísimo para llamar la atención de sus hombres, que iban tras él, cabizbajos, empapados y exhaustos, después de aquel último esfuerzo que les había exigido.

No necesitó decir nada. Apenas les señaló a los buitres que giraban en torno a su edificio y el cansancio desapareció, sustituido por la ira que solo provoca la proximidad de la batalla.

El puente se balanceó bajo el impacto de sus botas, mientras echaban a correr.

DÍA 7

Por la posición de la luna en el cielo, Dragonfly calculó que habían llegado al punto de la medianoche. Cuando volvió a mirar abajo se dio cuenta de que la niebla que las había estado protegiendo hasta entonces se levantaba rápidamente.

Mala cosa.

La cabeza le decía que era hora de volver a casa. Ya no podían hacer nada más y el riesgo de ser abatidas o de acabar estrellándose contra el edificio por culpa de una racha de viento inesperada crecía a cada momento que permanecían allí.

El corazón, sin embargo, se negaba a dejar a Syren y a los suyos solos en la boca del lobo.

Consideró la posibilidad de hacer regresar a las demás, pero la descartó enseguida. Eran algunas de sus mujeres más fieles y se negarían a irse sin ella. No valía la pena obligarlas a fingir que el viento les impedía oír sus órdenes, a riesgo de distraerlas y acabar provocando un accidente. Incluso ella misma había estado a punto de tener un percance por culpa de las corrientes tan cambiantes que soplaban allí arriba.

De acuerdo. Un par de vueltas más.

Cambió de posición las manos sobre la barra para hacer virar el ala. Esta vez trataría de acercarse más. Hacía un rato que no veía a los pastores de algas y quería saber dónde estaban.

Apenas dobló la esquina, descubrió con espanto adónde había ido a parar el más alto de todos: aquel mocetón llamado Wren a quien Moth le ponía ojitos cada vez que creía que nadie se daba cuenta.

El lanzamiento debía de haber sido malo.

El muchacho pendía de la reja del mirador, tratando de escalarla. Parecía a punto de lograrlo, pero entonces se dio cuenta de que lo amenazaba otro peligro aún peor. A pocos metros de él, dos predators estaban montando sus armas con intenciones evidentes de disparar primero y preguntar después.

Reaccionó de manera casi instintiva.

Mientras con una mano dirigía el ala hacia el trío, con la otra buscó los venablos de la funda donde los llevaba.

Era un lanzamiento difícilísimo y que, una vez hecho, la dejaría a merced de las armas de fuego de los predators. Pero si no lo intentaba, lo acribillarían sin remedio.

Mientras se aproximaba al mirador, como un halcón a una paloma, más que verlas intuyó las otras tres alas, uniéndosele en la carga.

Esbozó una sonrisa salvaje. Era todo un privilegio que unas mujeres tan valientes estuvieran dispuestas a seguirla hasta las puertas del infierno.

Con Logan precediéndolas, Syren e Ibis trataron de rodear la base de la aguja, buscando a Wren. No les resultó fácil. El piso que se abría inmediatamente encima del mirador estaba plagado de vallas, rejas y otros obstáculos que los obligaban a trepar constantemente, retrasando su avance.

Aunque miraba por todas partes, Syren no lograba encontrar el menor rastro del muchacho y su angustia aumentaba sin que fuera capaz de disimularla. En un momento dado sintió la mano de Logan rodeándole la suya.

—Tranquila —le musitó—. Seguro que está bien. Tiene la cabeza demasiado dura como para habérsela abollado...

Ella percibió cuánto le costaba decirle aquello. Se sintió estúpida una vez más por no poder dejar de hacerles daño a los que amaba. Pero ahora que la posibilidad de que le hubiese pasado algo a Wren aumentaba a cada paso que daban, no se veía capaz de aceptarla. En su vida solo había dos constantes: Ibis y él. Y ahora que podía perderlos se daba cuenta de hasta qué punto sería incapaz de vivir sin ninguno de los dos.

Se había equivocado terriblemente llevándoles allí.

Se liberó de la mano de Logan para darse aún más prisa. El muchacho se tragó el despecho y las ayudó a saltar otra valla, para doblar la esquina.

Lo que vieron desde allí los dejó helados: Wren intentando escalar la verja y, del otro lado, dos predators a punto de dispararle.

Demasiado lejos para poder hacer otra cosa, a Syren solo se le ocurrió ponerse a chillar para tratar de desviar la atención de los predators: una pareja apenas un par de años mayores que ellos mismos.

Funcionó. Los guardias apartaron los cañones de sus armas del indefenso Wren para dirigirlos contra ella.

Y el infierno se desató.

Syren tuvo el tiempo justo de coger del brazo a su hermana y echarse a tierra. Una vez más, las balas le pasaron peligrosamente cerca. Notando su pavor, asió de la mano a Ibis mientras ambas se pegaban al suelo.

¿Y Logan? ¿Dónde está?

Lo buscó junto a ella, sin encontrarlo, y el miedo que la había atenazado un momento antes se convirtió en nada ante la perspectiva de que lo hubieran alcanzado. Mientras con un brazo impedía que su hermana levantase la cabeza, trató de hacerle ella para ver qué pasaba.

No le habían dado.

En lugar de cubrirse, Logan había saltado al mirador para tratar de ayudar a Wren. Pero había calculado mal la altura y el choque contra el suelo le había dejado sin resuello y hecho que perdiera el arma.

Ahora él también estaba a merced de los predators, que parecían indecisos sobre a quién despachar primero.

El hombre fue el primero en decidirse, y lo hizo por Logan.

Dándose cuenta del peligro, Syren estaba a punto de saltar al mirador para interponerse entre Logan y los predators. Pero antes de que pudiera completar el movimiento notó una ráfaga de aire sobre la cabeza que la hizo detenerse.

Las balas nunca llegaron a salir del arma de Bobcat.

Los muertos no pueden apretar un gatillo.

Caracal no entendió cómo era posible que un dardo surgido de la nada atravesase de repente el pecho de Bobcat.

Él estaba de pie, dos pasos por delante de ella. A punto de volarle la cabeza a aquel mierda que había saltado desde el piso superior, perdido el arma de la manera más torpe y quedado indefenso a sus pies.

La lanza le había entrado por el pecho y le había hecho estallar la espalda, en una erupción de sangre que la había salpicado también a ella, dejándola atónita.

Bobcat se volvió lentamente hacia su amante, mientras el AK-47 se le escurría de entre los dedos sin haber llegado a disparar. Con el rostro convertido en una máscara de dolor y sorpresa, y el pecho en una masa sanguinolenta de la que sobresalía, incoherente, un tallo de madera.

Abrió la boca para pedirle que lo ayudase, pero solo brotó un chorro de sangre. Después las rodillas le fallaron y se desplomó como un saco.

Ella supo que estaba muerto.

Furiosa, Caracal levantó el arma para disparar contra el intruso, que había aprovechado el instante de confusión para recuperar la suya y estaba intentando montarla. Pero tres venablos más, que llegaron en rápida sucesión desde el cielo, la obligaron a buscar refugio. Ninguno logró alcanzarla y ella pudo levantar la cabeza y descubrir qué les había atacado: tres malditas alas de las hijas del viento. Olvidándose del intruso, la predator les devolvió el ataque, descargando todo el cargador contra las voladoras, que ya se alejaban rápidamente del edificio.

No lo bastante rápido, por desgracia.

La ráfaga de Caracal acertó de lleno a la última, destrozando la tela e hiriendo mortalmente a su tripulante.

El aparato se partió por la mitad en el aire y ambos pedazos se precipitaron al vacío, perdiéndose enseguida del campo de visión de la predator.

Satisfecha, Caracal expulsó el cargador de su fusil de asalto. *¿Queréis plomo, putas? ¡Tengo a montones para vosotras!* Pero, antes de poder recargar, sonaron más disparos y recibió dos impactos que la hicieron caer al suelo: uno en un brazo y el otro en el costado. Con un gemido de dolor, la predator soltó el arma y se arrastró por el suelo, tratando de buscar refugio en el interior del edificio.

¿De dónde coño han salido tantos enemigos?, pensó mientras se deslizaba por la puerta, dejando un rastro de sangre tras ella.

Desde el rincón donde se había escondido, Logan todavía pudo dispararle un par

de veces más. Pero falló y ella se perdió en la oscuridad del interior.

Dacnis volvió a mirar con incredulidad el lugar donde hasta hacía solo un rato había estado su brazo izquierdo. Allí donde deberían estar el antebrazo y la mano, ahora solo le quedaba un colgajo de carne sanguinolenta, piel rasgada y huesos convertidos en astillas, que identificó como la parte final del húmero.

El selachiphorme le había arrancado el brazo de cuajo, desde algo más arriba del codo. Era un milagro que se hubiera conformado solo con eso y no hubiera vuelto a por el resto.

Pasaba muy de vez en cuando y nadie sabía por qué.

El resto del pelotón de Flea no había tenido tanta suerte. No había sobrevivido ni una. Posiblemente las habían atacado más de un escualo. A veces lo hacían en grupos de tres o cuatro. No era frecuente, pero tampoco extraordinario.

Gimiendo de dolor y de culpa, la sanadora había conseguido agarrarse a la cuerda, ahora cortada, para regresar al punto de partida. Se había arrastrado fuera del agua como había podido y contemplaba con espanto los daños irreparables que le había causado el ataque.

Temblaba como una hoja, lo veía todo borroso y tenía unas ganas incontenibles de vomitar. Si no hacía algo, y de prisa, el *shock* y la hemorragia le harían perder el conocimiento y moriría, desangrada, allí donde cayera.

Antes de poder hacer nada, sufrió un espasmo que la hizo doblarse sobre sí misma y expulsar una mezcla de restos de comida y agua de mar. Una vez estuvieron fuera, se sintió algo mejor. Con la mano que le quedaba, consiguió descolgarse de la espalda la mochila impermeable, donde llevaba sus remedios.

Antes de nada, tenía que parar la hemorragia.

Buscó a tientas hasta dar con unas algas trenzadas que usaba como venda. Sujetó un extremo con los dientes y con la mano que le quedaba improvisó un torniquete que oprimió alrededor del muñón hasta hacerse chillar de dolor.

Una segunda arcada, todavía más violenta que la anterior, volvió a sacudirla. Esta vez sacó todo lo que le quedaba dentro. Pero en lugar de sentirse mejor después de vomitar, el mundo empezó a dar vueltas a su alrededor.

¡Estaba a punto de desmayarse!

Desesperada, hizo lo primero que se le ocurrió. Casi sin verlo, notó el mango del pequeño cuchillo que llevaba en la bolsa y lo usó para darse un tajo en la pierna. El aguijonazo de dolor la reanimó y pudo permitirse apoyar la cabeza en el tronco de uno de los árboles que habían tomado aquel nivel. Notó lágrimas, grandes y saladas, resbalando por las mejillas.

Eran buenas. Igual que el dolor. O que cualquier otra cosa que impidiera que se

desmayara. El sueño equivalía a la muerte. Lo había visto muchas veces.

Cuando estuvo bastante segura de que las náuseas no volverían, se obligó a levantarse. Tenía que encontrar a Lark y a las otras hijas del viento.

Con una herida como aquella, él era su única esperanza de sobrevivir. Pero Dacnis no pensaba en eso mientras se obligaba a dar un paso, después otro, y así sucesivamente.

Solo quería saber que estaba vivo. Que no lo había perdido.

Pero algo iba mal. Lo sabía. Había armado suficiente alboroto como para hacerse oír. Si Lark no había corrido a su lado, era que algo se lo impedía.

Tambaleándose a cada paso, sabiendo que si se caía ya no tendría suficientes fuerzas como para volver a levantarse, y con el peligro de hacer saltar una alarma en cualquier momento, Dacnis empezó a moverse muy lentamente por aquel espacio erizado de trampas. Había dejado a Lark al otro extremo, cerca de la única puerta por la cual podían escapar las voladoras, y ahora trataba de ir hasta allí, recordando el camino seguro que él le había mostrado a la ida.

Estaba oscuro y la cabeza amenazaba con estallarle. Más de una vez tuvo que agarrarse a una rama para evitar caerse. Sentía las rodillas como si fueran de cartílago, incapaces de continuar sosteniéndola mucho más tiempo.

Al final, de alguna manera, llegó al otro extremo de la planta sin activar ninguna trampa. Se apoyó en la pared y respiró profundamente unas cuantas veces. Tal y como le había enseñado su abuela: permitiendo que los pulmones se ensancharan sin prisa y que la cabeza se repusiera lo bastante como para despejarse.

Fue entonces, mientras se llenaba la nariz de aire, cuando lo sintió: hedor a carne quemada. A vegetación chamuscada. A muerte.

Asustada, levantó la vista tratando de distinguir algo en medio de toda aquella oscuridad. No tardó en localizar los cuerpos torturados de las cinco hijas del viento, flotando apenas unos cuantos pasos frente a la puerta por la que habían creído que podrían escapar.

No pudo contener un sollozo.

Horrorizada, contó los cadáveres. Uno, dos, tres... había cinco. Todos pequeños.

¡No está! ¡Solo son ellas! ¡Él sigue vivo!

Luchando consigo misma para mantener la calma y no hacer nada que pudiera delatar su presencia, se volvió, tratando de localizarle en algún rincón.

Lo vio enseguida. Flotando boca arriba, con los ojos cerrados y la boca muy abierta. No estaba ni a cinco pasos de ella. No echársele encima fue lo que más le costó. Pero fue capaz de contener el impulso y cerciorarse antes de que no había ningún sensor.

Una vez estuvo segura, se arrodilló a su lado, le puso la cabeza en el regazo y le buscó el pulso en la carótida.

¡Tenía! Muy débil, pero tenía.

Llorando de agradecimiento, Dacnis se olvidó del propio dolor y empezó a

intentar reanimarlo. Lo mismo que las había matado a ellas había estado a punto de acabar con Lark. Pero, de alguna manera, él había podido evitar recibir una dosis letal.

Le hizo el boca a boca. Tenía los labios helados, casi muertos. No obtuvo ninguna respuesta. Sobrecogida ante la perspectiva de no poder reavivarle, empezó a golpearle el pecho con el único puño que le quedaba. Cada golpe le hacía temblar el muñón, llevándola al límite de su resistencia.

Pero no dejó de golpear.

¡Despierta, Lark! ¡Despierta o yo también me echaré a tu lado y se acabará todo para ambos! ¡Despierta!

¡Vive!

El cuerpo de Lark se sacudió con violencia y él abrió los ojos de golpe, como si se despertara de una pesadilla. Aspirando con tanta fuerza que pareció que iba a tragarse todo el aire a su alrededor.

—¿Qué...? ¿Dónde...?

Dacnis sollozó de alivio y le rodeó el cuello con su único brazo, llenándolo de lágrimas, besos y saliva.

Él tardó unos momentos en sentirse lo suficientemente entero como para poder contarle lo que había pasado.

—Las he visto caer de cuatro patas en la trampa eléctrica. No estaba allí cuando me fui. No he tenido ninguna oportunidad de ayudarlas. Todavía no sé cómo he conseguido saltar fuera del agua y agarrarme a un tronco. Y aun así, la descarga por poco me mata. Pero te juro que he hecho todo lo que...

Ella no le dejó terminar y volvió a rodearle con el brazo que le quedaba, para consolarlo. Solo entonces él se dio cuenta de lo que le había pasado.

—¡Dacnis! ¿Pero qué te han hecho? ¡Oh, señor! ¿Qué te han hecho?

Contemplaba con espanto la terrible herida, incapaz de hacer otra cosa que repetir aquella pregunta inútil.

Ella empezó a sentirse terriblemente cansada. No podría continuar llevando el peso de la situación. Necesitaba su ayuda, y la necesitaba ahora.

—Lark, amor mío... tenemos que salir de aquí. Y vas a tener que ser tú quien nos saque, porque yo no aguantaré mucho más despierta. He conseguido detener la hemorragia, pero solo es temporal. Necesitaré la ayuda de las sanadoras de las hijas del viento si quiero conseguirlo. Tenemos poco tiempo y el camino de vuelta es muy largo. ¿Podrás hacerlo?

Cuando él le acarició la mejilla, ella vio como las lágrimas se deslizaban por su cara. Y, por un instante fugaz, pensó que todo aquello acabaría bien y habría valido la pena.

No se llora por alguien a quien no se ama.

Lark dejó escapar un largo suspiro, como hace quien se dispone a tomar las riendas de la situación.

—Tendré que poder. —Y la besó en los labios.

Con toda la delicadeza de la que fue capaz, la levantó del suelo para llevarla en brazos. Ella cerró los ojos y se acurrucó en aquel refugio que le ofrecía. ¡Estaba tan cansada!

Un instante después, el muchacho oía su respiración acompasada contra su pecho. Débil, pero tranquila.

Dacnis ni siquiera vio como, a medio camino, él volvía atrás con calma y recuperaba el hiperbook del lugar donde había ido a parar después de la descarga. Tampoco se dio cuenta de como la llevaba hasta el canal, la metía en el agua con mucho cuidado y empezaba a nadar hacia el otro extremo, alejándolos a ambos de la Cúpula.

Si hubiera estado consciente para verle habría pensado que, al fin y al cabo, Lark ya no se movía con tanta torpeza en el agua.

Una batería de chasquidos de cerraduras cerrándose electrónicamente, uno tras otro, a lo largo del pasillo, advirtió a Moth de que su presencia había sido detectada.

¿Cómo? ¡Si apenas hemos dado cuatro pasos!

¡Tanto esfuerzo y las vidas de Bedbug y Leech perdidas para recorrer medio pasillo! Pero no tenía tiempo para pararse a lamentarlo. Todavía podía hacer que aquello sirviera de algo.

—¡Deprisa! ¡El combustible! ¡Rociad todo lo que podáis! —ordenó a las demás.

Enseguida, las voladoras se descolgaron los saquitos que llevaban colgados a la espalda y sacaron las botellitas llenas de líquido que Logan había recuperado para ellas de su enorme almacén, repleto de objetos de los antiguos. Combustible para mecheros, había dicho que era. Y les había enseñado la manera de iniciar un buen fuego usándolo. Solo había que rociar un objeto que quemara bien y acercarle una llama.

—¡Las puertas! ¡Las alfombras! —indicó Moth, corriendo a lo largo del pasillo y rociando con el contenido de su botellita todo cuanto le parecía que podía arder. Dos de sus mujeres la imitaron, mientras la tercera se concentraba en encender una llama con yesca y un pedernal.

Mientras dejaba bien empapada de aquel líquido una puerta de madera, Moth oyó un tintineo a su espalda. Se volvió y vio como las luces de los botones del ascensor se iluminaban y se escuchaba el ronroneo de la maquinaria al ponerse en marcha. Era la primera vez que veía cómo funcionaban aquellos aparatos, muertos y olvidados en las Siamesas.

¡El tiempo se agotaba!

—¡Ya vienen! ¡Deprisa, prended fuego a todo cuanto podáis y salgamos de aquí!

Echó a correr hacia la puerta por donde habían entrado mientras, a su alrededor, varios fuegos empezaban a cobrar vida a medida que sus compañeras los iban iniciando. Enseguida, el pasillo se llenó de humo.

Moth fue la primera en llegar a la puerta por la que habían entrado. Hizo girar el pomo, pero sin resultado. Aquella cerradura también había sido manipulada electrónicamente. Un aguijonazo de pánico le electrificó el espinazo. Se giró para mirar hacia los ascensores.

En un instante, aquellas puertas se abrían y vomitarían predators armados con fusiles.

Luchando contra aquella imagen, desenvainó el kukri y empezó a asestar puñaladas salvajes contra la cerradura, intentando hacerla saltar. Las otras tres se le sumaron enseguida. Pero era una puerta metálica, difícil de perforar incluso con

aquellas hojas tan afiladas.

¡Mierda, no lo lograremos!

De repente, una de las voladoras dejó de dar golpes. Miró a la que estaba a su lado e indicó los ascensores con la cabeza. La otra la entendió enseguida.

—¡Llévate a la reina! —gritó la primera a la que aún continuaba ayudando a Moth con la puerta—. ¡Os daremos un poco más de tiempo!

Antes de que tuviera tiempo de decir nada, las dos voladoras echaron a correr en dirección al otro extremo del pasillo, por donde tenían que llegar sus enemigos. Cuando Moth quiso detenerlas, la que se había quedado con ella le suplicó:

—Señora, no hay ninguna otra manera de hacerlo. ¡Que su sacrificio sirva para algo, te lo ruego!

Era verdad, no había tiempo para nada más.

Moth hizo una mueca de disgusto y se concentró en reventar de una vez por todas aquella maldita puerta.

Rodeadas de humo, las dos voladoras llegaron ante las puertas del ascensor en el momento en que se abrían. Profiriendo sus aullidos de guerra, las dos menudas guerreras se abalanzaron contra sus enemigos, protegidas por toda aquella humareda. Los predators no esperaban aquella letal combinación de humo y acero. Cayeron uno detrás de otro bajo las salvajes puñaladas de las dos hijas del viento, que sabían muy bien adónde dirigir sus hojas curvas para que un solo corte fuese suficiente.

La cabina se convirtió en un infierno de sangre, disparos, cuchilladas y fuego.

Por un instante, pareció que las dos pequeñas guerreras saldrían victoriosas. Entonces, la campanilla de la cabina de al lado sonó y un segundo grupo de predators, alertados por los gritos y los disparos de quienes habían llegado antes, salieron al pasillo con las armas a punto.

Desde el otro extremo del pasillo, Moth escuchó las ráfagas innecesariamente largas que segaron sus esperanzas de volver a verlas con vida.

Aestó un golpe con rabia a la cerradura y esta acabó cediendo.

Un momento más tarde, su compañera ya la empujaba escaleras arriba.

Subieron a trancas y barrancas, conscientes de que cada instante era precioso. El fuego y el humo retrasarían un poco a quienes las seguían, pero no demasiado. Y no era fácil embutirse en un traje volador.

Y aún menos con un brazo herido.

Cuando abrieron la portezuela de la gárgola se encontraron con que la niebla había desaparecido. Un millón de estrellas volvían a ser claramente visibles por encima de sus cabezas y el viento helado del norte les prometía llevarlas a casa en volandas si conseguían abandonarse a su aliento escarchado.

Moth intentó ponerse ella misma el traje, pero la otra enseguida se concentró en ayudarla.

—¡Puedo hacerlo sola! Ocúpate de ti —se quejó la joven reina negra.

—Tick y Ladybug no han dado su vida para que ahora yo permita que te atrapen en esta azotea, señora. Con todos los respetos, cuanto más calles y me ayudes, antes podremos salir las dos de este infierno.

Moth se quedó sin argumentos. Obedeció en silencio, concentrándose en tragarse los gemidos de dolor que le provocaba cada vez que algún movimiento le torturaba los ligamentos desgarrados.

Estaban acabando de ponerle el traje cuando oyeron el ruido de alguien que manipulaba la portezuela.

—¡Vete, señora! ¡Y que el viento te lleve a casa!

Desenfundó el kukri y se abalanzó contra la gárgola, por donde ya asomaba la cabeza de un predator de cresta roja y cabellos como pinchos.

Moth se encaramó a la barandilla de la terraza y volvió la cabeza antes de saltar. Tuvo tiempo de ver como su compañera le segaba la vida al primer enemigo, con un corte preciso en la garganta, antes de que una ráfaga llegada desde abajo la partiese a ella por la mitad.

Jurándose a sí misma que se cobraría diez vidas por cada una de las que había perdido en aquel ataque, la reina negra se lanzó al vacío apenas un momento antes de que una cabeza rapada y con las mejillas ásperas como un campo de rastros emergiera por el quicio de la portezuela.

Saltó y abrió los brazos para estabilizar el vuelo.

Un relámpago de sufrimiento puro le electrificó el hombro al instante. Moth aulló de dolor mientras trataba de mantener el brazo extendido, para no perder el control.

Mientras se alejaba de la Aguja a un ritmo inalcanzable, a su espalda todavía oyó algunos gritos de rabia y las detonaciones de un par de armas, buscándola inútilmente.

Enseguida supo que no sería capaz de llegar hasta las Siamesas de aquella manera.

Soportando un tormento cada vez mayor, mantuvo los brazos extendidos tanto tiempo como fue capaz, esperando cuando menos poder alcanzar la frontera de su territorio.

No lo consiguió.

Acababa de sobrevolar el cuartel general de los constructores de puentes cuando no pudo más y tuvo que flexionar el brazo.

Inmediatamente hizo una pirueta imposible en el aire e inició la caída en barrena.

Había perdido mucha altura, previendo aquel desenlace, pero todavía estaba muy lejos de cualquier lugar seguro donde poder aterrizar.

Por pura suerte fue a dar contra un edificio que apenas sobresalía unos pocos pisos por encima de la superficie. Un lugar donde nadie se arriesgaría ni siquiera a pasar una noche.

Cayó, como una piedra, sobre una maltrecha claraboya de plástico traslúcido, que

estalló en mil pedazos con el impacto.

Moth gritó de miedo y de dolor, segura de que iba a morir.

Pero el viento la amaba.

Debajo del tragaluz se abría un almacén repleto de cajas de cartón podridas, a las que el tiempo y la humedad habían convertido en una pasta capaz de atenuar la violencia del impacto.

Y Moth acabó, inconsciente pero viva, tirada sobre aquella especie de colchón pastoso.

Demasiado lejos del lugar adonde había esperado poder llegar con aquel vuelo desesperado.

En cuclillas sobre la cabina de uno de los ascensores, Flea había oído claramente los gritos de guerra de sus hermanas, los aullidos de los predators al caer bajo el ataque de los kukris y las ráfagas que habían decidido el resultado de aquella lucha tan desigual.

Por un momento había sentido la tentación irrefrenable de abrir la portezuela que daba acceso al ascensor y saltar adentro, para ayudarlas.

Pero no había llegado tan cerca del premio gordo como para poder permitírselo.

Desde que había empezado la larga ascensión por el hueco de los ascensores de la Cúpula, la suerte no había parado de sonreírle. La escalada era más sencilla de lo que le había parecido al principio, ningún sensor oculto la había delatado, y apenas llegó a la altura de la cabina en la que se había fijado, esta se había puesto en funcionamiento, llevándola directamente arriba.

De esta forma, sin ningún esfuerzo, había cubierto tres cuartas partes del camino hasta la cumbre.

Ahora, sin embargo, pagaba el precio: teniendo que quedarse quieta mientras asistía al sacrificio de sus hermanas, sin poder hacer nada por ayudarlas.

Aquellas mujeres tenían que ser parte del grupo de Moth. Eso significaba que esa parte del plan había salido lo suficientemente bien como para, cuando menos, haberles permitido acceder al interior del edificio y organizar una distracción. Algo que las habría ayudado muchísimo si su grupo no hubiera fracasado estrepitosamente, cincuenta pisos más abajo.

Flea se sintió directamente responsable de que el sacrificio de aquellas mujeres tan valientes hubiese sido en vano. Era su deber hacer entrar a su grupo en la Cúpula y solo a ella cabía atribuirle el fracaso. Lágrimas de rabia resbalaron por sus mejillas al pensarlo.

Ahora más que nunca tenía que llegar hasta Wired y acabar con él.

Aprovechando el ruido de los disparos que todavía resonaban en el corredor, Flea abandonó el techo de la cabina sin miedo a ser oída y continuó el ascenso. Esta vez, dado que ya estaba cerca de su destino, optó por trepar por los cables de acero que sostenían el habitáculo. Los guantes la protegían de cortarse las palmas de las manos y la ascensión era mucho más rápida así. El esfuerzo que le costaba subir la cubrió rápidamente de sudor. Ella, sin embargo, estaba demasiado ocupada pensando en cómo actuaría una vez arriba como para darse cuenta.

Lo que les había sucedido a sus hermanas le demostraba una vez más que, apenas asomara la cabeza, el sistema de seguridad de la Cúpula la detectaría enseguida. Tendría muy poco tiempo para encontrar a Wired y eliminarlo.

No podía permitirse ninguna duda. Ninguna vacilación. Ningún miedo.

Ni ningún error.

Contó los pisos mientras iba subiendo. Ni siquiera sabía en cuál de ellos vivía exactamente el gran hombre. Todos los jefes de clan ocupaban la parte más elevada de sus cuarteles generales: era la más segura a todos los efectos y solía ser también la más agradable, excepto por el detalle de las escaleras. Pero aquel maldito tech ni siquiera tenía que preocuparse por eso: tenía energía y conocimientos para hacer funcionar los dispositivos de los antiguos.

Flea se preguntó cómo una civilización tan avanzada como aquella había podido desaparecer. Se imaginaba la tecnología del Wired multiplicada hasta el infinito y no entendía que nada hubiese sido capaz de superarla. Ni siquiera el océano.

Pero algo había podido con ellos.

Igual que su rudimentario kukri, pese a toda la tecnología que lo rodeaba, podría hundirse en el cuello del tech y cobrarse todas las deudas que había contraído con su clan.

Cuando le pareció que ya había subido bastante, se detuvo a descansar en el espacio que quedaba libre ante las puertas que daban acceso a una de las plantas. Según les había contado Lark poco antes de salir, los últimos niveles de la Cúpula eran estrechos, de techos muy bajos y no estaban pensados para ser habitados, sino solo para albergar maquinaria y equipos. Wired se había reservado los inmediatamente anteriores: los más cómodos e inaccesibles. Todavía continuaba resultándole extraño confiar en la palabra de un tech renegado. Pero si a las reinas les parecía digno de confianza, ella no iba a cuestionárselo.

Solo esperaba que el chico lo mereciera.

Recordó su rostro de impotencia un rato antes: mientras ellas se quedaban atrapadas dentro y él salvaba la pierna de milagro. No. El muchacho era sincero. Y la información que les había dado, fiable. Que hubiese salido mal era solo cuestión de mala suerte.

Decidió llegar a la última planta habitable y empezar por allí. Bajar siempre le resultaría más fácil que subir.

Suspirando, volvió a echar mano de los cables y remontó un nivel más. Allí, repitió la maniobra de ponerse de pie aprovechando el espacio angosto que quedaba ante las puertas. Pero esta vez desenvainó el kukri e introdujo el filo entre las hojas de metal, presionando con fuerza hasta lograr abrirlas.

Cuando le quedó suficiente espacio, se deslizó en el corredor. Enseguida se vio rodeada de lujo: paredes y techos recubiertos de madera noble y decorados con motivos de metal reluciente.

Apenas estaba decidiendo hacia dónde ir cuando una puerta doble se abrió en el extremo más alejado del pasillo y del interior salió un hombre de sienes grises, boca cruel y ojos entornados. Más viejo incluso que el maestro Cricket, pero también con mucho mejor aspecto, gracias en parte al jersey de cuello alto y a los elegantes

pantalones que vestía.

Flea supo solo con verle que el viento había soplado una última vez en su favor.

Aquel tipo era Wired.

Al otro extremo del corredor, él levantó los ojos de lo que tenía entre manos y la descubrió, blandiendo el kukri.

Su rostro palideció de pánico.

Flea sonrió salvajemente, levantó el puñal y, profiriendo un alarido guerrero, echó a correr en pos del hombre al que había ido a matar.

Wired había cerrado todas las brechas, recuperado las comunicaciones y restablecido el control total del edificio. Una decena de plantas por debajo de las suyas, los hombres de Lynx —quien, al fin y al cabo, había resultado ser menos inútil de lo que parecía— habían eliminado a tres voladoras que habían intentado prender fuego al edificio. Una cuarta se les había escapado de entre los dedos, aunque todo parecía indicar que estaba herida. ¡Así terminara estampándose contra la fachada de alguna torre!

Él mismo, por otro lado, había comprobado, a través de las cámaras colocadas en las plantas húmedas, como otro grupo de las hijas del viento, que habían conseguido penetrar en el edificio, caían de cuatro patas en una de sus trampas al intentar huir.

Había sido su propio dedo el que había pulsado el botón que las había ajusticiado.

Ver como aquellas cinco malditas sucumbían a uno de los dispositivos que su arrogante cachorro había creído que sería capaz de burlar le había hecho sentirse seguro y poderoso de nuevo.

El ataque de represalia de las hijas del viento contra él había fracasado. Por completo.

Si aquella patética incursión era lo mejor de lo que eran capaces, Nyork sería suya muy pronto.

Solo entonces se percató de que estaba cubierto de sudor. Tenía el elegante jersey de cuello de cisne casi empapado y las alforjas se le marcaban claramente bajo cada axila.

Nunca había sido capaz de evitarlo: cuando se ponía nervioso, sudaba. Y cuanto más excitado estaba, más segregaban sus glándulas.

No podía permitir que el predator lo viese de nuevo de aquella manera. Con las marcas del pánico tan evidentes en la ropa. Ya había perdido bastante su respeto durante el episodio del Santuario.

Se levantó y se llevó la pantalla plegable. Podía permitirse un respiro para ir a cambiarse de ropa. Además, el ordenador le permitiría seguir conectado al edificio.

Atravesó el aposento hasta la puerta, con los ojos fijos en la información que le iban proporcionando los sensores. Salió al pasillo totalmente concentrado en lo que estaba haciendo.

Entonces levantó los ojos y la descubrió.

Una hija del viento, al otro extremo del corredor.

Con lava en los ojos y un cuchillo enorme en la mano derecha.

Ella se quedó casi tan sorprendida como él de encontrarle allí. Por un instante, el tiempo se detuvo. Incluso las partículas de polvo que flotaban en el ambiente

quedaron inmóviles en el aire, sin atreverse a depositarse sobre la alfombra.

Wired fue el primero en reaccionar, dando media vuelta para refugiarse en la habitación.

Solo un instante después, ella echó a correr tras él.

El tech no perdió el tiempo intentando cerrar la pantalla. Dejó caer la pantalla y se abalanzó sobre el escritorio donde había olvidado la automática del 45.

La empuñó justo cuando ella entraba a la habitación, aullando como una loca, con el cuchillo en alto sobre la cabeza.

Wired disparó.

Una, dos, tres veces.

La voladora recibió cada impacto en el pecho, sin detenerse. Las balas solo conseguían retrasar su avance, sin abatirla. Un odio que abrasaba como el magma la impulsaba en pos de su objetivo, sin que unos absurdos proyectiles de plomo parecieran capaces de poder pararla.

Wired volvió a apretar el gatillo. ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! No dejó de disparar hasta que hubo vaciado todo el cargador.

El tech no era un gran tirador, pero desde aquella distancia tan corta era casi imposible fallar.

Aun así, el miedo le hizo errar más de una vez.

A cada impacto que recibía, Flea iba ralentizando su progresión. La vida se le escapaba a borbotones por media docena de agujeros en el pecho y el torso. La fuerza de su odio, sin embargo, la impulsaba a seguir, impidiéndole caer hasta que no hubiera completado su misión.

Cuando se quedó sin balas, Wired continuó apretando el gatillo inútilmente, mientras veía con incredulidad como aquella mujer que tendría que estar muerta tres veces continuaba acercándosele, tambaleante, con el arma en alto.

Se fue echando atrás hasta que la espalda chocó con la chimenea de la pared.

Con los ojos rebosantes de terror, la vio dar un paso tras otro para llegar hasta él. Cada uno, sin embargo, le costaba un trago de vida. Y ya casi no le quedaba dentro.

La hija del viento se quedó a tres zancadas. Las piernas dejaron de sostenerla y cayó de rodillas ante el hombre que la contemplaba, demasiado asustado para hacer otra cosa que no fuera esperar.

Mientras notaba como la muerte le tiraba del pelo para llevársela, Flea concentró el hálito de vida que le quedaba en clavar el kukri por última vez.

La hoja se hundió en el suelo de parqué, a menos de un palmo de los pies de Wired. El tech pudo escuchar su estertor agonizante, y después la mujer se quedó inmóvil, boca abajo, mientras un charco de sangre se iba agrandando a su alrededor.

Solo entonces se dio cuenta de que bajo sus propios pies también se había formado otro charco. Solo que aquel era más pequeño, y de color ambarino.

Ocelot pulsaba con impaciencia los botones del ascensor de la Aguja, mientras llegaban al nivel donde había dejado a Lynx. Había exigido a su gente hasta la extenuación, pero ya estaban en casa.

Y de momento todo parecía en orden.

Por fin, la campanilla tintineó y las puertas se abrieron. Al otro lado, Margay, alta y felina, le aguardaba.

¿Qué diablos pintaba ella, allí?

—¿Dónde coño está Lynx? —Le soltó, antes de dejarla siquiera abrir la boca.

—Ha tenido que ir a la Cúpula con treinta hombres por orden de Wired. Nos ha llamado dos veces, completamente histérico. La primera, para advertirnos que podíamos ser objeto de un ataque y ordenar que extremásemos la vigilancia. Y solo un rato después, ha cambiado de idea, diciendo que el objetivo real era la Cúpula y asegurándonos que estaban sufriendo un ataque a gran escala. Lynx no ha tenido más remedio que salir.

Ocelot ni se inmutó. Treinta hombres eran muchos hombres. Pero cuando Wired perdía los nervios no se podía razonar con él. Su segundo había obrado bien.

—¿Qué tal por aquí?

—Nada. He doblado las patrullas y he hecho vigilar especialmente las plantas húmedas. Ni rastro de enemigos.

—¿Y qué me dices de las hijas del viento que nos están sobrevolando?

Margay puso cara de extrañeza. Era obvio que no tenía ni idea de qué le hablaba.

—¡Mierda! ¿No las has visto? ¡Cuatro o cinco alas llevan rondando el mirador desde hace un buen rato! ¿A quién coño tenemos allí arriba?

—Lynx ha enviado a Bobcat y a Caracal. Pero no han informado de nada...

Precisamente en aquel momento, la campanilla del ascensor volvió a avisar y se abrieron las puertas de la cabina de al lado.

Caracal salió tambaleándose. Tenía el costado derecho empapado de sangre, que le había resbalado por la pernera de los pantalones, tiñéndolos también de un rojo escandaloso. Los ojos enturbiados.

—Las putas voladoras... —farfulló, mezclando las palabras con sangre que le manaba de los labios—. Han matado a Bobcat. Nos atacan...

Y cayó al suelo, como una marioneta a la que le hubiesen cortado los hilos.

Ocelot ni siquiera se detuvo a comprobar si estaba viva o muerta.

—¡Todos arriba! ¡Al mirador! ¡Ahora!

Y entró en la cabina del ascensor, mientras colocaba una bala en la recámara de la AA-12, poniéndola a punto para disparar.

Dragonfly había visto de reojo, sin poder hacer nada, cómo una de las alas que la habían seguido en el ataque se precipitaba al vacío después de que una ráfaga de arma automática la alcanzase de lleno. Se habían oído más disparos y, luego, solo el viento soplando a su alrededor.

El grupo de Syren no se había quedado mano sobre mano.

La perspectiva de perder a más mujeres debería haberla impulsado a regresar a casa de una vez, pero quería asegurarse de que los pastores de algas podrían cumplir con aquella parte del plan que, a pesar de que no acababa de entender, Lark aseguraba que era vital.

Solo una vez más...

Mientras volvía a maniobrar el ala, pudo contemplar, en el extremo sur de la ciudad, la enorme silueta de las Siamesas, recortándose en la oscuridad gracias a la luz de la luna que ahora teñía toda Nyork de plata y azul. Aquel recordatorio de por qué luchaban y por qué valía la pena morir la llenó de ánimo.

No era fácil arriesgar la vida. Y aún menos ordenar a otras que lo hicieran y ver cómo pagaban el precio.

Su perseverancia se vio recompensada cuando, por fin, pudo distinguir claramente al grupo de Syren. Al final, lo habían conseguido todos: las dos hermanas y los dos muchachos.

Los miró con atención.

Estaban de pie, en mitad del mirador, hablando entre ellos, sin hacer nada.

Dragonfly meneó la cabeza.

¿Qué diablos hacen? ¿Para eso nos hemos jugado la piel para traerlos hasta aquí? ¿Para que se pongan a charlar a la luz de la luna?

Otra vez la asediaron las dudas sobre la sinceridad de Syren. ¿Le había dicho toda la verdad, aquella chiquilla?

¡Si me has mentado, Syren, juro por la sangre de mis hermanas que te mataré con mis propias manos!

Cada vez más alarmada, la reina blanca se olvidó de sus propósitos de regresar. Tenía que ver en qué terminaba todo aquello. Maniobró el ala, para hacerla girar.

Rogaba para que sus sospechas fueran infundadas y tuviera que pedirle perdón a su aliada cuando volvieran a verse.

Entonces, cuando la descomunal aguja que daba nombre al edificio se interponía entre ella y los pastores de algas, volvieron a oírse disparos.

Demasiado tarde para hacer otra cosa que no fuera culminar la maniobra, Dragonfly tuvo que esperar unos angustiosos instantes para volver a una posición que

le permitiera ver lo que sucedía.

Enseguida descubrió como la puerta que daba acceso al mirador vomitaba predators, que salían disparando a cuanto se movía.

Y entre ellos, maciza como una roca, la figura inconfundible de Ocelot. Espoleándolos.

Sus aliados tuvieron el tiempo justo de refugiarse apresuradamente en el otro extremo de la terraza, mientras las balas volaban por doquier.

La reina blanca arrugó la expresión. Con toda aquella potencia de fuego en contra, pensar en ayudarlos con sus dardos sería un suicidio.

No pensaba perder ni una mujer más por alguien que no estaba segura de que lo mereciese.

Se dio cuenta, sin embargo, de que ya no estaba a tiempo de corregir el rumbo. La corriente la haría pasar rozando el edificio, convirtiéndola en una diana perfecta.

Rogó por un buen viento de cola que le permitiera hacerlo a toda velocidad.

Y por un momento hasta pensó que los predators estarían demasiado ocupados con los intrusos como para darse cuenta.

Entonces, Ocelot husmeó en el aire y levantó la cabeza en dirección a ella. Ignorando las balas que le llegaban desde el otro lado, se acercó a la valla y empezó a dispararle, tan deprisa como le permitía la cadencia de su escopeta de combate.

Dragonfly oyó el silbido de los gruesos perdigones de acero pasando a su alrededor. Notó como algunos agujereaban la tela del ala sin llegar a desgarrarla, y también como un par le mordían el muslo izquierdo.

Enseguida notó la calidez pegajosa de la sangre manándole por la pierna, y dejó escapar un gemido de dolor.

Allí arriba, nadie iba a oírlo.

Pero tuvo suerte. La escopeta de Ocelot, una asesina implacable a corta distancia, perdía la mayor parte de su poder cuando se empleaba contra un blanco que estuviera lo bastante lejos.

Como lo estaba ella.

La mayoría de los proyectiles se perdieron, inofensivos, en el aire. Y los que dieron en el blanco lo hicieron con demasiada poca potencia como para resultar tan devastadores como habían sido diseñados para ser.

Dragonfly completó la pasada por encima del mirador y pudo dirigir el ala hacia el sur, alejándose rápidamente del peligro.

Sabía que sin el fuego de cobertura del grupo de Syren, todos los predators y no solo Ocelot habrían podido concentrarse en hacerlas caer del cielo. Y ni ella ni las otras, aunque se habían mantenido más alejadas, habrían tenido salvación posible.

Pero a pesar de eso, la sospecha de que su aliada no le había dicho toda la verdad sobre la misión persistía.

La reina blanca llevaba demasiado tiempo sentándose en el trono para no darse cuenta de cuándo alguien la engañaba.

Y aquel convencimiento era incluso más doloroso que la dentellada incandescente de los perdigones, torturándole la pierna.

Después de haber disparado contra la segunda predator, y verla huir sangrando, Logan dejó de apretar el gatillo para correr a ayudar a Wren a alcanzar el mirador. Mientras lo intentaba se les unieron Syren e Ibis, que se descolgaron desde el piso superior apenas terminó el tiroteo. Entre los tres consiguieron que el muchacho superase el obstáculo sin quedar empalado en aquellos pinchos curvados hacia dentro.

—¡Se te ha escapado! —lo acusó enseguida Wren, señalando con la mano el camino que había tomado la predator, en lugar de darle las gracias por haberle salvado la vida—. ¿Por qué no has ido tras ella?

—¡Me ha parecido más urgente impedir que cayeras al vacío! —respondió Logan, molesto por aquella exhibición de gratitud.

Wren sacudió la cabeza —*¡como si hubiera necesitado nunca de tu ayuda!*—. Y corrió hacia la puerta por donde se había deslizado la predator, empuñando la pistola. Siguió las manchas de sangre que había en el suelo hasta llegar al ascensor.

Inútil. Ya debía de estar abajo, dando la alarma.

Impotente, regresó junto a los otros tres, que se habían quedado sin saber qué hacer, mientras lo esperaban.

—Ha bajado —les dijo—. No tardarán demasiado en venir a por nosotros...

Se agachó para recoger el AK-47 que había sido de Bobcat y registró el cuerpo para quitarle toda la munición que llevase encima. Después, cogió el de Caracal y se lo pasó a Syren, junto con la mitad de los cargadores. Si había que defenderse, cuantas más armas tuvieran, mejor.

Mientras lo miraba, Logan todavía no sabía cómo reaccionar. Se había jugado la piel para salvarle y ahora él se las ingeniaba para dar a entender que sería solo culpa suya cuando se les viniese encima una tonelada de predators furiosos. ¡Fantástico! Lo recordaría la próxima vez que lo tuviese colgando de un precipicio.

Nada deseosa de verles pelearse, Syren se apresuró a preguntar:

—Logan, ¿cuánto falta para que se abra el portal?

El aludido levantó los brazos, impotente. ¡Ni siquiera sabía qué hora era!

—Vosotros también estabais cuando se abrió la otra vez —se defendió vagamente—. Debería hacerlo, más o menos, en el mismo momento.

—Fue un poco después de medianoche —murmuró Syren, que no olvidaría nunca aquel instante. Y levantó la cabeza para mirar la posición de la luna—. Ya casi es la hora.

—¿Podemos hacer algo para retrasarlos? —añadió Ibis, mirando, nerviosa, en dirección a la puerta por donde llegarían los predators.

—No. Podríamos amontonar cosas ante las puertas de los ascensores, pero eso solo los retrasaría un segundo —dijo Wren, que ya había pensado en ello—. Alguien podría ir y esperar con un arma a que se abran las puertas. Seguro que se llevaría a unos cuantos por delante antes de... —Dejó la frase en suspenso.

Syren le miró con reproche. Ellos nunca dejaban a nadie atrás. Y menos en un momento como ese.

Inconscientemente, se percató de que las alas de las hijas del viento continuaban girando, escrutadoras, en torno al edificio. Por un momento, sintió una punzada de culpa al imaginar qué estaría pensando la reina blanca al verlos allí, sin hacer nada, en lugar de poner manos a la obra para destruir los vitales equipos ficticios de los que tanto había hablado Lark.

Lo siento, Dragonfly. Lo siento tanto...

Se quitó la idea de la cabeza. Ya tenía demasiados problemas como para añadir un poco más de culpabilidad al lote.

—Ibis, coge las bolsas que nos ha dado Dragonfly y ve sacando los trajes. Supongo que no los necesitaremos, pero es mejor tenerlos a mano. Y vosotros dos —añadió, volviéndose en dirección a los chicos— dejad de hacer el idiota. Cada uno le debe la piel al otro demasiadas veces como para andarse ahora con reproches. Estamos a un paso de salir juntos de aquí y eso es lo único que cuenta.

No bien terminó de decir aquello, el primer predator asomó la cabeza por el quicio de la puerta y dejó escapar una imprecación feroz al verlos.

Retrocedieron precipitadamente hasta el otro extremo del mirador, ocultándose tras la esquina. Las balas impactaban a su alrededor, haciendo saltar esquirlas de las paredes y chispas cuando rebotaban contra las rejillas metálicas. Un vez más, Syren sintió la amarga caricia del miedo al verse rodeada por las detonaciones y el olor penetrante de la cordita.

Como pudieron, Logan y Wren trataron de devolver el fuego. Sin ver a qué le disparaban. Solo para impedirles a los otros recorrer la treintena larga de metros que les separaban.

Casi como en un sueño, mientras también asomaba la cabeza para disparar, Syren se fijó en una figura negra y enorme que, ignorando el tiroteo, se acercaba hasta la verja para poder acertar a las alas que trataban de alejarse del edificio.

Rogó para que Dragonfly estuviera bien. Después, tuvo que esconderse para esquivar las ráfagas enemigas.

¿Qué hacemos? ¿Qué hacemos? ¡Piensa algo, Syren! No aguantaremos mucho más así. ¡Son demasiados!

—¡Mirad! —Se oyó el grito de esperanza de Ibis—. ¡Allí! ¡El portal!

Ocelot hizo chasquear la lengua cuando constató que sus cartuchos eran inútiles a tanta distancia. Frustrado, tuvo que conformarse con contemplar como el ala le

pasaba ante las narices, viraba majestuosamente y se perdía en dirección al sur.

Pronto, pajaritos. Muy pronto. Palabra de Ocelot.

Apartó los ojos de las voladoras que ya no suponían ningún peligro e ignorando las balas que disparaban los otros sin ton ni son, se acercó a Margay.

—Coge tres hombres y ve por el otro lado. Los pillarás por la espalda, tendrán que dividirse, y son muy pocos.

Mientras ella escogía a tres al azar para que la siguieran, el líder de los predators se preguntó por qué tanto esfuerzo y riesgo solo para poner a cuatro hombres allí arriba, donde no había nada de valor. ¿Qué pensaban conseguir con aquella jugada tan extraña?

Tenemos que pillar a uno con vida, para hacerle hablar.

El aire chisporroteó a su alrededor, y Syren notó como el vello del cuerpo se le erizaba, mientras un olor intenso y desagradable, que había experimentado por primera vez siete días antes, volvía a anegarle las fosas nasales. El tiempo quedó en suspenso y, a una decena de metros de donde se parapetaban, finos rayos azules, de electricidad estática, inundaron el aire, buscando cualquier buen conductor para expandirse.

Entonces, tal y como lo recordaba, un óvalo de luz intensísima se formó frente a ella, tragándose la oscuridad de la noche. El aire chasqueó y el olor del ozono quemado se hizo aún más intenso.

Se escuchó un relampagueo eléctrico y el portal quedó abierto ante sus ojos.

Esperándolos.

A pesar de haber sido testigo de aquel mismo fenómeno hacía muy poco, a Syren volvió a parecerle algo irreal. Todo lo que habían pasado, los amigos perdidos, las mentiras, las traiciones, las renunciadas... todo tenía finalmente sentido, enmarcado por aquella elipse de luz incandescente.

Una puerta hacia la vida. Si conseguían atravesarla.

El estampido de los disparos a su espalda la devolvió a la realidad.

Ocelot había desistido de descabalgarse del cielo a las voladoras y había vuelto el cañón de su arma contra ellos. Con cada cartucho que disparaba, un gran fragmento de la pared que los protegía se volatilizaba, desmenuzándose por los perdigones de acero que vomitaba el arma. Ni siquiera podían asomar los cañones de las suyas para contraatacar.

—¿Qué dispara ese tipo? ¿Un obús? —preguntó Logan, asustado, dividiendo la mirada entre el portal y el lugar por donde se acercaban peligrosamente los predators.

—¡No lo sé! —respondió Wren, echándose atrás para evitar la metralla—. Pero el portal está demasiado lejos. Si les dejamos llegar hasta aquí, nos coserán a tiros antes de que hayamos podido llegar a él. ¡Alguien debe quedarse para retrasarlos!

Sacó por la esquina el cañón del AK-47 que le había robado a Bobcat y vació el

cargador, sin apuntar. Aun así, se oyó un grito que indicó que, por lo menos, una bala había dado en el blanco.

Aquello los haría ser un poco más prudentes.

—¡Marchaos! —les gritó Wren mientras aprovechaba el respiro para hacer saltar el cargador vacío y colocar el último que le quedaba—. Los contendré.

—¡No! —contestó inmediatamente Syren—. Si corremos lo conseguiremos. ¡Nadie se quedará atrás!

Wren levantó los ojos hacia Logan, angustiado.

—¡Díselo tú! —le suplicó—. ¡Si intentamos escapar todos, acabaremos los cuatro muertos! —Y cuando vio que él también dudaba le ordenó—: ¡Llévatela, imbécil! ¡Ahora!

—¡No! ¡No, no, no! —A Syren las lágrimas le caían por las mejillas como un torrente—. ¡Tienes que venir, Wren! No pienso dejarte.

—¡Revoltosa, por favor, tienes que irte! —le suplicó con los ojos llenos de amor. Y Syren sintió como el suelo se le abría bajo los pies al oírle usar aquel apodo tan íntimo—. Es mejor así. ¿No lo ves?

Pero ella era incapaz de moverse.

—¡Llévatela! —Volvió a ordenarle Wren a Logan, mientras sacaba otra vez el cañón del arma por la esquina y disparaba, a ciegas—. ¡Si no lo haces, todo esto habrá sido por nada! Y cuídala bien, ¿me oyes?

Logan sabía que el portal no tardaría en cerrarse. Saludó a Wren con una inclinación de cabeza y empezó a arrastrar a Syren hacia el óvalo de luz, que continuaba llamándolos con su resplandor.

—¡NO! ¡NO!

La muchacha se deshizo de su abrazo asestándole un puñetazo en el codo. Logan profirió un grito de dolor mientras la soltaba.

—¡No puedo irme sin él, Logan! —Trató de hacerle comprender mientras el tiempo se les escapaba, igual que el agua que se derrama de una botella caída—. ¡No puedo abandonarlo de este modo!

—Syren... el portal va a cerrarse. Si no nos vamos moriremos todos aquí arriba. ¡Para nada!

—Todos no. Tú debes irte. Salvar a tu mundo. Es para eso para lo que has venido aquí, ¿recuerdas?

—¡Yo no me voy a ninguna parte sin ti!

—Entonces, tu universo estaría condenado, mi amor. No puedes sacrificar a tanta gente solo por mí.

Y dándole un beso furtivo, corrió a la esquina desde donde Wren disparaba las últimas balas de la Beretta, tratando de contener el implacable avance de los predators.

Te quiero, pudo leerle en los labios, antes de que diese media vuelta.

Desesperado, Logan se volvió hacia Ibis, que había contemplado toda la escena

sin saber qué hacer.

Y entonces se dio cuenta.

—¡Ibis, tendrás que ir tú sola! Yo no puedo marcharme sin ella.

—¿Yo? ¿Pero cómo voy a poder salvar tu mundo sola? Llevas toda la información en tu cabeza. Nadie me creerá sin ella.

Logan echó una ojeada angustiada al portal. ¿La luz empezaba a hacerse menos intensa?

Se les acababa el tiempo.

—¡Tendrán que creerte! —le suplicó poniéndole las manos en los hombros—. ¡Tienes mutaciones genéticas que avalarán tu historia! ¡Eres la prueba viviente de lo que dicen los datos! Y mi padre sabrá aprovecharlo. Sé que haréis muy buena pareja salvando el mundo, bonita. Te lo ruego. No tenemos tiempo...

Ibis miró el portal con los ojos llenos de dudas. Después, a la esquina donde su hermana y Wren ya retrocedían.

Le dio un beso en la mejilla a Logan.

—No me he equivocado contigo, Logan Howlett. Cuida a mi hermana —le susurró.

Echó a correr hacia el óvalo luminoso que empezaba a desvanecerse en el aire.

Y lo atravesó de un salto.

En el preciso instante en que Logan creyó que ya no lo conseguiría.

Estalló un último relámpago de electricidad estática y, tan inesperadamente como se había formado, el portal se desvaneció. Tragándose a Ibis y dejándole a él rodeado por aquella fetidez a ozono que tanto detestaba.

No tuvo tiempo de pensar en nada más. Un instante más tarde, Syren lo agarraba del brazo para obligarlo a entrar en el edificio, a través de una de las puertas que daban acceso desde el mirador.

—¿Por qué sigues aquí? —le preguntó ella, angustiada, mientras corrían, tratando de escapar de los predators que les pisaban los talones—. ¡El portal se ha cerrado! ¿Y tu mundo?

—Ibis... —contestó él sencillamente, mientras disparaba un par de tiros atrás, sin ton ni son—. Mi padre tendrá que conformarse con ella. Yo no podía irme sin ti...

Syren habría querido decirle muchas cosas. Pero no tenía tiempo. Si se detenían, estaban muertos.

En lugar de una salida, solo se encontraron con el grupo de Margay, que completaba la maniobra de tenaza ordenada por su jefe. La pelirroja fue la primera en levantar el arma y dispararles una ráfaga.

Mostradores de cristal repletos de reproducciones a escala del edificio, King Kongs de peluche, y toda clase de objetos con la imagen grabada de la torre saltaron por los aires, desmenuzados por las balas. Un expositor que aún conservaba cientos

de postales putrefactas, que se desintegraban con solo tocarlas, voló a causa de los impactos, sembrando el aire de metralla hecha de papelitos de colores.

De alguna manera, Wren logró guiarlos a través de aquel caos hasta una puerta que desembocaba en unas escaleras tenebrosas. El muchacho disparó las últimas balas que le quedaban a la Beretta y luego la usó para atrancar la puerta, detrás suyo.

—¿Todavía estás aquí? ¿Qué más tengo que hacer para librarme de ti, eh? —le espetó. Pero había un poso de reconocimiento en aquel reproche y Logan pudo apreciarlo.

»Dame tu arma, Revoltosa —le pidió a Syren—. E id poniéndoos esto —les dijo, entregándoles un traje volador a cada uno de los que les había dado Dragonfly como último recurso y que él había recuperado en el último momento—. ¡Me temo que no habrá otra que usarlos!

Bajaron tan deprisa como pudieron por aquellas escaleras sinuosas, oyendo como los cartuchos de la escopeta de Ocelot reventaban la puerta que acababan de atrancar.

—¡Lo que daría por tener una como esa! —exclamó Logan, mientras abría otra portezuela que daba acceso a un pasillo.

Un pasillo con una gran ventana cuadrada en el centro.

—No podemos elegir. Saltaremos desde aquí —exclamó Wren—. Vamos, poneos los trajes. Yo los retrasaré tanto como pueda.

Solo entonces, Logan se percató de la mancha de sangre que el chico tenía en un costado y que Syren aún no había visto.

—Deja de hacerte el héroe de una vez, ¿quieres? —le espetó, mientras le arrebatava el arma y se dirigía hacia la puerta—. Ponte esta locura y salgamos de aquí. Ayúdale, Syren.

La muchacha se dio cuenta entonces de que estaba herido.

—¡Wren! ¿Qué te han...?

—No es nada. Una esquirra me ha cortado. ¡Démonos prisa!

Mientras los dos pastores de algas se ponían aquella ropa asfixiante, Logan volvió a salir al hueco de las escaleras para disparar las últimas balas que les quedaban contra sus perseguidores. Los proyectiles rebotaron en paredes y barandillas, arrancando exclamaciones de dolor y sorpresa entre los predators que ya no se esperaban ninguna clase de resistencia.

Cuando estuvo seguro de que solo le quedaba una, regresó junto a sus amigos y usó la última bala para romper el cristal. Después atrancó la puerta con el arma, como había hecho Wren antes. El impacto no fue suficiente para romper la ventana y Syren tuvo que rematar el trabajo con un kukri que le habían dado las voladoras, mientras Wren ayudaba a Logan a embutirse a toda prisa en el vestido volador.

—¿Crees que habrá mucha diferencia entre saltar con esto puesto o sin nada? —preguntó Logan, tratando de que sonara como una broma, sin conseguirlo.

—Enseguida lo veremos —contestó Wren. Él tampoco parecía fiarse en absoluto de aquellas alas.

Subieron al alféizar de la ventana. Soplaban un viento furioso y helado, como el hálito de la misma muerte. Bajo sus pies, una caída a la que nadie podría sobrevivir.

—Recordad —les dijo Syren, colocándose entre los dos—: saltad y extended los brazos. —Y se volvió hacia uno y otro, besándoles a cada uno en los labios—. Suerte —les deseó con un hilo de voz.

A su espalda, otro escopetazo de Ocelot hacía saltar por los aires la última puerta.

El líder de los predators reventó de un puntapié la parte baja de la puerta, irrumpiendo en el pasillo a tiempo de ver como los tres muchachos, vestidos de una forma muy extraña, saltaban al vacío desde la ventana que acababan de romper.

Corrió hasta allí y se asomó por el hueco que había quedado.

La luz de la luna le permitió entrever como, a mitad de la caída, una especie de alas se abrían bajo los brazos de los fugitivos, alterando el picado que habían hecho hasta entonces y alejándolos del edificio.

Un momento después, ya estuvo demasiado oscuro como para poder ver nada más.

¡Putas voladoras!

Syren echó otra ojeada a través de la abertura que había en la fachada del edificio. Solo olas fangosas lamiendo la piedra desgastada y el resplandor mórbido de la luna reflejándose en las superficies acristaladas de los edificios contiguos.

Nadie persiguiéndoles. Ningún predator levantando el arma para dispararles.

Apenas el rumor cadencioso de las olas y la oscuridad cómplice para esconderlos.

La muchacha suspiró, aliviada, y volvió al interior.

Todavía no se creía que hubiesen sobrevivido al salto.

Si la orientación no le fallaba, su vuelo imposible tenía que haberles llevado en línea más o menos recta hasta algún punto más allá de la frontera entre el territorio de los predators y el de los hermanos del caparazón. En la tierra controlada por la gente de Bishop.

No tenían asuntos pendientes con ellos. Podían considerarse razonablemente seguros allí.

Estaba agotada. Al límite de lo que se sentía capaz de soportar.

Pero viva.

Cuando regresó al rincón donde había dejado a Logan y a Wren sentados con la espalda contra a la pared, los encontró a ambos profundamente dormidos. La herida de Wren, a pesar de que no parecía grave, lo había dejado muy débil. Y Logan se había dislocado un hombro durante el aterrizaje en la azotea de la torre a donde habían ido a parar. Entre los dos lo habían llevado hasta allí y ella le había vuelto a poner la clavícula en su sitio. Pero aquello acabó con las fuerzas que le quedaban. Syren todavía se maravillaba de que una persona como él, acostumbrada a una vida cómoda y segura, hubiese sido capaz de seguir su ritmo desde que se había materializado de la nada, ante sus ojos.

Se quedó contemplándolos, agradecida de tenerlos aún con ella. Había imaginado muchos finales para la incursión en la Aguja, pero ninguno como ese.

Por primera vez en mucho tiempo, sin embargo, se sintió afortunada.

Haber sobrevivido los tres al tiroteo y a aquel vuelo desesperado no era para menos.

El estómago se le encogió mientras rememoraba la sensación de pánico absoluto que la había invadido tras saltar por la ventana y verse arrastrada al abismo. Solo el más básico instinto de supervivencia la había hecho abrir los brazos en el último momento y actuar tal y como Dragonfly les había aleccionado, a toda prisa, antes de salir de las Siamesas. De alguna forma que aún no alcanzaba a comprender, la caída se había transformado en un planeo vertiginoso y, por fin, en un aterrizaje de lo más accidentado, y del que Logan fue quien salió peor parado.

De diez veces que hicieran aquello, nueve y media acabarían todos muertos... o tan malheridos que les sería imposible moverse del lugar donde hubiesen ido a parar.

Y, en cambio, allí estaban. Vivos, enteros y, por el momento, fuera del alcance de sus enemigos.

Sí, definitivamente era muy afortunada.

Una punzada de desazón le estropeó el sentimiento.

Ibis.

¿Cómo iba a vivir sin su hermana pequeña? Sin su sonrisa perenne. Sin aquella manera que tenía de ponerse en la piel de los demás, para comprender sus motivos.

No hacía ni una hora que había atravesado aquel portal sin retorno y ya sentía como si le hubieran arrancado una parte de sí misma.

La mejor parte.

Ibis ya no estaba, y tendría que acostumbrarse a su ausencia. Si alguien se merecía otra oportunidad en un nuevo universo, esa era su dulce y compasiva hermanita. La imaginó por un instante, viviendo en aquel mundo de abundancia que Logan apenas si había perfilado.

Disfrútalo por las dos, hermana. En el fondo es una suerte que haya sido así. Si, por algún motivo, llego a irme sin ti, no habría podido vivir con la culpa de haberte dejado atrás.

Sí. Definitivamente, era afortunada. ¡Y mucho!

Logan se revolvió, dejando escapar un gemido de dolor casi inaudible. Ella se inclinó enseguida sobre él y le acarició el pelo, que siempre le parecía hecho de rayos de sol. Quizá fue su contacto, pero el muchacho enseguida volvió a acompasar la respiración y la inquietud que le había hecho removerse se desvaneció.

La mirada se deslizó de Logan a Wren. A pesar de que su herida era peor, parecía mucho menos vulnerable.

No pudo evitarlo, y también le acarició el pelo. El suyo, mucho más corto y oscuro.

Afuera, una lluvia fina había empezado a caer una vez más sobre la ciudad. Gotas de agua, redondas y perfectas como perlas, se arremolinaban a lo largo de los cristales agrietados de las fachadas; y una brisa despiadada las engarzaba lentamente, formando caprichosos collares de dudas sobre sus propios reflejos.

¿Qué voy a hacer ahora?

¿Podía amarlos a ambos? ¿Retener egoístamente lo mejor de cada uno y negarse a hacer la elección que ellos le exigirían?

Contempló a Wren con los ojos llenos de ternura. Su compañero. Su amigo. La roca en la que siempre podía apoyarse cuando lo necesitaba, sin que le hubiese fallado ni una sola vez. Y aún más que eso, se obligó a admitir... por mucho que siempre le hubiera parecido que algo le faltaba cuando estaba entre sus brazos.

¿Es posible renunciar a alguien que está dispuesto a dar su vida para que tú puedas huir con otro a un mundo mejor? ¿Puedes romperle el corazón a alguien a

quien quieres tanto que eres incapaz de concebir un universo donde él no esté?

Luego miró a Logan y notó la ya familiar conmoción que la sacudía cada vez que le tenía cerca. Desde aquella primera vez que ahora le parecía tan lejana pero de la que, en realidad, hacía tan poco. Sintió mariposas agitando, frenéticas, sus alas en el pecho. Se le encogió el estómago y notó las manos húmedas, solo porque estaba junto a ella.

*¿Debes renunciar a alguien que te hace sentir que has nacido para ser suya?
¿Cómo se vive sabiendo que nunca más volverán a acariciarte las manos que te han hecho sentirte mujer por primera vez?*

Demasiadas preguntas. Demasiadas.

Se sintió todavía más cansada. Un mareo agobiante le subió desde la boca del estómago y la obligó a dejarse caer en el espacio que había quedado entre ambos chicos.

Con la cabeza apoyada en el hombro de Logan y los dedos enlazados con los de Wren.

Y una vez más, se sintió afortunada de tenerlos a ambos a su lado cuando debería haberlos perdido.

Hizo un cálculo mental. No podía dormirse. Estaban peligrosamente cerca del territorio de los predators y, conociéndolos, irían a por ellos tan pronto como asomara el sol.

Pero podía permitirse quedarse un rato así. Sin pensar. Solo disfrutando de la calidez que emanaba del cuerpo de Logan y de la serenidad que solo sabía infundirle Wren.

No tenía ni idea de qué haría al día siguiente.

No sabía de qué manera conseguirían volver al territorio de las hijas del viento, ni cómo los acogerían ellas una vez lo hicieran.

Desconocía qué había pasado con el ataque a la Cúpula y si Wired seguía vivo.

Ignoraba por completo cómo saldría del laberinto que formaban los dos hombres que tenía a su lado. Ni siquiera estaba segura de querer salir nunca de él, porque tenía miedo de que, si lo hacía, añorase demasiado el interior como para poder sobrevivir fuera.

Pero no tenía que ocuparse de todo aquello esa misma noche.

Disponía de un momento para quedarse tal y como estaba.

Solo sintiéndose feliz por tenerlos a ambos con ella. Vivos y enteros.

Eso era lo más importante.

Por lo que hacía a todo lo demás... ya lo pensaría más tarde.

Mañana.

Cuando tuviera la cabeza más clara.

JUSTINE EVANS (Nebraska, EEUU). Desde niña devoraba cuanto libro caía en sus manos. Su pasión por contar historias ha llegado hasta el presente, en que dedica todo su tiempo a escribir las historias que imagina.

El octavo clan es su primera novela.